



Murmurillos en Mayo

S.J. GARCÍA

Murmullos en Mayo

S. J. GARCÍA

ISBN: 9798328187855

Sello: Independently published

Título: MURMULLOS EN MAYO

S. J. García © 2024

Cubierta: J. R. Galindo

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A esas personas que hicieron de mi vida una aventura.

*Para esas amigas que están dispuestas a todo, las que te eligieron para compartir risas,
situaciones alocadas, abrazos sanadores y lágrimas inesperadas.*

Porque las amigas son la familia que elegimos.

LAS FLORES Y SU SIGNIFICADO

Como habéis podido apreciar, las flores tienen mucho significado en mis historias, dejando su marca en los títulos de los capítulos y otorgando carácter a cada momento, transformándolos en instantes verdaderamente especiales.

Aquí os dejo un pequeño glosario de su significado.

Protea: Simboliza la transformación, así como el coraje y el ingenio.

Betónica: Sorpresa.

Colza: Lleno de energía.

Delphinium: Airosa.

Gypsophila: Felicidad.

Espiga de Rosa: Flechazo.

Pensamiento: Recuerdo, meditación, reflexión.

Violetas Valeriana: Facilidad de adaptación.

Rosa Musk: Belleza caprichosa.

Phlox: Unanimidad.

Silene Gallica: Amor joven.

Corona Imperial: Arrogancia.

Erísimo: Adversidad.

Geranio Escarlata: Consuelo, vencer dificultades.

Acacia Amarilla: Amor secreto.

Acónito: Misantrópia, palabras envenenadas.

Adelfa: Belleza, gracia, seducción.

Violeta Doble: Comparto tu amor (o tu amistad).

Vincapervinca: Amistad.

Alstroemeria: Felicidad, amistad.

Helenio: Lágrimas.

Hibiscus: Belleza delicada.

Saúco: Fervor.

Espigo Negro: Dificultades.

Balsamina: Impaciencia.

Jacinto Amarillo: Celos, envidia.

Rosa Amarilla: Debilitamiento del amor, celos, desconfianza, amistad, dulzura, cariño.

Flor de Cuclillo: Ingenio.

Hipérico: Animosidad.

Iris Blanco: Esperanza.

Lavanda: Constancia, pureza, silencio.

Rosa Dorada: Verdadera amistad y alegría.

Peonia Malva: Mi amistad por ti es fuerte.

Miosotis: Amor sincero, recuerdos, conocida como «nomeolvides».

Jacinto Púrpura: Pesar, aflicción, perdón, lamento, constancia.

Dalia Amarilla: Te soy fiel, unión mutua.

Cáñamo: Destino.

Trébol Estrellado: Suerte. Representa pasado, presente y futuro.

ANTES DE EMPEZAR

Quiero darte las gracias por elegir, entre todas las novelas que se publican cada mes, esta en particular, y adentrarte en ella con ilusión para descubrir a mis niñas una vez más. También, gracias a todas las que hicisteis posible que siguiera escribiendo la historia de estos personajes que tanto me han regalado. Sin todos vosotros, mis sueños no serían posibles.

Para los que ya me conocen, saben que la música es esencial mientras escribo. Es la encargada de colorear las miradas, sentir los suspiros, y de convertir una escena en algo inolvidable. Si te animas a escucharla, te dejo la *playlist* donde puedes disfrutar de cada canción. Algunas están integradas de manera sutil en la trama, otras simplemente me inspiraron y se convirtieron en mi banda sonora personal.

Al final, lo que pensé que sería una historia corta sobre una boda y un grupo de amigas se convirtió en algo más: un lugar donde viajar durante su lectura, sonreír con sus ocurrencias y suspirar por esos romances de película.

Ya puedo decir que el género de la comedia romántica forma parte de mí, todo gracias a ellas y a vosotras por animarme a continuar.

Os debía un viaje, espero estar a la altura y que la magia de Escocia os envuelva, como me sucedió a mi hace unos años cuando paseaba por sus calles. Siempre será un lugar especial, por eso no podía ser otro.

Una vez más, gracias; a ti, a todos los que nos dais una oportunidad y a aquellos que aún están por llegar.



Completa tu experiencia escuchando las canciones que aparecen o inspiraron el libro mientras lo lees con esta *playlist* de Spotify. Puedes escanear el código QR de abajo o directamente entrar en la siguiente dirección web:



[ESCÚCHALO AQUÍ](#)

PRÓLOGO

Protea

Cuando naces en una familia como la mía, donde el don o la gracia se ha pasado de generación en generación, vives con la expectativa de que algún día se despierte el tuyo. Mi abuela se perdía en sus recuerdos contándonos historias de nuestras antepasadas, según ella, descendían de una época donde la sensibilidad era algo único y especial. Su mirada brillaba cada vez que hablaba, y esas palabras me tocaban el corazón; no podía evitar sonreír pensando que, ojalá un día, yo también pudiera ser un poco como ella.

Así explicado, parece que te estoy contando el argumento de *Encanto* o de *Embrujadas*, pero esta era mi realidad. Ya me gustaría a mí tener un don que fuese la superfuerza o mover objetos con la mente, aunque muchos hombres dirían que las mujeres eso ya lo hacemos... Bueno, que me despisto de lo que realmente os quería contar.

«Sigamos, ejem, ejem».

Estaba acostumbrada a ver por casa sucesos que otros considerarían extraños, pero para nosotros eran tan habituales que no nos sorprendían esas peculiaridades. Objetos que se «pierden» y misteriosamente aparecen en otro lugar, murmullos en la oscuridad, crujidos inesperados, sensación de frío en pleno agosto en Sevilla... esto sí que era sobrenatural. Iker Jiménez podría haber hecho una temporada entera solo con las anécdotas de mi familia.

Sin embargo, la gente suele temer lo que no comprende, y por ello, algunas personas discrepaban de nuestra forma de vivir, de creer o de sentir, lanzando palabras de odio sin fundamento. Eso es algo que vi sin ser plenamente consciente de ello, y años después comprendí la apatía de mi madre ante ciertos individuos. En cambio, algunos vecinos recurrían a mi familia en busca de ayuda, ya fuera por consejos que los guiasen, una limpieza de aura que eliminara las energías negativas o una lectura de cartas que revelara aquello que anhelaban. Gente que creía con el corazón el poder que albergaban aquellas mujeres. Y aquí viene lo curioso: a mi madre nunca le despertó su don propiamente dicho, pero eso no la detuvo. Se dedicó a aprender la cartomancia y, más allá de eso, a leer a las personas que venían en busca de esa clarividencia que los orientara. Pero, entre nosotras, la manera en que lanzaba la chancla sí que era sobrenatural; ni siquiera el hechizo «Leviosá» de Harry Potter podía competir con su precisión mágica.

A la tierna edad de siete años, experimenté por primera vez mi esperado «despertar».

Nuestra familia siempre ha estado muy unida, con mi abuela como matriarca. Escuchar sus historias formaba parte de nuestra rutina diaria. El esoterismo, la espiritualidad, el más allá eran temas que tratábamos con naturalidad. No era de extrañar las situaciones surrealistas.

Así que, cuando sucedían fenómenos tipo *poltergeist*, como que una luz parpadease sin razón aparente, mi madre tomaba la mano de mi abuela y ambas intercambiaban una mirada cómplice. Hasta ese preciso instante, todo a mi alrededor me parecía un juego; no lograba percibir la profundidad de las cosas.

—No te asustes, Almudena, es el abuelo que nos está mandando una señal —explicaba mi abuela con una calma reconfortante, mientras acariciaba mi mejilla con mesura.

—¿El yayo Rodrigo, que está en el cielo? —indagué, confusa.

—Sí, mi niña. Está muy contento y quiere que lo sepamos —contestó ella, sus ojos destellaban con un brillo especial, como si en ellos se reflejara un fragmento del cielo.

—¿Por qué? —pregunté, inocente.

—Porque te está viendo crecer, y eso le llena de alegría.

En ese momento, el suave olor a orégano acompañó una brisa que se filtró por la pequeña abertura de la ventana, rozando mi rebeca y causando que mi piel se erizara. Mi abuela me regaló una preciosa sonrisa y, sin dudarlo, se la devolví.

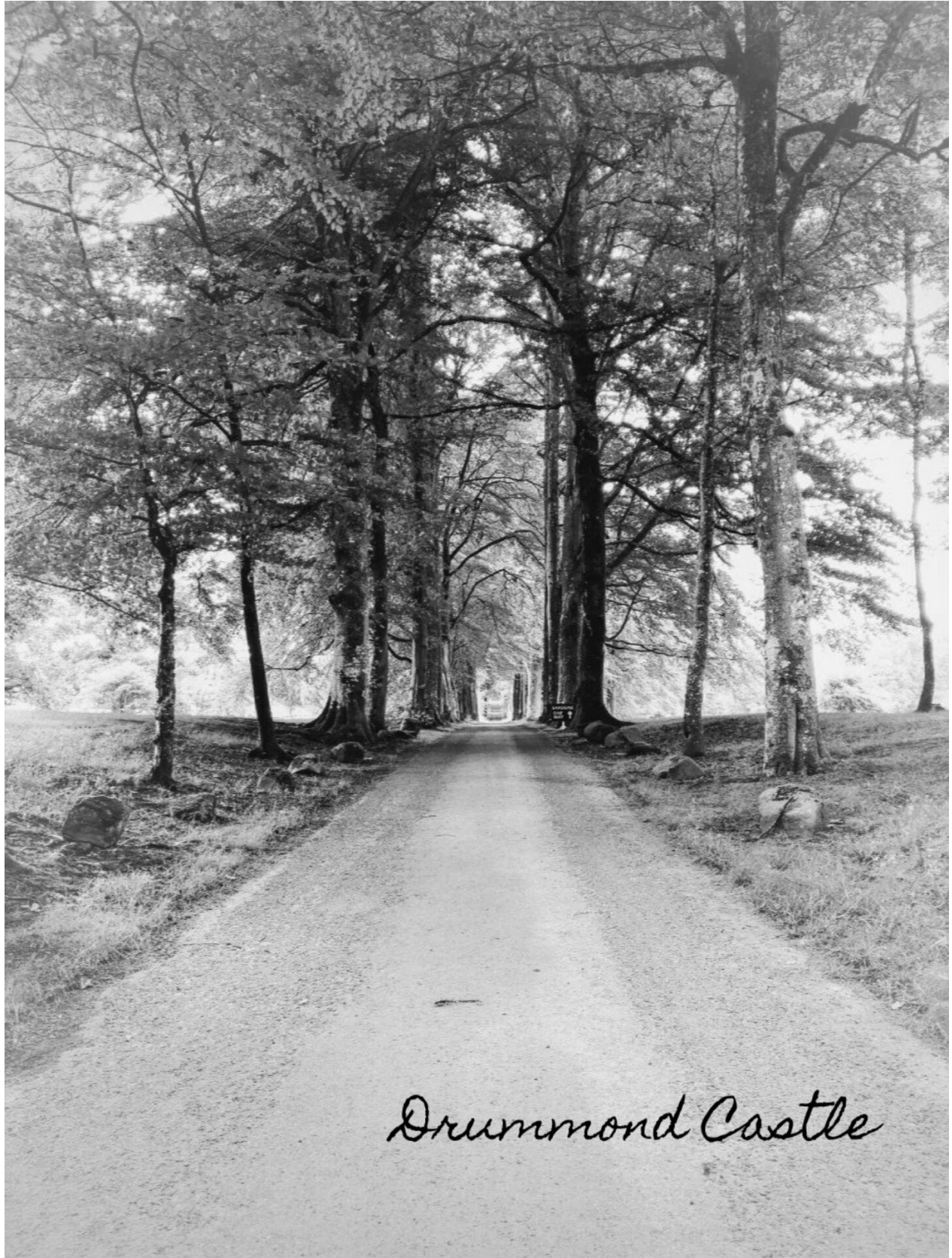
—¿Lo has sentido?

—¡Sí! Era el abuelo —exclamé, ilusionada, porque ese aroma me recordaba a él.

—Así es, cariño —me aseguró con ternura.

Ese día fue uno de los primeros en los que comencé a ver. No sé si fue por la influencia del enigmático comportamiento de mi abuela, por el comienzo de mi propio despertar, o porque una gran parte de mí siempre anheló ser como ella. Una dulce sonrisa se dibujó en sus labios y sus iris verdes brillaron con un resplandor único, mientras su cabello, blanco como la nieve, largo y ondulado, caía en cascada sobre sus hombros. Alrededor de mi abuela, Saturnina, a quien sus allegados llamaban con cariño Nina, empecé a percibir una luz que recordaba a un arcoíris, pero con una intensidad y calidez únicas. Los colores, vivos y en constante movimiento, formaban un halo que se entrelazaba suavemente alrededor de su figura. Era como estar bajo el sol, sintiendo ese reconfortante y afectuoso calor envolviéndome.

Aquel día fue cuando comencé a creer.



CAPÍTULO 1

Betónica

—Se me va a salir el corazón por la boca —exclama Jessi, llevándose la mano al pecho mientras avanza por el pasillo del avión.

—Jessi, sé que es duro, pero no te adelantes a los acontecimientos —le digo, pasándole una mano por la espalda—. Solo son tres horas de vuelo.

Siento el torbellino de emociones que en este momento embarga a mi amiga.

—Mira que eres *exagerá*, ni que nunca hubieras subido a un avión —susurra Maca.

—Shhh. —Cristina nos manda a callar con un sutil gesto de la mano, mientras su mirada recorre el espacio buscando a Yure y Lore.

—Pues la verdad es que no, es mi primerita vez —murmura con la boca pequeña.

—¿En serio? —Maca se detiene y gira la cabeza hacia Jessi, al estilo del meme de la ardilla asombrada, con los ojos bien abiertos.

—¿Qué? Deja de mirarme así...

No necesito ser Rappel para saber lo que va a pasar. Supuestamente, se lo cuentan todo entre ellas y esto es algo que ninguna esperaba. Me coloco entre las dos, cortando el contacto visual y, al mismo tiempo, aliviando la tensión que comienza a espesar el aire. Eso de captar las emociones puede ser a veces una ventaja y otras, un verdadero quebradero de cabeza.

—Tranquila, todo irá bien. Si quieres siéntate conmigo —ofrezco con ternura mientras acaricio la mejilla de mi amiga, que se torna cada vez más pálida.

Jessi asiente, agradecida, por mis palabras, y me sostiene la mano por unos instantes antes de soltarla.

—Gracias, Almu. —Me regala una sonrisa cálida.

—No me des las gracias, para eso están las amigas.

—Que Dios te lo pague con muchos niños... —dice entre risas.

—¡Jessi, por favor! Eso suena más a maldición. Lo que me faltaba, tener un montón de churumbeles correteando a mi alrededor.

—¡Vale, vale! Que se hagan realidad todos tus deseos en este viaje —suelta con un aire de misterio—, ¿así mejor?

Entrecierro los ojos, intentando descifrar en su mirada algún indicio de sus planes, pero ella, más lista que un zorro, se me escapa unos pasos hacia delante, esquivando mi intento de leerla.

El murmullo del interior del avión, una amalgama de conversaciones susurradas y el zumbido de la maquinaria, nos envuelve mientras avanzamos con cautela. La cabina, iluminada por la luz tenue que se filtra a través de las ventanillas, proyecta sombras sobre los rostros de pasajeros reclinados en busca de descanso, una misión complicada dada la rigidez de los asientos. Es lo

que más me incomoda de los vuelos, el dolor de trasero no te lo quita nadie. Nos movemos con cuidado, evitando rozarnos con las piernas que invaden el pasillo. Inhalo profundamente, capturando la mezcla de aromas que flota en el aire, y mis dedos se deslizan hacia la esmeralda que descansa sobre mi pecho, trazando su superficie llena de matices. Por un instante, cierro los ojos y exhalo despacio, consciente del viaje que nos espera, antes de seguir de cerca a mis amigas.

Desde que hemos subido, están más nerviosas de lo habitual, y eso que la sorpresa era para mí. Se intercambian miradas cómplices cada vez que tienen oportunidad, enviándose mensajes velados que solo ellas entienden y que, al parecer, aún no están listas para revelar. Eso es lo que noto al observarlas con detenimiento.

Cristina es la que parece estar más calmada, sospechosamente serena.

Unas manos finas y delicadas se elevan por encima de la hilera de asientos, señalando su ubicación. Reconozco esas uñas con manicura francesa, aunque estuviera a un kilómetro de distancia. Yure continúa guiándonos con los brazos hasta que llegamos a los lugares vacíos que nos esperan, indicándonos el camino. Vera es la primera en llegar hasta nuestra amiga. Una tras otra, se van acomodando en sus asientos asignados mientras susurran palabras que no alcanzo a entender, ya que mis pensamientos se desvían hacia otro lugar, hacia esta mañana en mi habitación, mientras revisaba todo lo necesario para este viaje repentino a «Londres». Por momentos, casi me siento de vuelta allí, rodeada por las cuatro paredes de tonos vainilla de mi habitación, con la lista en mis manos, sintiendo la textura del papel, inhalando el aroma característico del incienso quemándose. Ahora que lo pienso, la mochila que llevo conmigo no parece estar preparada para la aventura que me han organizado. La examino detenidamente, como si de esa manera pudiera hacer un repaso mental de todo lo que incluí al prepararme.

Un fuerte tirón de mi jersey me devuelve a la realidad.

—Niña, ¿dónde estabas? —inquire Jessi.

—¿Has tenido una premonición? —pregunta en un susurro, Maite, al otro lado del pasillo.

Pestañeo con fuerza antes de responder, es algo que siempre me pasa, es como si mis pensamientos se enredasen en mi mente atrapándome como una tela de araña, y a veces, tardara unos segundos en volver al mundo real. Sonríe al captar la mirada intensa de mi amiga y me apresuro a responderle antes de que empiece a especular sobre mi estado de ánimo. No quiero que se les ocurra pensar que me he lanzado a hacer viajes astrales; con lo que les gusta dejar volar su imaginación, seguro que ya lo han considerado. Todavía no puedo creer que realmente vayamos a ir a Escocia, han conseguido sorprenderme con todas las letras.

—Perdona, estaba pensando en lo que he metido en la mochila y lo poco preparada que voy para este viaje.

A mi izquierda, escucho un suspiro de alivio con mi respuesta. Maite se relaja, convencida ahora de que no he vislumbrado el futuro. Está muy susceptible desde todo lo que le revelé con Dan.

—Estás más que preparada, no te preocupes por nada. Facturamos una maleta para ti, y la que has subido a cabina no es la que llevabas, te la han cambiado. Tenemos topes en todas partes —explica Jessi, con tono misterioso.

La miro sorprendida, ya que realmente no había sido consciente de lo que ocurría a mi alrededor hasta recibir la noticia. Ya me estoy imaginando a uno de esos topes, Mario.

—¿Cuándo habéis hecho el cambio? —pregunto, clavando mi mirada en sus iris castaños.

Jessi me guiña un ojo, eludiendo la respuesta, y entrelaza sus dedos con los míos, con la esperanza de que el despegue sea rápido y libre de las catástrofes que imagina. A mi izquierda escucho un carraspeo de otra de las cómplices de esta aventura, Maite. Una melodía familiar se filtra hasta nuestro espacio, y de repente, un móvil con una funda de Puterful parece danzar en el aire al ritmo de la canción, justo antes de que la *intro* de *Entre Fantasmas* resuene cerca de mi oído.

«—Me llamo Melinda Gordon, acabo de casarme y de mudarme a un pueblo pequeño. He abierto una tienda de antigüedades, seguramente soy parecida a ti, salvo en que cuando era niña supe que podía hablar con los muertos».

—Mira que eres boba, Macarena —la regaña Jessi.

—¿En serio, Maca? —suelto, poniendo los ojos en blanco.

—Almu, hasta hace nada no creía en estas cosas, pero desde que acertaste el futuro de Maite tienes todo mi respeto —murmura entre los asientos balanceando el móvil—. Nunca te lo he preguntado, pero... ¿ves muertos?

—Ni que fuera Oda Mae Brown —replica Vera con una sonrisa—. Pero, oye, si por casualidad tienes línea directa con el más allá y Patrick Swayze está rondando por aquí, hazme el favor de avisar. —Me guiña el ojo mientras se atusa el pelo.

—Tú cállate, que ya tienes un buenorro. No intentes acaparar también a los del otro lado —replica Macarena—. ¡Que eres una agonías!

Esta se levanta y, apoyándose, cruza los brazos sobre mi respaldo, expectante ante mi respuesta.

—¿Estás segura de que quieres saber la verdad? —digo en un tono enigmático, fijando la mirada más allá de su hombro, como si contemplara algo invisible a sus ojos. Sin embargo, ella no se intimida.

A mi lado, Jessi se santigua al notar el movimiento del avión y comienza a hiperventilar.

—Vale, vale, no quiero saber si hay muertos aquí, porque estoy segura de que los hay.

—Cállate ya, Macarena, por favor —ruega Jessi apretándome la mano con intensidad.

—La última y me callo, de verdad.

—Venga, suéltalo de una vez —la animo para que vuelva a su asiento y deje de torturar a Jessi.

—¿Tienes premoniciones? ¿Nos va a pasar algo al estilo de *Destino Final*? —Se carcajea dejándose caer en su asiento.

Esta niña tiene la sangre más gorda del mundo.

—¡Yo te mato, Maca! —gruñe entre dientes Jessi, pálida como un fantasma.

—¡Señora! ¿Puedo pedir ya una copita de vino? —pregunta Maca a la azafata que pasa por nuestro lado, que le responde con premura.

—¡Otra por aquí! —pide Vera.

—Empezamos pronto... —Niego con la cabeza, lo peor de todo es que me apetece un montón, sin embargo, me abstengo mientras acaricio la mano de mi amiga que está a punto de

cruzar el umbral.

—¿En tus visiones me has visto vomitando? —inquieta Macarena.

—No, porque no tengo visiones...

—Y dale, que no es Rappel —me interrumpe Maite, alzando las manos.

—¿Tendrán rebujitos? —pregunta al aire la cotorra que tenemos en los asientos de atrás—. Mataría por unos chicharrones ahora mismo.

—Macarena, por favor, me estás revolviendo el estómago —ruega Jessica, cada vez más mustia.

Percibo a mi derecha la respiración profunda y los suspiros; si sigue así, sí que vamos a tener conexión directa con el otro lado. No hace falta ser vidente para confirmar que está al borde de un ataque de ansiedad.

—Prométeme que todo saldrá bien... —susurra, liberando un fuerte bufido mientras el sudor baña su frente.

—No te preocupes, cariño, no nos va a pasar nada malo —le tranquilizo mientras me aprieta.

—Me ha venido un mini vómito —admite, apretujándome los dedos con más fuerza.

—Ni que estuvieras de parto —suelta Maca.

—Esto es aún peor —masculla con los dientes apretados—. Te juro que, si vomito, te baño en ello como la niña de *El Exorcista*.

—No le hagas caso, niña —digo, elevando la voz para asegurarme de que la rubia que está detrás de nosotros pueda oírme claro.

El avión comienza a acelerar por la pista, al igual que el corazón de mi amiga. Mis dedos se resienten bajo la presión de su agarre, miedo me da el día que se ponga de parto. Por suerte, será Aksel quien sufra ese apretón mortal. Porque de algo estoy segura: estos dos van a tener un montón de pequeñajos.

—Voy a grabar un audio, por si acaso tengo que dejar mi testamento antes de pasar al otro lado... —murmura, cerrando los ojos con fuerza.

—¡Qué tonterías dices!

—Almu, creo que estoy viendo la luz al final del túnel.

Con un movimiento rápido, aparto el móvil de Maca para que la luz de su linterna deje de molestarle en los ojos. Desde lejos, llega la voz de Cris diciéndole que se siente bien.

—Respira conmigo, relájate e ignora todo lo que nos rodea. —La carcajada de Maca resuena en el avión, pero trato de no prestarle atención—. Concéntrate y escucha solo mi voz —añado con firmeza.

—Lo intentaré —suspira.

—Ahora, inhala profundamente y exhala despacio, vamos a hacerlo un par de veces más. Antes de que nos demos cuenta, estaremos aterrizando en Escocia —susurro, intentando transmitirle mi calma, con la esperanza de aliviar la ansiedad que la envuelve.

Eso es lo que quiero creer con todas mis fuerzas; hay algo en este viaje que me perturba, me inquieta. No tengo claro qué es, pero siento que hay algo en el aire que nos afecta a todas, manteniéndome en constante vigilancia. Por un momento, al mirar el cielo antes de subir al

avión, he tenido la sensación de que todo estaba a punto de cambiar. Aunque no poseo la clarividencia que Maca imagina, desde pequeña he sido capaz de percibir el aura de las personas, no de todas, y en ciertas ocasiones el resplandor era cegador. Cada aura, con su propio color e intensidad, me desvelaba detalles y matices que explicaban el significado de lo que las envolvía, incluido sentimientos no revelados. Ahora, veo una mezcla de colores que se intensifican con nuestras emociones alteradas y me resulta difícil descifrarlos.

CAPÍTULO 2

Colza

Abro los ojos al sentir el suave balanceo que me arranca del mundo onírico en el que estaba sumida, inmersa en un sueño bastante peculiar; los últimos rayos de sol, una suave melodía, flores silvestres a mi alrededor y una intensa atracción hacia un lugar donde un par de luciérnagas brillaban incansablemente. Me desperezo, y a mi alrededor, el ruido del avión se intensifica. El sonido de las notificaciones entrantes de todos los teléfonos móviles, que despiertan con sus dueños, se convierte en una estridente melodía. Hemos aterrizado; me he quedado dormida. Aunque mi intención era que Jessi se relajara y se entregara a los brazos de Morfeo, fui yo quien sucumbió ante él. Dirijo la mirada hacia mi derecha, y encuentro los ojos de mi amiga clavados en mí.

—Has roncado de lo lindo.

—¿Yo?, Álvaro nunca me ha comentado nada, ¿en serio he roncado? —pregunto incrédula.

—Era como ver la película *Little Nicky* —me explica.

Repaso en mi mente ese instante, evocando al personaje durmiendo sobre una roca en mitad de Central Park. Le regalo un codazo de complicidad a Jessi por la preciosa comparación. A decir verdad, mi relación con Adam Sandler es algo extraña. No suelo ver sus comedias por cuenta propia, es cosa de Álvaro, que se troncha con cualquier escena. No entiendo su humor, pero comparto sus risas que me llenan el alma. Es de ese tipo de sonrisas contagiosas que te hacen reír a carcajadas sin control. Siento una leve opresión en el pecho cuando la tristeza me embarga, acompañada de uno de los últimos recuerdos que persisten en mi mente: el día de la discusión y la distancia que surgió desde aquel momento. Ojalá este don funcionase con él, suspiro desalentada, esforzándome por apartarme de ese sentimiento. Solo conseguí percibir lo que creí que era su aura aquel día, la primera vez que nuestras miradas se encontraron.

Recogemos nuestro equipaje de mano y nos buscamos con la mirada, comprobando que algunas están ya por delante. Empiezo a hacer un recuento mental; Jessi que está a mi lado, Vera, Yure, Cristina, Maite, Lorena y... ¿Maca? Me giro para ver si aún está en su asiento, pero lo encuentro vacío.

—Jessi, ¿dónde está Maca?

Ella fija sus ojos en el asiento, tratando de recordar, mientras yo hago un barrido rápido con la mirada por el interior del avión.

—¡Fue al baño!

Dejo la maleta a un lado y me dirijo con pasos apresurados hacia los servicios y compruebo que hay alguien dentro. Golpeo suavemente con los nudillos en la puerta y luego la llamo por su nombre.

—Maca, ¿estás bien?

Acerco la oreja a la puerta para captar mejor su respuesta.

—Sí, ya salgo, dame un minuto. —Al otro lado se oye cómo trastea con la cisterna, a lo mejor se le ha descompuesto la barriga, no es para menos con la mezcla de bebidas y aperitivos que han estado pidiendo durante el vuelo. A saber qué más habrá comido cuando me he dormido —. ¿Se ha ido la señora? —pregunta.

—¿Cómo?

La puerta se entreabre, dejándome ver solo el ojo de Maca.

—La señora que iba sentada junto a mí... —murmura.

Echo un vistazo hacia nuestros asientos confirmando que ya no está.

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

La puerta se abre enteramente y mi amiga asoma la cabeza antes de salir de su guarida.

—¡Me ha dado el viaje! Contándome mil historias sobre sus nietos, sobrinos, hermanos... todo su árbol genealógico durante todo el maldito trayecto. ¡La madre que me parió! ¡Qué *partible*! —explica, gesticulando con los brazos.

—No habrá sido para tanto —la consuelo.

—¿Qué no? Me ha contado hasta los juanetes que tiene en el pie; se ha quitado los calcetines para mostrármelos, ¿no habéis olido el tufo a roquefort? —Maca se arrastra sus dedos por el rostro como si se arañase la piel, y en ese momento me cuadra ese aroma que pensaba que era alguien comiendo una pizza de cuatro quesos. Ahora todo encaja—. Para la vuelta, me niego a ir sola.

—Sí que he notado un leve tufillo...

—Leve, dice... ¡Mis cojones! Liberó un gas tan venenoso que me dejó paralizada, sin escapatoria, mientras relataba con todo lujo de detalles cómo plasmaba sus pinturas rupestres en la prehistoria.

Macarena gesticula como si realmente estuviera pintando en la pared, y me resulta tarea imposible contener la risa al verla tan absorbida por su historia.

—Sí, tú riéte. Fijo que sabías que esto iba a pasar y por eso te ofreciste a ir con Jessi...

Sabiendo cómo es, seguro que ha estado escuchando por educación, pero su paciencia acaba de abandonarla en ese asiento. No puede más. La atraigo hacia mí, rodeándola con mis brazos, y le doy un beso cariñoso en la cabeza, seguido de una palmada reconfortante en el hombro antes de separarnos.

—Me ofrezco como tributo —digo, emulando el icónico gesto de Katniss en *Los Juegos del Hambre*—. En el viaje de vuelta me toca a mí sacrificarme por el equipo.

Al salir del avión el frío me golpea las mejillas, y el cielo encapotado nos da la bienvenida a Escocia amenazando con una posible llovizna. No esperaba un sol brillante al llegar, pero estas nubes no auguran nada bueno. El viento que empieza a soplar con fuerza se cuela sin permiso por los huecos de mi chaqueta. Confío en que las niñas me hayan incluido suficiente ropa de abrigo en mi equipaje, porque, aunque estemos en mayo, esto no es Sevilla y yo soy una friolera de cuidado. Me sacan de mi hábitat natural y me convierto en una auténtica esquimal.

Minutos después hemos conseguido reunirnos las ocho con maletas incluidas. Esto tras varias

visitas al baño y llamadas para avisar de que hemos llegado sanas y salvas. Envío un mensaje rápido a Álvaro con millones de emojis de corazones, acompañado de la promesa de recompensarlo por esta enorme sorpresa.

Yure se nos ha adelantado con Vera, para preparar nuestro transporte, insistiendo en que yo me quedara atrás. Caminamos hacia la salida del aeropuerto, dirigiéndonos a un aparcamiento y, por un momento, me imagino que nos recogerán en autobús o algo por el estilo. Sin embargo, me sorprende cuando Yure nos guía entre los coches y se detiene frente a una furgoneta elegante, una Mercedes-Benz Vito de color gris. Presiona el mando, las luces parpadean y los cerrojos se liberan. Maca no tarda ni dos segundos en adelantarse para inspeccionar el interior del vehículo.

—¡Pedazo coche! ¡Me pido conducir! —exclama a la vez que abre la puerta con ímpetu y mete su cabeza dentro.

Me apresuro a disminuir la distancia que me separa del vehículo, decidida a descartar la idea de mi amiga y asumir yo el mando. Prefiero conducir a vislumbrar el túnel antes de tiempo. Sabiendo lo mucho que le gusta pisar a fondo su Fiat 500, me da miedo dejarla al volante, especialmente porque aquí se conduce al revés. No tengo ganas de protagonizar la nueva de *A todo gas*, liderada por Macareto.

—¡Maca! Conduzco yo, soy la que ha tramitado todo, así que es mi responsabilidad —explica Yure con las llaves en la mano.

Macarena saca la cabeza del coche, frunciendo los labios en un puchero exagerado, y yo suspiro aliviada. Bendita Yure y su sentido de la responsabilidad.

—Eres una corta rollos —se queja, cruzando los brazos bajo el pecho, dramatizando su gesto de enfado.

Hemos practicado el tetris para poder meter el equipaje en el maletero, y tras varios intentos, finalmente logramos que todo encajara. Con el tamaño de las maletas, cualquiera diría que nos mudamos a Escocia por un mes. Estuve a punto de revisar la mía, pero Cristina, con un simple gesto negativo de su cabeza, disipó esa idea.

Ya dentro del coche, con los cinturones abrochados, solo falta que Yure se decida a arrancar. Revisa meticulosamente su entorno, dividiendo su atención entre la palanca de cambios y el volante. Su brazo sube y baja, dudando entre uno y otro lugar. Apoyo mi mano sobre su hombro, transmitiéndole mi serenidad, y la aliento con un suave apretón.

—¡Vamos, Yure!

—¡Yure! ¡Yure! ¡Yure! —corean todas a la vez, animándola.

Ella se detiene y traga saliva, comprobando una vez más que todo está en orden, un gesto que deja al descubierto su perfeccionismo. Siempre se pone el listón muy alto, para todo, y con la boda a la vuelta de la esquina, apuesto a que está repasando mentalmente cómo manejar un coche con todo al revés y haciendo un recuento de los invitados que aún necesita añadir a su lista. El aura de Yure suele tener ese tono azul relajado, pero hoy brilla con unos chispazos rojos de puro optimismo. Sé que lo hará bien. De repente, me da un apretón rápido en la mano, la señal de que está lista para lanzarse a la aventura.

—¿Cinturones? —pregunta en voz alta.

—¡Sí! —coreamos.

—¿Listas para la aventura?

—¡Siempre! —respondemos.

—¡Allá vamos! —anuncia arrancando el coche por primera vez.

Veo cómo Vera se aferra a la agarradera, Lorena entrelaza sus dedos con los míos. A mi espalda, Jessi, Maite y Maca trastean con el móvil, y algo me dice que en breve tendremos banda sonora. Cristina, atenta, observa cada maniobra de Yure, aprobando con la cabeza cada vez que sus miradas se encuentran. Por culpa de Maca, ahora no me puedo quitar las escenas de la película *Destino Final*, confío en Yure, mucho se tienen que alinear los astros para que ocurra algo similar.

Y era un domingo en la tarde, fui a los coches de choque

Y estaban pinchando el disco que a mi tanto me pone

Fui a sacar cuatro fichas y me compré un abono

Y estuve ojeando en la pista pa' encontrar un coche rojo

Al principio salimos a trompicones de la zona del aparcamiento mientras Yure se acostumbra. Aplaudimos para animarla cada vez que consigue hacer un cambio sin que el coche se queje demasiado. Se le ha calado un par de veces, pero nada que un nuevo intento no pueda solucionar. Giramos y nos metemos en la carretera, gracias a Dios que es una recta. Lorena me aprieta la mano cada vez más consiguiendo que me crujan los huesos, parece que esté en pleno parto.

—Yure, estás tocando la raya, posíciónate —ordena Cristina, pegada al cristal.

—¡Ya lo hago, joder! Es el coche, que es muy grande.

—Eres tú, te vas inconscientemente hacia ese lado.

—Es difícil y el viento no ayuda.

—Cris, déjala, aún está acomodándose a la conducción —añade Vera—, si quieres conduzco yo.

—¡No! Yo puedo, por favor, dejadme.

Una fina lluvia comienza a caer, trazando delicadas líneas sobre el cristal. Cristina pone los ojos en blanco y sigue con su charla sobre cómo debería conducir Yure, haciendo caso omiso del comentario de Vera. El ambiente en el coche se tensa cada vez más.

—Yo paso de conducir con tanta presión —susurra Lorena.

—Yure, cariño, si quieres paramos un momento —ofrezco.

No me gusta cómo están bailando las energías aquí dentro.

—No. —Niega repetidas veces con la cabeza.

De repente, una nueva canción irrumpe, provocando que todas estallemos en carcajadas, disipando así las tensiones que empezaban a acumularse en el interior del vehículo. Las risas inundan el coche, y por un instante, todas nuestras preocupaciones se desvanecen dejándonos llevar por la melodía.

Vamos de paseo, pipipí

En un auto feo, pipipí

Pero no me importa, pipipí

*Porque llevo torta, pipipí
Y ahora vamos a pasar por una zona donde hay curvas
¡Cuidadito con las curvas!*

Entre risas, nos aproximamos a una rotonda que nos plantea un nuevo reto. Llega el momento de la verdad. Por un segundo, Yure duda sobre cómo abordarla, sintiendo la presión de su propia expectativa. Sin embargo, el ambiente distendido que ahora reina entre nosotras gracias a la canción que suena de fondo, la anima a sonreír y envalentonarse. Siguiendo las indicaciones de Cristina, logramos superar el obstáculo sin muchos percances. Cabe destacar que las rotondas en Escocia cuentan con varios semáforos en su interior y, sumado a que la circulación es inversa, los bordillos que accidentalmente «besamos» y el intenso tráfico conforme nos acercamos a Edimburgo, tengo que admitir que nuestra amiga está haciendo un trabajo excepcional, digno de aplaudir.

*Y ahora vamos por una zona donde hay baches
¡Cuidadito con los baches!
El viajar es un pla-, ay
Que nos suele suce-, ay
En el auto de pa-, ay
Nos iremos a pa-, ay*

—¿Y cómo es que Álvaro os ha ayudado? —pregunto, sorprendida por la inesperada colaboración de mi pareja, dado los últimos acontecimientos.

—Llevamos meses planeándolo, pero conseguir que todas tuviéramos días libres ha sido una tarea casi imposible —aclara Cris.

—Hemos intentado que fuese en tu cumpleaños, aunque no ha coincidido la fecha exacta, lo celebraremos aquí por todo lo alto —explica Maite.

—A todas nos venía bien una escapadita entre amigas, a unas más que a otras —comenta Lore.

—Álvaro, cuando vio nuestras intenciones, fue el primero en poner de su parte para que celebrases tu cumpleaños como siempre habías querido; un viaje de amigas, y además en Escocia —añade Cristina.

—Esto no lo has visto venir, ¿eh? Tus poderes no tienen tanto alcance. —Se carcajea Maca.

—En serio, niña, no te enteras. Almu no tiene visiones, percibe cosas, nos lo ha dicho alguna que otra vez, aunque no la hayamos tenido muy en cuenta —interviene Jessi—. Ahora me pica la curiosidad por todo eso que captas. Tienes que darnos una charla cuando tengamos una copa en la mano; así lo asimilo todo mucho mejor.

—Las descendientes de *Raticulín* —bromea Maca, imitando el mítico gesto de Carlos Jesús—. *Fium, fium*.

Y todas estallan en carcajadas al verla soplar a través de sus manos en todas direcciones.

Todavía no he tenido la oportunidad de explicarles con claridad lo que realmente percibo;

hasta hace poco, mantenía este aspecto de mi vida en secreto. Sin embargo, desde que ella se fue, me prometí aceptar este don y comprenderlo mejor. Es por eso que ahora estoy aprendiendo, tal como hizo mi madre, en algunas áreas que siempre llamaron mi atención.

Anotada tarea pendiente: ser más sincera con mis amigas y compartirles todo aquello que antes guardaba solo para mí.

—¡Callaos, cotorras! Estoy intentando conducir —brama nuestra conductora.

—Ni que hablar te quitase puntos de habilidad al volante —asevera Maca.

—¿Lees la mano? Sé que tu madre echa las cartas, pero nunca me lo tomé en serio. —Cristina se gira disculpándose con la mirada, creo que ha sido demasiado sincera y ella siempre es más cauta.

—No, no leo la mano. Aunque me guste tomaros el pelo con estas cosas, y mi madre no posee un don como tal, por llamarlo de alguna manera —explico—, lo que pasa es que tiene una gran capacidad para entender a las personas. Eso, combinado con que aprendió a leer las cartas, hace que a menudo «acierte» en lo que sus clientas esperan oír. —Hago comillas en el aire con los dedos.

—Qué cuca es Encarni, y mi madre se creía a pies juntillas todo lo que le contaba cuando le leía las cartas —añade Maite.

—Hay que admitir que acierta bastante, pero creo que es porque las personas que la visitan van predispuestas a creer, así que para mi madre es sencillo darles lo que quieren oír.

—Al final voy a ir a que me diga si voy a aprobar las oposiciones —declara Macarena.

—Solo ten cuidado con lo que esperas encontrar, a veces puedes descubrir algo que preferirías no saber —le advierto, pensando en el deseo de su madre de convertirse en abuela, y cómo ha visitado a Encarni con la ilusión de recibir esa noticia.

—¡Bah, paparruchas! ¿Qué me puede decir que yo ya no sepa? Voy a aprobar, ¡por mis ovarios que lo haré!

—¡Seguro que sí! —anima Jessi, chocando su mano con la de ella en señal de apoyo.

No dudo que Maca vaya a aprobar; es más, tengo la certeza de que conseguirá cualquier cosa que se proponga con esa determinación que la caracteriza. Es de esas personas a las que cuesta un poco más captar el color de su aura, pero es tan transparente que casi puedes prever sus movimientos antes de que ella misma se decida a dar el paso. En cuanto a Carlos, hace unas semanas noté algo raro, no estoy muy segura de lo que es, por eso no lo he querido comentar con mi amiga. Es como si ambos fueran a tomar direcciones opuestas, puede que me equivoque y todo sea fruto de la presión a la que está sometida ella con los estudios, o que él ha tenido que ausentarse en varias ocasiones por asuntos familiares.

Por cosas como estas no puedo contar a los cuatro vientos lo que percibo, a veces la sintonía no es tan buena con ciertas personas, o quizás prefiero no ser partícipe del secreto que guardan con tanto celo. Ahora comprendo a Oda Mae Brown cuando rehuía de los espíritus y sus problemas, menos mal que no estoy en su situación. Ya lo que me faltaba lidiar con los líos del más allá. Me siento como Spiderman: un gran poder conlleva una gran responsabilidad, y a veces, no quieres ser quien tenga que pronosticar malas noticias.

CAPÍTULO 3

Delphinium

Hemos llegado sanas y salvas gracias a la ayuda del GPS, ya que no han querido desvelar nada del itinerario a seguir. Según ellas, todo está anotado: mis peticiones de conocer todas las localizaciones donde grabaron la serie *Outlander*, los monumentos que muchas de nosotras queremos visitar y algunas sorpresas que me irán revelando a su debido tiempo.

El gris que nos acompañaba en la carretera se ha ido tornando cada vez más oscuro, aunque, por suerte, el cielo solo nos ha regalado una lluvia fina en lugar de desatar una tormenta, que era lo que temíamos al salir del aeropuerto. La conducción de Yure ha sido excelente, a pesar de sus propios temores, que resultaron ser infundados. ¿Que hemos rozado algunos bordillos? Claro, pero ¿qué importa? Seguro que no somos las primeras ni seremos las últimas en hacerlo.

Ahora nos encontramos buscando dónde aparcar este mastodonte de furgoneta, algo que claramente no tuvieron en cuenta a la hora de alquilarla. Pasamos aproximándonos cada vez más a la hilera de coches aparcados, demasiado cerca.

—Yure, ten cui... —empiezo a advertirle, justo antes de que ocurra.

—¡Coño! —ruge Yure al golpear el retrovisor con el de un coche aparcado.

—¡Ve más lento! Y hazme el favor, aléjate un poco de ese lado —le advierte Cris.

—Solo ha sido un roce de nada —interviene Vera.

—No tengo ganas de que nos saquen más dinero, ya ha salido bastante caro el «autobús». — Realiza las comillas en el aire.

En ese instante, siento toda la frustración que envuelve a Yure, apretándola sin piedad. ¡Cuánto desearía poder tocar a las personas que quiero y liberarlas de todo aquello que las oprime, compartiendo su carga! Echo un vistazo rápido alrededor y veo que un poco más adelante alguien está saliendo de una plaza de aparcamiento en batería.

—Ahí —indico mientras acaricio el hombro de mi amiga—. ¡Vamos! Necesito estirar las piernas. ¿Dónde cenaremos?

—Ya lo verás —responde Cris con un tono enigmático.

Nos ha llevado cuarenta minutos completar el *check-in* en el hostel, y el proceso de elegir habitaciones y decidir con quién compartirlas se convirtió en toda una odisea. Maca estaba eufórica, como una niña en plena Navidad, recorriendo los dormitorios y probando los colchones. Jessica no se despegaba de ella, mientras Maite ya se había acomodado en una habitación, ajena al caos que la rodeaba. Cris, Vera y Yure se instalaron en otra, vetando la entrada al torbellino de Macarena; argumentaban que ella roncaba como un tractor. Al final, la amistad triunfó sobre cualquier obstáculo: Jessi y Maca se unieron a Maite en el cuarto que disponía de tres camas, mientras Lorena y yo nos quedamos con la que nadie más había elegido.

Ahora deambulamos por Edimburgo, envueltas en el abrigo de la noche cerrada, charlando entre nosotras, como si caminar por aquí fuera parte de nuestra rutina diaria. No puedo evitar que mis ojos se desvíen hacia las bellas fachadas de piedra gris oscuro que adornan muchas de las casas, los tejados inclinados, algunos un poco deteriorados, y las largas chimeneas que sobresalen, exhalando un aroma muy particular; huele a pan recién horneado. Y no puedo evitar pensar en ella, ese tipo de aromas siempre me la traen de vuelta.

«La ciudad es mágica».

Mientras avanzamos, las calles empedradas nos guían bajo el suave resplandor de las farolas antiguas, que proyectan sombras danzantes sobre nuestros pasos. Cada esquina nos revela un nuevo tesoro arquitectónico: ventanas en arco que enmarcan historias de siglos, puertas robustas de madera que parecen custodiar secretos ancestrales y pequeñas tiendas que, a pesar de estar cerradas, llenan de vida y color el recorrido con sus escaparates. En más de una ocasión, nos hemos detenido para tomar varias fotografías, y Maca aprovechaba para grabar algún que otro minivideo. Estoy viviendo un sueño, uno del que no quiero despertar.

Nuestros pies se detienen delante de un edificio, que parece sacado de una película de misterio por la sobriedad de la fachada, columnas largas flanquean una puerta de madera oscura y vidrio, a través del cual se deja entrever una luz acogedora en su interior. El nombre del establecimiento, *The Standing Order*, resplandece en letras doradas sobre la entrada, invitándonos a cruzar su umbral y descubrir los secretos que aguardan.

—¿Vamos a cenar aquí? Parece más un banco que un restaurante —comento, curiosa.

—Es un antiguo banco. Vamos, entremos —anima Maite, empujando la puerta y dejando que la música The Proclaimers escape.

*When I wake up, well I know I'm gonna be
I'm gonna be the man who wakes up next to you
When I go out, yeah, I know I'm gonna be
I'm gonna be the man who goes along with you*

Una vez que todas nos hemos instalado alrededor de una mesa, con la comida ya pedida, gracias al maravilloso despliegue de inglés de mis amigas y las sidras de sabores en mano, estamos preparadas para esas conversaciones tan necesarias, soltar un poco de lastre y agradecerles desde el fondo del alma esta maravillosa sorpresa.

—Antes de que digáis nada, quiero daros las gracias. —Levanto en alto mi vaso para animar a las demás a brindar—. Jamás de los jamases hubiera imaginado que me ibais a preparar un viaje como este.

—Era un viaje del que siempre estábamos hablando, ya tocaba —confiesa Cris.

Todas me imitan y chocamos los vasos con miradas cómplices, aunque algunas parecen esconder algo más, que tarde o temprano revelarán. Lo sé, porque Lorena al final está en mi habitación y a ella es fácil sacarle información.

—Y ahora se viene momento de confesiones. Háblanos de ese don que tenías tan callado y cómo es que ahora nos enteramos —anuncia Jessi.

—Ya sabías que esto iba a pasar y sin tener poderes sobrenaturales —inquieta Maca, algo

achispada.

—No es que os enteréis ahora, es algo más complicado —medito bien las palabras que quiero utilizar, porque el recuerdo de esos años se me clava como mil agujas—. Quiero ser sincera con vosotras, pero a cambio quiero reciprocidad.

Todas asienten a la vez con ojos expectantes ante mi relato. Suspiro profundamente, tomo el vaso con la sidra a punto de acabarse, y doy un último sorbo. Paladeo los matices cítricos y siento cómo me calienta la garganta. Con calma, coloco el vidrio sobre la mesa, cierro los ojos y expulso todo el aire, despojándome de la tensión acumulada.

—¿Recordáis cómo llamaban a mi abuela? —En sus rostros se refleja la penumbra de aquellos tiempos, una sombra que me acompañó durante años—. Podéis decirlo, no os recriminaré nada; solo quiero explicaros el motivo de mi silencio.

Ninguna parece atreverse a pronunciar esas palabras, prefiriendo dejarlas sepultadas en algún rincón de sus recuerdos, intentando olvidarlas. La mano de Yure se extiende a través de la mesa hasta encontrar la mía y, por un instante, siento todo su pesar. Un leve destello me ciega por un momento cuando creo verla sentada en la oscuridad, llorando. Una sensación de tristeza se cuela en lo más hondo, y sin querer, se me escapa una lágrima que me apuro en secar sin que nadie lo note. ¿Qué ha sido eso? Solo ha durado unos segundos. Es la primera vez que experimento algo así; hasta hace poco, solo percibía algunas emociones, no veía imágenes. Me topo con su mirada y me pierdo en sus iris sin encontrar sentido a lo que acabo de ver, mientras sus labios se abren poco a poco.

—Saturnina la loca, era el que más utilizaban, y algunos niños la llamaban la vieja del saco...

Entrelazo mis dedos con los de ella, sintiendo las miradas de todas mis amigas fijas en cada uno de mis movimientos. Esos comentarios ya no me afectan; antes era demasiado inocente para darme cuenta del daño que causaban. Eran palabras venenosas que se infiltraban como ponzoña, consumiéndote lentamente. Ahora, siendo consciente de todo aquello que no entendía, comprendo mucho mejor las decisiones que tomaron para protegerme.

La voz áspera de Liam Gallagher nos envuelve, desgarrando los sentimientos para reconstruirlos en algo distinto, más intenso de lo que recordaba.

*Today is gonna be the day that they're gonna throw it back to you
And by now, you should've somehow realised what you gotta do
I don't believe that anybody feels the way I do about you now*

—Mi madre quería evitarme todo aquello. Hacía todo lo posible para que no escuchara los murmullos a nuestro alrededor, minimizándolos para protegerme del mundo exterior. Algunos individuos necesitan despreciar aquello que no comprenden y destrozarlo con palabras llenas de odio. —Hago una pausa, sumergiéndome en los recuerdos—. Era muy pequeña cuando comencé a percibir las auras. No era algo constante, no siempre podía verlas, solo en ocasiones y en ciertas personas.

—¿Qué es lo que ves realmente? —pregunta, curiosa, Lorena.

—Veo el color de las auras de las personas —respondo—. No es algo que controle a la perfección, ya que no me sucede con todo el mundo y a veces, logro percibir algunas emociones.

—Tengo mil preguntas, ¿ahora las estás viendo? —interroga, escéptica, Yure.

—Sí, veo algunas brillar más que otras. —Le guiño el ojo.

Los ojos de mis amigas se abren como platos, y los labios de Maca libran una lucha que están a punto de perder, por ser ella la primera en preguntar. Aunque no crea en esas cosas, sé que todo esto le sorprende.

—Continúa —apremia Jessi—, ahora nos detallas mejor todo lo que ven tus ojos de bruja.

Sonrío ante ese apelativo que antes me causaba dolor; ahora, pronunciado por mi amiga, su sonido se convierte en un bálsamo para las heridas que aún mantenía abiertas y sin sanar. A veces, el tiempo no es más que un apósito que, en algún momento, debemos retirar para contemplar las cicatrices del pasado. Esas marcas nos han moldeado en quienes somos hoy y serán las que nos guíen hacia delante.

—Cuando empecé a ver los colores que muchas personas proyectaban, no tenía reparos en decirlo en voz alta. ¿Qué entendía yo en ese entonces? Me ilusionaba porque, dentro de las paredes de mi casa, era algo mágico y todos parecían enorgullecerse de ello. Pero fuera de ellas, se convertía en algo malo. Despectivo, raro, extraño. Algo que podían señalar y manchar. —Niego con la cabeza—. Entonces, mi madre me sugirió, como si se tratara de un juego, mantener el secreto. Era solo nuestro, de la familia.

Aprieto mis dedos unos contra otros, nerviosa, al liberar por fin la verdad que durante años mantuve oculta.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión? Desde hace unos años, nos dejabas caer píldoras sobre esos poderes tuyos, solo que nos lo tomábamos a pitorreo —pregunta Jessi, quien asume el rol de periodista en esta conversación.

—Mi abuela. —Dejo caer los párpados, y por un instante me parece verla a mi lado, tomándome la mano mientras un frío se cuele en mi interior. Al abrir los ojos, me encuentro con todas las miradas puestas en mí, brindándome el abrigo que necesito—. La enfermedad que padecía la consumía un poco más cada día, pero nunca perdió su sonrisa y nunca dejó de ayudar a los demás. Sin embargo, era como si absorbiera el mal de las personas que acudían a nuestra casa en busca de su ayuda. Con cada visita, limpieza, lectura... El aura que proyectaba se apagaba un poco más. —Hago una pausa, respiro hondo y continúo—. Días antes de morir, me susurró al oído: «No dejes que nadie apague tu luz, Almudena. Estoy orgullosa de ti». Y desde ese día, ya siendo una adulta capaz de enfrentarme a todo lo que me rodeaba, empecé a creer más en mí misma.

—¿Cómo era su aura? —indaga Lore, su voz cargada de expectación por mi respuesta.

—Era... preciosa. Su aura era deslumbrante; como si la magia de un arcoíris se materializara frente a mí, solo que más viva y vibrante —confieso, sintiéndome orgullosa de pies a cabeza.

—Lo sabía; siempre supe que Nina era única —asiente, con una enorme sonrisa—, cuando era pequeña creía que era un hada.

—¡Ay! —A mi derecha, Cristina se lleva el dedo al lagrimar—. Adoraba a tu abuela, siempre nos trató muy bien, odiaba lo que decían de ella.

—Tú y todas, me encantaba entrar en tu casa y respirar ese aroma a bizcocho recién hecho —añade Maite.

—Todo lo que te diga de tu familia me parece poco, ya sabía que erais especiales —expresa

Vera.

—Nina nos recibía siempre con una sonrisa —recuerda Yure.

—Yo le di de un puñetazo a Paquito cuando lo escuché decir burradas —confiesa Maca muy seria.

—Gracias —murmuro ante el despliegue de sinceridad de mi amiga.

—Estamos orgullosas de ti, Almudena —declara Jessi, con su voz teñida de afecto, mientras el resto asiente, reflejando un cálido consenso.

I said maybe

You're gonna be the one that saves me

And after all

You're my wonderwall

Nos miramos y, en ese instante, siento cómo se disipan años de incertidumbre y temor. Me envuelve una sensación de alivio profundo, como si al fin pudiera respirar sin el peso de antiguas cargas. Era el último empujón que necesitaba para dejar atrás viejas sombras y mirar hacia delante.

En este momento, me siento más unida a mis niñas que nunca, el corazón me pide a gritos quererlas y protegerlas, porque no hay amor más grande que aquel que se encuentra en la familia que uno elige. Son esas personas que, demostrándotelo una y otra vez, se convierten en una parte esencial de ti, asegurándote que siempre estarán ahí, en los momentos buenos y, sobre todo, en los malos.

CAPÍTULO 4

Gypsophila

Después de varias copas, algunos aperitivos más y dos horas de canciones que nos animan a seguir con nuestra alborotada reunión, estamos más que preparadas para lo que viene a continuación.

—Ahora se viene lo bueno, vamos a hablar de temas que verdaderamente son de *interés* mundial —anuncia Maca, lanzándonos una mirada penetrante.

Nos miramos unas a otras, tratando de adivinar las intenciones de Macarena, que está algo achispada. Bueno, diría que superó el límite ya en su tercera copa, y el rubor de sus mejillas son la clara prueba de ello. ¿Sabéis cómo los guiris suelen quemarse la nariz y la cara bajo el sol? Pues esa es la viva imagen de mi amiga. Para colmo, siendo rubia, esos tonos en su piel la hacen mimetizarse perfectamente con ese estereotipo.

—¿Hablamos de lo luminosas que son las muchachas de Escocia? Parece que desayunan bombillas, irradian luz —dice Maite, mientras observa a las mujeres en la barra—. Y qué cejas...

—Parecen Gusy Luz —comenta Lore, entre carcajadas.

—Shhh, dejad de cotorrear y centrémonos —nos regaña Macarena.

—¿Qué tramas, morena? —pregunta Jessi con guasa.

—Por preguntar, tú *sserás* la primera. —La señala con su pajita.

—¿Qué quieres hablar? Eres muy rápida señalando, pero no sueltas mijita.

—Vamos a hablar de temas marranos —exclama Maca, quizás demasiado alto y da una fuerte palmada en la mesa. El grupo de muchachos que está a nuestro lado nos lanza una mirada y comentan algo entre risas.

Unos ojos azules intensos, tan profundos como el océano, capturan los míos durante un fugaz segundo. Desvío rápidamente la mirada hacia mis amigas, tratando de ignorar esa sensación que se desliza como una serpiente a través de mi cuerpo al sentir su penetrante escrutinio.

—Niña, baja un poco la voz, que te estás emocionando demasiado. —Poso mi mano sobre la suya y me inclino hacia el centro de la mesa para que pueda escucharme—. Todo el pub se va a enterar de lo que estamos hablando.

—¿Y qué? No nos entienden, hablamos español y ellos *micaelico*.

—Gaélico —corrige Jessi.

—Lo que *ssea*.

—Miedo me dais —digo, anticipando la conversación que se avecina.

—Yo lo siento, pero paso de hablar —expone Cristina mientras se lleva el vaso a los labios.

—¿Por qué? Si hablamos, lo lógico es que nos mojemos todas —afirma Vera, resuelta.

—Prefiero no airear esos temas —confiesa Cris, con la boca pequeña.

—¿No me digas que Eduardo...? —indaga Jessi.

—¡A ti te lo voy a decir! —replica Cristina, moviendo el dedo en señal de advertencia frente a su rostro.

—¿Cómo la tiene el señor Empotrador? —lanza Maca, ignorando a las demás y cambiando de presa.

Ambas sostienen un duelo de miradas durante unos segundos, que a mí se me hacen eternos. Aprovecho para terminar mi copa y noto los ojos de los muchachos puestos cada vez más sobre nosotras. Jessi me mira de reojo, consciente de lo mismo que yo, mientras el pelirrojo de ojos azules parece muy interesado en nuestra conversación. Finalmente, Vera parpadea, perdiendo la batalla, y lleva sus manos al centro de la mesa, captando la atención de todas. Estamos a la espera de su próximo movimiento. ¿Cogerá una servilleta para dibujar? ¿Marcará el límite con los dedos? Trago saliva, expectante, mientras observo a amiga cerrar el puño izquierdo sobre la madera. Después, con la otra mano, repite el gesto, pero esta vez lo coloca encima del primero. Justo cuando creía que ya no podía sorprenderme más, el puño que estaba debajo asciende por encima del derecho y eleva ligeramente el pulgar. Ella asiente con la cabeza, orgullosa del resultado.

—Tres puñitos y medio —declara.

—Mentira *coshina*. Ni que tuviera una anaconda entre las piernas —replica la otra.

—¡Exagerada! —exclama Maite.

—¡Calla que luego vass tú! —amenaza Maca.

Maite hace el gesto de cerrar una cremallera invisible sobre sus labios, sellando su silencio.

—¡Que sí! ¿O quieres que la próxima vez se la mida con un metro?

Maca reflexiona sobre la sugerencia con un dedo tocándose pensativamente la barbilla. En su mente se están cocinando demasiadas ideas y ninguna parece ser buena.

—Casi puedo presentir lo que está gestándose en esa cabecita —comento, llevando mis índices a las sienes como si pudiera establecer una conexión mental directa.

—No te metas en mi *cabesa*. —Me empuja Maca para romper mi falsa conexión.

—No le des *ideass*, que es capaz de exigir pruebas gráficas —advierte Jessi.

—Te va a pedir un *unboxing* de la churra de Enol —se burla Maite.

—Lo que nos faltaba era Equipo de Investigación, destapando la verdad sobre las medidas de los puñitos —anuncio, imitando la voz de Gloria Serra.

—Ahora suelta, ¿y Carlos? —insta Vera.

—¿*Carloss*? Como buen policía, lleva consigo una buena porra.

Estallamos en carcajadas y sin poder evitarlo, un poco de la bebida que estaba a punto de tragar se me escapa por la risa.

—¡Mira que eres burra! —la regaña Yure.

—Burra me pone. —Se carcajea mientras vuelve a verificar la altura indicada por nuestra amiga con los puños aún sobre la mesa—. No me lo creo, ni que fuera el negro del *WhatsApp*.

—¿Qué gano mintiéndote? Tú eres la que has preguntado, no estabas preparada para conocer

la verdad —responde, con una amplia sonrisa en los labios.

—Debe ser que Vera tiene las manos grandes, porque mis tres puños parecen mucho más pequeños —sugiere Lore, imitando el juego de las medidas.

De repente, en un abrir y cerrar de ojos, todas empezamos a repetir el gesto de Vera y a comparar nuestras manos. Algunas destacan más que otras, aunque todas seguimos el mismo patrón. Yure y Cristina cuchichean entre risas. Lorena, al ver que todas participan, retira las manos y agarra el vaso, apurando lo que le queda de su bebida mientras desvía la mirada hacia otro lado. A esta le pasa algo; lleva unos meses con una preocupación rondándole la cabeza y no quiere compartirlo con nadie. Por más que he intentado demostrarle que estoy aquí para lo que necesite, se cierra en banda, cambiando de tema y restándole importancia. A mi derecha, Jessi, Vera, Maite y Maca mantienen una lucha por cuál de sus parejas alcanza la medida más impresionante.

—Seguro que Aksel tiene el martillo de Thor entre las piernas. —Ríe Vera.

—No oss voy a mentir, tiene un buen martillo —confirma Jessi, apunta con su copa hacia el otro lado de la mesa cediendo la palabra a las rezagadas—. Yure, *estáss* muy calladita, ¿Miguel qué talla calza?

—Pasapalabra —responde.

—¡No vale! —se queja Maca, haciendo un exagerado puchero.

—Vamos, Yure, lo que suceda en esta mesa y en este viaje se queda aquí, en Escocia —animo a mi amiga, alzando la copa hacia ella—. ¡Pacto!

—¡Pacto! —corea Maite.

Casi todas mis amigas levantan sus copas, sellando nuestro pacto con un brindis. Lo hago, sobre todo, porque la imagen de Yure llorando en la oscuridad me tiene descolocada, y tengo el presentimiento de que aún no ha pasado. Puede que me equivoque, sin embargo, no pierdo nada por intentar indagar un poco más.

—¡Que no, pesadas! —En ese instante, Yure agarra a Cristina de la mano y la arrastra hasta el baño, dejándonos con la palabra en la boca.

—¿Qué bicho le habrá *picao*? Almu, ¿*ssabes* algo? —me pregunta Maca.

—¿Yo? Si a mí no me cuenta nada, ya sabes que ella siempre ha sido de contarle sus confidencias a Cris...

En ese mismo instante, Jessi y Maca mueven sus cabezas a la vez hacia mi dirección, con los ojos muy abiertos, parecen dos lémures. Me escrutan con la mirada como si así pudieran hacerme hablar. A veces, pienso que estas dos hablan con la mente, esas ideas que fluyen en ambas direcciones salen sin necesidad de intercambiar palabras, y en ese momento, me siento testigo directo de esa conexión silenciosa.

—¿No has... —empieza Maca.

—...notado nada? —completa Jessi.

Lo que yo diga, funcionan como una mente colmena, al final va a ser cierto que desde la barriga ya tenían cierta conexión. Alterno mi mirada de una a otra, tratando de descifrar el mensaje oculto tras sus ojos, intentando entender a qué se refieren. Es posible que sepan algo que yo desconozco y estén tratando de confirmar sus sospechas. Entonces, Maite se interpone en nuestra línea de visión, colocándose delante de ambas y cortando así el intenso escrutinio al que

me estaban sometiendo.

—¡Fuuss! ¡Fuuss! —Agita las manos frente a ellas para alejarlas—. Si Yure no quiere hablar, la dejáis en paz. Ya sabéis que no todas aireamos nuestros problemas, incluso a mí me cuesta a veces —dice mientras sopla un mechón que le caía sobre el ojo—. Y dejad de presionar a Almu. Si ha notado algo, lo hablará directamente con ella, y ya nos enteraremos cuando toque. —Da un par de palmadas en el aire—. ¡Ahora, a volar!

Presiono el hombro de Maite agradeciendo su interrupción. Sinceramente, no he notado nada más allá de esa imagen, un detalle que aún no puedo revelar sin hablar primero con ella, ya que ni yo misma estoy segura de lo que presencié. Es mejor no adelantar los acontecimientos e influenciar en algo que aún no ha sucedido o pertenece al pasado. El móvil me vibra un par de veces en la mochila, lo cojo y veo en las notificaciones entrantes el nombre de Álvaro. Sí que ha tardado en dar señales de vida.

—Ahora vengo. —Levanto el teléfono en alto mostrándole la pantalla.

—Ve, no nos vamos a mover de aquí —apunta Maite.

—¿Te pedimos algo? —me pregunta Vera.

Asiento mientras me coloco el abrigo por encima. Hago un barrido con la mirada comprobando donde está cada una. Localizo a Maca, Lorena y Jessi en la barra junto al camarero, este las mira muy atento a su discurso. Seguro que le están diciendo que es el cumpleaños de alguna para que la invite a chupitos. Las conozco como si las hubiera parido. Me dirijo con pasos firmes hacia la puerta, necesito tomar un poco de aire. Así podré responderle a Álvaro o grabarle un audio resumiendo los últimos acontecimientos.

Reviso el teléfono para leer su mensaje antes de contestar, me sorprende encontrar una escueta respuesta; un emoji de un pulgar levantado. Intento restarle importancia y decido escribirle antes de mandar el audio.

Almudena:

*Sé que ya te lo he dicho, pero te lo repito. ¡GRACIAS!
Ahora mismo estamos en un pub tomando algo, hemos cenado hamburguesas y perritos
calientes, a lo básico, mañana probaremos cosas típicas de Escocia.*

Álvaro tarda unos minutos en ponerse en línea y sin querer, me impaciento más de la cuenta. Llevamos juntos muchos años y, a pesar de que actualmente atravesamos una racha algo tensa y llena de baches, sigo pensando que podremos superarlo.

Álvaro:

Disfrútalo, y no bebáis demasiado.

Almudena:

Solo un poco, ya nos conoces...

Álvaro:

Almu, voy a acostarme. Mañana hablamos.

Almudena:

Buenas noches, descansa cariño.

«¿Ya está?».

Por más que miro la pantalla, Álvaro no vuelve a ponerse en línea. Lo dicho, últimamente estamos muy distantes. Desde que Vera y Pedro terminaron su relación, la nuestra también se resintió. Álvaro, Eduardo y Miguel eran, rectifico, son muy amigos de Pedro. A pesar de que después de aquel evento siguieron manteniendo el contacto, no como antes, por razones obvias. Sin embargo, sí que se han reunido alguna vez para salir a tomar algo. En varias ocasiones, me lo he encontrado pensativo después de esas cenas; incluso, una vez lo compartió conmigo, expresando su opinión sobre cómo la venenosa rutina daña las relaciones desde dentro y, cuando te das cuenta, es demasiado tarde. Lo peor de todo es que, desde entonces, un persistente murmullo me acompaña, inflando mis preocupaciones hasta en las situaciones más triviales, tejiendo sombras y dudas donde antes no existían. Y para colmo, soy incapaz de percibir el aura de Álvaro; me encuentro a ciegas con él, lo cual me inquieta, especialmente cuando lo encuentro con esa mirada ausente.

No es solo el temor a lo desconocido lo que me aterra, sino la posibilidad de perder nuestro vínculo, ese que una vez nos unió. Ahora, presiento que se desvanece, escurriéndose como humo entre mis dedos. Mi mente viaja lejos de allí llevándome a un momento de nuestra infancia, ese que siempre atesoraré.

CAPÍTULO 5

Espiga de Rosa

Pasado.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz! Te deseamos todos, ¡cumpleaños feliz! —cantan mis familiares, llenando la habitación de alegría.

—¡Sopla y pide un deseo! —me anima mi madre.

A mi alrededor, todos comienzan a aplaudir con entusiasmo. Las sonrisas iluminan sus rostros, y la felicidad que desprenden me contagia. Miro la llama de la vela que lleva el número catorce, ese número que marca el inicio de un nuevo año para mí. Me tomo un momento para pensar en mi deseo, buscándolo en lo más profundo de mi corazón hasta que lo encuentro, brillando con intensidad. Lo abrazo en mi mente, convencida de que, si lo deseo con todas mis fuerzas, seguramente se hará realidad. Cierro los ojos, respiro hondo, llenándome de aire los pulmones y con un fuerte soplo, la vela se apaga, sellando mi deseo.

—¿Qué has pedido? —pregunta mi hermana mientras me abraza.

Abro los ojos y la arrullo entre mis brazos, nos llevamos seis años, pero estamos muy unidas. Inhalo la dulce fragancia que desprende su cabello, que huele a gominolas gracias al champú que compartimos, y me invade el deseo de cubrirla con pequeños bocaditos cariñosos. Mi madre me había dicho en repetidas ocasiones que no podría tener hermanos, y justo cuando me había resignado a esa idea, me sorprendió con la maravillosa noticia de que tendría una hermanita y que yo asumiría el rol de la hermana mayor encargada de cuidarla. Desde entonces, hemos sido inseparables. Al mirarla a los ojos, me veo reflejada en ella tal como era yo hace unos años. La única diferencia es que sus iris destellan con el profundo y cálido marrón de la tierra recién humedecida por la lluvia, mientras que los míos resplandecen con el luminoso verde de una esmeralda.

—Pues... —susurro, intentando contener mi risa, y noto cómo su cuerpo se tensa en mis brazos.

—¡Eso no se dice! —me regaña mi madre—. Debes guardarlo en secreto hasta que se haga realidad.

—Jooooo. —Mi hermana se aleja de mí, poniendo un puchero adorable, y yo aprovecho para revolverle el pelo.

—Esperanza, ¿quieres un trozo de bizcocho de limón? Lo ha preparado la abuela —le ofrece.

Mi abuela nos sonríe confirmando las palabras de mi madre, lleva unos días algo cansada, no sé si es por todo lo que hace en la tienda con mi madre o por las visitas de las personas que vienen a casa. El verde intenso de sus ojos hoy se mezcla con sombras marrones, y la luz que siempre la rodea hoy parece parpadear.

—¿Está relleno de chocolate? —indaga con un brillo en los ojos.

—Si quieres chocolate, puedo abrirlo y le ponemos un trozo de la tableta por dentro.

—Pero yo quiero que el chocolate esté derretido —protesta mi hermana.

—Mira que eres *jartible*.

Mientras siguen discutiendo, escena recurrente en esta casa, porque mi hermana no se contenta con nada, decido no esperar más y tomo uno de los trozos de bizcocho ya cortados que reposan en el plato, llevándomelo a la boca. Al probarlo, el sabor cítrico estalla en mis papilas gustativas y la esponjosidad se funde, equilibrando lo amargo y lo dulce del glaseado. La superficie está decorada con ralladura de limón, que asemeja a copos de nieve descansando sobre la delicada capa blanca que lo envuelve. Me chupo los dedos, ahora algo pegajosos por el azúcar.

Y sin esperarlo, recibo un capón en la cabeza por parte de mi madre.

—¡Auch! —me quejo.

—No seas cochina, ¿para qué pongo servilletas? Tienes que darle ejemplo a tu hermana —mientras ella me reprende, veo por el rabillo del ojo a la susodicha imitando mi gesto. Niego con la cabeza mientras ella se ríe—. Esperanza, ¿no estarás con los dedos en la boca?

—¡Noooooooo! —Extiende la «o» al máximo y se escabulle antes de que pueda atraparla

—Bueno, me tengo que ir a abrir la tienda. Al volver, te daremos los regalos, quiero que tu padre también esté presente.

—¡De acuerdo! —respondo con entusiasmo.

—No te preocupes, Encarni, quédate tú en casa con las niñas; yo iré a abrir la tienda —se ofrece mi abuela.

Esa tienda era su gran pasión, llevaba años al frente de ella. Un herbolario que, con el tiempo, se había transformado en mucho más, convirtiéndose en un rincón donde las piedras, el incienso, las velas y una amplia variedad de productos esotéricos llenaban cada estante, creando un ambiente único y mágico. Un refugio para muchas personas en la búsqueda de sí mismas.

—No, tú deberías descansar —responde mi madre, limpiándose las manos en el delantal que lleva puesto y se dirige hacia mi abuela.

—Estoy bien.

—Ya... nos conocemos. No me hacen falta poderes para saber lo que sé.

—Abuela, ¿te acompaño a la habitación? —pregunta mi hermana desde el fondo del salón.

Su mirada se dirige a la entrada, como si algo hubiese llamado poderosamente su atención. Siento un escalofrío recorrerme la piel, y sé que algo está a punto de suceder.

—Almudena —me llama en un susurro.

—Dime, abuela.

—¿Me puedes acompañar fuera? Hoy el sol está brillando mucho y me apetece sentir su calor.

—Pues salgamos. —La tomo de la mano, y la guio con cuidado hasta la entrada. Echo una mirada atrás y mi madre me agradece el gesto con la mirada mientras sigue afanada en sus tareas.

Una vez fuera, los rayos del sol acarician nuestra piel. Ayudo a mi abuela a acomodarse en una de las sillas cercanas a la entrada y, por un instante, parece que su aura vuelve a brillar con esos destellos de colores que siempre la han caracterizado. Es como si la luz del sol nutriera su

alma. Con ternura, me toma de la mano y, casi sin darme cuenta, desliza un pequeño sobre de papel en mi palma, cerrando luego mis dedos en torno a él para asegurarse de que no lo deje caer.

—Ábrelo —me insta.

—¿Qué es? —pregunto, lanzándole una mirada inquisitiva.

—Es solo un pequeño detalle —dice, restándole importancia con un gesto de su otra mano. Sin embargo, su sonrisa la traiciona, y sé que lo que sea que esté envuelto en el papel tiene un gran significado para ella.

Con cuidado, desdablo la apertura del sobre de *glassine* marrón, lo inclino sobre la palma de mi mano y de su interior cae una cadena de plata coronada por una lágrima de esmeralda. Siento un nudo en el estómago al comprender, después de tanto tiempo, el significado espiritual de esta piedra; amor, protección, sanación y un fuerte amuleto contra las energías negativas. La observo bien y no puedo evitar ver en sus matices los iris de mi abuela, tan similares a los míos.

—Es muy bonita... —murmuro con lágrimas en los ojos.

—Ven que te la ponga, luce su brillo y confía en ti.

Le paso la cadena y me sitúo frente a ella, apartando mi larga melena negra para dejar mi cuello al descubierto. A lo lejos, noto que los nuevos vecinos están teniendo un pequeño altercado en su hogar, marcado por dos fuertes portazos antes de que se abra la puerta principal. De ella emergen dos figuras, la madre y su hijo, él por su apariencia debe de rondar mi edad. Todavía no he tenido la oportunidad de hablar con ellos. Los he saludado cuando me los he cruzado, pero he evitado acercarme demasiado para no dar pie a los rumores. No estoy dispuesta a que se forme una imagen equivocada de nosotros basada en los chismes de algunos vecinos. Mientras avanzan por el sendero de su entrada, mis ojos empiezan a distinguir pequeñas sombras que se ciernen sobre el cuerpo de la mujer, parecidas a manchas que se adhieren a ciertas áreas, y el aura que emana de ella parece menguar a medida que se aproximan por la acera.

—Abuela, la vecina tiene pequeñas sombras... —susurro, expresando mi preocupación, pero esta me interrumpe antes de que pueda terminar la frase.

—Lo sé —responde en un susurro a mi espalda.

—¿Ya los conoces?

—No. Hoy será la primera vez que vengan a casa —afirma dejando caer las palabras cargadas de significado.

—¿La primera vez...?

—¡Ya está! —exclama mi abuela, plantándome un beso en el cuello justo antes de acomodar mi cabello.

Me giro para que pueda admirar cómo luce el collar.

—¿Cómo me queda?

—Estás preciosa, mi niña —responde y sus comisuras se alzan en una amplia sonrisa. Su mirada se pierde en mi hombro, capturando algo que yo no alcanzo a ver.

—Hola... —dice alguien de pronto, saludando a mi abuela.

Me giro para ver quién ha hablado. Son la vecina y su hijo, los mismos de antes, quienes ahora se encuentran frente a nosotras. Ella coloca sus manos sobre los hombros de su hijo,

ofreciendo una sonrisa tímida, mientras él aparta la mirada en cuanto nuestros ojos se cruzan. Mi abuela se pone de pie y, con delicadeza, me hace a un lado, avanzando unos pasos hacia ellos.

—Vamos dentro, podremos hablar mejor —propone mi abuela.

—No, yo...

La sonrisa de mi abuela se ensancha mientras intercambia con la vecina una mirada cargada de secretos, que parecen revelarse en cuestión de segundos. Ella asiente despacio, susurra unas palabras al oído a su hijo y, finalmente, retira sus manos de los hombros del joven, que hasta ese momento había sostenido con firmeza.

—Almudena, ¿podrías hacerle compañía un ratito? —Es una petición muda que entiendo al instante.

—Claro.

Él me mira desconfiado, pero parece comprender la intención de su madre de hablar a solas con mi abuela dentro de la casa. Siento algo extraño revolverse en mi interior cuando la mujer pasa por mi derecha, la miro de soslayo tan solo un momento, antes de dedicar toda mi atención al chico que tengo delante.

—Me llamo Almudena.

—Yo... Álvaro.

—¿Te apetece dar una vuelta? Podemos ir al parque que está aquí al lado.

Mira hacia su casa y luego echa una mirada atrás, como para asegurarse de que su madre sigue en el interior. Tras confirmarlo, asiente y sigue mis pasos.

Caminamos en silencio, escuchando los sonidos de la calle; el rebote de pelotas contra el suelo, el timbre de una bici que se cruza por nuestra izquierda, la risa de los niños que corren de un lado a otro. Sin darnos cuenta, llegamos a la zona del parque donde hay unos bancos de madera para sentarnos. Observo a Álvaro de reojo y noto que, a diferencia de su madre, no le acompañan esas sombras. Aunque no puedo percibir su aura, hay algo en su mirada cálida que me resulta familiar. Es un chico muy guapo, mis amigas se lo rifarían si estuvieran aquí. Se le nota nervioso, ha intentado hablar en más de una ocasión, pero al final sus labios no se han despegado. Me detengo un momento para mirarlo más de cerca, intentando descifrarlo, cuando de repente algo me empuja con fuerza por detrás. Tropezamos y caemos juntos al suelo, cubriéndonos de tierra.

—Lo siento —me apresuro a disculparme, separándome de Álvaro.

—¡Bicho raro! —exclaman a mi espalda.

Reconozco la voz al instante; es Jairo, el hijo de una de las mujeres que suelen murmurar cada vez que mi abuela y yo salimos a pasear. Parece que la manzana no cae lejos del árbol. Me levanto con rapidez, decidida a enfrentarme al niño del demonio.

—Hoy no está la loca de tu abuela para defenderte —dice con desdén, escupiendo en el suelo cerca de mí.

Aprieto el puño con fuerza, preparada para lo que pueda pasar. He evitado toda mi vida tener que enfrentarme a personas como él, pero no toleraré que insulten a mi abuela. Siento cómo el corazón me martillea en el pecho con intensidad, casi ahogando el sonido de mis pensamientos, y el aliento se me hace corto. Ha llegado el momento decisivo; no puedo dejar pasar esto. Aquí y ahora, pongo fin a esta situación.

—¿Me vas a lanzar una maldición? —se burla, mostrando su puño mientras ríe—. De tal palo, tal astilla.

De repente, una mano firme se posa en mi hombro y tira de mí hacia atrás. El cuerpo de Álvaro se interpone entre mi agresor y yo, ofreciéndome protección.

—¡Cállate! O te... —Las venas de su cuello se marcan, tensas.

—¿O qué? ¿Te ha embrujado para que la defiendas? —Su risa estalla, áspera y estridente, como el sonido de la cerámica quebrándose contra el suelo.

El niño se adelanta un paso, decidido a dar el primer golpe. No obstante, se encuentra con las manos de Álvaro, quien rápidamente interviene para evitar el contacto. El grupo de amigos que se mantenían en la distancia, riéndole las gracias, ahora corean animando la pelea.

—¡Parad, por favor! —imploro.

—Tu calla, bruja —me insulta Jairo.

En ese preciso instante, el puño de Álvaro impacta contra la cara de su oponente, sellando así el final de la pelea. La sangre comienza a brotar de la nariz y se cubre el rostro, abrumado por el dolor. Un silencio repentino invade el parque, interrumpido únicamente por los jadeos de Jairo, marcados por la angustia y la sorpresa.

—Discúlpate.

—¿Qué? —Jairo lo mira incrédulo.

—Que te disculpes —insiste Álvaro, con su puño aún en alto como advertencia.

—Lo siento...

Jairo se pone en pie y, con el rostro marcado por la vergüenza de haber sido derrotado en una pelea que creía ganada, se da a la fuga.

Mis ojos no pueden dejar de mirar a este chico que acaba de irrumpir en mi vida, y al parecer, para darle un vuelco completo. Ahí está él, con su mano extendida hacia mí, en un gesto tan sorprendente como bienvenido.

Hasta hoy, me había limitado a hacerme la sorda ante los venenos que soltaban algunos, pero justo cuando decido plantar cara, el destino parece ofrecerme un regalo: una nueva posibilidad. En aquel instante, supe que mi deseo se había cumplido. Algo en mi corazón vibraba con fuerza. Una sonrisa floreció en mis labios cuando nuestras miradas se entrelazaron y se negaron a separarse. Agarré su mano con decisión, lista para sumergirme en lo que venga después.

En ese momento ninguno de los dos éramos conscientes, solo dos jóvenes adolescentes. Nos habíamos convertido en el salvavidas del otro, esa ancla que nos rescataría y nos devolvería a la vida una y otra vez.

CAPÍTULO 6

Pensamiento

Presente.

Alguien me zarandea suavemente. Siento los párpados superpesados y noto la luz filtrándose a través de la piel. ¿Por qué no han bajado las persianas? No me apetece nada abrirlas, por mí que se queden bien cerraditos el resto del día con legañas incluidas, pero la presión que empieza a acumularse en las sienes es cada vez más molesta.

«¿Qué pasó anoche?».

Mi boca está algo pastosa y un sabor extraño inunda mi paladar. De repente, imágenes de la noche comienzan a danzar como si fuera un carrusel de Instagram: llegamos a Escocia, ¡yupi!, viaje en coche hasta el B&B, momento de confesiones, algo que necesitaba desde hacía tiempo... ¡Ah! Sí, el mensaje escueto del emoji de Álvaro, un maldito pulgar hacia arriba, las cuatro palabras que intercambiamos y mi regreso al interior del pub. A partir de ahí, los recuerdos se vuelven más borrosos: chupitos, una mezcla de cervezas de diferentes colores y sabores intensos, amargos, ásperos. Conversamos con unos chicos, ¿*highlanders*?, así los presentó Maca, ¿o fue Jessi?

—Almuuuu —me susurra Lorena en el oído mientras continúa el balanceo de mi cuerpo.

Abro los ojos de par en par, confirmando que no he soñado nada de lo que ha pasado. Sí, estamos en Escocia. Echo un vistazo a mi amiga; Lorena ya está lista y radiante, me ha dejado dormir mientras se arreglaba. ¡Qué considerada es! Extiendo los brazos y la abrazo bien fuerte. Anoche al final, no pude hablar con ella de las sorpresas que tienen preparadas y también quería indagar sobre eso que oculta tras esa sonrisa apagada. La verdad es que ayer mi cabeza solo giraba en torno a la cantidad industrial de alcohol que nos metimos, y todos sabemos que ese no es el mejor momento para tener una charla de las buenas. Cuando estás así, hablas sin filtro, tu cabeza no te sigue a la misma velocidad y todo se siente el triple. Es peor que estar premenstrual; al menos para eso el cuerpo te prepara. Con el alcohol nunca sabes por donde vas a salir.

Definitivamente, no era buen momento. Para colmo, estaba algo dolida por las pocas palabras que intercambié con Álvaro, y eso seguro que afectaría a la conversación.

—Gracias, mi niña —susurro con voz ronca.

Lore me devuelve el abrazo y me aparta el pelo de la cara con cuidado.

—Nada, nada... Anoche os vi muy intensitas, os dejé a vuestro aire cuando empezasteis a hablar *dothraki*.

—¿Cómo?

—Claro, era algo así como «*Athchomar chomakaan*» que digo yo que sería vuestro saludo en *dothraki*, pero vete tú a saber. No tengo ni idea de cómo os entendíais, pero lo hacíais. Está todo documentado —dice entre risas.

Se estira hasta agarrar su móvil de la mesita de noche y, con los dedos volando sobre la pantalla, encuentra un vídeo que me pone justo delante de los ojos. Me echo hacia atrás lo justo para ver el *show* completo de nuestra noche escocesa. Con las mejillas coloradas y totalmente despendoladas, gritando «*Athchomar chomakaan*» y riéndonos sin parar. Lorena tiene razón, es un misterio cómo nos entendíamos, pero ahí estamos, asintiendo y todo.

—Yo creo que Maca estaba intentando aprender gaélico, pero a su manera. Ya sabes que se inventa los refranes; no me sorprendería que acabara inventándose un nuevo idioma. —Ambas nos reímos mientras guarda su teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Mira que somos pavas.

—Yo me lo pasé divinamente —dice Lore, tirando de mí para que me ponga en pie—. ¡Vamos! Las niñas nos esperan abajo.

Después de abrir mi maleta y curiosear todo lo que escondía, decidí optar por ropa cómoda: unos vaqueros desgastados y un jersey verde botella que adoro, todo ello complementado con un abrigo forrado de borreguito. Menos mal que todo lo que había en su interior era ropa que suelo usar a menudo. Esto confirma que Álvaro ha tenido mucho que ver en la selección de lo que contiene.

Quince minutos más tarde, nos encontramos en el salón donde se sirven los desayunos. Lo que yo no sabía es que ayer las chicas habían elegido de una lista lo que íbamos a comer esta mañana. Casi todas estamos reunidas en una mesa, excepto Maca y Jessi, que están sentadas en una mesita cercana porque no había una lo bastante grande para las ocho. Al ver la cantidad de comida sobre el mantel, me llevo las manos a la cabeza; en Escocia, claramente, consideran el desayuno como la comida más importante del día. Varios platos de panceta, que en mi pueblo serían considerados filetes por el grosor que tienen, se alinean en la mesa. También hay huevos fritos con las yemas brillando descaradamente, pidiendo a gritos que las profane con un buen trozo de pan, champiñones salteados, unas salchichas enormes, tomates a la plancha, patatas y, por supuesto, las típicas judías. Mi estómago ruge al percibir el olor.

Yure me pasa una taza gigante de café tan oscuro como el chapapote, esto dejará marca en mi interior. Crucemos los dedos para que esté cargado de cafeína, porque seguro que la necesitaré. Al rozar su mano siento un pequeño chispazo, que ella no parece notar. Esto empieza a ser algo más que una simple casualidad.

—Hoy se modera la ingesta de alcohol —nos advierte Cris.

—¿Por qué? —inquieta Maite, curiosa.

—¿No os parece suficiente el *show* de anoche? Casi nos echan del pub, menos mal que ese muchacho nos echó un cable.

—¿Muchacho? —pregunto, mientras rebaño la yema de huevo frito—. ¿Tanto bebí? No recuerdo la mitad de la noche.

—Sí, hija, sí. Bebisteis mucho, hasta el agua de las macetas —aclara Yure.

—Sí, ya lo conocerás —interviene Vera—. En cuanto lo veas, seguro que te acuerdas. Pedazo de hombre, eso sí es un *highlander*.

—Por un segundo me sentí en *Outlander* —dice Jessi, abanicándose con la mano—, pensaba que, si le tocaba ese pecho firme como la roca caliza, me transportaría a otra época.

—Sois incontrolables —dice Yure, casi atragantándose de la risa y a punto de escupir el café.

—Yo no me puedo comer esto —comento, señalando la enorme longaniza—. Es más grande que mi brazo.

—Sí que puedes... —Maca alza ambas cejas y se lleva un buen trozo de salchicha a la boca—. Salchichas más grandes te habrás comido, picarona.

Maite suelta una carcajada que se oye en toda la sala. Varias personas nos miran, y termino riendo con ella. Solo llevamos un día en Escocia y ya estamos dando la nota. Si es que no se nos puede sacar de Sevilla, la liamos parda. Observo la mesa de Jessi y Maca, quienes comparten lo que han pedido, dispuestas a probar un poco de todo. El tenedor vuela de un lado a otro con trozos de lo primero que pillan. En uno de sus platos, veo *Haggis* y levanto una ceja, sorprendida por su entusiasmo.

—¿Sabes qué es eso, Maca? —pregunto, curiosa.

—Morcilla, de toda la vida —responde ella, con seguridad—. Quizás un poco sosa, pero nada que no se pueda arreglar con una mijita de sal.

—Bueno, se le parece, pero es un poco distinto a lo que estamos acostumbrados —trato de explicar.

—Se parece a la morcilla, su sabor es similar, y está de muerte con pan —comenta Jessi, mientras se lleva a la boca un trozo de pan untado con *haggis* como si fuera *foie gras*.

Cristina me da un codazo suave por debajo de la mesa para captar mi atención.

—Déjalas, si lo están disfrutando, mejor para ellas. A ver si les da energía para lo que tenemos planeado hoy.

—Si yo las dejo... solo las advertía porque ya nos conocemos y sé de alguna que tiene el estómago sensible —susurro, echando un vistazo hacia la mesa.

—¡Uff! No me hables de aquella noche, qué mal lo pasé —recuerda Lorena, poniendo cara de asco.

—En ese momento vi toda mi vida desfilar ante mis ojos —exagera Yure con dramatismo.

—Ese día sí que tuvisteis contacto directo con el más allá. —Se ríe Maite—. Por suerte, yo guardo otros recuerdos de aquel día.

—Siempre hay un roto para el que sabe coser —suelta Maca, dándole su toque personal al refrán, y todas asentimos, reconociendo la sabiduría en sus palabras.

—Tienes toda la razón, Maca —comento, sabiendo que todas la entendemos a la perfección, a pesar de que parafrasee todos los refranes.

Esa noche, solo una de nosotras la vivió con intensidad, amor y pasión. En cambio, otras, pobrecitas mías, la experimentaron de manera dolorosa, con retortijones, flatulencias y aromas que ninguna desea recordar.



La Royal Mile de Edimburgo se despliega ante nosotras como un tapiz vivo de historia y

modernidad entrelazadas. Mientras avanzamos, el eco de nuestras risas se mezcla con el murmullo constante de turistas y lugareños. Cada piedra en el pavimento parece contar una historia, cada fachada y ventana nos invita a imaginar las vidas que se han desplegado tras ellas a lo largo de los siglos. Con ellas aquí, justo a mi lado, esta aventura se está convirtiendo en algo único e inolvidable. Observándolas, con sus sonrisas que parecen danzar en los rostros y ese brillo de ilusión inagotable en sus miradas, siento cómo mi corazón se calienta.

Los ojos se nos van al dejarnos engatusar por algunos de los escaparates donde lucen pasteles de colores vivos y llamativos. Los ignoramos más dignas que un junco, felicitándonos unas a otras, por la hazaña de resistir la tentación de comprar algunos para el camino.

Las tiendas de recuerdos, con sus escaparates llenos de tartanes, gaitas, miniaturas y licores locales, nos tientan a gastar, pero logramos pasar la prueba con superioridad. Los recuerdos para el final. Nos detenemos de vez en cuando, atraídas por el aroma del café recién hecho que se escapa de las cafeterías o por el sonido de un músico callejero que interpreta melodías celtas. Su música danza en el aire, añadiendo una capa más de encanto al ambiente. Hay algo en esta ciudad que me atrae irremediablemente, como si las sombras del pasado que moran en sus calles intentasen decirme algo.

Maca se nos escapa del grupo con la excusa de que necesita evacuar, mírala que fina me ha salido la niña. En Sevilla es más bruta que un *arao*, y aquí parece que se está comportando. Bueno, excepto por el episodio *dothraki*, pero eso ya lo dejamos atrás; me aseguraré de borrar ese vídeo y será como si nunca hubiera sucedido.

Justo en ese momento, nos topamos con un par de hombres ataviados con el traje tradicional escocés; sus kilts se mecen al compás de los pasos marcados por sus poderosas piernas. Y, cómo no, empiezan a volar entre nosotras miradas cómplices y discretos codazos. Sin poder evitarlo, lo seguimos con la mirada, contemplando sus anchas espaldas. Estamos babeando, todo hay que decirlo, pero no seré yo la que nos despierte de este sueño.

—Almu, ¿nos hacemos una foto con ellos? —propone Jessi, emocionada, mientras ya me está arrastrando hacia esos ejemplares de machos alfa sacados de otro tiempo.

—Estamos tardando —respondo, entrelazando nuestros brazos y caminamos directas a por ellos.

El resto del grupo no tarda en unirse a nosotras. Parece que todas queríamos una foto, pero nos hacía falta la chispa del terremoto rubio para animarnos a dar el paso. Por suerte, contamos con su otra mitad.

—*Excuse us, could we take a photo with you? We love Scotland and want to immortalize this moment.*¹

—*Of course. Are you Spanish? I love Spain, olé.*²

—Topicazo —susurra Jessi—. Más guiri imposible.

—¿Esperamos a Maca? —pregunta Lorena, preocupada.

—Luego la ponemos con *photocho* —suelta Maite.

Estos asienten a nuestras peticiones con una amplia sonrisa, parecen encantados de que siete mujeres se les arrimen. Esa norma de respetar el espacio personal la dejamos atrás en Sevilla; aquí, nos imantamos a ellos para entrar todas en la foto. Maite intercepta a un transeúnte para que haga el honor de inmortalizar este momento, y rápidamente nos acomodamos, cada una

buscando su mejor ángulo, y sonreímos para la foto.

—¿Por qué pones esa cara? —pregunto, mirando de soslayo a Maite.

—Es mi pose para las fotos, me la enseñó Rose —responde sacando morritos.

—Parece que tienes el síndrome premenstrual... —comento, tratando de contener la risa.

—Es una técnica que usan los modelos, no lo entenderías —replica Maite.

—¡Oh! Perdona usted, señora Ravencroft —digo, llevándome una mano al pecho, fingiendo estar ofendida.

Jessi, que ha estado escuchando nuestra conversación, se une y aprieta las mejillas de Maite para que deje de hacer esa mueca.

—Mucho mejor así —añade mientras mantiene la presión.

—¿Preparadas? —pregunta nuestro improvisado fotógrafo.

—¡Síííí! —exclamamos todas.

Sumergidas en la fantasía de ser parte del reparto de *Outlander*, siento como algo roza suavemente mi pierna. Al mirar hacia abajo, veo un palo selfi asomando por debajo de uno de los kilts. Sigo con la vista el trayecto del dispositivo y descubro a Maca justo detrás de mí, manejándolo con habilidad.

—Shhh —me chista.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito saberlo, si no, me sale una úlcera —responde bajito.

—Maca... ¿No me digas...?

Ella rápidamente esconde el palo selfi cuando los chicos terminan su sesión de fotos con nosotras. Mira la pantalla del móvil, y con una expresión de decepción lo guarda en el bolsillo de su chaqueta. Dobla el *selfi stick* y lo mete en su mochila, luego se acerca sigilosamente para confiarme su descubrimiento.

—Llevaba bóxer, qué desilusión más grande —dice con un suspiro.

—¿Qué esperabas encontrar? ¿Un tanga escocés?

—No sé, que anduviera con la minga al aire, ¡yo qué sé! —Nos carcajearnos compartiendo el secreto, y sus ocurrencias.

Ya me lo imaginaba, este viaje iba a estar lleno de momentos inesperados, risas que brotan del alma y sonrisas permanentes en nuestros rostros. Necesitábamos esta escapada. Sin embargo, a pesar de estar disfrutando mucho, no he podido evitar echarle un ojo al teléfono de vez en cuando, esperando algún mensaje de Álvaro o alguna llamada perdida que no haya visto, porque la esperanza es lo último que se pierde. Y aunque intento no darle demasiadas vueltas, es imposible no sentir una punzada de preocupación en el corazón.

CAPÍTULO 7

Violetas Valeriana

Después de patearnos toda la Royal Mile y sentir pesadez hasta en las pestañas estamos deseando parar a descansar. No hemos dejado atrás ningún sitio de los anotados en nuestra extensa lista de lugares por visitar relacionados con *Outlander*, además de otros puntos de interés imprescindibles en esta mágica ciudad.

Nuestra primera parada fue el Palacio de Holyroodhouse, un lugar de encanto único donde, por unos instantes, nos sentimos como las protagonistas de *Downton Abbey*; eso sí que es un palacio y lo demás son tonterías. Luego, hicimos una visita fugaz a Canongate Kirk, quedándonos maravilladas con su impresionante arquitectura y dejándonos envolver por su atmósfera. Una visita que no podía faltar para capturar la esencia del viaje fue al Tartan Weaving Mill, donde nos probamos ropa de la época y nos tomaron varias fotos que tengo en mente enmarcar. Hay que reconocer que algunas de nosotras parecíamos personajes sacados directamente del pasado con aquellos atuendos, estábamos preciosas.

Pero el momento cumbre lo vivimos al llegar a Bakehouse Close, la famosa imprenta de Alexander Malcom y escenario del ansiado reencuentro de *Claire* y *Jaime*. Como fans empedernidas de la serie, nos metimos de lleno en los personajes y recreamos esa escena con toda nuestra pasión. Por mucho que nieguen haberla visto, el brillo de sus miradas al pisar el mismo suelo que Sam Heughan las delata. Si somos *groupies* de los *highlanders*, se dice y punto.

El Castillo de Edimburgo ha sido el broche de oro del final de nuestro recorrido. No hemos soltado ni un euro para entrar al castillo, pero eso no nos ha frenado a la hora de sacarnos trescientas fotos en cada rincón al que sí podíamos acceder. Al final, seguramente solo dos de esas fotos pasarán el corte. Entre foto y foto, Cris nos regalaba alguna que otra perla de sabiduría, convirtiéndose en nuestra guía personal. Y vaya si lo hacía mejor que cualquier profesional de la zona; es que no hay color. Era evidente el esmero con el que se había preparado, buscando dejarnos boquiabiertas con esos secretitos de Edimburgo que solo ella había sabido encontrar. Más de una vez, se nos ha acoplado a escuchar algún que otro turista curioso, y las gemelas siamesas de otra madre, se encargaban de integrarlos al grupo, interesándose por sus historias, de dónde venían y qué planes tenían. Todo muy nosotras, haciendo amigos allá por donde vamos.

—Yo a ti te conozco... —afirma la pareja que acabamos de adoptar, ambos se miran compartiendo un secreto que desconecemos.

De repente, las mejillas de Maite se colorean de un rojo intenso, y los nervios se apoderan de ella. En sus pupilas puedo ver las miles de realidades diferentes donde la reconocen como la actual pareja del codiciado modelo del momento.

—Tengo una cara muy familiar... —Sus ojos se encuentran con los míos, pidiendo ayuda en silencio.

—¿Vosotros erais de Salamanca? —pregunto, intentando distraer su atención. Mientras, entrelazo mi brazo con el de Maite, en un gesto de apoyo.

—Sí, pero... —La mujer amusga la mirada, hasta que parecen dos rajas en un cartón—. ¡Ya sé de dónde te conozco! ¡Eres tú! —exclama, mientras le da un golpecito en el hombro a su marido.

Maite no sabe dónde se va a meter, si pudiera meter la cabeza debajo de los adoquines del suelo como un avestruz, no dudaría ni un segundo. Que alguien la reconociera era cuestión de tiempo, es algo inevitable por mucha peluca que se ponga.

—Seguro que te has conf... —No me deja terminar, me aparta suavemente y, extendiendo su dedo como un faro en la noche, señala a Jessi, que está justo detrás de mí.

—¡Tú eres la del vídeo viral, la de la juguetería! —exclama, con el índice tan firme que podría rivalizar con la nariz de Pinocho—. Te rescataba Papá Noel... —nos empieza a relatar con todo lujo de detalles. ¡Como si no conociéramos la historia de primera mano!

Jessi, que iba a beber de su botella de agua, se sobresalta y el agua se le derrama por la barbilla.

—¿Qué? —Su voz se quiebra con un inesperado gallo.

—¡Sí, sí! ¡Es ella! ¿Cómo era la canción? —Se gira hacia su pareja, intentando recordar la melodía antes de comenzar a tararearla.

—El vikingo molón, mola mogollón... —terminan cantando juntos, con más entusiasmo que ir el primer día de rebajas.

Y al unísono, como si fuéramos perritos de la pradera en alerta, todas giramos la cabeza hacia Maca, que estaba haciéndose la loca en ese momento, pero la pillamos tratando de contener la risa.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —le preguntan.

Y casi sin darle tiempo a mi amiga de procesar lo que está pasando, ya se han colocado a su lado. La mujer me pasa su teléfono para que les haga de fotógrafa.

Después de despedirse con una sonrisa que les iluminaba el rostro, me dirijo hacia la protagonista de este reciente fenómeno viral. La agarro de la mano, decidida a detenerla antes de que intente desaparecer al baño, por enésima vez.

—¿Maca? ¡Confiesa o cuando menos te lo esperes, te leo los posos!

—No serás capaz... —Se ríe ante mi amenaza.

Las demás nos agrupamos en torno a ella, expectantes ante su elaborada explicación. Nuestra amiga alterna la mirada de unas a otras, tratando de fingir inocencia, poniéndonos los ojitos del gatito de Shrek. Pero la conocemos demasiado bien para saber que es otra de las maravillosas ideas de nuestra Macarena.

—¡Vaaale! Lo admito, cogí el video de TikTok, ese que se hizo superviral, y lo subí de nuevo, pero esta vez con un extra. —Nos confiesa entre risas—. Solo quería que Jessi lo viera y nos riéramos un rato. Te juro que creía que estaba en privado... —sus ojos buscan a su amiga—, cuando me di cuenta, tenía un montón de reproducciones y tres mil corazones. Soy débil, me sentí *inflencer* de éxito y lo pensaba borrar después de unos días, pero eso no paraba de subir. La gente me seguía, me comentaba y ¡me pedían más! Me pudo el ansia de la fama. —Levanta las manos como si estuviera esposada ante mí—. Soy culpable, soy una víctima de las

tendencias.

—¿En serio? —pregunta, incrédula, Jessi.

Sin perder un segundo, saco el teléfono, abro la *app* y busco el perfil de Macarena. Hacía una eternidad que no la usaba; desactivé las notificaciones hace tiempo y, como Maite dejó de mandarme esos vídeos de tutoriales de maquillaje, prácticamente me olvidé de la aplicación. Al hacer clic en el avatar de Maca, mi pantalla se llena de vídeos con miles de visualizaciones. Mis ojos se abren como platos cuando veo el número de seguidores, tiene más de trescientos mil desde la última vez que entré. Sí que se ha hecho famosa la niña. Doy *play* al que fijado en la parte superior y subo el volumen.; en él podemos ver el *show* de la juguetería con Jessi cayendo y siendo rescatada por Papá Noel, todo ello acompañado con la canción del *Vikingo Molón* interpretada por Maca. Hay que admitir, que la canta estupendamente.

—No se te da mal —añado conteniendo la risa por los memes que ha incluido durante el vídeo—. ¿No sabías nada? —le pregunto a Jessi, ya que ellas lo saben todo la una de la otra.

—¡Qué va! A ver, la he pillado mirando el teléfono con cara de «jiji» en más de una ocasión, pero pensé que serían mensajitos guarros con Carlos —nos aclara—. Y no, no le iba a preguntar; ya tengo suficientes traumas con los peluches demoníacos.

—Qué *callaito* te lo tenías —suelta Lorena.

—Al final sí que eres *influencer* —apunta Yure.

—Si me pinchan, no sangro —dice Vera con un dramatismo teatral, marcando cada palabra.

—Eres una caja de sorpresas, Macarena. —Cris lanza el halago con una sonrisa, admirando la capacidad de su amiga para seguir sorprendiéndonos.

—Almu, dale a ese vídeo. —Maite me señala uno de los más vistos.

Lo reproduzco, y lo que sale no me lo esperaba ni teniendo premoniciones. Ahí está Macarena, transformándose en Antonia de los Morancos con un despliegue de cosméticos espectacular. Pero eso no es todo; lo que viene a continuación es un tutorial de maquillaje detalladísimo, con sombras, delineador y todo el kit, sazonado con el ingenio y gracia naturales de Maca. La verdad, esto es para mear y no echar gota. No paramos de reír ante el resultado; esa carita de ángel maquillada al estilo de cuando Homer intenta maquillar a Marge con la escopeta maquilladora. Sin siquiera darme cuenta, terminamos viendo varios de sus vídeos: desde intentos desastrosos de hacer tortilla de patatas hasta sesiones de limpieza donde termina poniéndose todos los objetos que encuentra a su paso.

—Esto no está *pagao*. —Se carcajea Maite—. Para la próxima avisa de estas cosas, que tenemos una amiga famosa y no me he enterado hasta hoy.

—No quería que os pusierais celosas de mi fama —comenta con su salero—, en serio, empezó como una tontería y me he vuelto *yonki* de los *likes*. Por eso no os lo conté. —Intenta hacerse la seria, pero la risa se le escapa.

—Maca, ya decía yo que notaba un brillo especial en tu mirada —confieso, con el cachondeo que siempre hemos tenido antes de revelar lo que de verdad presentía.

—Ahora, eso sí, nada de pedirme fotos. Y por si no os habéis fijado, mi nombre de creadora de contenido es «Maca Attack», pero aquí, en mi canal, todo se hace mal —nos cuenta entonando la voz en plan anuncio de compresas.

—Por favor, Maca, tienes que hacer un vídeo de esos con nosotras de protagonistas por

Escocia —insiste Jessi, sin poder parar de reír.

—Ya veremos, tengo que mirar mi apretada agenda de superestrella —responde con guasa la *influencer* a la vez que se coloca las gafas de sol, que sinceramente, no sé de dónde las ha sacado.



—Virgen del Carmen, ¿esto qué es? —pregunta Vera diseccionando su comida.

—Lo que te has pedido, *marichocho* —suelta Maca antes darle un buen mordisco a su enorme hamburguesa.

—Yo había pedido «*Fish and chips*», no la suela de un zapato —exagera.

—¡Anda! Ya será para menos. —Trato de calmar las aguas antes de pinchar un trozo y probarlo. Se me queda pegado al cielo de la boca—. Está bien... solo necesita un poco más de salsa, y ya está. —Lo sumerjo en la salsa que lo acompaña, asegurándome que quede bien empapado, porque le hace bastante falta, y lo pruebo de nuevo. No, simplemente, esto no es para mí—. Mucho mejor...

—¡Qué mentirosa, Almu! —Se ríe Maite mientras disfruta de sus alitas.

«Esta sí que es lista».

—Menos mal que hemos pedido para compartir —me susurra Lorena.

Ella y yo nos hemos decantado por un *steak pie*, un pastel de carne con salsa de ternera, cubierto por una capa crujiente de hojaldre. Gracias a que me lo ha ofrecido, porque yo sola no me podría comer todo esto, y más después del desayuno estilo *hobbit* que tuvimos esta mañana. Yure y Cris han tenido que ocupar otra mesa, dado que no cabíamos todas juntas. Casi llenamos el local solo con nosotras, hemos vuelto loco al camarero con nuestras incesantes preguntas: sobre el nombre tan singular del pub, «*The World End*», las variadas cervezas y sus distintos sabores, los ingredientes de cada plato... A pesar de llevarlo por la calle de la amargura, ha soportado estoicamente cada comentario y cada petición nuestra, incluido los selfis.

Jessi ocupa el lugar central de la mesa donde nos hemos sentado y, por lo que observo, su plato tampoco ha sido de su agrado. Noto un leve rubor en sus mejillas y su frente ligeramente cubierta de sudor.

—¿Estás bien?

Suelta un suspiro largo y se echa la melena hacia atrás.

—Sí, solo que ya no puedo más —dice mientras empuja el plato y se separa un poco de la mesa, acariciándose la barriga—. Aquí las raciones son gigantes y, además, nos hemos sentado a comer muy temprano. ¡Si hace nada que hemos desayunado! Esta noche paso de cenar.

—Ni tú, ni nadie —aclara Vera.

—Eso lo diréis por vosotras, yo no me pienso ir a dormir hasta probar el *Mars* frito...

—¡Puaj! —Maite se mete los dedos en la boca.

—Macarena, que aún nos quedan unos días. No tienes que probarlo todo hoy —sugiero con

la poca información que se han dignado a soltarme.

En ese momento, mis amigas intercambian miradas cómplices y lo que estaba a punto de tragar se me queda atascado en la garganta. Ojalá tuviera cerca a mi madre o a mi abuela para que pudieran descifrar sus intenciones. Aunque yo no logro entender qué están tramando, algo me dice que lo han planeado con mucho cuidado. Demasiado, diría yo.

Cuatro horas más tarde, con los pies hechos polvo, avanzamos bajo el manto de la noche hacia uno de los muchos callejones de Edimburgo. Allí nos encontramos con un grupo de personas, todas esperando algo que se niegan a desvelarme. La sorpresa no tarda en manifestarse: de repente, ante nosotros se presenta un imponente *highlander*, un auténtico coloso que parece absorber el espacio a su alrededor. Vestido con una cazadora oscura que resalta aún más su cabello pelirrojo y una barba del mismo tono, sobre una tez blanquecina salpicada de pecas. Su sonrisa nos alcanza mucho antes de que sus labios se muevan, arrancándolo de esa imagen idílica de campos verdes donde lo imaginaba montado en un espléndido caballo. Con el pecho al descubierto, el kilt ondeando al viento y en sus grandes manos, empuñando una enorme espada. Es-pa-da, no malpenséis.

—¡Buenas noches a todos! Mi nombre es Sergio y tengo el placer de ser vuestro guía en esta aventura nocturna. Espero que vengáis con ganas de explorar el lado más misterioso de Edimburgo, un lado repleto de secretos y anécdotas que estoy ansioso por compartir con vosotros —dice con una voz imponente que capta de inmediato nuestra atención, y para mi sorpresa, tiene un marcado acento andaluz.

—Este es andaluz —susurro, dándole un codazo a Lorena.

—¡Claro! Es de Granada, lo conocimos anoche, ¿no te acuerdas? —me responde, y aunque por un momento dudo, ya que sí recuerdo a los muchachos que teníamos sentados al lado, mi mente está algo nublada—. Le acariciaste el brazo, Almu, y le comentaste algo de que sentías buenas vibraciones.

En este instante, la mirada del *highlander* recorre nuestros rostros, deteniéndose en mis ojos durante unos segundos que se me antojan eternos, y una sonrisa seductora se dibuja en sus labios. Sin querer, me ruborizo, abrumada por un sinfín de pensamientos mientras percibo la intensa mirada de sus iris sobre mí. Todas mis hormonas se despiertan corriendo como pollos sin cabeza. Me santiguo en mi mente al notar cómo mi corazón late desbocado, sintiéndome como una auténtica pecadora por avisar deseos que parecen surgir del mismo infierno.

—Te portaste bien —aclara Maite que ha notado mi angustia.

—Cris y Yure, al ver que no erais capaz de hablar con claridad, se ofrecieron como traductoras y, una cosa llevo a la otra, acabamos apuntándonos al tour de los fantasmas —aporta Vera sin mirarme siquiera, tiene los ojos fijos en nuestro nuevo guía—. Parece sacado de una película.

—De nada —responde Cris, y con una sonrisa, añade—. Por eso, nada de alcohol.

—¡No ni na! —exclama Maca, dando una palmada al aire.

—Al menos por hoy —aclara Cristina, ante la expresiva reacción de nuestra amiga.

—Gracias, mamá, prometo que no se repetirá —digo, bromeando.

Sergio nos guía en un tour distinto, cargado de historias escalofriantes y secretos sombríos que hacen que se me ponga la piel de gallina al instante. Nos lleva a través de sus numerosos y

angostos callejones, narrando el pasado de Edimburgo, sus cicatrices, esas que han alimentado la mayoría de las leyendas urbanas; las epidemias que devastaron la ciudad, el hambre y el destino trágico de las mujeres acusadas de brujería. No entiendo por qué, pero cada vez que este hombre habla con esa voz profunda y vigorosa, el sonido de una campana resuena de fondo, haciéndonos sobresaltar a todas. En más de una ocasión, nuestras miradas se han cruzado, y me ha parecido ver un destello de complicidad en sus ojos azules, el mismo color que envuelve su imponente figura. Al final, parece que sí sentía buenas vibraciones; mi intuición rara vez se equivoca.

Mientras avanzamos, una lluvia fina nos envuelve, y el repiqueteo de las gotas en el suelo parece murmullos de espíritus que despiertan a nuestro alrededor. Antes de darnos cuenta, nos encontramos al borde de adentrarnos en uno de los muchos cementerios de la ciudad, el cual, según nuestro guía, es el más embrujado. Justo cuando mis pies me traicionan y resbalo, los fuertes brazos de Sergio me atrapan antes de que me caiga de bruces.

—¿Estás bien? —me pregunta con ese vozarrón.

—Sí, gracias —respondo, bajo la atenta mirada de los que nos rodean.

—¿Seguimos? —sugiere, soltándose con suavidad y yo asiento automáticamente—. Ten cuidado por donde pisas, está muy oscuro —me dice, guiñándome un ojo antes de girarse para continuar con el tour.

Los perritos de la pradera que tengo por amigas giran sus cabezas al unísono cuando él se aleja de nuestra vista, clavando sus ojos en mí. Me hago la sueca y camino tan recta como si desfilara en una pasarela. Conociéndolas, ya se han imaginado cuatro capítulos de esa nueva telenovela que están creando en su mente.

—Ven conmigo si quieres sentir la pasión de las Highlands... —susurra Maite con voz grave detrás de mí.

—¡Chist! —La mando callar, aunque no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

Caminamos entre tumbas silenciosas y solemnes hasta que llegamos a un mausoleo. Allí, Sergio nos cautiva con una historia espeluznante sobre un asesino que sembró el terror en la ciudad.

—...se dice que las personas que se atreven a tocarla sufren de arañazos, moretones e incluso algunas se han llegado a desmayar... —continúa nuestro guía cuando me llega a la nariz un olor bastante peculiar.

Al principio, el olor de la lluvia sobre el asfalto lo camufla. Pero cuando avanzo un par de pasos, Jessi se agarra a mi brazo como si tuviera algo importante que decirme.

—Almu, dime que tú también has sentido ese escalofrío y ese olor...

—Lo del escalofrío quizás sea por la lluvia que ya nos está calando hasta los huesos.

—Estoy empapada, y no de la manera que me gustaría —murmura Vera a Maite.

El olor se vuelve más intenso, y en ese instante, Jessi clava sus ojos en los míos. Parece que solo nosotras lo percibimos. Ambas inhalamos profundamente ese aroma fétido que nos revuelve el estómago.

—¿Ves? Huele a muerte... —El cuerpo de Jessi se estremece y se tensa.

—No, este olor... —Me inclino hacia delante, moviendo la cabeza, intentando captar mejor esa peste que me quema los pelillos de la nariz—. Esto es...

—Shhhh. —Maca nos hace callar—. Cerrad el pico, estoy malita del vientre.

Ahora entiendo mejor todas las veces que se ha escapado al baño durante la mañana.

—No me extraña, con la combinación explosiva de comidas que has hecho, eso tenía que salir por alguna parte. —Me carcajeo con la mano en la boca.

—¡Niña, estás podrida, qué *ajco*! —dice Jessi con voz nasal, tapándose la nariz—. Con ese olor vas a levantar a los muertos. Es tan tóxico que vas a crear un apocalipsis zombi.

Justo entonces, Maite se vuelve hacia nosotras, frunciendo la nariz y poniendo cara de asco. Sus ojos se abren de par en par, mientras todas nos llevamos un dedo a los labios pidiéndole que no alce la voz. Macarena estalla en carcajadas y se desplaza hacia otro lado, dejando tras de sí un rastro de su aroma pestilente.

—La nueva fragancia del momento: «*Eau de Podrido*», con notas de basura olvidada y un toque de calcetín usado, porque estar podrido por dentro nunca olió tan bien —digo imitando la voz de un anuncio de perfumes mientras la multitud avanza siguiendo al guía.

Nos reímos por bajini mientras observamos a la susodicha que se adentra entre el gentío, dispuesta a dejar su huella. Siento el móvil vibrar en el bolsillo y, con una mirada, indico a las chicas que continúen sin mí. Al sacar el teléfono, solo encuentro una notificación de la operadora ofreciéndome un nuevo plan. Son más pesados que un ex. Regreso a la conversación con Álvaro para verificar que no ha añadido nada más. A pesar de que intento no pensar demasiado en ello, la sensación de que algo está a punto de cambiar se hace cada vez más fuerte.

Mis ojos se desvían hacia la tumba del pintor escocés, David Allan, donde se puede distinguir un rostro que parece emitir un grito de angustia. El frío se cuela por las rendijas de mi abrigo y, a lo lejos, me parece oír el trino de una campanita, un eco del pasado que resuena, o quizás, simplemente, la confirmación a mis pensamientos que estaba buscando. Toco suavemente la esmeralda que llevo colgada al cuello y el recuerdo de mi abuela surge entre mis pensamientos: «Si escuchas campanas en la noche, es tu ángel de la guarda advirtiéndote de algo. Presta atención a las señales, mi niña; quizás algún día necesites su sabiduría».

Podría no ser nada, o quizás, ella tenía razón. Desde su ausencia, el mundo a mi alrededor parece haber despertado.

CAPÍTULO 8

Rosa Musk

La noche ha terminado en un pub llamado The Banshee Labyrinth, en su interior nos acurrucamos alrededor de una mesa, buscando calidez para combatir el frío que nos cala por la humedad en nuestras ropas. En el rincón más lejano, el resto del grupo del tour está charlando de lo más animado con Sergio.

Cristina y Maca se han escapado al baño con urgente necesidad, espero que al final eso que hemos olfateado no vuelva con más intensidad y cause un atasco digno de documental. Con Yure a mi derecha, decido aprovechar el momento para explorar esa sensación extraña que no me abandona.

—¿Cómo van los preparativos? —pregunto.

—Bien, aunque estoy agotada.

—¿Y eso?

—Estoy intentando hacer muchos de los detalles por mi cuenta. Mis padres se ofrecieron a cubrir los gastos que hicieran falta, pero quiero que mi boda sea única. Deseo que todos los que nos acompañen esa noche la recuerden tanto como yo —me explica con un brillo en la mirada.

—¿Miguel no te está ayudando?

—Sí, bueno, más o menos. Está trabajando mucho para compensar el gasto que supone la boda, aunque mis suegros se han encargado de reservar el cortijo donde haremos la celebración.

—Entiendo. —Extiendo mi mano hacia la suya, buscando esa conexión de antes, pero no ocurre. Puede que no sea nada, quizás me equivoqué en lo que sentí—. Si necesitas ayuda, aquí me tienes.

—Lo sé, si Cris también se ha ofrecido, pero... —suspira abatida—. No te lo tomes a mal, todas tenemos nuestras cargas, trabajos, parejas y nuestras propias vidas... Prefiero seguir adelante por mi cuenta, a menos que realmente no pueda más.

¿Os había mencionado que Yure es perfeccionista? Bueno, se me pasó contaros un pequeño detalle: también es muy cabezota. Si se marca una meta, no parará hasta cumplirla, y a poder ser sin ayuda. Es del tipo de persona que solo pide ayuda cuando, después de haber intentado todo, se da cuenta de que no puede seguir adelante por sí misma. Asiento ante sus palabras con una sonrisa en los labios, aunque percibo un tono melancólico en su voz. Gira su rostro, mirándome fijamente, escudriñándome con esas almendras que tiene por ojos.

—Almu, ¿has notado algo...? —Justo en ese momento, Lorena y Maite nos interrumpen, llegan cargadas de cervezas.

Y como si hubieran conjurado un hechizo de invocación, todas las chicas se reúnen alrededor. La pregunta se desvanece entre los murmullos y la música, no obstante, durante un instante capté su ansiedad por explorar más allá de lo evidente, creyendo por primera vez en mi don. Mis

comisuras se alzan cuando levantamos las jarras en un brindis por este maravilloso viaje, pero dejando ese capítulo sin terminar. Aún nos quedan días por delante, y espero encontrar unos minutos para poder hablar con tranquilidad. Su curiosidad me ha dado la confirmación que necesitaba para ahondar en aquella visión.

Cuarenta minutos más tarde, con la ropa pegada al cuerpo como el papel de una magdalena, nos hemos mezclado con el grupo, algunas más integradas que otras. Yure, junto a Cris y Vera, se han aventurado a explorar el local, adentrándose por sus pasadizos con la compañía de uno de los camareros, quien, encantado, les explicaba las curiosidades del lugar. Por su parte, Maite, Lorena, Maca y Jessi se han levantado al empezar a sonar *Supermassive Black Hole* de Muse.

Aprovechando el momento, echo un vistazo rápido a mi teléfono. Desbloqueo la pantalla solo para descubrir que no hay ninguna notificación de mi pareja, aunque estuvo en línea hasta hace apenas cinco minutos. Qué irónico es que la tecnología, que debería unirnos, a veces solo sirva para separarnos con suposiciones erróneas. Me prometí no obsesionarme con ello, pero aquí estoy, dándole vueltas una vez más. La desilusión se instala a mi lado, y me levanto intentando escapar de ella. Sin embargo, mi cabeza choca inesperadamente contra algo, obligándome a volver a sentarme.

*Ooh baby, don't you know I suffer?
Ooh baby, can you hear me moan?
You caught me under false pretenses
How long before you let me go?*

—¡Joder! —exclamo, llevándome la mano a la cabeza. Al levantar la vista, me encuentro al *highlander* ibérico tocándose la barbilla; había sido con eso con lo que me golpeé—. Lo siento.

«Virgen Santa, qué pedazo de hombre».

—No te preocupes, la culpa ha sido mía —responde él y su mirada gana intensidad cuando nuestros ojos se encuentran de nuevo—. Solo venía a hacerte compañía.

«Oh, no», todas mis hormonas han decidido bailar una conga.

*Ooh
You set my soul alight
Ooh
You set my soul alight*

Abro los ojos, sorprendida, por su acercamiento. Un nudo se forma en mi estómago al darme cuenta a la altura que está mi cabeza. Sergio se encuentra frente a mí, su imponente presencia dominando el espacio, y la llamativa hebilla de su cinturón, adornada con motivos celtas, parece desafiarme con su brillo. Sí, su *HEBILLA*. Dejémoslo ahí.

Mantengo la mirada altiva y, con mucha dignidad, intento levantarme justo cuando él da un paso hacia delante. Madre mía, este me quiere marcar el dibujo en la frente. Con su poderoso dedo, me indica el asiento; justo en ese momento, comprendo que quiere que me deslice hacia el fondo para que él pueda sentarse. No sé por qué, pero obedezco; quizá sea por la imposición de ese mástil frente a mí. Me refiero a su dedo índice, no seamos marranas, aunque a estas alturas,

cualquier cosa que diga o haga será material de cachondeo en el hotel.

—¿Te ha gustado la experiencia? —asiento como un muñequito cabezón de esos que van en la guantera.

*Glaciers melting in the dead of night
And the superstars sucked into the supermassive
Glaciers melting in the dead of night
And the superstars sucked into the supermassive*

Su enorme mano atrapa la cerveza que había dejado en la mesa al sentarse y da un ligero sorbo. Estamos muy pegados. Demasiado. La voz de mi conciencia susurra: «Aléjate del mal». Me adhiero a la pared revestida de madera oscura, como una salamanquesa, aunque evitar el contacto es imposible con tan poco espacio entre nosotros.

*I thought I was a fool for no one
Ooh baby, I'm a fool for you
You're the queen of the superficial
And how long before you tell the truth?*

La tenue luz roja del local solo sirve para intensificar las imágenes que comienzan a bailar en mi mente. Las puertas del infierno parecen abrirse de par en par, y mi rostro se incendia con el calor que emana ¿Por qué me pasan estas cosas cuando intento ser una mujer casta y pura? Sus labios se mueven, formando frases que no alcanzo a oír por la música. Sigo asintiendo enérgicamente; por todo lo que sé, podría estar confesándome que es el asesino de sus historias y que planea matarme, pero ya estoy demasiado atrapada en su mirada para prestar atención.

*Supermassive black hole
Supermassive black hole*

Soy una mujer fiel, aunque mi mente se entretenga en fantasear con escenas de novelas de romance escocés, cada una más cochina que la anterior. Quiero a Álvaro, esto solo son pensamientos impuros pasajeros. No estoy haciendo nada malo, ¿verdad? Me ha cogido desprevenida, estaba absorta en mis pensamientos y no he reaccionado como debería. Sí, debe ser eso. Miro a mi alrededor buscando a mis amigas y las encuentro en la barra, observándome. Juzgándome.

Con la mirada, les ruego que vengan en mi ayuda, pero parecen disfrutar del espectáculo. Están encantadas, solo les faltan las palomitas.

*Supermassive black hole
Supermassive black hole*

—... ayer mencionaste que, si pudieras, te perderías por Escocia para descubrir sus leyendas

y las historias ocultas en las piedras de sus castillos. Como te dije, estoy completamente a tu disposición. Solo tienes que llamarme y ahí estaré.

«¿Qué?».

Un segundo, ¿qué ha pasado? Me he perdido. ¿Podemos retroceder un poco hacia atrás?

—¿Cómo? Perdona, con la música es imposible oírte —me disculpo—. ¿Qué decías? —Frunzo el ceño, como si así pudiera sintonizar mejor.

Su imponente presencia se acerca, eclipsando la escasa luz rojiza que nos rodea. La llama de la vela en el centro de la mesa oscila, al igual que mi cuerpo al sentirlo tan cerca; su barba roza suavemente mi mejilla y mi piel se eriza sin mi permiso. Piel traicionera. Ya tengo la mano lista para empujar su poderoso torso y alejarlo, cuando su voz golpea contra mi lóbulo.

—Te decía... —susurra con voz ronca, envolviéndome en su aroma ahumado—, que mantengo mi palabra, estoy a una llamada de distancia. —Se separa ligeramente y nuestras miradas se encadenan. Sus dos profundos mares bajan despacio y mi corazón se acelera a un ritmo frenético; se detienen en mi teléfono. Lo toma entre sus enormes manos y anota su número, mientras yo intento recordar cómo se respira. Luego, sus ojos regresan a los míos—. Para cuando me necesites —concluye con un tono muy sensual.

Mis hormonas preparan un bol de palomitas, dispuestas a disfrutar de semejantes vistas. Si antes mi piel se había erizado sin mi permiso, no voy a decir lo que acaba de suceder en la zona sur de mi cuerpo.

—¡*Miarma!* —brama Macarena sentándose en el asiento de enfrente—. Vámonos ya para el hotel, que estoy como un campo sin vacas.

—Y eso, ¿cómo es? —pregunta Maite que se acopla a su lado.

—*Desganá.*

—Oye, Sergio. —Jessi se cruza de brazos, alzando la barbilla hacia al asiento. Este parece captar su petición y se retira del campo de batalla—. Gracias.

Y como por arte de magia, las demás aparecen y se posicionan delante del *highlander*. Las luces de sus auras se combinan, creando destellos que armonizan entre sí, iluminándome el alma y no puedo evitar sonreír. Creo que ha quedado bastante claro que ahora mismo el pobre sobra de la ecuación, pero aun así se mantiene estoico con sus ojos puestos en mí.

—Oye, Almu, dice el camarero que aquí hay mucho fantasma —comenta Vera—, ya sabes que yo no percibo esas cosas, pero seguro que tú ya has notado su presencia.

La madre que las parió, si es que tienen salidas para todo. No necesitamos más palabras; aparecemos como los Cazafantasmas, listas para entrar en acción.

Sergio o no se ha dado por aludido o simplemente solo tiene en mente su misión. Agacha la cabeza en un gesto de despedida, recordándome a un *cowboy* y se da la vuelta regresando con algunos del grupo que aún siguen la juerga. Aunque está de muy buen ver y me encantaría protagonizar mi propio romance escocés ibérico, mi corazón ya tiene dueño: un chico de mirada soleada. Mi ancla en este mundo.

CAPÍTULO 9

Phlox

«¿Por qué no hay persianas?», eso es lo primero que pienso al sentir el sol golpeando mis párpados. Sale demasiado temprano, o quizás nunca se pone del todo, porque no entiendo cómo puede haber luz casi toda la noche. Entre la falta de persianas y la dificultad para conciliar el sueño por esos pensamientos que una misma se crea a partir de nada, apenas he logrado dormir. Justo cuando pensaba que un musculoso Morfeo finalmente venía a recogerme con su magnífico carruaje, unos fuertes golpes en la puerta me arrancan de mis sueños sin siquiera permitirme despedirme con un besito.

Abro la puerta bostezando y frotándome los ojos, arrastrando alguna que otra legaña por la cara. Al abrirla, me topo con las gemelas de distinta madre. Las fulmino con la mirada, me doy la vuelta y regreso a la cama, dejándome caer sobre el duro colchón.

—¡Arriba, flojas! —gritan Macarena y Jessi desde la puerta al unísono.

—¡Uno, dos, uno, dos, vamos! ¡Vamos! —anima Maca.

—Voy... —digo intentando calmar a las tenientes—. ¿Qué bicho os ha picado? Es muy temprano.

—Hay que dejar la habitación. Nos vamos de excursión —me informa Cris desde el umbral, ya lista y perfectamente arreglada.

«¿Esta niña no duerme?».

—¿Dejar la habitación? —pregunto, confundida, ya que no me han mantenido al tanto de los planes.

Observo a Cristina y no encuentro ni rastro de ojeras. Esto tiene que ser obra de Maite, es imposible que estén impecables a estas horas. No pasan ni dos segundos cuando Yure aparece, asomando su cabecita por debajo del brazo de nuestra amiga, dejando caer su larga melena dorada.

—Sí, así que aseguraos de no dejar nada atrás. Porque no pienso volver a por ello —anuncia nuestra conductora.

—¿Podrías cerrar la puerta? Me quiero vestir, y no me apetece enseñar el culo a todo el que pase por el pasillo —digo, con la cabeza metida en la maleta.

—¡Lorena! —exclama, Maca irrumpiendo en la habitación como un tornado—. ¡Levanta, o te levanto!

—Ya estoy despierta, solo estaba descansando los ojos —aclara con voz de Manolo.

Una vez que Lore se pone en pie, se marchan, cerrando la puerta tras ellas, y finalmente nos dejan en la privacidad que tanto deseábamos.

Aún tengo el desayuno en la boca, casi no me ha dado tiempo a tragar por las prisas. Anoche,

antes de irme a dormir, al revisar la ropa interior en mi maleta, deduje que estaremos aquí unos seis días; eso, o esperan que me ponga a lavar bragas en la ducha. Y eso, definitivamente, no. Prefiero mil veces meterme en una tienda a comprar, y según he investigado en internet, hay un enorme Primark en la zona. Si no, me las arreglo yendo a un mercadillo. No estamos para ser tiquismiquis.

Lorena cayó como un tronco en la cama, nada más entrar en la habitación, y no hemos tenido tiempo de hablar. Siempre he compartido una conexión especial con ella, aunque en las últimas semanas la he sentido un poco distante, no por falta de encuentros, sino porque parecía estar con la mente en otro lugar. Aun así, no he mencionado nada al respecto, consciente de que yo misma a menudo me sumerjo en mis propios pensamientos. Como en este momento, que si extendiera la mano casi podría tocar el brazo de Álvaro, intentando penetrar esa niebla que a veces veo en su mirada, aquella que me recordaba a una tarde de verano, ahora oscurecida por nubes que no logro dispersar. La discusión que tuvimos tres días antes de embarcarnos en este viaje inesperado todavía me quema por dentro. Si cierro los ojos y me concentro, puedo sentir cómo su voz quebrada me atraviesa, esas palabras pronunciadas por esos labios que tantos besos me han entregado, en ese instante me sonaban agrías. Niego con la cabeza, intentando ahuyentar ese recuerdo.

Así que, cuando las niñas me contaron que Álvaro había estado involucrado en la organización de todo, me tomó por sorpresa, aún con el regusto amargo del conflicto, a pesar de que él siempre ha sido atento, detallista y muy cariñoso. Me envenené por el enfado y estuve unos días castigándolo con mi silencio, a la espera de poder arreglar todo aquello.

—Almudena —me llama Maite, sentada a mi derecha.

Parpadeo un par de veces, borrando de mi mente cualquier recuerdo de aquel día, y giro la cabeza para mirarla directamente a los ojos.

—Dime, cariño.

—¿Necesitas algo de la gasolinera? —me pregunta con la mano en la manija.

Echo un vistazo a mi alrededor, dándome cuenta de que estamos solas en el coche. Me he sumergido tanto en mis pensamientos que he perdido la noción del tiempo, así como la oportunidad de disfrutar del hermoso paisaje que nos rodea. Niego con la cabeza y le ofrezco una sonrisa. Ella abre la puerta para salir, y aunque hoy el frío se muestra menos intenso, extendiendo la mano para evitar que se cierre.

—Necesito estirar las piernas —aclaro, cuando se vuelve confundida.

Maite se dirige rápidamente hacia el interior del establecimiento, dándome un momento para esclarecer mis ideas. Decido salir al exterior, donde me recibe un día soleado, acompañado de una brisa suave que refresca sin llegar a ser fría, algo que se agradece después del remojón de ayer. Al alzar la vista descubro que estamos en South Queensferry, me encuentro rodeada de un escenario que quita el aliento. La primavera está en su apogeo y todo a mi alrededor vibra con un verdor intenso, resplandeciendo bajo el sol. A lo lejos, se perfila el puente Forth sobre el agua, como un guardián de esta hermosa vista. Y pensar, que durante este trayecto no había estado atenta de todo lo que nos rodeaba.

Revuelvo en mi mochila buscando el teléfono, lo desbloqueo y escucho los mensajes de voz de mi sobrino enviados por mi hermana. Este renacuajo me sacaría los cuartos si quisiera, no sé decirle que no. Mis dedos se desplazan hasta la conversación con Álvaro y justo entonces, lo veo

en línea. Aunque no hay mensajes nuevos, la anticipación se apodera de mí y decido hacerle una videollamada. Mi sorpresa no se hace esperar cuando la rechaza. Observo la fecha y hora, recordando que hoy es su día libre. Insisto, esta vez con una llamada de voz, y aguardo, impaciente, su respuesta. Los tonos se suceden uno tras otro, y me da la sensación de que el tiempo se estira como un chicle, sin que él llegue a contestar.

—Hola, mi niña —contesta Álvaro, y mi corazón da un pequeño salto de alivio.

Cierro los ojos y tomo aire, reconfortada por escuchar su voz tan cerca, casi parece que no nos separan tantos kilómetros de distancia.

—Hola, cariño. Te echaba de menos —ronroneo.

—Almu, apenas han pasado dos días desde que te fuiste —me recuerda.

—Ya, lo sé... —Las palabras se me atascan en la garganta con las dudas que antes galopaban por mi mente—. El viaje está siendo toda una experiencia...

—¿Dónde están las niñas? —me pregunta, cortándome.

—Hemos parado en una estación de servicio, no me han querido revelar nada de los planes que tienen preparados. Apuesto a que tú sabes nuestro próximo destino... —insinúa con esperanza.

—Aunque lo supiera, no te lo diría. —Hace una pausa antes de seguir—. Lo que sí te aconsejo es que apagues el móvil y disfrutes del viaje, del entorno y de la compañía. Siempre quisiste hacer un viaje así, vívelo. Ya nos pondremos al día con tus historias cuando vuelvas... — Un golpe sordo se escucha de fondo, interrumpiendo las palabras de Álvaro—. Tengo que dejarte.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, intrigada.

—Nada.

Ese «nada» dispara todas mis alarmas. Por un momento, me siento como *Atreyu* cuando *La Nada* comienza a devorarlo todo. Pego el teléfono aún más al oído e intento escuchar mejor. Me parece oír una voz femenina tenue, un susurro apenas perceptible. Puede ser cualquier cosa, la televisión, la radio, algún vídeo en la tablet...

—¿Te has dado un golpe? —indago con un pellizco en el estómago.

—No —responde con un bufido—. Almudena, tengo que colgar. Más tarde te escribo, y disfruta de Escocia.

—Espe...

Cuelga y me quedo mirando el teléfono, atónita.

«Almudena, corazón, dice que no es nada, pero ese *nada*... Ay, ¡Virgencita, de todas las palabras que podría decir, ha elegido *nada*!».

La última vez que escuché ese «nada», resultó ser todo. Después de tantos años con Álvaro, si algo he aprendido es que se le da fatal mentir o esquivar la verdad, incluso cuando intenta no herir a los demás. Sin embargo, ahora no sé qué pensar. Tal vez realmente no sea nada, como él dice, o quizás mi intuición esté tratando de decirme algo...

«Puede que esté equivocada...».



CAPÍTULO 10

Silene Gallica

Pasado.

—¡Nos vamos! —anuncia mi madre mientras sale por la puerta cargando una enorme caja.

—Espera, déjame ayudarte —me ofrezco, quitándole la pesada carga de los brazos.

—Esperanza, ¡que te quedas en tierra! Más vale que te aligeres si quieres venir —vocifera mi madre desde la puerta.

Mi hermana, desde hace un par de años, se ha mostrado muy apegada a mi madre, aprendiendo de ella y de su habilidad para leer a las personas. Lo hace con la esperanza, y valga la redundancia, de despertar en ella algún tipo de don especial. Ella anhela tener un poder similar al de Phoebe Halliwell de *Embrujadas*: la premonición. Han sido muchas las películas y series que han alimentado su imaginación, aunque, considerando lo peculiar de nuestra familia, todo parece posible.

—¡Ya voy! —Aparece en la entrada con un turbante granate adornando su cabeza.

Mi madre, como presintiendo la vestimenta de última hora de mi hermana, se gira hacia ella. No tendrá poderes como tal, pero sí posee un sexto sentido que siempre le permite saber lo que sucede a su alrededor. La maternidad despierta poderes inconcebibles, incluso para mí.

—¿Eso qué es? —pregunta, apuntando con el dedo hacia su cabeza.

—Es mi *look* de tarotista —responde mi hermana, tocándose la cabeza para asegurarse de que el turbante sigue en su lugar—. ¿Te gusta? Queda ideal.

—Quítatelo, te pareces a Zoltar.

—¿Y quién es Zoltar? —indaga, confundida.

—Es el muñeco que le concede el deseo a Tom Hanks en *Big* —aclaro.

—Pues entonces seguro que mola —afirma, colocándose frente al espejo y contemplando su reflejo—. Me lo voy a dejar, tenemos que llamar la atención, y de esa manera venderemos más.

Mi madre sacude la cabeza en repetidas ocasiones, anticipando el destino inevitable del pañuelo: desaparecerá cuando menos se lo espere, con o sin la intervención de poderes mágicos.

—Encarni, ¿lo tienes todo? —pregunta mi padre mientras recoloca las cajas en la parte de atrás.

Al mirarlo, no puedo evitar sonreír. Es de esos hombres dispuestos a darlo todo por la mujer que aman, aceptando cada una de sus rarezas, por más extravagantes que sean. Son mi inspiración. Nuestra familia siempre ha tenido un encanto peculiar, y él, sin duda, consigue que sea aún más especial.

—¡Sí! —confirma mi madre, hurgando en la mochila—. No me gusta dejarte sola,

Almudena... —añade, dejando ver su eterna preocupación.

—Mamá, tengo diecinueve años, ya no soy una niña. Además, estaré ocupada estudiando —respondo con un suspiro.

—Lo sé, corazón... —contesta, y como si de repente recordase algo importante, añade—. Te he dejado un par de táperes con comida en la nevera y algo de dinero, por si quieres pedir una pizza en caso de que vengan las niñas.

—Si vienen no toco un libro, así que tienen prohibido acercarse —bromeo.

Este fin de semana, mi familia va a un mercadillo medieval y no volverán hasta el lunes. Hacía muchos años que mi madre no se aventuraba a ir, pero mi abuela se lo ha pedido. Más bien, se lo ha exigido. Según ella, necesita alejarse de las energías negativas; ya que su salud oscila al ritmo incierto de un péndulo. Hay semanas en las que parece que no le aqueja nada; sin embargo, hay días en los que casi no se puede levantar de la cama. Después de observarla durante estos años, he podido comprobar que su aura, esa que brilla con tanta intensidad, se va difuminando poco a poco. Parece que, en su generosidad, comparte esa luz vital con quienes la rodean, sacrificando parte de su esencia simplemente para alumbrar el camino de los demás.

Acompaño a mi madre hasta el coche, colocando con cuidado la caja cargada de velas en el maletero. Luego, me dirijo hacia la ventanilla, donde mi abuela me espera con los brazos abiertos, ansiosa por envolverme en uno de sus cálidos abrazos. Inhalo profundamente, llenándome del aroma a pan recién hecho que siempre la rodea, un olor que me trae consigo recuerdos vívidos de ella en la cocina, con su delantal puesto, preparando uno de sus irresistibles bizcochos. Retrocedo un poco, justo a tiempo para captar el suave beso que deposita en mi frente; sus ojos centellean mientras me observan con intensidad. En sus iris verdes se ocultan secretos que no tiene intención de compartir conmigo.

—¡Disfruta de este fin de semana, mi niña! —Me guiña el ojo, divertida.

—Haré lo que pueda —le contesto, con esa sensación tan familiar de que ella siempre está un paso por delante.

Una sonrisa radiante se dibuja en su rostro, mientras los colores de su luz giran y revolotean alrededor, envolviéndola en un aura de luminosidad etérea. Su hermoso cabello, blanco como los primeros copos de nieve en invierno, captura y refleja esas luces danzantes, permitiéndome, por un breve momento, discernir con una claridad asombrosa los siete colores del arcoíris que se entretejen en el aire. Ella es pura magia.

Me despido de mi familia desde la entrada, dejando escapar un largo suspiro, antes de girarme hacia un fin de semana dedicado por completo al estudio intensivo. He tomado la decisión de encargarme de toda la gestión administrativa de la tienda, lo cual requiere que me especialice a fondo. Dentro de un par de meses, iniciaré mis prácticas en la empresa de mi padre y pienso esforzarme al máximo para demostrarle que soy capaz. Cierro la puerta, silencio el teléfono y me dirijo a mi habitación.



Estiro los brazos hacia el techo, buscando aliviar la rigidez de mis músculos tras horas de inmovilidad. Me quito un auricular y me parece oír el timbre de la puerta. La voz de Antonio Orozco suena de fondo, y dejo los auriculares sobre el escritorio antes de abrir la puerta de mi habitación, justo cuando el sonido se intensifica en la casa. Frunzo el ceño, sorprendida, ya que no espero visitas. Las niñas tenían estrictamente prohibido acercarse a casa, a menos que hubiera ocurrido algo importante. Un escalofrío me recorre, desde los pies hasta la columna vertebral, una sensación que serpentea por todo mi cuerpo. Instintivamente, tomo una rebeca rosa pastel del perchero.

*Quiero convertirme en vela
Para iluminar tu mesa de noche
Quiero convertirme en letras
De ese libro que alimenta tus sueños*

La luz de la lámpara parpadea un instante, advirtiéndome de que puede irse en cualquier momento. Camino despacio hacia la entrada, echando un vistazo al teléfono que había dejado en el aparador, solo para confirmar que no he recibido llamadas y para comprobar la hora, son las once de la noche. ¿He estado estudiando todo este tiempo? El tiempo se me ha pasado volando. Con una mezcla de curiosidad y cautela, me acerco a la mirilla para ver quién está del otro lado. Solo puedo ver una cabeza inclinada con cabello oscuro; de pronto, la persona levanta sus brazos y empieza a golpear con fuerza. Siento la puerta temblar y esa vibración penetra en mí. Mi mano, como movida por un instinto más allá de mi control, se dirige al pomo y, casi sin darme cuenta, empiezo a girarlo para abrir. Es como si una fuerza inexplicable me impulsara a actuar, y simplemente me dejo llevar por ella.

*Y ahora quiero ser tu espejo
Para ser el primero cada día
Y ahora quiero ser tu anhelo
Para no ser más un alma perdida*

Nuestros ojos se encuentran, y siento cómo todas mis defensas se derrumban. Sin querer contengo el aliento cuando descubro la humedad que enturbia su cálida mirada. Frente a mí se revela una versión de Álvaro hasta ahora desconocida, una faceta que aún no había tenido el placer de descubrir. Ataviado con unos pantalones grises de algodón fino y una camiseta blanca que le queda grande, me da la impresión de que, quizás, ha huido de casa. Hasta este momento, había conocido al chico de la mirada soleada, al que guarda silencio reservándose las palabras, y al protector de causas perdidas como la mía. He conocido sus distintas versiones; el amigo siempre listo para compartir risas conmigo, el vecino que nunca faltaba con su sonrisa y su disposición a ayudar, y el confidente en aquellos días grises en los que todo parecía superarme. Los ojos de quien se encuentra ante mí ahora están llenos de nubes grises, revelando una mirada tormentosa que refleja lo que anida en su alma.

—Álvaro... —logro pronunciar, recuperándome del impacto inicial.

En ese instante, un trueno retumba en la distancia, avisándonos de la inminente tempestad que está a punto de ser desatada. La lluvia arrecia, mojándole la ropa sin piedad.

*Quiero ser tu voz por sentir tu risa
Quiero ser el aire que respiras
Quiero ser carmín pa' vestir sonrisas
Quiero ser un día de tu vida
De tu vida, de tu vida, de tu vida*

—Pasa —le invito con un susurro.

Él da un paso hacia delante y yo, uno hacia atrás. Su respiración se vuelve profunda mientras entra en mi casa; desde aquel día, nuestras puertas siempre han estado abiertas. Por eso, su confianza no me sorprende; lo que sí me inquieta son las nubes de tormenta que oscurecen su mirada. Avanza otro paso y cierra la puerta tras de sí. Se recuesta contra ella, derrotado.

Los latidos de mi corazón compiten con el repiqueteo de la lluvia contra el cristal, en un duelo de sonidos. Con la esperanza de encontrar calma, acaricio la piedra que cuelga de mi cuello, buscando en su tacto el sosiego que necesito.

El silencio se hace pesado, y me quedo mirando cómo sus manos se cierran en puños y sus nudillos palidecen, revelando sin palabras la tempestad que lleva por dentro. A pesar de mis esfuerzos, me resulta imposible captar su aura, algo que en este momento de visita inesperada me sería de gran ayuda para entender qué está pasando y que aún no se siente preparado para revelar. Por otro lado, él siempre ha tenido esa habilidad para leerme sin decir ninguna palabra, como si pudiera mirar a través de mí. Hemos caminado juntos, rozando las líneas de la amistad sin realmente atravesarlas, aunque la tentación nos haya guiñado el ojo más veces de las que puedo recordar. Son esos juegos de la adolescencia, esos impulsos de inmadurez, los que nos han unido aún más.

—¿Qué ha pasado? —pregunto titubeante.

«Porque sé que algo ha ocurrido».

Levanta los ojos hacia mí de manera vacilante, dejando entrever apenas una parte de su rostro. El resto queda escondido detrás de mechones de cabello que la humedad ha pegado a su piel, como si hasta ellos buscaran refugio.

—Nada —responde, en apenas un susurro conteniendo las palabras.

Da dos pasos que acortan nuestra distancia y, sin que yo pudiera prever lo que estaba a punto de suceder, sus labios chocan contra los míos en un beso impetuoso que fusiona nuestras bocas. La rebeca cae al suelo justo cuando otro trueno retumba en el cielo. Sus manos se adueñan de mi rostro, acunando mis mejillas, y profundizan en un beso más que bienvenido. Cierro los ojos, dejándome llevar por esa sensación nueva que él acaba de despertar. Una oscuridad sutil, casi incorpórea, parece envolvernos; aunque apenas perceptible, la siento con todo mi ser. Con un arrebato nacido del corazón, mis brazos lo rodean, firmemente decidida a ser su salvación de las sombras que lo acosan.

Cuánto había ansiado este momento con él: sentir la dulzura de sus labios, saborear la intensidad de sus besos, y entregarme por completo a ese torbellino de deseo que, hasta ahora, no había logrado confesar.

Nuestras manos se vuelven fugitivas, buscando cualquier resquicio donde aferrarse, donde tocar y sentir que todo esto que está sucediendo es real. Su necesidad se hace palpable cuando

me arrastra contra la pared más cercana, y nuestros besos se intensifican hasta que el aire me falta. Un gemido se escapa entre mis labios, sellando el momento con la verdad de nuestro reprimido deseo. La atracción que sentíamos era evidente, una fuerza magnética que nos unía. Aun así, aquella línea sutil, ese límite invisible, permanecía entre nosotros, sin atrevernos a cruzarla.

Hasta ahora.

Nos separamos apenas unos centímetros, manteniendo nuestras miradas entrelazadas. Su expresión se vuelve soleada, y un escalofrío me recorre al sentir cómo las yemas de sus dedos trazan senderos invisibles sobre mi piel. Sus iris buscan en mí la señal para avanzar hacia ese más allá, donde podemos perdernos bajo el velo de la tormentosa noche y dejarnos llevar por la fuerza arrolladora de los truenos que contenemos.

Con la mano recorre con lentitud mi espalda, ascendiendo hasta mi nuca, donde se detiene. Toda mi piel se eriza con su frío contacto, tiene las manos heladas y yo estoy hirviendo, siento las mejillas arder tras la piel. Nuestras narices se rozan con timidez, su aliento humedece mis labios y mi respiración se vuelve entrecortada, anticipando el reencuentro de nuestras lenguas. Inspiro hondo, y salto sin pensar. Cierro los párpados lanzándome contra su boca, degustando el sabor de sus besos. Álvaro me aprieta la nuca con fuerza, encajándose a la perfección en ese hueco que parece hecho para él. Sus labios parecen abarcarlo todo en este momento. Dejo de pensar, y mis sentidos parecen despertar con cada acometida.

Su aroma especiado seduce mis fosas nasales, sus manos frías queman mi piel, y su sabor eléctrico provoca chispas con cada roce de nuestros labios. Casi puedo verlo, aunque tenga los ojos cerrados, nuestros cuerpos danzan al compás de una melodía silenciosa y los latidos de su corazón se sincronizan con los míos en una carrera frenética. Con total claridad, puedo confirmar que besar a Álvaro se ha convertido en una necesidad para mí. Avanzamos sin interrumpir nuestros besos hacia mi habitación, desprendiéndonos de la ropa que se interpone en nuestro deseo de tocarnos sin restricciones. El suave sonido que producen sus labios al cerrarse sobre los míos despierta sensaciones, hasta ahora para mí desconocidas.

En ese instante, solo existimos él y yo.

Mientras fuera la tormenta descarga su furia sobre las calles, nosotros liberamos todo lo reprimido sin ser conscientes de nuestra propia electricidad, una que clamaba por impactar contra la tierra, incendiando todo a su paso.



El viernes nos sumergimos en un mundo desconocido donde nuestras almas se encontraron, el sábado nos dedicamos a explorar incansablemente los secretos de nuestros cuerpos, y el domingo fue cuando todo lo que Álvaro había contenido explotó, dejando pequeñas cicatrices que se harían visibles con el tiempo. Su llanto silencioso, las lágrimas reprimidas, la ira por no querer aceptar la realidad, y el dolor que lo asfixiaba sin tregua, fueron la munición que derribó todas las barreras que había construido antes de mirarme a los ojos.

Sabía que, en algún momento, tendría que revelarme qué lo había impulsado a abandonar su casa en medio de la noche y dirigirse a la mía.

Y así lo hizo, compartió su verdad con el corazón abierto.

Su madre había fallecido; las sombras que percibí aquel día, cuando los conocí, resultaron ser un implacable cáncer de pulmón. Este había ido desgastándola poco a poco, cortando el delicado hilo de vida que aún la anclaba a este mundo. Tenía la esperanza de que, con la ayuda de mi abuela, su enfermedad pudiera remitir; su fe era inquebrantable en el deseo de prolongar, aunque solo fuera por un poco más, su tiempo con su familia. Le habían diagnosticado dos años de vida, pero gracias a su incansable lucha, logró extenderlo a cinco maravillosos años, durante los cuales sus visitas a nuestra casa se convirtieron en una rutina diaria. Su vitalidad era contagiosa, y su risa resonaba incluso en los días más sombríos, cuando el cáncer desplegaba todo su arsenal. Su corazón se expandía, haciéndonos espacio a todos nosotros. A pesar de que exteriormente todo parecía ir bien, en el fondo todos éramos conscientes de que ese veneno seguía sin retroceder.

Era inevitable; por más dones que tuviera mi familia, no podíamos extirpar aquello que la estaba consumiendo. Mi abuela le concedió tiempo, un regalo que supo valorar hasta su último aliento.

Ese fin de semana, todo cambió entre nosotros. Nos tomamos de la mano, entrelazando nuestros dedos, anclándonos firmemente a nuestra realidad compartida. Convencidos de que no nos perderíamos en la deriva mientras permaneciéramos unidos. Nuestro amor se convertiría en el salvavidas capaz de rescatarnos de cualquier tormenta en alta mar.

CAPÍTULO 11

Corona Imperial

Presente.

—¡Pedazo de jamelgo! —exclama Vera, utilizando su mano a modo de visera para observar detenidamente la grandiosa construcción que tenemos frente a nosotras.

—Son kelpies, caballos con poderes sobrenaturales —murmuro, cautivada por la majestuosidad que irradian.

Cristina asume su papel de guía turística, adelantándose, extrae su teléfono de la mochila y navega por la pantalla hasta dar con la información deseada. Sus ojos se iluminan al leer las primeras líneas, y luego, con un gesto amplio, nos señala la imponente obra de arte que se yergue desafiante ante nosotras.

—Aquí podemos ver la gran obra de arte *The Kelpies*, como bien ha dicho Almudena, del escultor escocés Andy Scott. Una escultura de acero de treinta metros de altura. —La voz de Cristina nos envuelve adentrándonos en la historia de la mitología escocesa—. Según cuenta la leyenda, los kelpies habitan en los lagos y ríos de Escocia, siendo capaces de transformarse no solo en hermosos caballos...

—¿Cómo un centauro? —interrumpe Lore.

Cris sacude la cabeza en señal de negación antes de proseguir.

—No solo eso, sino que, según algunas historias, también pueden adoptar la forma de seductores humanos...

—Eso es de la mitología griega —interviene Jessi, corrigiendo el comentario de Lorena.

Cristina las mira con severidad, lanzándoles una advertencia silenciosa para que no la interrumpan de nuevo.

—Niñas, por favor, dejemos que nuestra adorada guía continúe ilustrándonos —comento en tono calmado.

Sus ojos se encuentran con los míos, agradecida, por mis palabras. Siendo sinceras, a Cristina le encanta llevar el timón, es una líder nata. Y gracias a ella, muchos de nuestros planes no han acabado en desastre, y es que debemos admitir que algunas de nuestras ideas están condenadas al fracaso desde el principio. No voy a señalar a nadie, por supuesto, pero todas sabemos quién es la que propone los planes más descabellados.

—En su forma equina, lucen un hermoso pelaje negro muy brillante, y suelen encontrarse cerca del agua, tentando a las personas a montarlos...

—Montarlos... —susurra Maca, elevando sus cejas al estilo Milhouse, y en ese momento, Yure le da un pequeño capón en la cabeza para que cierre la boca antes de que Cristina le tire el móvil—. ¡Auch!

—Lo que decía... —suelta un fuerte suspiro—, su belleza es engañosa, ya que se cree que tiene la capacidad de adherirse a cualquier persona que los monte, arrastrándolos al fondo del agua para ahogarlos y devorarlos, dejando solo sus corazones o hígados para que floten a la superficie.

—Encima son tiquismiquis —musita Maite entre risas.

Cristina hace oídos sordos al comentario y continúa su explicación.

—En su forma humana, se dice que los kelpies pueden adoptar la apariencia de hombres, mujeres o niños, con el fin de atraer a sus víctimas hacia las trampas acuáticas... Aunque siempre se les ha visto como seres malévolos, algunas historias hablan de kelpies que ayudaban a los humanos o que ofrecían consejos, mostrando su lado más benévolo.

—Míralos, qué majos, también hacían de psicólogos... —susurra Maca a Jessi, aunque todas logramos escucharla y no podemos contener la risa.

—¡Mira, en serio! ¡Que os den viento fresco! —exclama Cristina, visiblemente molesta por las interrupciones. Acto seguido, bloquea su teléfono y se da la vuelta. Con pasos rápidos se dirige hacia el puente que separa las dos plataformas.

La sigo de cerca, dejando a las demás atrás, y en apenas dos zancadas logro alcanzarla. La envuelvo con mis brazos por la espalda, la atraigo hacia mí y le susurro al oído:

—Gracias.

Sus hombros se relajan, disipando la tensión de un enfado que empezaba a tomar forma en su interior. El resplandor verde de su aura brilla con fuerza, revelándome su prodigiosa capacidad de curación. Cristina siempre ha estado ahí para nosotras, algo que ha demostrado en incontables ocasiones, incluido el día de su propia boda. Aquella vez, se preocupó más por asistir a Vera, coordinándonos a todas y atendiendo cada detalle, asegurándose de que todo fuera perfecto. Sé que sus palabras aliviaron la carga de mi amiga, consiguiendo que no se encerrase en sí misma y se abriera, dispuesta a florecer. No sé cómo lo hace, pero siempre encuentra ese consejo que necesitas escuchar, incluso cuando al principio te resistes a aceptarlo.

—Solo quería... —susurra con la voz tomada.

—Lo sé. —Sonríe cuando ella apoya su mejilla contra la mía, y por un instante, me siento como mi abuela, que solía decirnos esas mismas palabras. Dos palabras simples que, sin embargo, comunicaban mucho más y aligeraban cualquier pesar.

—Almudena, ¿puedo preguntarte algo? —inquieta con curiosidad

—Claro, dime.

—¿Te está gustando el viaje?

—Claro, me está encantando. Aunque me da mucho coraje no conocer todos los detalles.

—Es lo que tienen las sorpresas —me explica con una sonrisa.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Acaso no se me nota?

—Sí, claro que sí. Pero siento que algo te preocupa. Tú podrás ver las auras, pero yo tengo mi propia manera de notar estas cosas.

—Bueno... —dudo por un instante—. Es una tontería, solo son temas de administración de la tienda —miento, prefiriendo no ahondar en ese tema que había logrado dejar atrás en la gasolinera, aunque siguiera persiguiéndome como una sombra.

Cristina rompe mi abrazo y se gira para mirarme de frente. Sus iris colisionan con los míos, buscando alguna señal de que añadiré algo más.

—Está bien, no necesitas decirlo, pero aquí estamos para ti. Ya sabes, todas para una y una para todas.

—Créeme, lo sé —añado con una sonrisa tenue.

No quiero preocuparlas sin motivo, por ahora solo tengo una leve sospecha, una palabra que entre Álvaro y yo, tiene un significado que va más allá de sus cuatro letras. «Nada». Antes de comentarles mis dudas, prefiero volver a hablar con él e intentar sacar algo en claro, sin tergiversar cualquier susurro.

Visitamos el Castillo de Stirling, deleitándonos con su historia y su arquitectura. Para mi sorpresa, nos adentramos en sus salones. Cristina me confiesa que es uno de los castillos más grandes de Escocia y mejor conservados. Esta vez, entrelazo mi brazo con el de mi guía personal mientras me relata algunas curiosidades que seducen mis sentidos; como el primer espectáculo de fuegos artificiales o el hecho de que aquí fue donde coronaron a María Estuardo cuando tenía apenas nueve meses de edad.

En más de una ocasión, nos hemos visto obligadas a tirar de Maca que, agotada de tanto caminar, quería sentarse en todas las sillas que encontraba a su paso. Lo que nos faltaba, que rompiera o estropease alguna de aquellas reliquias del tiempo y tuviéramos que dejarnos un riñón para pagarlas.

Al entrar en una de las dependencias del castillo, mi piel se eriza al instante cuando una brisa helada, impregnada de un sutil aroma a ceniza, acaricia mis mejillas.

«Algo terrible sucedió aquí».

Suelto el brazo de mi amiga, atraída por un leve murmullo que capta mi atención. Me veo envuelta por la historia que otro guía relata sobre la presencia del espíritu de una de las doncellas de la reina, conocida como Green Lady. Según cuenta, merodea por el castillo vestida con un camisón verde, el mismo que usaba la noche en que ardió en llamas. Lo irónico de todo es que la Dama Verde había tenido una premonición de que, si un día María Estuardo durmiera en la antigua fortaleza, no viviría para contarlo. Y ahora, es su fantasma el que vaga encerrado en estos muros. Siento una extraña conexión con esa doncella y su capacidad de anticipar el futuro, un don que, de alguna manera, ayudó a moldear el curso de la historia. Supo prever el destino de quienes la rodeaban, sin embargo, no previó su propia desdicha. Ese trágico giro del destino resalta la ironía de su poder: capaz de ver el fin de los demás, pero ciega ante su propio final.

Escocia, en su esencia, se despliega como un reino encantado, un santuario para las almas errantes atrapadas a este lado.

Deambulamos por sus enormes patios y sus amplios jardines, disfrutando de las preciosas vistas, localizando nuestro siguiente objetivo; el monumento William Wallace. Antes, hacemos una parada en el Campo de Batalla de Bannockburn, un centro de visitantes interactivo donde nos sumergimos en la historia de cómo Robert the Bruce derrotó a los ingleses.

Con el coche ya aparcado en la zona destinada para ello, un amable señor nos sugiere que podemos subir caminando para admirar las vistas y la naturaleza que nos envuelve, o bien, podemos esperar al autobús que lleva a los visitantes hacia arriba.

—Esperamos al autobús, tanto andar... Ni que estuviéramos rodando *El Señor de los Anillos*

—se queja Maca.

—Yo también prefiero esperar al autobús —añado, apoyando su decisión. Por mucho que me guste Escocia, tengo los pies reventados de tanta caminata, una ya no está para tanto trote.

Una vez arriba, estamos listas para explorar su interior. Subimos por unas estrechas escaleras hacia la cúspide de la torre, avanzando en silencio y en fila india. Sinceramente, agradezco que Maca esté al final; la aprecio mucho, pero su «expresión de afecto» de ayer en el cementerio con ese pedo pestoso, es algo que preferiríamos no repetir en este momento donde no tenemos escapatoria. Setenta y un escalones hasta llegar a la primera planta, los he ido contando mientras intentaba recuperar el aliento. Me recuerdo a mí misma que necesito hacer más ejercicio o quizás pedirle a Maite que me incluya en alguna de sus sesiones de yoga.

—¿Cuántas plantas son? —pregunta Vera, mirando hacia arriba.

—Venga, niñas, sois unas esmirriadas —anima Maite, subiendo con un chute de energía.

—No sabía que el yoga te daba alas —comenta Jessi con retintín.

—Lo que la hace volar no es el yoga, es el misil de Dan... —murmura Maca entre risas, contagiándonos a todas con su picardía.

—Cuatro —responde Cris, ignorando los comentarios—. Ahora vamos a la primera galería, donde se encuentra la armería y el homenaje a William Wallace.

Después de tomar un respiro y maravillarnos con todo lo que ofrecía aquella sala, continuamos nuestro ascenso. Esta vez son sesenta y cuatro escalones. No fui yo quien los contó en esta ocasión; fueron las gemelas, que iban justo detrás de mí.

—Virgen del Carmen, se me acaba de caer un pulmón por el camino —dice Maca, exagerando un poco, pero no demasiado.

—Maca, no me hagas reír que no puedo más —le responde Jessi, intentando sofocar su risa y el cansancio a la vez.

—¡Ay! Macarena, que me entra el flato. —Se carcajea Lorena, teniendo que apoyarse en las paredes a ambos lados debido a la repentina pérdida de fuerza provocada por la risa.

—¡Niñas, callaos! No puedo reírme y respirar al mismo tiempo —advierbo boqueando.

—Espero que el próximo viaje sea a Punta Cana, donde un mulato me susurre «mi amol» mientras me pasa un mojito, y lo único que mueva sea mi trasero para girarme en la hamaca y lograr un bronceado perfecto —comenta Jessi—. Con tanto andar, mi *smartwatch* se ha vuelto loco, preguntándome a cada rato si estoy en pleno entrenamiento.

—Pronto estaré así, tomando un mojito mientras disfruto del sol. Os enviaré fotitos al grupo —canturrea Yure.

—Y encima recochineo —comenta Maca.

—Vamos, que ya casi llegamos —las animo, tratando de darles un empujón de ánimo para el último esfuerzo.

No sé si es la impresión de que las paredes se estrechan con cada paso que damos, pero la sensación de ahogo es real. Hacemos una pausa en la segunda galería, dedicada a los nobles escoceses, y allí nos encontramos con otra de las grandes espadas, esta vez la de Robert The Bruce. Seguimos subiendo, ahora mucho más lentas que al principio y superando unos sesenta y dos escalones hasta llegar a la cámara real. Debo admitir que, en esta ocasión, nuestra parada ha

sido breve; algunas, más ansiosas que otras, quieren llegar a la cúpula antes de que nuestras energías se agoten por completo.

—Cuarenta y seis —enumera Jessi.

—Cuarenta y siete —continúa Maca.

—Cuarenta y ocho —sigue Vera entre resoplidos.

—¡Cuarenta y nueve! —exclama Maite desde arriba

Último tramo de cuarenta y nueve escalones, y por fin, estamos arriba, asfixiadas, agotadas, boqueando como un pez fuera del agua, pero respirando aire puro. Estar allí arriba es sencillamente impresionante, las palabras no alcanzan para describir la magnificencia del paisaje que se extiende ante nuestros ojos. Nos agrupamos todas, listas con el palo de selfi de Maca, para capturar este momento. A pesar de estar exhaustas por el esfuerzo, con el sudor perlado nuestras frentes y sobrándonos ropa por todas partes, todas lucimos una enorme sonrisa.

Nada más bajar, que casi nos tiramos por las escaleras como si fueran un tobogán, nos hemos encontrado al pie del monumento con una exhibición protagonizada por un tipo muy motivado, que se entregaba por completo representando la escena de una batalla. Luego, dimos con un señor muy amable que chapurreaba pocas palabras en español, al que hemos amado nada más conocerlo. Promocionaba su destilería y nos ha ofrecido a probar su ginebra a palo seco, oferta que pocas hemos negado. Después de tremendo ejercicio físico, beber esto no era lo más adecuado, pero de perdidos al río. Nos hemos despedido algo contentillas con la promesa de visitarlo, ya que nos ha invitado a ir cuando gustemos a seguir probando las distintas ginebras.

CAPÍTULO 12

Erísimo

—¡Mierda! Está cerrado —exclama Jessi con un tono de decepción al acercarse al castillo—. Lo siento, Almu —me dice, haciendo un puchero exagerado.

—No os preocupéis, ya habéis hecho bastante por mí —les aseguro—. Solo el hecho de estar aquí ya significa mucho.

—Ponte ahí que te saco unas fotos —me anima Vera a mi derecha.

Frente a mí se alza Doune Castle, más conocido como el Castillo Leoch en la serie *Outlander*, bañado por la luz del atardecer que realza su imponente silueta. Jamás habría imaginado que, sin la ayuda de un guía, serían capaces de localizar los sitios más emblemáticos de la serie. Aunque es una lástima que no podamos entrar, su majestuosa presencia me deja sin palabras.

—¿Aquí? Me hago un par sola y luego nos hacemos una juntas —propongo.

—Sí, sí, dame un minuto —ruega Maite adentrándose entre los arbustos—, ahora vengo.

—¡No te alejes demasiado! —expresa su preocupación Cristina.

—¿Dónde va? —pregunta Lorena.

—Le habrá dado un apretón —comenta Maca de lo más tranquila.

Me sitúo cerca de la puerta, luciendo una amplia sonrisa. Una parte de mí está ansiosa por enviarle esta foto a Álvaro; habría sido increíble explorar estos lugares juntos. Sin poder evitarlo, meto la mano en la mochila y saco el teléfono, solo para echarle un vistazo rápido por si me perdí alguna notificación, «nada». Esa palabra que siempre me remueve por dentro vuelve a mí, golpeándome el estómago.

—Almu, ¿pasa algo? —me pregunta Jessi, apartando el móvil de su rostro.

Me doy cuenta de que no podré ocultarlo por mucho más tiempo. Cris ya tiene la mosca detrás de la oreja, y ahora Jessi. Ya tengo claro quién será la siguiente en enterarse: Maca. Y una vez que ella lo sepa, no tardarán en enterarse las demás. Cuando se trata de secretos personales, Macarena los guarda como si fueran oro; pero si el tema es algo que nos preocupe a todas, rápidamente se unirán para ofrecer su apoyo. Y si tienen que apalear a alguien, no dudarán. Somos así, siempre juntas pase lo que pase. Así que, me armo de valor, respiro hondo y cambio mi actitud, dejando atrás las preocupaciones. Suelto el móvil dentro de la mochila, niego con la cabeza quitándole hierro al asunto, y les brindo mi mejor sonrisa, esa que sé que las convence.

—¿Qué tal así? —pregunto, probando distintas poses.

«Vamos, Almu, estamos en Escocia, hay que disfrutarlo al máximo». Me repito como un mantra. Está decidido, no voy a desaprovechar ni un segundo de esta aventura que me han regalado.

—Están quedando preciosas con los últimos rayos de sol —anuncia Jessi, capturando el momento con el móvil.

Como ferviente aficionada a la serie, los libros y el folklore escocés, sumergirme en castillos, praderas, cascadas y ruinas encantadas es, para mí, el mayor de los regalos. Si cierro los ojos casi puedo percibir todo lo que aguardan esas enormes paredes de piedra; el fresco aroma de la hierba humedecida por el rocío que empieza a caer y el susurro de las ramas de los árboles mecidas por el viento. Esta mañana, el clima nos brindó un sol cálido que acariciaba nuestras mejillas; ahora, con el crepúsculo acercándose, la brisa se ha tornado un poco más fría, añadiendo un toque místico a nuestro entorno. El ambiente solo intensifica la sensación de estar viviendo dentro de un cuento escocés, uno lleno de historia, magia y misterio.

—Venga, colocaos todas que hago un selfi y cuando venga Maite hacemos un par más.

Nos apretujamos bien para caber todas en el encuadre de la foto, mientras Jessi estira el brazo todo lo que puede, extendiendo al máximo el palo de selfi.

—*Miarma*, aligérate que me van a salir abdominales en los párpados —se queja Maca.

—Jessi, por Dios, solo tienes que apretar el maldito botón —dice Cris entre dientes manteniendo la sonrisa.

—Me están llorando los ojos —comento a sabiendas de que luego saldré con los ojos cerrados—. ¡Dale ya!

Sin previo aviso, un grito estruendoso corta el silencio que manteníamos mientras esperábamos la dichosa foto.

—¡Aaaaaaaaaaahhh!

—¿Esa es Maite? —pregunta Lore, alejándose un poco del grupo.

—Sí, es Maite —confirmo.

Nos miramos entre nosotras, con los ojos como platos, y empezamos a avanzar hacia el lugar donde Maite desapareció hace tan solo unos minutos.

—¡Maite! —la llamo, poniendo mis manos alrededor de la boca a modo de megáfono, sintiendo cómo la preocupación aumenta.

De repente, entre la vegetación vemos a nuestra amiga corriendo hacia nosotras como un pingüino, por culpa de los pantalones bajados. Mira hacia atrás asegurándose de que sea lo que sea que la ha asustado no sigue sus pasos.

—¿De qué estás huyendo? —pregunta Jessi, luchando por no soltar la carcajada con semejante espectáculo.

Maite, al darse cuenta de que está mostrando sus partes nobles, se apresura a subirse los pantalones.

—¡Una rata! Es gigante, casi del tamaño de un perro —dice, todavía sin aliento, señalando hacia los arbustos—. Ahí viene, mira.

—Una rata *highlander* —susurra Macarena, muy seria, sosteniendo una piedra en la mano que no sé en qué momento ha recogido, mientras observa atentamente cualquier movimiento entre la vegetación.

—Deja la piedra, Maca —le advierto.

—Es por si las moscas, mejor estar listas para cualquier cosa —insiste con voz ronca, sin soltar la roca.

«Esa carita de ángel puede ser muy peligrosa cuando se trata de proteger a sus amigas».

Todas volteamos al unísono, esperando ver la supuesta rata gigante, listas para hacer una carrera hacia el coche si es necesario, porque, sinceramente, enfrentarme a ese bicho no está en mis planes. Pero, para nuestra sorpresa, lo que sale de entre los arbustos no es una rata, sino una nutria.

—Pero... —comienza Cris, aunque no logra terminar la frase antes de estallar en risas.

Yure se dobla de la risa, incapaz de articular palabra alguna, mientras las carcajadas incontrolables le sacuden el cuerpo.

—Eso no es una rata —aclaro—. Por algo no sentía ninguna sensación de peligro.

—Ni que fueras Spiderman con el sentido arácnido —bromea Jessi, conteniendo la risa.

—¡Ohh! Es adorable —añade Lorena con voz dulce.

—*Marichocho*, es una nutria —le aclara Macarena entre risas.

—¿Una nutria? —repite Maite, todavía sorprendida por la aparición del animal—. Os juro que pensé que era una rata...

Las risas se desatan entre nosotras, y más aún cuando nos damos cuenta de que Jessi, con el palo de selfi en mano durante todo el suceso, sin querer ha capturado una serie de fotos épicas del momento. Ahí está Maite con sus pantalones bajados hasta las rodillas, con una cara de terror absoluto, en plena fuga de la temible «bestia nutria».

CAPÍTULO 13

Geranio Escarlata

Después del encontronazo con la salvaje bestia y varios minutos de pitorreo con lo sucedido, finalmente nos hemos decidido a ponernos en marcha y buscar un sitio para cenar. Estoy famélica. ¿Quién lo diría, con toda la comida pesada que estamos comiendo, que aún tenga hambre? Pero sí, necesito comer algo más, y ya. O morderé el brazo de una de mis amigas.

Encontramos un pub acogedor justo a la vuelta de la esquina, con música en vivo que se escuchaba desde fuera. Al entrar, el calorcito de una chimenea nos recibió, haciéndonos sonrojar las mejillas, calentándolas al instante. La luz suave del lugar nos invitaba a buscar refugio en una de las amplias mesas dispersas por el salón. En el escenario, nos topamos con un grupo de hombres bastante pintorescos, vestidos con kilts, gaitas y guitarras en mano, que nos deleitaban con sus canciones mientras nos tomábamos unas copas y picábamos algunos aperitivos que habíamos pedido.

—¡Qué buena pinta tiene todo! —exclama Lorena.

—Eso o estamos muertas de hambre —comento, mientras me hago con un generoso trozo de pan.

En ese instante, la voz rasposa y cargada de emociones del solista, en un tributo a The Real Mackenzies, inunda el ambiente con su canción *Chip*, embrujando a todos los presentes. Unos marcan el ritmo con golpes firmes contra el suelo, mientras otros se suman cantando y aplaudiendo, dejándose arrastrar por la corriente musical que palpita en sus venas.

Chip worked as a boatwright

As his father and his gran'

I'm working in a boatyard

Building on the River Thames

En el centro de la mesa de madera gastada reina un gran plato de patatas fritas, gruesas y doradas, perfectas para compartir, acompañadas de una salsa casera que pica justo lo suficiente para seguir tomando cerveza. A su lado un cuenco de mejillones al vapor, bañados en una salsa de whisky y ajo. Y no podía faltar los trozos de pan de ajo crujiente, perfectos para rebañar hasta la última gota de salsa. Os puedo asegurar que he tenido un miniorgasmo con cada bocado.

The devil said unto chip

Take these nails and copper roll

But you also have to take this rat

And I will take your soul

Al levantar la vista, veo al camarero acercarse con una sonrisa gracias a una señal de Cristina. Nos rellena las bebidas y deja caer en la mesa una tabla de quesos locales con un montón de crackers que nos hacen la boca agua. Nos lanzamos a por ellos en cuanto llegan, como si fuéramos supervivientes de un naufragio que llevaban días sin probar bocado.

—¿Dónde dormimos esta noche? —pregunto con curiosidad comprobando la hora en el reloj.

—En un B&B, y eso es todo lo que te pienso contar —suelta Cris con una sonrisa.

—Hombre, hasta ahí llegaba sin ese despliegue de información. Imaginaba que no dormiríamos en el coche. —Me carcajeo llevándome la jarra a los labios.

—Oye, Almu, ¿qué te traes con Rubén? —lanza Maca, sin rodeos. Directa como solo ella puede ser.

El líquido sale disparado de mi boca como un aspersor cuando noto todas las miradas de mis amigas clavadas en mí. Era de esperarse, ya estaba tardando en salir el tema, y sabía que tarde o temprano pasaría, aunque lo haya estado esquivando hasta ahora. Carraspeo y busco las palabras adecuadas antes de explicar, de manera resumida, lo que está pasando con Rubén.

—No me corresponde a mí contarlo —respondo, consciente de que no es la respuesta que esperaban.

—¿Secreto de confesión? —bromea Jessi.

—Ni que fueras un cura —bufa Maca.

—Más o menos —contesto mientras tomo una de las toallitas húmedas que siempre llevo conmigo. Me limpio con ella y, luego, con una calma sorprendente, la paso por la mesa para secar las gotas esparcidas—. Solo os diré que no es nada sexual, que os conozco.

—¿Sexual? *Parfavar*, ¿por quién nos tomas? —se ofende Maite, llevándose la mano al pecho.

—Como si no os conociera —agrego.

Arqueo una ceja en un duelo de miradas con mis amigas, sin pestañear ni un segundo, porque sé que, si pierdo el contacto visual, me habrán ganado la batalla. Justo cuando pensaba que las tenía a todas de mi lado, nuestra líder intenta desarmarme con sus palabras, como si no lo viera venir.

—Mira, lo que te traigas con Rubén no es asunto nuestro. Solo queríamos saber si hay algo de lo que deberíamos estar al tanto y no nos estás contando... —expone Cris sutilmente, mostrando su verdadera preocupación.

—Lo sé, Cris. Pero por ahora, todo está controlado —les aseguro con una sonrisa tranquilizadora.

«Si esto no vale, sé que al final tendré que contarles lo que realmente sucede con Rubén».

Jessi y Maca intercambian una mirada cómplice y en ese instante, siento que están tramando algo. Quizás estén comunicándose telepáticamente, urdiendo un plan para sacarme información. Ya me las imagino llenando mi copa con algún suero de la verdad, ansiosas por obtener todos los detalles. Las veo entrecerrar los ojos y hacer algunas muecas, como si ya supieran qué decir, antes de volver a centrarse en mí.

—Bueno, mientras no te traigas ningún lío que nos haga salir corriendo en mitad de la noche para esconder un cuerpo, estamos bien —responde Yure de manera despreocupada.

—Ya sé qué pasa... —irrumpe Maca el silencio que había quedado tras la intervención de

nuestra amiga.

En ese instante, una chispa de sospecha se enciende en mi mente. Observo a las gemelas con detenimiento, y comprendo que tienen un as en la manga. Parece que saben algo más de lo que han revelado hasta ahora, y han estado esperando pacientemente a que yo confiese. No es habitual que se mantengan tan serenas después de mis respuestas. Las conozco demasiado bien para saber que la cosa no se iba a quedar así.

—¿Qué sabes, Macarena? —pregunto, intrigada.

—Ya puedes estar soltando por esa boquita —sugiere Vera, expectante con todo este asunto, mientras se lleva otro cracker a la boca.

—¿Álvaro lo sabe? —me pregunta Maca, rompiéndome todos los esquemas.

La mención de Álvaro en esta conversación me deja sin aliento. No esperaba que lo sacaran a colación, aunque es verdad que no he compartido este secreto con él para proteger la confidencialidad de Rubén. Ahora me doy cuenta de que, sin importar cuánto intente evitarlo o qué medias verdades cuente, mis palabras están siendo interpretadas de manera equivocada. El hilo entre Álvaro y yo ya está tenso, y añadirle más peso solo empeoraría las cosas.

—No —respondo, abatida—. Lo que os voy a contar aquí debe quedarse entre nosotras. —Las miro una a una antes de continuar.

Asienten en silencio, tomo una profunda respiración y comienzo a relatarles parte de esa conversación

—Rubén confió en mí para contarme esas dudas que lo carcomen y ahora voy a compartir con vosotras. Hace un mes, más o menos, fue con un grupo de amigos a un local *swinger*... —Percibo a mi derecha la inquietud de Jessi y cubro su mano para frenar su lengua—. Ni Aksel ni Viggo saben nada de esto. Aún no está preparado para hablar de ello.

—Sigue —apremia Maite.

—Según me contó, él solo iba a observar los *shows* que ofrecían esa noche y tomarse unas copas. No está seguro si fue el efecto del alcohol o la atmósfera cargada de sensualidad que lo envolvía o el roce ligero con aquello que hasta entonces no se había atrevido a probar, pero se liberó.

—¿Se liberó? —pregunta Lorena—. ¿A qué te refieres?

—Exploró nuevas experiencias —respondo, eludiendo entrar en detalles.

—¿Qué clase de experiencias? —insiste.

—Que probó tanto carne como *pescado* —suelta Maca, y yo le agradezco con la mirada esa franqueza tan suya.

Lorena dirige su mirada hacia abajo y aprieta su vaso con fuerza. La observo fijamente por unos segundos contemplando como su aura se opaca, antes de desviar la vista hacia Macarena.

—¿Ya lo sabías? —inquiero.

—No estaba segura, pero lo vi entrar en uno de los locales que Carlos y yo solemos visitar... —Mis amigas giran sus cabezas hacia Macarena como si fueran resortes, y ella nos lanza una mirada a todas—. No me miréis así, como si os pillase por sorpresa.

—Maca, tú eres una caja de sorpresas —aclara Cris.

—Cuando lo vi allí, no sabía si era su primera vez; tampoco lo saludé —explica Maca—. Al

final, cuando sueles frecuentar sitios como ese, tiendes a probar, ya sea mirando a otras parejas o participando, y sinceramente, jamás de los jamases pensé que te lo contaría a ti.

—Qué *callaito* te lo tenías, Maca Attack —susurra Maite, arqueando una ceja.

—No puedo desvelar todos mis secretos; soy *influencer* —le responde, guiñándole un ojo.

—Y yo que pensaba que le gustaba Almu —murmura Jessi, más que nada para sí misma que para nosotras.

—¿Y por qué te lo cuenta a ti? —indaga Vera.

—Me hice la misma pregunta, pero no se lo mencioné; simplemente lo escuché —explico, apretando la mano de Jessi para transmitirle mi calma, porque, aunque Aksel no esté directamente relacionado con lo que estoy contando, de alguna manera le afecta—. La primera vez que hablé con él, percibí una tensión interior, y su aura parecía apagada. Por un momento, me sentí como mi abuela, a quien la gente acudía en busca de consejo. Así que hice lo que mejor sé hacer: escuchar a los demás.

—Está desahogándose contigo, eso está claro —dice Yure con esa manera suya de ir al grano.

—Es lo que sentí —reconozco, sintiendo cómo el murmullo de preocupación del grupo empieza a envolverme—. Pero ¿sabéis qué? Sus ojos no mentían, había una franqueza, una vulnerabilidad que es imposible de fingir. Aunque apenas estamos empezando a conocernos, no me parece de los que hablan por hablar. Si ha decidido abrirse así conmigo, es porque realmente siente la necesidad de compartirlo, de encontrar a alguien que de verdad entienda por lo que está pasando y las dudas que ahora despiertan.

—Supongo que eso te hace especial para él, de alguna manera. Te ha elegido a ti para mostrarse tal y como es, para despojarse de todas sus máscaras —apunta Lorena, levantando la vista hacia las vigas de madera del techo como si buscara respuestas allí arriba.

Miro a mi amiga con atención, tratando de captar aquello que ahora la rodea, poniendo un peso en sus hombros que parece demasiado grande.

—O tal vez solo estabas ahí en el momento justo. —Maite me regala una sonrisa, interrumpiendo mis pensamientos.

—Un buen amigo, es un buen abrigo —suelta Macarena aligerando el ambiente con su salero cambiando los refranes.

—Lo que importa es que está buscando su lugar, probando y viviendo para descubrir qué es lo que realmente quiere —les digo, recordándoles que, a veces, todo lo que necesitamos es alguien que nos escuche, alguien ante quien no tengamos que guardarnos nada.

Yo debería tomar nota de mi propio consejo, pero eso... eso lo dejo para otro día, cuando realmente tenga algo propio que contar. Ahora mismo son solo sospechas que enturbiarían el viaje.

La noche se desliza entre nosotras, tejiéndose de risas y secretos que vamos compartiendo. Hay miradas que se cruzan y otras que se esquivan, como si algunas palabras pesaran más que otras. Pero ahí estamos, enlazadas en abrazos que saben a recuerdos y a promesas, calentando el corazón en este rincón apartado del mundo. Perdidas en la encantadora Escocia, en un pub alejado de todo, con la música acariciando de fondo cada una de nuestras confidencias, bajo un manto de estrellas tejido solo para nosotras, cargado de deseos pendientes. Y con el alma llena de

ganas de seguir sumando momentos, seguimos aquí, viviendo.

CAPÍTULO 14

Acacia Amarilla

—¿Estás segura de que es aquí? —pregunto, algo desconcertada por la oscuridad que nos envuelve.

—Sí, es la dirección que me dieron —responde Cris, consultando su móvil—. Mira, aquí está el nombre del B&B.

Levanto la mirada hacia el cartel; efectivamente, coincide. Sin embargo, la oscuridad y el silencio dominan el entorno. Ante nosotras, se yergue una casa de campo que a primera vista podría confundirse con una granja. Las ventanas están sumidas en la más completa oscuridad, sin rastro de luz, y solo el sonido de la noche rompe el silencio.

—Cris, te has tenido que equivocar —comenta Vera, abrazándose a sí misma buscando algo de calor.

Salimos del pub un poco achispadas, con las mejillas enrojecidas y calientes después de disfrutar de unas cuantas cervezas. Al principio, el aire fresco de fuera nos pareció un respiro, pero ahora, la verdad, nos estamos acordando mucho del calorcito que dejamos junto a la chimenea.

—Está muy oscuro —añade Maite subiéndose la cremallera de su abrigo hasta arriba.

—Esto se parece a la granja de *La Matanza de Texas*, en cualquier momento nos sale el loco de la motosierra —bromea Macarena en voz baja.

—Tú y tus ocurrencias —comento, rodando los ojos.

—¡Puff! Me hago pis, no aguantaré mucho más —declara Jessi, con el baile del San Vito.

—Eso te pasa por beber tanto —asevera Yure.

—Hazlo detrás de esos arbustos —le sugiere Maca, señalando unos setos perfectamente podados.

—Claro, después de lo que has dicho, ni hablar. —Niega con la cabeza—. O para que me pase como a Maite. —Se carcajea.

Empiezan a discutir, entre risas, sobre el mejor sitio para orinar. El alcohol sigue muy presente en el ambiente.

—Voy a revisar bien la dirección —interviene Yure, sacando su móvil.

Doy un pequeño paseo alrededor de la fachada y observo varios coches estacionados a un lado, además de un pequeño minibús con un logo peculiar en su lateral que dice «*Sassenach Experience*». Todo indica que es el área de aparcamiento destinada a los huéspedes. Es mi primera experiencia en un B&B; el lugar donde nos alojamos en Edimburgo era más parecido a un hotel. Detrás de mí, oigo pasos acercándose, y no necesito girarme para saber que es Lorena. Su característico perfume a flores silvestres la delata. Su brazo se entrelaza con el mío, y juntas continuamos el camino. Nos apoyamos la una en la otra.

—Estoy por mirar hoteles cercanos —murmura.

—O acabamos todas apelotonadas en el coche para dormir, así al menos no pasaremos frío —bromeo.

—¿Te imaginas? Al final no ibas desencaminada cuando lo dijiste en el pub. —Se ríe entre dientes.

Nos giramos y veo a Cristina acercándose el móvil a la oreja. Nos aproximamos un poco más para oír mejor. Los tonos de llamada resuenan en el interior, uno tras otro, mientras en la casa todo sigue en silencio, sin respuesta.

—Confirmado, es aquí —afirma Jessi, mientras aprieta los muslos intentando contener su urgencia—. ¿Acaso no tienen recepción?

—Debería... —responde Cristina, revisando su teléfono antes de colgar.

—Voy a tocar a la puerta —se adelanta Macarena, con el puño en alto—. A lo mejor se ha dormido, qué falta de profesionalidad.

—Espera... —dice Yure, justo cuando una pequeña luz se enciende dentro.

Un momento después, el foco de la entrada nos baña en luz, haciéndonos parpadear como si estuviéramos en un interrogatorio. Levanto mi mano, tratando de bloquear el intenso brillo.

—Me va a dejar ciega —murmura Maca, desviando la vista.

Se oyen unos pasos aproximándose a la puerta y el sonido de los cerrojos desbloqueándose uno tras otro. Por un instante, parece que nos van a abrir las puertas de una mazmorra. La hoja de madera se abre lentamente, revelando el rostro de un señor mayor con poco pelo en la cabeza y una bata enguatada, quien nos dirige una mirada fulminante. Parece que lo hemos sacado de la cama y diría que no somos bienvenidas. Cris se adelanta a todas, tomando la iniciativa.

—*Excuse me...* —comienza a explicarle con todo detalle que teníamos una reserva hecha desde hace varias semanas. Ella le muestra la pantalla del teléfono, y el hombre nos mira alternativamente a cada una mientras escucha.

—Ya nos podría dejar pasar al interior... —se queja Vera detrás de mí.

Desde donde estoy, solo puedo observar cómo ese señor no deja de negar con la cabeza; su cerebro debe de estar dando vueltas ahí dentro. La verdad, con tantas negativas, no nos está dejando muchas opciones.

—Tengo el toto como un erizo con el frío —murmura Maca.

—Niña, por favor... —la regaña evitando reírme.

—¿Lo tenías depi...? ¡Ah! Ya lo he pillado. —Rompe a reír Jessi en silencio, poniéndose la mano en la boca para contener la carcajada.

El hombre sigue negando con la cabeza, cruzando sus brazos frente a Cristina. Con visible ansiedad, le explica con un marcado acento escocés que el horario de *check-in* es hasta las seis de la tarde y, al no presentarnos para la entrega de las llaves, había concluido que se cancelaba la reserva. Insiste en que, a pesar de la flexibilidad de algunos establecimientos, este B&B mantiene una política estricta; es una casa con historia y tradición, no un hotel impersonal, y como tal, exigen un respeto riguroso hacia las normas de convivencia y los horarios.

—¿Pero este señor qué se ha creído? —pregunta Macarena cada vez más molesta con el trato recibido—. A que le digo cuatro cosas.

—Shhh. —Jessi la manda callar—. No la lées, o nos vetarán en todos los B&B.

—Con carteles de «Se busca» con nuestras caras, como con los Papás Noel —bromea Maite.

A medida que la conversación avanza, siento cómo las energías negativas crecen en intensidad. Me esfuerzo por intervenir, intentando suavizar el ambiente cada vez más tenso con palabras que calmen los ánimos, de lo contrario, acabaremos durmiendo al raso.

—*Please, this is our first trip to Scotland; we didn't know anything about the strict rules some B&Bs have. It's late, we're tired, and we apologize for the inconvenience at this time of night...*³

El hombre presta atención a mis palabras, manteniendo su actitud hostil, hasta que una voz profunda corta mi explicación. Se vuelve para dirigirse a la persona que nos interrumpe, dándonos la espalda, y aunque me irrita que me deje así, el tono de la conversación me hace entender que, quienquiera que esté hablando con él en este momento parece estar intentando comprender nuestra situación.

Nos miramos entre nosotras, confundidas, sin captar del todo lo que sucede y la incertidumbre pintada en nuestros rostros. «Tengamos paciencia», nos decimos con los ojos, intentando encontrar sentido a este embrollo.

La puerta se abre, mostrándonos quién es esa persona tan amable que acaba de salir en nuestra defensa. Sea quien sea, le pondré un altar con velitas y rezaré todo lo que haga falta. Lo primero que capta mi atención es el brillo azul de sus ojos, que resaltan apenas la luz de la entrada los ilumina. Su cabello rojizo, un tanto revuelto, le da un toque desenfadado mientras cae sobre su rostro. Luce una camisa de franela a cuadros verdes arremangada hasta los codos y abierta lo suficiente como para revelar sus fuertes y salvajes pectorales. De todas las personas con las que podríamos encontrarnos en Escocia, tenía que ser él. Sergio.

—Buenas noches, señoritas. —Sus comisuras se alzan en una seductora sonrisa—. Hola, Almudena —añade con un tono demasiado sensual. Estoy segura de que todas mis amigas me están mirando ahora mismo. Me mantengo firme, mirando al frente—. He hablado con Roger y ya está todo solucionado.

—¿De verdad? —pregunto, sorprendida.

—Gracias —expresan Cris y Vera a la vez.

—Qué *apañao* es este muchacho. —Maca me propina un pequeño codazo.

—Vaya, qué casualidad que nos volvamos a encontrar con él —susurra Yure, incapaz de ocultar su desconfianza.

La última vez que cruzamos palabras con Sergio, lo mandamos «a freír espárragos». Sin embargo, él nos ha visto en un apuro y no ha dudado en ayudarnos. Qué malas personas somos.

—Sí, solo fue un malentendido. Cosas que pasan, especialmente siendo vuestra primera visita a Escocia —nos dice, guiñándonos un ojo con complicidad.

Nos quedamos mirándonos, sin saber qué decir ante la situación. Jessi me da un pellizco en el brazo, como recordatorio de su necesidad, y se hace camino entre nosotras hacia la puerta.

—Gracias, Sergio. ¿Podrías decirme dónde está el baño? —pregunta con un tono de urgencia.

—Roger te guiará a tu habitación; allí tienes un baño privado —responde, intercambiando una mirada comprensiva con nuestro anfitrión.

Desfilamos una tras otra delante del *highlander*. Cristina y Yure intercambian unas palabras con él antes de desaparecer por el pasillo. De repente, me doy cuenta de que soy la última en entrar a la casa. Trago saliva y respiro hondo antes de dar el primer paso. Mis hormonas se empolvan la nariz, preparándose para el encuentro. Sergio permanece inmóvil en el umbral, acogiendo cada palabra de agradecimiento. Doy un paso adelante y su brazo, imponente, se cruza frente a mi rostro, apoyándose en el marco de la puerta y deteniendo mi avance. Levanto la mirada hacia él, movida por la curiosidad, y descubro una sonrisa socarrona dibujándose en sus labios.

—Gracias por dar la cara por nosotras —digo mirándolo fijamente.

Sus ojos se aferran a los míos, su brazo permanece inmóvil delante de mi rostro, mientras el resplandor de su aura y el ritmo de mi corazón se intensifican por momentos. Este hombre me pone muy nerviosa; no sé si es porque representa una de mis fantasías secretas o que simboliza lo absolutamente prohibido. Mi subconsciente se arrodilla, rezando una y otra vez, anhelando absolución por la avalancha de pensamientos obscenos que este hombre desata. Entreabre sus labios y los humedece con su lengua, despacio, sin soltar mi mirada. Su aroma varonil ahumado baila a mi alrededor despertando sensaciones.

—De nada —susurra ronco.

Las venas en su brazo se dibujan como caminos que me tientan a seguir hasta su torso, el cual, a pesar de mis esfuerzos, intento no mirar. Esos pectorales salvajes invitan a ser explorados, a perderse en ellos, como si fueran vastas y frondosas praderas. Desde aquí, siento el calor que emana de él, caliente como un volcán. Trato de distraerme pensando en gatitos, pero esos pensamientos inocentes pronto son reemplazados por fantasías un poco más picantes. Necesito dejar de leer novelas de romance escocés que revolucionan mi ritmo cardíaco y avivan mis deseos más perversos. Después de todo lo que he bebido esta noche, especialmente esos últimos chupitos de whisky en el pub, mis sentidos están algo adormecidos, dejando que mi imaginación, y quizás algo más, se dispare.

—¿Almu? —me llama Lorena.

Como si estuviéramos bajo un hechizo, ambos parpadeamos, despertando de ese extraño ensueño que me había atrapado. Su brazo se desplaza lentamente, cediéndome el paso al interior, mientras mis ojos verdes se mantienen fijos en los suyos, como dos zafiros magnéticos. Entro con un suspiro que escapa de mis labios antes de darle la espalda y comenzar a caminar, sin perder la dignidad. Tarea pendiente: no beber alcohol si este hombre está presente. Ser fiel en cuerpo y mente... Bueno, al menos en cuerpo; los sueños tórridos están permitidos. Y, por último, correr sin mirar atrás.

—Dulces sueños, Almudena. —Su poderosa voz me acaricia desde la distancia, y siento cómo todo mi cuerpo se eriza, traicionándose.

Al alcanzar a mi amiga, entrelazo mis dedos con los suyos y nos encaminamos hacia lo que será nuestra habitación esta noche. Antes de sumergirme entre las sábanas, necesito tranquilizar mis pulsaciones. La fría distancia con Álvaro me hace sentir vulnerable, sobre todo cuando se cruza en mi camino la imponente figura de ese *highlander* ibérico, que aparece cuando menos lo espero, desarmándose por completo.

¿Por qué parece que cuando estás mal con tu pareja, el universo conspira para tentarte a cometer errores? Evito cualquier pensamiento fuera de lugar y me sumerjo en mi subconsciente, buscando con ahínco ese clavo al que siempre me aferro en momentos difíciles. Rescato esos

preciosos recuerdos donde solo existíamos él y yo.

CAPÍTULO 15

Acónito

Pasado.

—Estás preciosa —susurra ronco Álvaro a mi espalda.

—¿Esto? Es solo un trapito que tenía por ahí —murmuro, mientras aleteo mis pestañas de manera coqueta, capturando su mirada a través del reflejo del espejo.

La delicadeza de sus labios al posarse sobre mi hombro desencadena un sonido que, al encontrarse con mi piel, se convierte en pura magia. Es un eco hipnótico, una melodía insidiosa que se va tejiendo con la cadencia de cada beso depositado. Me permito cerrar los ojos, entregándome por completo a la intensidad de ese contacto tan cargado de sensualidad. Su índice juega con el tirante de mi vestido, deslizándolo lentamente por el contorno de mi brazo, quemándome a su paso. Despacio. Lento. Lo deja caer con tal suavidad que parece liberar no solo la tela, sino también el velo de misterio que cubría la delicada lencería que resguardaba.

—Sencillamente, preciosa...

Mis ojos se abren, y a través del espejo, su mirada, intensa y cálida como un rayo de sol, me envuelve, enviando olas de calor por mis venas. Con su lengua traza un sendero ardiente hasta mi cuello, manteniéndome aprisionada en una dulce cautividad que despierta cada fibra de mi ser. Solos él y yo. Sus labios, suaves y exigentes, dibujan círculos en mi piel, arrancándome suspiros profundos y marcando el juego de provocación en el que estamos inmersos. Tentándome.

—Álvaro... —gimo entre suspiros—. Vamos a llegar tarde...

—¿Y?

—Es la boda de Cristina —susurro, consumida por un deseo que eclipsa todo lo demás.

—No se dará cuenta —susurra.

—Lo hará, ya conoces como es... —la lengua de Álvaro repiquetea en desacuerdo, y añado antes de que continúe, aferrándome a esa pausa—, y no me gustaría estar en el pellejo de Eduardo cuando a Cris le entre un ataque de ansiedad al comprobar que falta una de sus amigas.

—No puedo parar —confiesa.

Su mano, exploradora y audaz, desciende para rozar apenas la lencería que vela mi pecho, provocando que mi piel se tense, anticipándose al contacto. Con un toque delicado, pellizca mi pezón sobre la tela, enviando ondas de placer que se anclan en mi centro. A través del reflejo, capto cómo mi cuerpo vibra bajo su tacto, y lo atrapo mordiéndose los labios, un gesto que dispara mi pulso. La visión de su deseo enciende aún más el mío, avivando la llama de nuestra pasión.

—¡Uff! Álvaro...

—Eres mi tentación —ruge con voz ronca.

Cedo, dejando que mi cabeza se incline hacia atrás, abriéndome a la tormenta de sensaciones. Exhalo, rendida, cuando sus dedos, juguetones y atrevidos, elevan el dobladillo de mi vestido, aventurándose por mi muslo hasta hallar el epicentro de mi deseo. Cada caricia es un relámpago que me atraviesa, sus ojos, fijos en los míos a través del espejo, son los de un depredador en plena caza; no descansará hasta devorar completamente a su presa.

—¡Joder! —jadeo, al borde del desfallecimiento ante su provocación.

—Dime que pare —exige con rudeza.

—Pa... —Intento pronunciar las palabras cuando sus dedos, calientes, exploran el borde del tanga—. Par... —Todo sonido que intentaba escapar de mi garganta se convierte en un profundo gemido, emergiendo desde lo más profundo de mi ser al sentir la intromisión de sus dedos, profundizando en un vaivén desbocado que disipa la realidad.

Su brazo rodea mi cintura cuando mis piernas flaquean y sus movimientos se intensifican, volviéndose salvajes. Anhele girarme para buscar sus labios, pero Álvaro tiene un objetivo claro. Sé cuál es y no puedo resistirme al placer que me provoca. Quiere que me derrita entre sus dedos. Su pulgar traza círculos en mi clítoris, electrificándome mientras vuelve a penetrarme con fuerza. Domina cada detalle de mi cuerpo, conoce exactamente cómo tocarme para desatar mi locura, jugando astutamente con el último hilo de cordura que me queda.

El timbre resuena con fuerza a lo largo del piso, interrumpiendo brevemente la pasión que acabamos de encender. Sin embargo, mi mano se aferra con más determinación, decidida a seguir el ritmo que Álvaro ha marcado. Su persistencia en llevarme al clímax no se desvanece. El sonido de la campanilla continúa, seguido de cerca por el destello de mi teléfono que cobra vida con una serie de notificaciones. ¡Mierda! Había olvidado por completo que Lorena y Alejandro venían para ir todos juntos en taxi.

—Tenemos que pa... rar —jadeo rozando el cielo.

—Aún no —gruñe entre dientes moviendo los dedos en mi interior.

De repente, el móvil de Álvaro se ilumina, y su melodía se esparce por la habitación, ahogando todos los demás sonidos. Regalándonos unos preciados minutos para alcanzar la recta final. Mis suspiros, ahora entremezclados con gemidos, escalan en intensidad a medida que el ritmo se acelera; sus dedos, hábiles y decididos, se aventuran cada vez más profundo, encontrando ese punto exacto capaz de derribar todas mis defensas.

El clímax me alcanza con la fuerza de un misil, imprevisto y devastador. La mano de Álvaro cubre mi boca, sofocando el grito que casi se libera de mis labios. A través del espejo, sus ojos no dejan de encontrarse con los míos, manteniendo esa conexión intensa, hasta que finalmente retira su mano, liberándome. Mi cuerpo tiembla con pequeñas sacudidas, resonando todavía con el eco del placer.

—Ahora. —Sonríe complacido.



Diez minutos más tarde, nos encontramos en un taxi rumbo al hotel donde se celebrará la boda de Cristina. Desde el momento en que cruzamos el umbral de la puerta, he sentido el peso de la

mirada inquisitiva de mi amiga. A pesar de mis esfuerzos por retocar el maquillaje, sospecho que en mi rostro aún se dibuja un velo de éxtasis. Mi vista se escapa hacia la ventana cuando Lorena inicia una conversación con su pareja. Sin embargo, al volver a mirar hacia delante, me topo con los ojos intensos de Álvaro. Nuestras pupilas se enlazan, revelando sin palabras el secreto compartido de momentos antes.

Su apetito ha sido voraz últimamente, y la verdad, me encanta. Esas ganas de descubrirnos de nuevo, de no dejar rincón sin explorar. Aunque, no puedo evitar preguntarme qué detonó este cambio. No es que me queje, pero me da que pensar. Hace unos años, entre nosotros todo era puro fuego. Luego, poco a poco, la rutina y el trajín del día a día parecían enfriar las ganas. Pero desde aquella noche, después de la despedida de soltero de Eduardo, cuando lo encontré solo en el salón, envuelto en la oscuridad con esa mirada tan distante, algo se disparó. Todo se intensificó, como si aquel instante hubiera vuelto a avivar una llama que pensábamos perdida.

No profundicé mucho en el tema. De vez en cuando, lanzaba alguna pregunta al aire, sutilmente, por si acaso se sentía aludido. Pero como suele pasarme con él, no noté nada raro aparte de la sospecha de aquel día. Solo sé que percibía una intensidad arrolladora en su manera de vivir, de sentir, como si buscara renacer. Las emociones se disparaban en todas direcciones, provocando un sinfín de sensaciones. Y cada vez que lo tocaba, era como si encendiera una chispa en él, sintiendo esa energía volcánica que parece correr por debajo de su piel.

—Eres una asquerosa, mira que hacernos esperar en la puerta... —susurra Lorena en mi oído, rompiendo el hechizo.

—Me estaba terminando de arreglar —miento de manera descarada, como si mi amiga no supiera lo que estábamos haciendo.

—Ya, estabais terminando... —declara entre risas.

En el espejo, la mirada soleada de Álvaro se nubla por un segundo, como si una sombra pasajera cruzara su rostro. Parece darse cuenta de mi mirada inquisitiva y, casi al instante, me lanza una de esas sonrisas que me derriten, antes de volver a concentrarse en la carretera.



Me ha pillado totalmente por sorpresa. Pedro ha dejado a Vera. Habría sido más considerado por su parte elegir otro momento para hacerlo. Pero dejando eso de lado, ya llevaba un tiempo sintiendo que mi amiga se había convertido en su sombra. Traté de señalárselo de forma sutil, aprovechando cada conversación casual para preguntarle por esos sueños que había aparcado, buscando esas ganas de vivir la vida que antes mostraba y ese brillo único que siempre la hizo destacar. Sin embargo, me sentía maniatada; no quería decirle directamente lo que veía, ese tono de tristeza azul que parecía envolverla y poco a poco, iba borrando su esencia.

Cristina nos convocó de inmediato para revelarnos, con gran detalle, su meticuloso plan. En él, cada una de nosotras desempeñaría un papel clave: algunas actuaríamos como catalizadoras, animando a nuestra amiga a tomar esa decisión que había evitado durante años; volver a ser ella. Otras se encargarían de preparar el terreno, asegurando que todo estuviera en su lugar para apoyarla hasta el último momento. Y así, en plena boda, nos encontramos en un grupo de *WhatsApp*, orquestando cada aspecto necesario para el «despertar» de Vera.

Equipo de la Ligación:

Cristina:

¿Os ha quedado claro todo?

Almudena:

Sí.

Maca:

Claro, hija.

Lore:

Sí, mi sargento.

Yure:

Clarísimo.

Maite:

Ya tengo preparado el neceser, solo me tenéis que dar la señal y apareceré como el hada madrina de Cenicienta.

Almudena:

Cristina, no te preocupes, disfruta de tu boda que nosotras nos encargamos...

Cristina:

Atentas todas al sujeto V, y que no se dé cuenta de lo que estamos tramando. Maca, por favor, asegúrate de no soltar la lengua cuando te emborraches.

Maca:

*Pero... ¿Por quién me tomas?
Qué mal pensáis de mí.*

Lore:

El objetivo se mueve...

Cristina:

Fuera los teléfonos, que no sospeche nada.

Guardo el móvil en el diminuto bolso dorado que llevo al hombro, miro a mi alrededor y las niñas asienten en silencio, asumiendo su rol. A lo lejos, observamos a Vera con una copa en la mano, sin percatarse de quién está detrás de ella. Sonrío al ver cómo se despliega la escena. Todo

transcurre como lo habíamos planeado; nosotras solo debemos colocar las piezas en el tablero, la noche y el alcohol harán el resto.

Siento las emociones a flor de piel cuando el aroma de azahar me envuelve por un instante fugaz. Cierro los ojos, dejándome llevar por ese perfume tan cargado de recuerdos, y al abrirlos, creo ver a Álvaro entrando en el hotel. Como si una fuerza sobrenatural me empujara, empiezo a seguirle, escudriñando el *hall* en su búsqueda. Reconozco su chaqueta al doblar una esquina. Mis tacones resuenan en el suelo, anunciando mi presencia, y sin querer, aprieto el paso hasta llegar al lugar donde lo perdí de vista. Al final del corredor, una puerta batiente se mueve ligeramente. Mis labios se curvan en una sonrisa traviesa al seguirle, sintiendo aún su perfume en el aire. Avanzo en silencio hasta alcanzar la hoja de madera blanca y la empujo con suavidad para entrar.

Álvaro está de espaldas en el centro del amplio baño de caballeros, donde el suelo de tonos negros con vetas blancas hace resaltar su traje gris claro. Su presencia imponente actúa como un imán, atrayéndome hacia él, aunque mi objetivo es más atrevido: deseo fundirme en un choque directo con sus labios. Con esa intención, avanzo un paso y el sonido de mi tacón hace eco en el lugar. Él gira ligeramente la cabeza, permitiendo que un mechón oscuro caiga travieso sobre su frente, tan indomable como él. Avanzo otro paso, mis movimientos son felinos, impulsados por su mirada intensa y salvaje. Extiendo mi brazo intentando alcanzarlo, pero justo en ese momento, la luz se apaga, sumiéndonos en la oscuridad. Toma mi muñeca con posesión, atrayéndome hacia él, y su fuerte respiración me roba el oxígeno. Nos respiramos en un silencio ensordecedor, mientras los latidos de mi corazón se disparan al sentir cómo su mano recorre mis curvas con una lentitud tortuosa. Atrapados en la penumbra, nuestras miradas se encuentran, apenas iluminadas por la tenue luz de emergencia. No nos hace falta más para avivar la llama.

Su lengua acaricia mis labios en un contacto íntimo, electrificándome y erizando cada centímetro de mi piel. Suspiro en su boca antes de lanzarme a devorarlo con fervor. Enmarco su rostro mientras saboreo su exquisito sabor, aquel que me evoca al verano: fresco, arrollador, caliente e imposible de olvidar. Porque él siempre fue para mí esa época estival, llegó a mi vida para hacerla brillar. Pierdo la noción del entorno, dejándome llevar por el torbellino de sensaciones que sus besos despiertan en mí, y me rindo al deseo. Su cuerpo me empuja hacia uno de los compartimentos y cierra la puerta tras él. Nuestras manos se lanzan en una carrera frenética en busca del contacto mutuo, mientras sus dedos aprisionan con fuerza mi nalga, incitándome a envolverle con mi pierna.

Soy adicta a su sabor.

No tarda en hacer lo que sé que está por venir; su mano cubre todo mi sexo, el cual palpita al sentir la presión. Con un tirón brusco, desgarrar la tela del tanga, liberándose de la prenda. Este acto hace que mi sangre hierva, endureciendo mis pezones al instante. Sus dedos recorren mis labios hinchados, desatando una necesidad ardiente por sentirlo dentro. Primero uno, para bañarse en mi humedad, seguido de dos más, y con una habilidad maravillosa, comienza esa danza que me vuelve completamente loca. Ahoga mis gemidos con su boca, besándome con furia. Necesito tocarlo, sentir cada parte de él y olvidarme por completo de dónde estamos.

Solos él y yo.

Deslizo mi mano hacia su cremallera, liberando la dureza que amenaza con romper la tela. Con la yema de mis dedos, recorro su longitud, apretando con firmeza para moverme arriba y abajo repetidamente. Esto provoca que de sus labios se escapen gruñidos de puro placer.

—Ahora voy, no tardo. —Una voz masculina irrumpe en nuestra orquesta sexual.

La luz nos ciega momentáneamente, pestañeo con fuerza y contengo la respiración. Suelto su dureza que palpita, anhelante, y él retira de mi interior sus dedos, robándome ese placer y su mano me cubre los labios, evitando que emita cualquier sonido. Nuestras pupilas se encuentran, sin palabras, solo encendidas por una pasión desmedida. Una neblina de lujuria cubre nuestros iris, siendo incapaces de pensar con claridad. Y sin previo aviso, me penetra de una fuerte estocada, dejándome sin aire en los pulmones. Presiona con más fuerza sobre mi boca, cuando los empujones se vuelven más profundos. Intensos. Sus caderas percutan contra mi cuerpo en un ritmo salvaje y el sonido húmedo que emite con cada choque, activa todos mis sentidos.

«¡Joder!».

—Ejem, ejem... —Se escucha carraspear a esa persona, claramente consciente de lo que está sucediendo al otro lado de la puerta.

El rubor se apodera de mis mejillas, una vergüenza que rápidamente da paso a la inminencia del orgasmo, transformándose en la cerilla que enciende el combustible, instigando a Álvaro a embestirme con fervor y posesión. Su mandíbula se tensa mientras acelera el ritmo frenético de sus caderas. Agarra mi trasero con fuerza, buscando más profundidad, desatándose dentro de mí.

El bolso vibra incansable con la entrada de notificaciones, delatando aún más nuestra presencia en ese baño. Cae a nuestros pies mientras jadeamos recuperando la respiración y la chaqueta de Álvaro tiembla seguida de la melodía de una llamada entrante.

—Tenemos que salir, o se darán cuenta... —murmuro contra su boca.

—Es culpa tuya que esté así, me provocas con esa mirada esmeralda y ese vestido que apenas cubre un cuerpo hecho para pecar —susurra con voz ronca, aún en mi interior.



Una extraña sensación me aprieta el estómago, una inquietud que decido ignorar. Decidida a disfrutar el presente, salimos del baño, nuestras manos aún entrelazadas, y el eco de nuestra intimidad reflejado en la profundidad de nuestras miradas. Y la verdad, no me quejo; esta pasión ardiente es algo que recibo con brazos abiertos siempre que surge la oportunidad. Lo nuestro siempre ha sido más profundo; nuestros cuerpos se ansían, nuestras almas se reconectan en cada encuentro. Intercambiamos miradas cómplices y sonrisas pícaras adornan nuestros labios. A pesar de tener la opción de usar la habitación de hotel que generosamente nos propuso mi amiga, la atracción por lo prohibido y el encanto de la espontaneidad siempre resultan ser más tentadores para nosotros.

—¡Buenas noches, pareja! —nos saluda una voz familiar a nuestra espalda.

Álvaro sujeta mi mano con fuerza, anticipando lo que se avecina. Se tensa al mismo tiempo que nos volvemos para encarar a quien nos habla con tanta confianza.

«Pedro».

Mi intuición estaba tratando de enviarme una señal.

La mano de mi pareja se suelta de la mía por un momento para saludar a su amigo, el mismo que traicionó a Vera hace apenas unos días. Siento cómo la indignación me quema por dentro; no

logro entender qué hace él aquí después de todo lo sucedido. No puedo evitar analizar cada uno de sus movimientos, notando que lleva puesto un traje. ¿Planea quedarse? Álvaro intercambia unas palabras con él, y sin pensar, me adelanto.

—¿Qué haces aquí? ¿No le has hecho ya suficiente daño como para venir y actuar como si nada hubiera ocurrido? —Álvaro me detiene con un suave tirón del brazo, impidiendo que siga con mis reproches.

Pedro desvía la mirada solo por un instante antes de enfrentarme, clavando sus ojos en los míos con intensidad.

—Tienes razón, Almudena, no debería de estar aquí —dice, lanzando una mirada a su amigo antes de fijar sus ojos en mí—. Tú, que siempre le has dado buenos consejos, hazme caso cuando te digo que esto era lo mejor para los dos.

Mis labios se sellan, reteniendo las palabras que luchan por salir y que me queman por dentro, mientras percibo la presión en mis dedos ejercida por mi pareja. Algo en el color que emana su aura me hace dudar, como si lo que estoy presenciando estuviera destinado a suceder así.

—No necesitas darnos explicaciones, eso es algo entre tú y ella. Como ya te dije, no estoy de acuerdo con tu forma de actuar, pero entiendo tus razones —afirma Álvaro, con voz firme.

Mis pupilas estudian a mi pareja mientras desliza esas palabras con determinación. Y entonces todo cobra sentido. Lo sabía, en algún lugar de mi mente, desde hace días, tal vez más. Son amigos desde hace años, igual que nosotras. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Desde cuándo sabía que esto sucedería? Con Álvaro, es siempre lo mismo: las tormentas en su mirada me ocultan la verdad que yace detrás. Trago saliva con dificultad, consciente de que no me ha dicho nada, no me ha prevenido sobre las intenciones de su amigo.

Entre nosotros, nunca hubo lugar para los secretos.

«Hasta ahora».

Empiezo a sentir que todo lo ocurrido en estas semanas, esta intensidad, esta manera de abrazar la vida, ha sido por razones que me son ajenas y quizás estén ligadas a la ruptura de nuestros amigos.

—No te lo conté porque no me pertenecía a mí hacerlo —responde a mis reflexiones internas, sin necesidad de verbalizarlas, pues siempre supo leerme a través de la piel.

Lo miro a los ojos, esforzándome por no perderme en mis propios pensamientos.

—Álvaro... ¿Hay algo más que debería saber?

En ese momento, una sombra se cierne sobre nuestra relación, como una nube oscura que amenaza con eclipsar la confianza que hemos construido con tanto cuidado. La sensación de haber sido dejada de lado nubla mi juicio. La pregunta, apenas susurrada, pero cargada de significado, se convierte en el eco de mis temores más profundos: ¿cuántas más verdades se esconden en las nubes de tormenta, esperando a ser descubiertas?

CAPÍTULO 16

Adelfa

Presente.

Abro los ojos de golpe, sumergiéndome en la oscuridad de la habitación mientras escucho cómo Lorena y Maite respiran al unísono. Una vez que mis pupilas se adaptan a la tenue luz, veo a mis dos amigas abrazadas y sus piernas enredadas en las sábanas. Esbozo una sonrisa, me acomodo en el colchón y dirijo la mirada hacia las literas. Vera duerme en una pose peculiar y de sus labios emerge una risa tenue. Seguramente, esté soñando con Enol ataviado con un kilt. En la cama de abajo, Yure parece sacada de una película de terror, con los ojos medio abiertos y los brazos cruzados sobre el pecho, como Drácula levantándose de su ataúd. Me imagino los sustos que Miguel se llevará por las noches al encontrarla en esa pose.

Los calambres se extienden por mi cuerpo y el sueño ya es solo un recuerdo lejano. Me quito las sábanas con sumo cuidado para no hacer ruido, agarro la chaqueta con forro de borreguito de la silla, me pongo las botas y lanzo una rápida ojeada al móvil. Al ver que no hay mensajes suyos, sacudo la cabeza, desilusionada. Esa inquietante sensación de que algo no anda bien me corroe por dentro. Exhalo profundamente, miro a mi alrededor y decido que necesito un respiro. Algo de aire fresco me vendrá bien. Después de todo, no se está en Escocia todos los días, y sería un desperdicio no ver el amanecer en este lugar tan mágico.

Con mano temblorosa, agarro el pomo y lo giro con cautela. Asomo la cabeza, asegurándome de que el camino está despejado, antes de salir. Un largo pasillo flanqueado por puertas de madera rústica, todas cerradas, me sumerge en un silencio total, interrumpido únicamente por el sonido de mis pasos sobre la moqueta y el leve crujido que produce al soportar mi peso. El ambiente aún guarda el aroma a leña de una chimenea ya extinta. Deslizo la punta de mis dedos por las paredes, moviéndome con sigilo hacia lo que intuyo es la salida al exterior. Me sorprende ver la puerta entreabierta. La brisa fresca se filtra por el pequeño espacio abierto y el aroma a hierba mojada por el rocío me invita a explorar. Empujo con suavidad y la claridad me ciega por un momento. La escena que descubro al salir es impresionante: la luminosidad del exterior contrasta con la oscuridad de la casa, y el verde intenso de los prados se extiende hasta el horizonte. Más allá, puedo ver un grupo de vacas pastando en calma, perdidas entre la bruma.

Cierro los ojos e inhalo profundamente, llenando mis pulmones con el aire fresco del lugar, permitiendo que su magia recorra mi ser y me envuelva en una sensación de plenitud. Reflexiono sobre mi abuela, los consejos que siempre me daba con una simple mirada, sus sonrisas que escondían secretos que luego me revelaba y esos abrazos que me sanaban el alma. Cuánto la extraño y cuánto me hace falta; su recuerdo permanece vivo en cada rayo de sol. También pienso en mis padres, que se esfuerzan al máximo para que no nos falte nada y para que nunca nos sintamos solas en este mundo. Y en mi hermana Esperanza, a quien, sin buscarlo, la vida le regaló a Mateo. Se convirtió en madre soltera siendo aún muy joven y, en lugar de intimidarse ante esa nueva realidad desconocida, se aferró a su presente con determinación, dispuesta a

moldear su futuro. Su nombre siempre ha sido un reflejo de lo que es para todos; una esperanza constante en cada aspecto de la vida.

Mi abuela captó el cambio en mi hermana antes que nadie, instándonos a darle espacio. No la presionamos para que desvelara quién era el padre, respetando su decisión de mantenerlo en secreto. Sin embargo, estaba claro que no criaría a ese niño sola. Toda la familia se volcó de lleno con el bebé, quien nos robó el corazón desde el momento en que oímos su primer latido.

Cierro los ojos y me rodeo con mis propios brazos, como si de esa forma, a través de la distancia, mi calor pudiera tocarlos.

—Buenos días... —susurra una voz ronca detrás de mí.

Siento el peso de una manta sobre mis hombros y abro los ojos. Ahí está Sergio, a mi lado. Desde anoche, no puedo dejar de preguntarme qué está haciendo aquí.

—Gracias... —murmuro, acogiéndome al calor que me cubre.

—No hay de qué —responde con una sonrisa, ofreciéndome una taza humeante—. Te vi desde la cocina; preparaba café y al verte abrazándote a ti misma, pensé que tendrías frío aquí fuera.

Acepto la taza, mis dedos rozan los suyos a través de la cerámica adornada con diseños escoceses, al igual que la manta que me envuelve. En ese leve contacto, una sensación de protección se abre paso. Levanto la mirada hacia él y veo cómo su aura azul se aclara a un tono celeste, revelándome la sinceridad de sus intenciones.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —indago.

—Ya lo has hecho —responde con una sonrisa que desaparece tras la taza.

—Entonces, te haré dos o tres, ya veremos —replico, imitando su sonrisa mientras doy un sorbo al café, degustándolo y pensando en cómo formular mi siguiente pregunta—. ¿Qué haces aquí? ¿No nos estarás siguiendo? Algo así como en *La Matanza de Texas*, llevándonos a una trampa... —Dejo caer con un tono juguetón, la idea sembrada por Maca.

Una carcajada escapa de su garganta.

—Podría ser, pero va a ser que no, lamento desilusionarte —me dice, clavándome la mirada un momento antes de mirar hacia la carretera—. ¿Has visto el minibús que hay aparcado en la entrada?

—Sí...

—Bueno, no sé si lo recuerdas, pero esa noche que nos conocimos, mencioné las excursiones que organizo por Escocia, incluida la que os interesó en Edimburgo. Soy un empresario de éxito, todo un partidazo. —Me regala una sonrisa ladeada—. Además, ofrezco tours privados, experiencias únicas para sentir la magia de las Highlands. En este caso, estoy llevando a mis clientes a explorar el mundo de *Outlander* y hemos hecho nuestra primera parada aquí. Digamos que soy un inquilino frecuente en este B&B. —Toma otro sorbo de su café y sigue—. Supongo que estaréis familiarizadas con la serie, o al menos con los libros, que, entre nosotros, son mucho mejores...

«¿Podría ser más perfecto...?».

Un *highlander* ibérico afincado en las mágicas tierras escocesas. Sí, podría serlo, si yo estuviera soltera. Todas mis hormonas emiten un apenado «oooh» en respuesta a mis pensamientos.

—Conozco la serie una mijita —miento, sin poder contener la risa—. ¿Te has leído los libros? —pregunto, bastante sorprendida.

—Por supuesto, ¿y tú no? —me responde con un guiño.

No estoy segura si lo dice porque realmente se los ha leído o si es porque sabe algo que no me ha dicho. Quizás esa noche hablé más de la cuenta y esté tirando la caña por si pico el anzuelo.

—He hojeado algunas páginas... —contesto, intentando sonar despreocupada.

—Por cómo me hablaste de Escocia, apostarí a que eres de esas fans que adoran todo lo relacionado con su mitología. —Levanta una ceja con curiosidad—. ¿Me equivoco?

—¿De verdad hablé tanto? Creo que alguien está exagerando...

Da un paso hacia delante acortando la distancia que nos separa. Su perfume embriagador se cuela entre nosotros, envolviéndonos en una nube de tentación. Su larga melena pelirroja cae ligeramente, ocultando parte de su rostro y dándole un aspecto salvaje que acentúa sus rasgos tallados por el viento de las montañas. Su profunda mirada parece haber enfrentado mil batallas, y por un instante me siento atrapada entre las páginas de mis romances en las Highlands, donde los guerreros son fieros y los amores son ardientes como el fuego de una fogata en la oscura noche escocesa.

—Almudena, hablabas con una pasión arrolladora —susurra con su voz poderosa. Deja escapar un suspiro que trae consigo el aroma del café, casi lo puedo saborear en mi lengua, mientras a nuestro alrededor una brisa juguetona levanta semillitas de diente de león que empiezan a bailar con el brillo matutino de la mañana.

Nuestras miradas se encuentran prisioneras por la magia que nos rodea, sus carnosos labios se entreabren y su enorme mano se desliza hacia mi rostro. En un acto reflejo, doy un paso atrás, pero sus dedos logran capturar una semilla de diente de león que había encontrado refugio en mi cabello. Nos quedamos así, paralizados en el tiempo, sumergidos en este instante. Rodeados por el murmullo de la naturaleza.

«Maldita y sensual Escocia», como diría Homer Simpson.

El intenso mugido de una vaca rompe el encanto. Parpadeo y siento cómo la sangre fluye de nuevo por mis venas, recordándome la razón de mi estancia en Escocia. Los cencerros tintinean, igual que mis hormonas, que parecen chocar y revolotear en desorden, como si estuvieran en una fiesta sin control dentro de mi cabeza. No he venido a tener un romance por mucho que me tienta la idea. Él percibe el cambio en el ambiente, retira su mano y dirige la mirada hacia el horizonte.

—Aunque a veces me resultaba difícil entender el idioma élfico en el que habláis entre vosotras... —dice, llevándose la taza a los labios.

Siento un movimiento detrás de mí y me vuelvo por instinto, pero no veo nada. Es mi oportunidad para escapar. No tengo claro qué ha sucedido, pero hay líneas que no se deben cruzar. No puedo dejarme llevar por las dudas que me hacen imaginar fantasías celtas.

—Gracias por el café, y por la manta —añado, retrocediendo un paso mientras me despido.

—No tienes que darlas —susurra, echando un vistazo hacia atrás sin volverse.

—Voy dentro...

—Nos vemos en el desayuno, Almudena —se despide, un eco cálido que me acompaña en el umbral antes de desaparecer en el interior del hogar.

Para ser sinceros, la situación se ha vuelto incómoda de narices. No entiendo qué nos ha pasado; bueno, por su parte quizá sí, pero lo que siento yo me tiene completamente confundida. Un torbellino de emociones me revuelve por dentro, como un tifón que me ahoga. Dejo la taza en una mesa cercana y doy media vuelta.

De reojo, atisbo una sombra blanca deslizándose por la esquina hacia la oscuridad del pasillo. Entrecierro los ojos, intentando seguir lo que creo haber visto. Me envuelvo en la manta que cubre mi cuerpo y avanzo hasta la intersección. Mi corazón se detiene ante la visión: dos mujeres, vestidas con camisones blancos idénticos, de pie en medio del pasillo, con sus manos entrelazadas. Parecen sacadas de *El Resplandor*, si me pinchan no sangro. Ambas mantienen la cabeza inclinada, totalmente inmóviles, sus rostros ocultos tras el velo de sus cabellos dorados, lo que les confiere un aspecto fantasmagórico. Una de ellas, no sabría decir cuál, suelta una risita traviesa que me pone la piel de gallina. ¿Es esto real? Nunca antes había visto espíritus... ¿Será que estar en Escocia ha despertado algo en mí? Aunque no siento ninguna presencia sobrenatural, lo cual es raro. El silencio se hace cada vez más pesado, hasta que, de repente, un sonido lo altera todo; un estruendoso pedo resuena en las paredes.

—Macarena —suelto sin pensar, es el primer nombre que me viene a la cabeza.

Ellas estallan en carcajadas y así descubro quiénes son las gemelas demoniacas; Maca y Jessi. Observo cómo se doblan de la risa, sus cuerpos convulsionando con cada risotada. ¡Serán pavas! Me esfuerzo por contener la sonrisa frente a tan surrealista escena. Entonces, la puerta de la izquierda se abre y aparece Cristina, asomando la cabeza para buscarlas.

—¿Qué os he dicho? Que no salierais de la habitación hasta estar vestidas —les susurra con firmeza.

Maca hace una mueca, ignorando la regañina, agarra a su amiga por el brazo y ambas se lanzan a correr por el pasillo, desapareciendo en la oscuridad.

CAPÍTULO 17

Violeta Doble

—¡Buenos días, dormilonas! —saludo al abrir la puerta de la habitación.

—Habló a la que se le pegaron las sábanas el otro día —me recuerda Yure alisándose la melena.

—Fue por culpa del alcohol —me excuso con una risilla maligna.

El aire se impregna con el aroma fresco del jabón y la dulzura de los perfumes, inundando la estancia mientras mis amigas se apresuran de un lado a otro, preparándose para el desayuno y no puedo evitar observar sus atuendos, parecen listas para subir por la montaña. Entre el ajetreo, los ojos de Lorena capturan los míos y la curiosidad brilla en su mirada mientras me estudia de arriba abajo. Con pasos decididos, se acerca y, en un susurro apenas perceptible, me pregunta:

—¿Dónde te habías metido?

—Estaba contemplando el amanecer —confieso aleteando mis pestañas.

—¿Solita? —inquieta con una ceja arqueada.

—Secretitos en reunión es de mala educación —interviene Maite, lanzando una mirada inquisitiva que recorre la estancia, buscando cómplices de su desaprobación.

De repente, tengo a todas como buenas cotillas a mi alrededor, a la espera de la nueva comidilla. No seré yo la que les dé material.

—Sí... —comienzo a responder.

—Qué falsa eres, Almu. Hasta aquí huelo la mentira. Casi me das con la nariz en el ojo —me espeta Vera.

—He salido solo a ver el amanecer —prosigo, tratando de mantener la compostura—, y casualmente me he encontrado con Sergio. Me ha invitado a un café mientras charlábamos. Cosas sin importancia.

—Cosas sin importancia... —repite Maite.

—Anoche estaba ahí, ahora otra vez... ¿Ese tío no duerme? —pregunta Yure—. Sospechoso.

—Y yo que pensaba que en Edimburgo le había quedado clarísimo que no tenía posibilidades contigo —afirma Vera, con retintín—, pero si tú le sigues el juego...

—Estáis viendo cosas que no son... —trato de defenderme.

—Claro... —suelta Maite con un deje de sarcasmo—. No os voy a recordar vuestras apuestas sobre Viggo, que, por cierto, al final no caí... ¡Ahí sí que veáis cosas que no son!

Le dedico una mirada intensa a mi amiga, porque ella y yo sabemos que esos labios intercambiaron saliva, mucha saliva. Nada de piquitos, un buen morreo de los que te quitan el *sentío*, según sus palabras.

—Yaaaa... —alargo la «a» más de lo normal—. ¡Vaya!, parece que todas tenemos la lengua muy larga. —Arqueo una ceja y Maite me regala una sonrisa traviesa.

—El *highlander* está interesado, eso se ve desde España, pero Almu pasa de él... —Lorena me mira fijamente—. ¿Verdad?

Al ver la incertidumbre en su mirada, me doy cuenta de que algo en la mía debe de haberla hecho dudar. Mi corazón sabe a quién pertenece, pero no soy ciega; si me ponen un pedazo de hombre delante, claro que voy a mirar. Lo complicado es mantener el equilibrio con mis hormonas alborotadas, sobre todo últimamente que me siento tan susceptible. Que una fantasía secreta se materialice ante mis ojos es un desafío que tengo que enfrentar. Parece que el universo ha decidido divertirse a mi costa.

—Bueno, admito que no es fácil ignorar a un *highlander* así —respondo finalmente, encontrando las palabras—. Pero eso no cambia lo que siento por Álvaro. Solo es que... a veces, la vida te sorprende con un espectáculo para los ojos, y no veo por qué debería cerrarlos.

—¡Bien dicho! —Aplauda Vera—. Se mira, pero no se toca.

Siento cómo todas sus miradas se clavan en mí a la vez. Sus auras brillan con una intensidad inusual, y por un segundo, me muerdo la lengua por preguntar eso que han estado ocultando desde que subimos al avión. Al principio pensé que todo se debía a la sorpresa, pero la sensación solo ha ido en aumento a medida que hemos pasado los días en Escocia. Entonces, el sonido de un teléfono corta el aire, y todas giramos la cabeza, tratando de identificar el tono.

—¡Es el mío! —exclamo, levantando la mano.

Ellas se apartan, liberándome de sus inquisitivas miradas, y camino hacia mi teléfono. Al mirar la pantalla, el nombre de Álvaro aparece. ¿Qué estás planeando, universo? En este preciso instante, me llega su llamada, la misma que había esperado sin mucha esperanza, y aquí está. Siento cómo mi corazón se acelera justo al contestar.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo va ese viaje? —me saluda con tono jovial.

—Te dejamos sola —susurra Lorena—. Recuerda ponerte ropa cómoda y no olvides las botas.

Asiento en silencio, absorbiendo su consejo.

—Hola, pues está siendo mágico. Ayer me acordé mucho de ti mientras visitábamos Doune Castle.

Mis amigas se van despidiendo de mí con gestos mudos, dándome espacio para hablar. Vera me señala el reloj, recordándome no alargar mucho la llamada para no perderme el desayuno. Las observo irse una tras otra hasta que la habitación se queda vacía. Aprieto el teléfono contra mi mejilla, esperando escuchar sus palabras.

—Ya me enseñarás las fotos cuando estés aquí —carraspea, parece tener algo que decir, pero le cuesta encontrar las palabras adecuadas. Álvaro, te lo ruego, no des alas a mis miedos—. ¿Y las niñas? No las escucho por ahí, y eso que sois muy escandalosas cuando estáis juntas.

—Justo acaban de ir a desayunar.

—Bueno, entonces mejor hablamos en otro momento.

—Te puedo llamar más tarde... —ofrezco, intentando sonar dulce.

—No —responde tajante.

«¿No?».

Las luces de emergencia de mi cabeza se encienden todas a la vez.

—¿Pasa algo, Álvaro? —pregunto sin rodeos. Necesito arrancar la tirita, la sensación de que algo va a cambiar me está asfixiando.

—No... —Duda y mi corazón se detiene durante esos segundos en los que mantiene el silencio—. Estoy bastante saturado con el trabajo; el nuevo proyecto de urbanización necesita ser entregado en persona, así que me toca viajar. Si no contesto el teléfono en estos días o no estoy tan atento como de costumbre, ya sabes la razón. Los edificios no se construyen solos.

—Pero ¿ese viaje no era para junio? —pregunto, confundida.

Juraría que habíamos hablado de ello hace unas semanas.

—Se ha adelantado —responde con una respuesta rápida.

«Demasiado rápida».

—Ah... —suspiro al teléfono, sintiendo un vacío extraño entre nosotros.

—¿Estás bien?

—¿Estamos bien? —Mi voz se escapa en un susurro, intentando encontrar sentido a mis dudas—. Siento que nos debemos una conversación...

—Almudena, estamos bien. Si es eso lo que te está preocupando, lo resolveremos cuando estemos en casa. No dejes que esa sensación sea la protagonista del viaje.

Álvaro me conoce demasiado bien; casi puedo sentir su sonrisa al otro lado de la línea. Respiro hondo antes de hablar.

—De acuerdo... —Hago una pausa, buscando la calma—. Procura no sobrecargarte, ya sabes cómo se te tensan las cervicales.

—Vale, lo intentaré —susurra, y aunque sus palabras son como una caricia a mi corazón, la sensación de presión sigue ahí. Palpitante—. Te quiero, mi niña.

Me quedo con el teléfono en la mano, sintiendo cómo los pensamientos me recorren el cuerpo. El estrés del trabajo es la causa de que esté más tenso de lo habitual. No es la primera vez que se atraganta con un proyecto, y eso, sumado a las discusiones por aquel mensaje, solo añaden más leña al fuego. Aunque me lo aclaró, ese recuerdo sigue desfilando descaradamente por mi mente. Rebusco en la mochila hasta encontrar una toallita húmeda. La paso por la pantalla, quitando las marcas de dedos, y casi sin querer, espero que de alguna forma eso también borre las dudas que no me dejan respirar.



Lanzo una mirada rápida a mi reflejo en el espejo del pasillo, asegurándome de que todo esté en orden. Llevo una sudadera oscura y holgada, bajo la cual escondo un par de camisetas, una de manga larga y otra corta, por si las moscas. También me he puesto esos vaqueros desgastados que tanto me gustan y, por supuesto, mis fieles botas. Sin saber aún cuál será nuestra próxima parada, opté por algo similar a lo que llevaban mis amigas.

Al entrar en el salón, una sensación de calidez me recibe; es un rincón acogedor destinado a los desayunos. A un lado de la habitación, hay un par de mesas de madera rústica con largos bancos a sus lados y sillas con respaldos altos en cada extremo. Al fondo, una chimenea de piedra crepita, esparciendo su calor. El aroma a café recién hecho, pan calentito, panqueques dulces y ese toquecito salado llenan el aire, tejiendo una sinfonía de olores que te abrazan. En el centro, los sofás mullidos con sus cuadros escoceses te llaman a echarte un rato, perfectos para charlar un poco o perderse mirando el fuego. Las paredes de piedra tosca revisten la sala y sobre la chimenea, un trofeo de caza confiere un aire rústico y campestre, redondeando el encanto tradicional del lugar. Mis amigas me reciben con sonrisas; Jessi, con un gesto del mentón, me indica la silla vacía para que tome asiento.

—Nos estamos poniendo finas —comento al ver los enormes platos repletos del desayuno típico escocés. A mi derecha, veo a Maca limpiando con el pan de maíz los últimos restos de yema en su plato—. Así, que no quede nada para fregar.

—Estos huevos están buenísimos —dice, hablando con la boca llena de pan.

—¿Y la salchicha? —pregunto en tono juguetón.

—Eso lo dejamos para el final —responde, pinchando la salchicha con el tenedor.

No han pasado ni tres minutos cuando aparece un plato delante de mí. Mis ojos siguen el brazo que lo coloca sobre el mantel, y ahí está Sergio, obsequiándome con una sonrisa encantadora. Mis hormonas acaban de construirle un altar; así es imposible resistirse.

—Buenos días, Almudena —susurra con voz ronca—. Espero que tengas hambre —añade antes de darse la vuelta.

La sangre me sube a las mejillas, reviviendo el momento que compartimos hace unos minutos. Siento las miradas de mis amigas, así que desvío la vista hacia el plato, intentando enfocarme en algo que no sean mis pensamientos furtivos. Mi boca se abre de asombro al ver lo que hay en el plato.

—Vaya, vaya... —murmura Jessi, dándole un codazo a su siamesa.

—¿Qué intenta decirnos el señor *highlander* versión Hacendado? —susurra Macarena, con un toque pícaro.

—¡Virgen Santa, pedazo de salchicha! —exclama Maite, tapándose la boca.

—Shhhh. —Las mando callar, ahora me vendría muy bien la mano dura de Cris—. Por cierto, ¿dónde está Cristina?

—Creo que ha ido a ca... —empieza a decir Maca.

—Había ido al baño —interrumpe Lorena rápidamente, intercambiando una mirada con Yure.

Asiento ante sus palabras, entrecierro los ojos y la señalo con el tenedor.

—¿Qué plan tenemos para hoy?

Se miran unas a otras antes de decidirse a hablar. Justo en ese momento, la puerta del fondo se abre y por ella aparece Cristina, con el teléfono todavía en la oreja. Al cruzarse nuestras miradas, me regala una sonrisa y cuelga la llamada con rapidez.

—¿Estáis listas? —Nos mira una a una, pausando cuando algo llama su atención—. Maca y Jessi...

—¡Presentes! —responden al mismo tiempo, levantando las manos como si estuvieran en el colegio.

—¡Habéis comido habichuelas!

—¿Querías más? Espera, le pido a Roger que nos traiga un platito extra o un túper para llevar —dice Macarena, siempre dispuesta a solucionar.

—No, por favor, basta de habichuelas —dice mientras rebusca en su mochila hasta encontrar un botecito de Aerored, del cual saca varias pastillas y las reparte—. No tenéis idea de la noche que he pasado con estas dos; montaron una orquesta. Cuando no era una, era la otra. —Las gemelas estallan en carcajadas—. Yo no me río, casi me asfixio. Ni mi perfume pudo contra el olor que desprenden esos culos —continúa con su reproche conteniendo la sonrisa.

Estamos todas haciendo un esfuerzo por mantener la seriedad mientras Cristina nos relata, con todo lujo de detalles, su aterradora noche, aunque las otras dos se estén tronchando de risa.

—Con todo lo que han comido, prepárate para la orquesta sinfónica esta noche —interviene Yure con una sonrisa.

—Ni de coña, hoy le toca a otra compartir habitación con estas dos —responde, negando con la cabeza. Sus ojos se cruzan con los de Roger—. Dadme un par de minutos. Cuando terminéis, nos vemos fuera.

Corre hacia Roger como impulsada por un resorte, y enseguida se les une Sergio para charlar. Las demás se levantan e insisten para que las siga, pero mis ojos permanecen fijos en Cristina.

La luz del sol, entrando por la ventana, realza el brillo que rodea a mi amiga, y desde nuestra llegada, es la primera vez que la noto ¿inquieta? ¿O quizás nerviosa? Aunque ninguna de esas palabras parece acertar del todo; Cris siempre ha sido un remanso de paz, pero ahora, algo ha cambiado. Desde que nuestras miradas se cruzaron hace unos minutos, percibí una pequeña variación en su comportamiento, que ella ha tratado de esconder centrándose en temas triviales. Sin embargo, observándola a distancia, sin nada que me distraiga, casi puedo tocar con las manos esa oleada de entusiasmo que irradia, contagiando todo a su paso.

CAPÍTULO 18

Vincapervinca

Cargamos todas las mochilas en la parte trasera del coche, aguardando la llegada de Cristina. De reojo, noto que Lorena ha traído comida y agua suficiente para todas. No tengo claro qué plan tienen en mente, pero por nuestra vestimenta y las provisiones, diría que hoy no está en los planes comer en ningún pub o restaurante. La idea de comer al aire libre me llena de alegría, y me envuelve una ola de felicidad. Los rayos de sol, colándose entre las nubes, me rozan suavemente las mejillas. Cierro los ojos y casi puedo sentir su presencia, casi puedo verla bailando con aquel vestido blanco que tanto le gustaba llevar en días soleados. Extiendo mis dedos, como si pudiera tocarla; su cabello, adornado con las primeras flores de primavera, y su dulce sonrisa, capaz de sanar cualquier herida del alma.

Estar aquí en Escocia, de alguna manera, me hace sentir más cerca de ella, casi como si su presencia flotara en el aire que respiro.

—Almudena. —La voz de Lorena me trae de vuelta al mundo real.

Al abrir los ojos, los grandes y expresivos ojos felinos de mi amiga me miran atentamente. Una sonrisa encantadora se dibuja en su rostro, provocando que, casi sin darme cuenta, se la devuelva con la misma calidez.

—Ya estamos todas, ¡vamos!

Con un gesto, acepto sus palabras. Entrelazamos los dedos y subimos al coche, listas para sumergirnos en una nueva aventura.

No llevamos ni diez minutos en marcha cuando empieza el debate sobre qué música poner. Nos dividimos en dos bandos: unas prefieren canciones alegres que levanten el ánimo, y otras optan por melodías tranquilas que complementen el paisaje deslizándose rápidamente fuera de las ventanillas.

—¿Qué te apetece a ti? —me pregunta Vera, retorciéndose en el asiento para verme mejor.

—La verdad, me da igual. Podemos ir variando —digo, queriendo mantener la paz. No soy de entrar en debates por cosas así; empiezas por la música y acabas discutiendo por cualquier tontería. Nos adoramos, pero estar juntas tantas horas seguidas siempre saca algún roce—. ¿Qué tal si empezamos con algo movido para terminar de despertarnos y luego ya vemos?

—Pero por favor, nada de Camela —advierte Yure.

—Vaya, ya estamos poniendo restricciones —se queja Maca.

—¿Qué tal algo de Mecano? —propone Lorena.

—¿Mecano? Ya puestas, pon *Rumore* de Raffaella Carrà —comenta Maite con un toque de ironía.

De pronto, los altavoces sueltan una canción que nos pilla por sorpresa, nada que ver con lo que habíamos mencionado. Todas nos lanzamos miradas cómplices, buscando a la responsable

de esta elección tan inesperada.

*Viaje con nosotros
Si quiere gozar*

—Esto solo puede ser cosa de Macarena —suelta Cristina, sin poder contener la risa.

—¿Yo? —Esta alza sus manos en señal de inocencia—. Si no tengo el móvil encima.

*Viaje con nosotros
A mil y un lugar*

Mis ojos se desplazan hacia la gemela sentada a su derecha, y sin necesidad de confirmación, sé que ha sido ella quien ha elegido la canción. A estas alturas, estoy convencida de que estas dos se comunican telepáticamente, por lo mucho que se entienden sin necesidad de palabras.

—Jessi —la llamo con un tono de súplica—, ¿podrías elegir otra canción, por favor?

Nuestros ojos se enlazan en un momento compartido, justo cuando selecciona la siguiente canción que va a impregnar el aire del coche. La voz cálida y profundamente emotiva de Manuel Carrasco me envuelve, tocando algo hondo y sensible en mi ser.

*Tiene un cañón de alegría disparando en los ojos
Y todo aquel que la mira se llena de amor
Es el ángel de la guarda para los demonios
Le juro que no le exagero, todo es corazón*

La mano de Maite se posa en mi hombro, ejerciendo una presión reconfortante, mientras que Lorena me aprieta con fuerza. Yure me lanza una mirada rápida a través del retrovisor, y siento cómo los ojos oliváceos de Cris tocan mi alma. Vera, con sus dedos delicados, me brinda una caricia fugaz que, no obstante, cala hondo. Mis dos gemelas sonríen, irradiando esa luz única que las caracteriza. Nuestras emociones se mueven al compás de la música, entrelazadas y muy vivas.

*Es una vela encendida porque si hay un día en la oscuridad
Vierte un ratito en la herida, por eso es mi amiga para bien y mal
Qué bonito es saber qué siempre estás ahí
Quiero que sepas que voy a cuidar de ti
Qué bonito es querer y poder confiar
Afortunado yo por tener tu amistad*

—Niñas, tenéis un don especial para llegar directo al corazón —digo, con las lágrimas inundando mis ojos.

Me dejo abrazar por mis amigas, por aquellas que en ese momento pueden hacerlo, y me

sumerjo en el regalo de su cercanía. Este viaje perdería su magia sin ellas; en realidad, ellas son mi mayor aventura.



Casi una hora más tarde, el coche se detiene. Cristina sale por unos minutos para conversar con un señor mayor que le señala el camino a seguir. Tras un fuerte apretón de manos en señal de despedida, ella regresa al coche, irradiando felicidad. Continuamos hasta llegar a una pequeña área de gravilla, diseñada para el estacionamiento de algunos vehículos. Mis amigas me incitan a bajarme, y la emoción que desprenden pronto me envuelve, especialmente al sentir la brisa fresca en mi rostro.

—¿Dónde estamos? —pregunto, mirando alrededor. Aunque nunca he visitado este lugar, hay algo extrañamente familiar en él.

En la lejanía, se perfila una colina imponente, abrazada por altos árboles que danzan al compás del viento, sus hojas parecen susurrar secretos antiguos. Una valla rústica serpentea a lo largo del camino, marcando el límite entre nosotros y la escena pastoral que se despliega más allá, donde el ganado pasta en una tranquilidad, ajeno al ajetreo del mundo moderno.

—Ahora lo verás —añade Lorena, con una amplia sonrisa.

Nos equipamos con todo lo necesario y, aunque el sol brilla, cada tanto una brisa fría me congela hasta las pestañas. Ajusto la cremallera de mi sudadera al máximo y nos disponemos a emprender la caminata.

—Escuchadme un momento —nos insta Cris con voz firme—. Hay que respetar ciertas normas: mantener distancia de los animales, no asustarlos ni alimentarlos, y seguir el sendero marcado. —Todas mostramos nuestro acuerdo con un gesto.

Yure se adelanta, abriendo la verja, sin quitar sus ojos de los míos.

—Adelante, *Mo nighean Donn*⁴. —Sus palabras resuenan, y la miro fijamente, sin pestañear.

Y como si esa frase fuera la clave para sacarme de un sueño, todo empieza a encajar a mi alrededor. La brisa me trae recuerdos de esa colina hacia la que nos dirigimos, mis pies se sienten atraídos por una fuerza misteriosa a medida que nos acercamos, y un escalofrío recorre mi cuerpo de la cabeza a los pies. Siento cómo el frío se desliza por mi piel, serpenteando, en el momento en que logro pronunciar esas palabras.

—*Craigh na Dun* —murmuro, atónita.

—¡Sí! —exclama con entusiasmo a mi derecha Maite.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —pregunto, impresionada.

—Ha sido todo cosa de Cristina, es una crack —comenta Jessi.

—Era una parada obligatoria. Aunque las piedras en la serie eran de atrezo, la localización es real y tenías que venir a esta colina —me susurra desde detrás.

Les dirijo una mirada llena de agradecimiento, sintiendo cómo las palabras se ahogan en mi garganta, con los sentimientos a flor de piel. Estas niñas son un tesoro.

—Vamos. —Lorena entrelaza sus dedos con los míos tirando de mí.

A medida que avanzamos hacia la cima, sorteando ramas, esquivando rocas afiladas y algún que otro excremento, siento el calor del apoyo de mis amigas en cada paso.

—Esto está lleno de boñigas —señala Vera, taponándose la nariz.

—¡Ojo, no piséis ninguna o quedáis fuera del coche! —advierte Yure.

—¡Mierda! —despotrica Jessi.

—Sí, hija, sí, mierda. —Se ríe Maite.

—Venga, tened cuidado —añado evitando reírme—. Aunque, ya sabéis, pisar una trae buena suerte.

—No quiero suerte pestosa —murmura Lorena entre dientes.

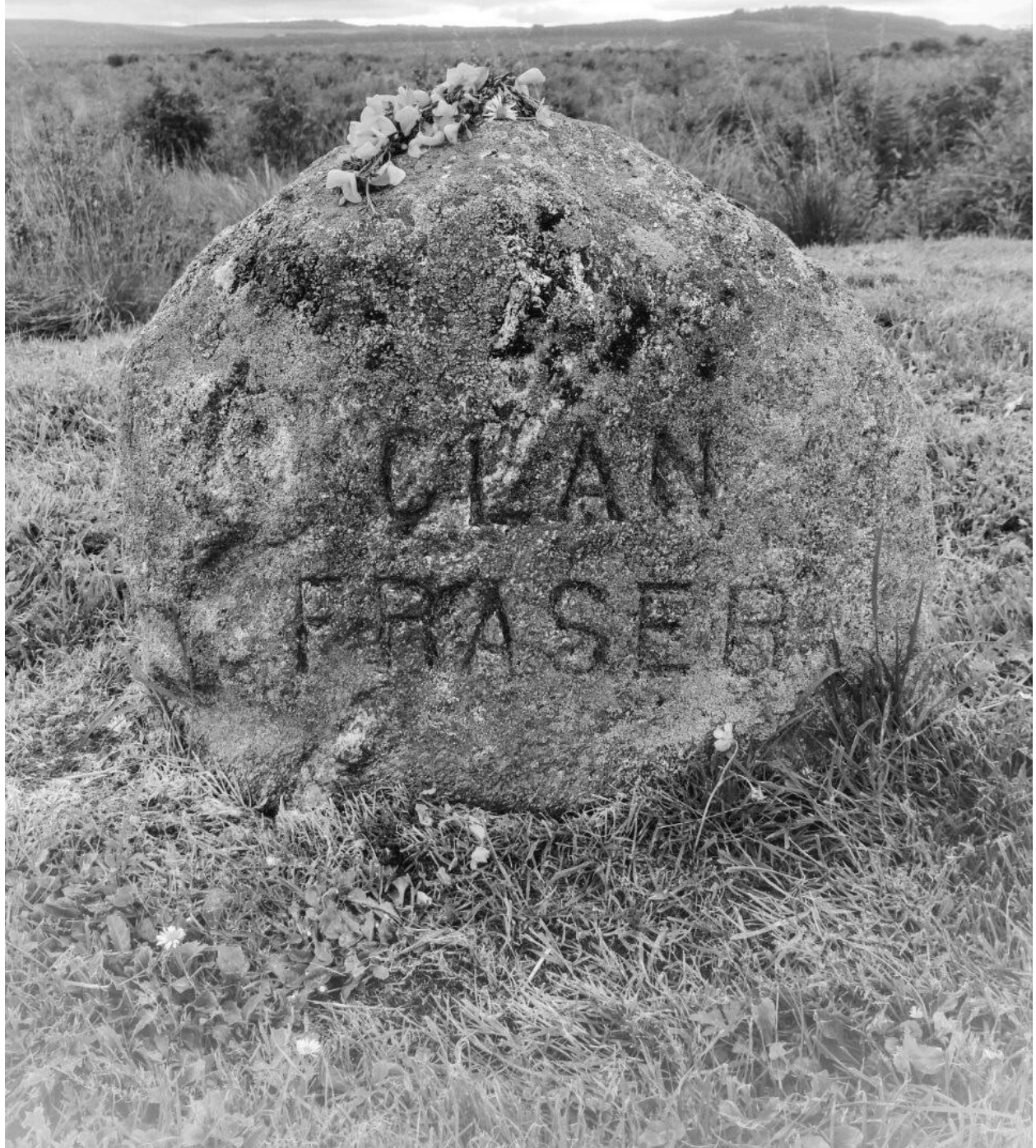
—No estropeemos el momento —regaña Cris, aunque es evidente que ella misma está luchando por contener la risa debido a la situación.

—Esto es un campo de minas —se burla Maca mientras salta de un lado a otro, esquivando las boñigas—. Soy Super Maca Bros, ¡pium, pium!

—Macarena, por favor, no me hagas reír —dice Lorena intentando contenerse—. Si no presto atención, voy a pisar una de verdad. —Estalla en carcajadas, siguiendo con la vista a Maca que continúa su cómica danza.

Al llegar a la cima, dejando atrás los «obstáculos», la grandeza del paisaje nos envuelve completamente en un abrazo mágico. Los sonidos de la naturaleza, desde los distantes mugidos hasta el balido suave de las ovejas, crean una melodía única para el momento. Y ahí, de pie con mis amigas, compartiendo risas y miradas de incredulidad, me doy cuenta de que este instante, en este lugar sacado de un sueño, es un regalo que nos unirá para siempre. Jamás imaginé vivir algo tan mágico, y menos aún, compartido con ellas, que lo hacen aún más especial.

Culloden Moor



CAPÍTULO 19

Alstroemeria

El suave ronroneo del motor nos adormece mientras viajamos en el coche. Mis párpados se cierran a ratos; apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla, dejándome mecer por el vaivén. El día nos ha llevado por una montaña rusa de emociones, comenzando en *Craigh na Dun*, ese rincón icónico que nos ha embrujado al instante, envolviéndonos con su magia. La emoción nos impulsó a tomar infinidad de fotos y a imitar la danza de los druidas. Solo hizo falta un intercambio de miradas cómplices para sumergirnos en esa dulce locura, sin decir una sola palabra. Por unos instantes, nos sentimos capaces de invocar la magia que nos permitiría viajar a través de las piedras y vivir un intenso romance con un apuesto *highlander*; estas aventuras solo las puedo vivir con ellas.

Luego nos aventuramos a una ruta de senderismo donde llegamos hasta un precioso lago. Ahí, hicimos una parada obligatoria tanto para descansar como para recuperar energías, compartiendo los bocadillos que Lorena guardaba con recelo. En ese mismo lugar, desentrañé uno de los misterios detrás de esas miradas cómplices que se intercambiaban durante el desayuno; descubriendo que el cascarrabias de Roger las había ayudado en secreto a preparar todo lo necesario.

Mientras tanto, nos dejábamos cautivar por la exuberante naturaleza que nos rodeaba y conversábamos de todo un poco: Maite narraba sus viajes con Dan y sus escapadas inesperadas para dar rienda suelta a la imaginación. Jessi, emocionada, compartía sus planes futuros para la juguetería y hablaba del vikingo que había conquistado su corazón. Vera nos fascinó con anécdotas de su vuelo a Nueva York, donde pudo explorar la faceta más profesional de Enol, presentándola a su círculo de amigos y compartiendo momentos íntimos en hoteles de lujo. Lorena y Yure estuvieron más calladas de lo normal, mientras que Maca nos sorprendía a todas con sus planes de *influencer*. Con esta niña, es imposible aburrirse.

Entre sus historias, capté más de una vez susurros y miradas furtivas dirigidas hacia mí, tan descaradas que era imposible ignorarlas. Algo en mi interior me dice que aún hay sorpresas esperando ser reveladas. Aquella sensación que me invadió justo al bajar del avión permanece arraigada en mi ser, tan intensa como el primer día.

Se avecinan cambios, lo presiento en cada fibra de mi piel.

El coche se detiene en el estacionamiento del B&B, todo a nuestro alrededor está en calma y una suave oscuridad cubre el cielo. Cris saca de su mochila una de las llaves que Roger nos entregó, la cual nos permitirá entrar por la portezuela trasera sin molestar a los otros inquilinos. Después de la situación que vivimos ayer, lo último que queremos es despertar a alguien con nuestra llegada.

Los pies me pesan una barbaridad; hace mucho que no caminaba tantos kilómetros de un tirón. Echo una mirada atrás para comprobar cómo van mis amigas y, aunque las sonrisas adornan sus rostros, se nota que también están exhaustas. Ya está decidido: el próximo viaje que

organicemos, y sé que costará eones ponernos de acuerdo, tiene que ser a una playa, como bien sugirió Jessi. Relajación, música flotando en el aire, un toque de alcohol y el sol besando nuestra piel.

—Seguid adelante, que olvidé algo en el coche —anuncia Cristina, arrojándome las llaves con destreza antes de darse la vuelta, dejándome liderar el camino.

Avanzo con pasos lentos hacia la parte trasera de la casa, con las niñas siguiéndome de cerca. Sin embargo, nada me había preparado para la escena que se desplegaba ante mis ojos. Guiraldas de luces blancas se entrecruzaban de un árbol a otro, bañando el jardín trasero en una luz cálida y acogedora. Una mesa, meticulosamente arreglada con una variedad de platos y snacks, enormes jarras de cerveza helada, las cuales dejaban deslizar pequeñas gotas de condensación sobre un mantel estampado al estilo escocés. El corazón se me encoge, llevo mi mano al colgante que pende en mi pecho y las lágrimas se arremolinan en mis ojos. Desde el interior, el sonido de canciones celtas comienza a filtrarse, fusionándose perfectamente con la encantadora atmósfera. Mi mirada, atraída por la melodía, se dirige hacia una de las ventanas donde un cartel cuelga sobre el alfeizar: «Feliz Cumpleaños».

Suelto la mochila a mis pies y me giro, movida por un impulso incontenible, para abrazar a esas niñas que han revolucionado mi mundo. Las palabras de mi abuela vibran en mi memoria, un eco lejano que me acaricia el alma: «Recuérdalo siempre, los amigos son la familia que escogemos». Los brazos de mis amigas me envuelven, y el calor que emana de cada una calienta mi corazón, haciéndolo latir con fuerza. Los recuerdos de todos nuestros momentos juntas se amontonan, entremezclándose: las peleas de la adolescencia, las lágrimas en situaciones donde todo parecía derrumbarse, las sonrisas que curaban, las carcajadas por tonterías que solo nosotras entendíamos y, más que nada, esa mano extendida justo cuando más la necesitaba.

—Gracias... —murmuro, apoyando la cabeza en el hombro de Lorena.

Ella me aparta suavemente para mirarme directa a los ojos, negando con una sonrisa.

—Olvídate de las gracias —dice, mientras con sus pulgares seca las lágrimas que empiezan a rodar por mis mejillas—. Este viaje es nuestro regalo. Todas estamos viviendo esta aventura mágica juntas, y no íbamos a dejar pasar tu cumpleaños sin celebrarlo aquí, en esta tierra de leyendas.

—Pero os estoy haciendo recorrer kilómetros y kilómetros.

—A algunas nos viene bien el ejercicio, ¿y qué mejor forma de hacerlo que explorando estos paisajes? —responde con una amplia sonrisa.

—Mis lорzas te lo agradecen —dice Jessi, soltando una carcajada mientras se palpa la barriga.

—Estamos poniéndonos demasiado sentimentales; necesitamos hidratarnos y la comida nos está esperando —dice Vera con la voz tomada, intentando aligerar el ambiente.

—¿Maite, estás llorando? —le pregunta Maca.

—No, algo se me ha metido en el ojo —responde Maite, girándose para ocultar su rostro.

—Ven que te lo saque —insiste Maca, acercándose.

—Déjame, que eres muy bruta —se resiste, negando con la cabeza, pero con una sonrisa en los labios—. ¡Mira, ya está! —exclama, parpadeando más de lo normal para disimular.

Nos acomodamos alrededor del merendero, listas para disfrutar de todo lo dispuesto sobre la

mesa. Las miradas de mis amigas se dirigen hacia mi espalda; curiosa, giro la cabeza siguiendo su atención y me encuentro con Cristina, que se acerca llevando un enorme bizcocho decorado con almendras.

—Sé que no es el bizcocho de tu abuela, pero al menos este es escocés y no podía faltar... — dice Cristina, con la voz temblorosa.

Tiro de su brazo para rodearla con los míos. Aspiro su fragancia y viajo al pasado. No necesito piedras para transportarme a esa época; con solo tenerlas a mi lado, siempre puedo rescatar aquellos recuerdos tan preciados que tanto me han aportado a lo largo de los años. Siempre seremos esos recuerdos en la mente de alguien, momentos que se acumulan y se arraigan en nuestro corazón, permitiéndonos saborear cada segundo con intensidad.

CAPÍTULO 20

Helenio

Pasado.

Entro en la habitación, donde la luz tenue se filtra a través de la persiana, lanzando pequeños rayos dorados que acarician su piel. La observo con una sonrisa en los labios mientras duerme en calma, y me acerco con pasos suaves, temerosa de despertarla. Al llegar a la cama, recojo la colcha arremolinada a sus pies y la cubro con cuidado; su aroma impregna toda la estancia. Las flores de jacinto comienzan a marchitarse sobre la cómoda, sin embargo, aún persiste su perfume, mezclándose en el aire. Aparto suavemente un mechón de pelo que le cae por su rostro y me quedo contemplándola tan solo unos segundos, capturando su esencia. Su aura titila cuando la luz ámbar la toca. La paz que siempre irradia traspasa mi piel.

Me doy la vuelta decidida a marcharme, sé que estoy alejándome de los problemas con cualquier excusa, ya sea la tienda, mis amigas o visitar a mi abuela, y ya es hora de que los enfrente. Justo cuando estoy a punto de dar el primer paso, sus dedos se aferran a mi muñeca. Me giro y nuestros ojos se encuentran; su sonrisa me alcanza impactándome en el alma.

—Almudena.

—Dime, abuela —respondo, acariciando su mano.

—No dejes que las nubes oculten el sol —susurra con voz ronca.

En sus ojos, veo que sus palabras siempre llevan consigo un significado mucho más profundo. Asiento en silencio ante su consejo; conociéndola, ella sabe algo que yo aún no logro entender. Me da un leve tirón, atrayéndome hacia sus brazos. Siento su fragilidad en cada movimiento, lo que hace que mi corazón se resquebraje. Cierro los ojos y me dejo envolver en su abrazo, cargado de amor.



Entro en casa con cuidado de no hacer ruido, consciente de que Álvaro está en su despacho; he estado evitándolo estos días. Suelto un largo suspiro y me dirijo a la cocina para prepararme una infusión. Necesito relajarme antes de decidir mi próximo paso.

La explosión es inevitable.

—¿Cuántos días vas a dejar pasar hasta que hablemos como adultos? —me interroga Álvaro con una mirada rebotante de incertidumbre.

Mantengo mis labios sellados mientras lo observo detenidamente; su rostro refleja cuánto le está dañando todo esto: los silencios y mis evasivas al abordar el tema. He necesitado tiempo

para calmar las aguas turbias, y sin querer, hemos terminado siendo daños colaterales de una ruptura inesperada que ha dejado secuelas invisibles. Años de amistad y horas compartidas, ahora se encuentran en pausa, pendientes de esa «custodia» a la que inevitablemente nos someten a los amigos. El fragor del enfado me había cegado, y no logré apreciar cuánto le estaba afectando también a él. A pesar del cansancio que se dibuja en sus ojeras por el trabajo, sigue resplandeciendo esa luz en sus iris que tanto me cautiva. Esa que siempre me recordó al verano. No me gusta estar así con Álvaro, pero elijo callar antes de decir algo que luego pueda lamentar.

Clavo mis ojos en los suyos, mis dedos se posan sobre la taza humeante; el calor se filtra a través de la cerámica, calentándome la piel cada vez más. Así me siento ahora, llevando días conteniendo todas las inseguridades que surgieron en la boda. Esa noche no volvimos a tocar el tema; el silencio se instauró entre nosotros. Pero, al final, evitar la erupción de un volcán es imposible. Era inminente.

Me distraje tanto como pude con el plan que habíamos trazado entre todas, me sumergí de lleno en mi papel. Las emociones estallaban como metralla en todas direcciones en cada instante de soledad, así que me esforcé con todas mis energías por concentrarme en mis amigas, aferrándome a sus sonrisas que aligeraban esa carga que, por momentos, se hacía más pesada.

Álvaro y yo tendríamos nuestra oportunidad de hablar, en otro momento, en otro lugar, cuando el tornado hubiera terminado de arrasar con todo lo que creíamos ser, dejando todo disperso. Generando un caos al que aún no me atrevía a enfrentarme.

Había llegado ese momento.

—Ahora, quieres hablar... —respondo mordaz.

—He querido hacerlo todos estos días —afirma con determinación.

—¿Por qué no me lo advertiste? No necesitaba una explicación detallada sobre la infidelidad de Pedro, pero algo... —Inspiro profundamente antes de seguir—. Siempre lo hemos hablado todo...

—¿Y qué querías que te advirtiera? —pregunta sin desviar su mirada de la mía.

—¿Que se había enamorado de otra? —inquiero.

—Su relación había terminado mucho antes de eso —afirma con certeza—. ¿Qué más necesitabas saber? —interroga, abatido.

—Sus intenciones con mi...

—¿Que llevaban meses que ya no eran aquella pareja que conocíamos? ¿Que la rutina estaba consumiendo esa relación? ¿Que era inevitable que tarde o temprano se rompiera el fino hilo que los mantenía unidos? Eso ya lo sabías tú, no necesitabas que te lo recordara —me interrumpe con la voz quebrada.

—Pues que iba a dejar a mi amiga días antes de la boda... ¿Por ejemplo? —suelto la taza, exasperada por su falta de tacto.

Me alejo de la mesa, decidida a distanciarme de sus respuestas vacías. Siento que todo lo que me dice esconde una verdad que aún no está listo para revelar.

—No sabía que lo haría justo antes de la boda.

—Entonces, ¿qué sabías? —espeto, herida—. Aclárame este punto porque me estoy perdiendo, y contigo es habitual, perderme en tus tormentas.

Se pinza el puente de la nariz, y su silencio se apodera de la estancia, acompañado de un fuerte suspiro. Siento el corazón latir con una fuerza inusual cuando comprendo algunas de las palabras que acaba de pronunciar: «Llevaban meses que no eran la pareja que conocíamos». El viento empuja con violencia la hoja de cristal, colándose dentro y recorriendo todo mi cuerpo, helándolo al instante. Siento como si mil hormigas treparan por mi columna vertebral. ¿Qué mata a una relación? La monotonía, la falta de compromiso, la escasez de comunicación, la dejadez que consume el amor como un veneno... enumero asimilando cada razón y entonces todo cobra sentido.

—Por eso has estado tan lleno de vida últimamente, nos has visto reflejados en ellos... — afirmo con el dolor lacerándome las entrañas.

—No... —intenta replicar, pero la verdad se refleja en sus iris.

Llevo mis manos a los labios, conteniendo las palabras que tanto dolor me causan al reconocer la verdad. Las lágrimas me inundan los ojos y una punzada aguda me atraviesa el pecho. Álvaro fija su mirada en mí y corre a envolverme en sus brazos, pero rehúyo su contacto. Algo en mi interior se quiebra en mil fragmentos y diminutas esquirlas se clavan en mi corazón. Siempre pensé que, si enfrentábamos una situación similar, lo discutiríamos, seríamos honestos, aliviaríamos nuestra carga compartiendo ese pesar para mejorar. ¿Acaso él no lo veía de la misma manera? ¿Intentó reavivar nuestra relación encendiendo la pasión? ¿Por qué no habló conmigo si las dudas lo consumían? ¿Estábamos realmente tan mal? Las preguntas me asfixian y el aire se niega a llenar mis pulmones mientras busco desesperadamente una explicación a todo esto.

—Por favor, Almudena... —suplica en un vano intento de alcanzarme.

El timbre del teléfono resuena con intensidad por toda la casa; mis ojos se desvían hacia la pantalla iluminada y el nombre que parpadea captura mi atención. Me quedo congelada, con la vista fija en esa luz intermitente. Ahora no puedo hablar con mi madre; ella notaría algo a través de la línea y no quiero mentirle. Necesito unos segundos para calmar este torrente de emociones que ansía salir. El móvil de Álvaro también recibe varias notificaciones y pronto su melodía se suma a la mía. Él lo extrae del bolsillo para comprobar quién lo está llamando y el nombre de mi hermana se refleja en sus ojos.

«No».

—Es Esperanza.

«Sabía lo que significaba esa llamada; podía sentirlo recorrer todo mi cuerpo».

El viento sigue soplando con intensidad a través de la ventana abierta y, esta vez, trae consigo un aroma familiar que me hace estremecer. El dulce olor del bizcocho invade la habitación envolviendo todo mi ser. Mi mano se aferra con más intensidad al colgante que siempre llevo conmigo. Cierro los ojos y las lágrimas se desbordan, deslizándose por mis mejillas y trazando un camino invisible hasta mi barbilla, desde donde caen sobre la pantalla del móvil de Álvaro. Sacudo la cabeza una y otra vez, me abrazo a mí misma buscando recuperar el calor que parece haberse esfumado justo cuando comienzo a asimilar lo que realmente está ocurriendo a mi alrededor. Un susurro de recuerdos felices envueltos en ese aroma se mezcla con la frialdad del momento que estoy a punto de enfrentar.

«No puede ser real».

Todo ocurre a cámara lenta, aunque ya conozco la razón que hay detrás de esas llamadas.

Visualizo la escena desde la distancia, como si mi alma quisiera escapar de este instante. Álvaro acepta la llamada sin desviar su mirada soleada de mis ojos esmeralda. Observo lentamente cómo las nubes de tormenta comienzan a inundar su expresión. Lo sé incluso antes de que lo diga, antes de que las palabras se deslicen por sus labios. Sus palabras suenan huecas, ahogadas; apenas puedo escucharlas. Me niego a aceptarlas.

Un nudo se forma en mi garganta, presagiando el desgarró que está por llegar.

El teléfono se desliza sobre el sofá y, junto a él, caen todas mis esperanzas de que esa noticia no sea cierta. Los brazos de Álvaro me envuelven, tratando de rescatarme de la tempestad que me arrastra hacia las profundidades. Pierdo toda estabilidad, como si el suelo se quebrara bajo mis pies. El aire se escapa de mis pulmones, asfixiándome en mi propia realidad. Mi cuerpo empieza a convulsionar ante la presión de su cálido abrazo, que me ancla firmemente al presente.

Mi abuela ya no está.



Los meses pasaron en un silencio amargo, demasiado lento y dolorosamente largo. Sentía las raíces del dolor infiltrarse por cada grieta de mi ser, aferrándose a cualquier resquicio disponible para germinar y consumir los últimos vestigios de alegría que me quedaban. Nuestra discusión quedó relegada a un rincón remoto de mi memoria al que no deseaba volver. Dejé atrás aquella traición, reemplazándola gradualmente por un proceso de duelo.

Mi abuela era el sol que nos mantenía unidos a todos, su manera de vivir la vida era contagiosa y su sonrisa podía iluminar la más oscura de las tempestades. No solo su don era capaz de aliviar la carga que muchas personas portaban, también lo era su forma de abordar los problemas, sus caricias reconfortantes cuando más las necesitabas y sus sonrisas sinceras, cargada de bonitos secretos que siempre guardaba.

Me volqué de lleno en el trabajo, empecé a dedicarle más horas a estar por la tienda para mantener vivo su eterno recuerdo. Siempre que las niñas acudían a mí, no dudaba en aparecer allí donde me necesitaban. Ellas estuvieron a mi lado, respetando mi espacio, pues no todas procesamos la pérdida de la misma manera ni con la misma intensidad, y muchas de nosotras estábamos familiarizadas con las etapas del duelo que debía atravesar. Sus mensajes llegaban inesperadamente para iluminar mis mañanas, los planes impulsivos a los que nos lanzábamos sin pensar y esos abrazos silenciosos que nos sanaban.

Así transcurrían las semanas.

Con Esperanza la situación fue distinta; se cerraba en banda a hablar de lo que la consumía, pero centró toda su atención en su pequeño, y yo estuve allí en todo momento para apoyarla. Mateo se convirtió en ese rayo de sol que atravesaba las nubes, resplandeciendo con sus risas y buscándonos con miradas que parecían salvar a nuestra familia que se había quedado a la deriva. El aura de mi abuela cada vez estaba más apagada, simplemente no quería aceptar que llegaría. Todos éramos conscientes de que, tarde o temprano, la enfermedad se la llevaría; no obstante, nunca estás realmente preparado para el momento en que eso sucede.

Ningún corazón sobrevive intacto al impacto de esa bala que te atraviesa con palabras.

Álvaro fue mi ancla en este mundo, el que me impulsó a seguir adelante, la mano que me rescató cuando la tristeza me estaba devorando. Gracias a su eterna paciencia y al profundo amor que me tiene, logré volver a caminar y enfrentar los recuerdos con una sonrisa. Aprendí a no quedarme atrapada en el pasado, evitando que oscureciera mi presente.

Seguíamos adelante con nuestras manos entrelazadas, porque nadie mejor que él entendía el dolor que envenenaba mi alma. Su amor era el remedio que me sanaba y permitía que mi corazón cicatrizara. Sin embargo, a pesar de nuestro progreso, siempre quedaría la tenue sombra de lo que habíamos dejado atrás.

Un murmullo lejano que, con el paso de los años, se acallaría, aguardando pacientemente su momento para resurgir con ecos de sentimientos casi olvidados.

CAPÍTULO 21

Hibiscus

Presente.

El aroma del bizcocho se ha quedado impregnado en mi ropa. Apoyo mi mejilla en la manta y respiro profundamente, evocando recuerdos familiares que ese olor trae consigo. Mi sensibilidad está a flor de piel desde que llegué a Escocia, y celebrar mi cumpleaños siempre revive su memoria. Acaricio con la yema de los dedos la esmeralda colgada en mi cuello, como si así pudiera invocar su presencia. Casi puedo escuchar la voz de Álvaro, dejando escapar aquellas palabras que me negaba a aceptar.

La extraño muchísimo; desde que ella se fue, siento un vacío que es difícil de explicar. Aunque estoy tratando de cumplir su última voluntad, esa frase que me dijo solo unos días antes de partir. Hay momentos en que los sentimientos de los demás me sobrepasan y colapsan, nublando mi capacidad para ver lo que tengo delante. En esos instantes, me aferro a los pequeños recuerdos, a las risas compartidas y a las palabras de aliento que solía darme, buscando en ellos algo de consuelo y la fuerza para continuar.

—Me voy a la cama, estoy reventada —susurra Cris a mi espalda, depositando un tierno beso en la coronilla que me saca de mis pensamientos.

Levanto la mirada para encontrar sus ojos antes de que se aleje.

—Gracias por todo, está siendo mágico. Eres la mejor —le digo con cariño.

Sus labios se curvan en una sonrisa mientras niega con la cabeza repetidas veces.

—Todas para una y una para todas —responde.

—¿No te vas a descansar? —me pregunta Yure a su lado.

—Quiero quedarme aquí un poco más. Como no conozco vuestros planes, no sé cuándo volveré a disfrutar de un paisaje como este —contesto, arqueando una ceja.

—Mañana descubrirás nuestro siguiente destino, pero sí, nos despedimos de este lugar —explica Cristina, mirando hacia el horizonte.

—Voy a echar de menos a las vacas —comenta Maca, un tanto melancólica.

—No te preocupes, yo te mugiré en el oído para despertarte por las mañanas —responde Jessi entre carcajadas.

Miro a mi alrededor y compruebo que las demás también han abandonado ya la fiesta.

—¿Dónde están Maite y Vera? —pregunto, buscándolas con la mirada.

—A Maite no le ha sentado bien la cena y Vera la ha acompañado a la habitación —explica Yure.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace unos minutos, cuando estabas charlando con Roger —responde.

—¿Y Lorena?

—Se fue a la cocina, pero ya viene para hacerte compañía —contesta Jessi, dándome un abrazo—. Nosotras nos vamos a dormir, no te acuestes muy tarde. Mañana continúa la aventura.

Asiento a sus palabras con una media sonrisa y me acomodo en la butaca, ajustándome la manta para evitar que el frío se cuele.

—Buenas noches, mis niñas —digo con cariño.

La noche ha transcurrido entre conversaciones animadas y divertidas, avivadas por la chispa del alcohol, y una actuación improvisada de las gemelas. Con un pedazo de pan en cada mano, simulando micrófonos, se lanzaron a cantar canciones celtas sin lograr seguir bien la letra. Las risas han sido constantes durante la velada, y la comida, adecuada, aunque abundante en frituras. Debo admitir que empiezo a cansarme un poco de tanta fritanga; ya me apetece algo de cuchareo, y sospecho que no soy la única.

En un momento de la noche, Roger apareció para felicitar me y Macarena lo animó a quedarse a tomarse algo con nosotras. Cuanto más se resistía, más insistían mis amigas; finalmente, el pobre hombre cedió y se unió al grupo con un par de cervezas. Jessi tomó el papel de anfitriona y empezó a charlar con él, llevándonos a los primeros días de su aventura. Nos contó que al principio no estaba seguro de que fuera a ser algo permanente, pero le fascinaba ver la sonrisa de los recién llegados y formar parte de su viaje soñado. También mencionó que tiene otra casa en Skye, donde se refugia de vez en cuando para disfrutar del silencio y la tranquilidad. Nos lo describió con tal detalle que casi podíamos sentirnos allí: paisajes de impresionantes acantilados, vastas praderas verdes y el mar azul oscuro azotando las rocas, todo bajo un cielo a menudo teñido por la dramática luz del norte. En sus ojos se reflejaba la pasión que siente por su tierra y todo lo que la envuelve.

Siento la vibración de mi móvil sobre la mesa; no había recibido mensajes en todo el día, ya que, como me explicó Cris, donde estábamos era imposible tener cobertura. Ahora, de repente, el teléfono cobra vida a escasos centímetros de mí. Lo observo desde lejos, resistiéndome a cogerlo. Nos habíamos comprometido a disfrutar de una noche sin la interferencia de la tecnología. Aunque de vez en cuando las manos nos traicionaban intentando alcanzar nuestros dispositivos, logramos mantener nuestra promesa hasta el último momento, cuando le pedimos a Roger que nos tomara varias fotos para el recuerdo.

—¡Buh! —susurra Lorena sentándose a mi lado.

Abro los ojos, no sé en qué momento los había cerrado, y observo a mi amiga. El rojo siempre la ha acompañado durante todos estos años, su aura no ha cambiado, hasta hace unos meses donde se mezclaba con otras tonalidades, como si no recordarse cuál era su color. El pelo cobrizo le cae por delante del rostro cuando se hunde en la butaca, sopla para retirar el mechón que quiere ocultar uno de sus ojos y me ofrece una de las tazas que había colocado en la mesa en medio de ambas.

—¿Qué es? —pregunto, curiosa.

—*Güisqui* —responde entre risas.

Acepto la taza y al sostenerla entre mis manos, noto que está caliente. Lorena ve mi sorpresa y se apresura a explicar con más detalle.

—A ver, te explico mejor qué es. —Se acomoda cruzando una pierna debajo de su trasero para sentarse más erguida y ajusta la manta alrededor de sus hombros—. Antes le he pedido a Roger si tenía miel para hacerme una leche caliente para la garganta —se lleva la mano al cuello—, puede que esté incubando un resfriado, pero me molesta un poco y quería prevenir. —Da un ligero sorbo—. Entonces, él me ha dicho que tenía un remedio casero que me curaría. Se ha remangado la camisa hasta los codos, ha revuelto entre los muebles de la cocina sacando; *güisqui*, miel y limón. Lo ha mezclado todo con té de canela caliente y al final lo ha aromatizado con unos clavos que tenía en la despensa. Y aquí tienes un *Hot Toddy* —concluye su explicación, alzando la taza con una sonrisa.

—Vaya con Roger, si al final nos ha cogido cariño —comento con una sonrisa, acercándome la taza a los labios. Observo el contenido y el fuerte aroma del whisky calienta mis fosas nasales antes de dar el primer sorbo.

—Pruébalo —me anima.

Con cautela, llevo la taza a mis labios y el intenso olor del licor me hace vacilar por un momento. Mi amiga me alienta con la mirada y, sin pensarlo más, permito que el líquido caliente fluya por mi garganta, encendiéndola al instante. Los sabores se fusionan: el dulzor de la miel y el frescor cítrico del limón provocan una explosión de matices que se intensifica con el aroma distintivo del clavo. Esta mezcla dulce, con toques picantes y terrosos, evoca una sensación de calidez, transportándome a las acogedoras tardes de los meses de otoño.

—Está muy bueno —confirmo, sorprendida.

—¿A que sí? —responde ella, claramente complacida con mi reacción—. Yo tampoco estaba segura cuando lo vi revolver en la cocina, pero después de probarlo, cambié de opinión al instante.

—Sí, he dudado cuando el olor me ha echado para atrás, pero no imaginé este sabor. —Doy otro sorbo, más largo y confiado tras la primera impresión. Sin embargo, este sorbo se siente con mucha más intensidad que el anterior—. ¡Uff! Cómo sube. —Comienzo a reír, algo más desinhibida.

—A veces hay que dejarse llevar y probar cosas nuevas —murmura al viento con su voz teñida de nostalgia, como si evocara un recuerdo lejano.

Saboreo esa última frase, dejándola resonar en mi mente mientras contemplo la oscuridad que se extiende ante nosotros. La suave melodía de *Falling Colour* de Vanbur llena el aire, permitiendo que el silencio se disuelva paulatinamente en la música que nos rodea.

Después de dos tazas, las risas nos envuelven a medida que bebemos más de ese brebaje, disipando la tensión y el cansancio acumulados durante las horas. Repasamos todos los momentos que hemos vivido estos días, soltando carcajadas al recordar a Maite corriendo con los pantalones bajados, y sintiendo una oleada de emoción al revisar una de las últimas fotos que tomamos. Los recuerdos afloran, y cada anécdota nos enreda en una mezcla de risas y lágrimas, subrayando lo intensos y memorables que han sido estos días juntas. Estos momentos no los olvidaremos por muchos años que pasen.

Siento la mirada de mi amiga sobre mí y, a través de mis pestañas, la observo mientras paladeo con calma esta pócima sanadora.

—Almu, ¿Estás bien? —me pregunta, y es curioso, porque yo tenía la misma pregunta para ella.

—Sí, solo estoy un poco cansada —respondo, evitando profundizar más, pues hay algo en ella que necesito entender—. Lorena, ¿va todo bien con Alejandro?

Sostiene mi mirada durante unos segundos con una expresión cargada de algo que no logro descifrar. A nuestro alrededor, el suave zumbido de los insectos nocturnos, el crujido ocasional de las ramas y el susurro de las hojas al moverse con la brisa se entrelazan, creando un telón de fondo casi místico a este momento que compartimos.

—Sí, va todo lo bien que cabría esperar. Él es, sencillamente, perfecto —dice, desviando su vista hacia la taza para dar otro sorbo.

—Entonces, ¿por qué te noto tan apagada? —insisto con un tono más suave, tratando de perforar el muro que ha construido alrededor de sus emociones.

Ella gira su rostro para enfrentarme, sus ojos buscan los míos con una intensidad renovada, casi como si luchara contra las lágrimas.

—¿Tanto se me nota?

—Yo lo percibo —aclaro.

—¿Es por tu don? —pregunta, con un atisbo de esperanza en su voz.

—Podría ser, pero más que nada, son muchos años de compartir tiempo juntas... —murmuro con cautela—. ¿Qué te ocurre?

—Ni yo misma lo sé —deja escapar un suspiro profundo—. Quiero ser sincera, como siempre, pero esta vez no tengo una explicación clara. —Se lleva la mano al pecho, agarrando su jersey en un puño como si intentara extraer el peso que siente dentro—. Hay algo, estoy segura de que hay algo en mi interior que... que... —Aprieta los labios, su respiración se vuelve más pesada, luchando por contener la avalancha de sentimientos que amenaza con desbordarse.

—¿En tu interior? ¿A qué te refieres? —pregunto, intentando comprender.

—No lo sé explicar con palabras, ese es el problema... —suspira abatida—, pensé que perder unos kilos o apuntarme al gimnasio me harían sentir mejor, que recuperaría esa energía que parece haberme abandonado, pero... hay un vacío que no consigo llenar.

—¿Y has hablado de esto con Alejandro?

—No, porque no es algo que tenga que ver con él. —Sus ojos comienzan a brillar con las lágrimas no derramadas—. Soy yo... Almu, el problema soy yo...

—Estoy aquí... —susurro, ofreciéndole mi apoyo incondicional.

«Déjame estar a tu lado en esa batalla que estás librando».

—Lo sé —musita ella, con un hilo de voz cargado de gratitud.

En ese instante, una mariposa nocturna aletea sus alas frente a nosotras, hermosa y grácil, volando pausadamente hasta que se posa en la manta que envuelve a Lorena. Nuestros ojos se quedan hipnotizados por el momento. Ella permanece petrificada, con la mirada fija en el insecto, y yo no puedo evitar pensar en su significado. Mi abuela siempre decía que las mariposas son guías espirituales para quienes enfrentan dudas que no pueden resolver.

La mariposa alza el vuelo y ambas volvemos a respirar el aire que habíamos contenido. Lorena aprieta los párpados, casi puedo percibir con total claridad lo que ocultan sus ojos, impulsada por la curiosidad por si me sucede al igual que con Yure, extendiendo mi mano para alcanzar la suya con la vana esperanza de atisbar eso que hay en su interior y que no puede

expresar. Mis dedos se aferran a su muñeca durante unos segundos, sin embargo, al sentir mi contacto consigo el efecto contrario. Se levanta de manera brusca, dejando caer la manta a sus pies.

—¿Qué sucede? —pregunto, preocupada.

—Almudena, no puedo. Ahora no, déjame algo de tiempo y te prometo que hablaremos sobre esto —ruega con la voz quebrada.

Aunque sus palabras suenan como una promesa lejana, asiento lentamente sin desviar la mirada, ofreciéndole el espacio que necesita. Ella se peina los cabellos hacia atrás y mira al cielo, tratando de ocultar las lágrimas que brotan silenciosamente.

—¡Buenas noches! —susurra una voz varonil desde algún lugar cercano, rompiendo brevemente el tenso silencio entre nosotras.

No aparto los ojos de mi amiga, como si pudiera encontrar aquello que la atormenta. Ella se seca las lágrimas con el antebrazo, me ofrece una sonrisa rota y se dirige con pasos apresurados hacia la entrada de la casa. En el suelo, descubro una pulsera meticulosamente trenzada de hilo negro, destacada por una exquisita flor roja de tela que parece casi viva, vibrante y llena de detalles sutiles que capturan la luz. Al tocarla, una oleada de emociones me abruma: amor incondicional, admiración y una simultánea sensación de contención fluyen a través de mí. Frunzo el ceño, confundida por la intensidad de las sensaciones. La tomo con cuidado y, justo entonces, Lorena regresa a recogerla, como si fuera el zapato perdido de Cenicienta. Nos miramos por un breve instante; ella niega con la cabeza mientras me sonrío y luego se aleja.

CAPÍTULO 22

Saúco

—No os quería interrumpir... —murmura Sergio desde el otro lado del jardín.

Giro el rostro para buscarlo con la mirada y lo encuentro de pie al borde del camino de piedras, sosteniendo un termo en una mano y una taza en la otra.

—No te preocupes —respondo, invitándolo a acercarse con un gesto amable.

Bajo la vista, compungida por el momento que acabo de vivir, sin saber realmente si ir detrás de mi amiga o respetar el espacio que acaba de pedirme. He sentido ese torbellino de emociones como si fuera mío, alterando cada fibra de mi ser.

—¿Está bien? —me pregunta con su mirada fija en la puerta tras la cual Lorena acaba de desaparecer.

—Sí... más o menos —respondo escueta, intentando desviar su atención—. ¿No es un poco tarde para que andes por ahí? —Cambio el tema para no ahondar en detalles personales.

«No presionaré a Lorena, sin embargo, no puedo evitar sentir una punzada».

—He llegado hace unos minutos y no sabía si seguirías despierta, quería al menos felicitarte —dice Sergio, acortando la distancia que nos separa. Se detiene cerca y señala con el mentón la butaca vacía a mi lado—. ¿Puedo?

Asiento en respuesta a sus palabras y suelto la taza que aún mantenía aferrada. Al posarla sobre la mesa de madera, Sergio inspecciona el interior y sonríe con picardía.

—Yo que venía a sorprenderte con un auténtico ponche escocés y resulta que Roger se me ha adelantado con su *Hot Toddy* —comenta, mientras me mira fijamente y comienza a inclinar la boca del termo sobre mi taza—. ¿Te apetece? Sé que no puedo competir con el de Roger, pero... te puedo decir que el mío está muy bueno.

Compartimos una mirada cargada de significado. Suspiro y lo animo a proceder. No tengo nada que perder por estirar un poco las horas hasta el amanecer.

—¿Qué lleva? —indago, curiosa, mientras ojeo el interior.

—Es parecido a lo que te acabas de tomar, solo que Roger siempre le da su toque especial con el té de canela —me aclara, expectante por mi reacción.

Levanta su taza invitándome a brindar.

—*Co-là breith math!* —exclama con una enorme sonrisa.

—¿Es gaélico? ¿Qué significa...? —pregunto, divertida por su entusiasmo.

—¡Feliz cumpleaños! —responde él, chocando su taza con la mía.

—Ya eres más escocés que andaluz. —Sonrío.

—Es lo que tiene vivir aquí; aprendes gaélico, usas kilts... —Eleva sus cejas, dejando la frase

en el aire con una sonrisa pícaro.

Todas mis hormonas comienzan a saltar como *groupies* cuando escuchan esa palabra.

—Y supongo que también tomas whisky como si fuera agua —añado, siguiendo el juego.

—Puede ser... —me responde, señalando con la mirada el recipiente que aún mantengo en las manos.

Me llevo la taza a los labios, doy un sorbo y luego lo miro a los ojos.

—Pero... si es lo mismo —comento, alzando una ceja y sonriendo.

Rompe en carcajadas y su risa vibrante rompe el tranquilo silencio de la noche. Mis ojos se desvían a su nuez, deleitándome con esa parte expuesta de su cuerpo mientras ríe. «Solo miramos, nada más. Es como ir de tiendas y contemplar los escaparates sin comprar nada. Solo estamos echando un vistazo», me aliento a mí misma, intentando mantener la compostura.

—He aprendido del mejor, aunque el aprendiz supera al maestro. —Me guiña un ojo con picardía.

—No te vengas arriba, está bueno, pero el de Roger es mejor. Aunque el tuyo es definitivamente más fuerte —respondo sonriendo divertida, dando otro trago a la bebida—. La próxima vez será mejor que os pongáis de acuerdo, así no competís entre vosotros.

—¿La próxima vez? —pregunta, arqueando una ceja con interés.

—Cuando quieras sorprender a alguien que esté de paso por aquí... —aclaro.

—Ah... —murmura, dando un ligero sorbo a su bebida mientras me mira de reojo—. ¿Os vais mañana?

—Sí.

—¿Hacia dónde os dirigís? —pregunta, su curiosidad es palpable en cada mirada furtiva que me lanza.

—Eso es algo que deberías preguntar a mis amigas; no me han desvelado nada —respondo, disfrutando del misterio.

—¿Nada? —inquire, con un tono que mezcla sorpresa y curiosidad.

—Nada, de nada. ¿Para qué lo quieres saber? ¿Tienes pensado seguirnos? —bromeo, permitiéndome seguir el juego, aunque una parte de mí reconoce que, quizás, estoy flirteando. No, no soy yo, es el mejunje este, me tiene mareada las hormonas.

—Puede ser, quién sabe qué nos deparará el camino... —responde con una sonrisa ladeada que parece iluminar su rostro.

—Pues siento decirte que no sé dónde iremos mañana —digo, poniendo un mohín exagerado.

—¿Y eso? —presiona, claramente interesado en seguir la conversación.

—Es una sorpresa, bueno... —tomo otro sorbo, sintiendo cómo el alcohol calienta mi garganta mientras continúo—, este viaje ha sido una sorpresa que me han preparado entre todas, una especie de regalo de cumpleaños, pero que todas necesitábamos.

—Vaya, qué buenas amigas tienes.

—Sí, las mejores —confirmo con una sonrisa, mientras mi mirada se pierde en la profunda oscuridad, captando de vez en cuando el titilar de alguna luciérnaga lejana.

Justo entonces, un par de luciérnagas revolotean en el espacio entre nosotros. Sus movimientos etéreos y los destellos intermitentes de luz captan nuestra atención, guiándonos a seguir su danza mientras desaparecen en la oscuridad. El silencio domina la quietud de la noche, interrumpido únicamente por la respiración profunda de Sergio. Siento cómo el calor se instala detrás de mis mejillas; el alcohol comienza a hacer efecto, calentándome desde dentro. Suelto un largo suspiro con el corazón revuelto por todo lo acontecido.

—Nosotros también nos vamos mañana —anuncia con esa voz poderosa que lo caracteriza.

Apuro el último trago y coloco la taza sobre la mesa. Luego, subo las piernas a la butaca, me encojo hasta que mis rodillas tocan mi pecho y apoyo la barbilla entre ellas, envolviéndome en mi propio abrazo mientras reflexiono en silencio.

Los dedos de Sergio tamborilean sobre el reposabrazos, percibo su inquietud, sin embargo, mantengo mis labios sellados, observando sus movimientos. Su salvaje melena rojiza cae sobre su pómulo, acentuando aún más sus duras facciones, que ni siquiera la barba logra ocultar. Su mirada, intensa y azul como un cielo despejado, parece penetrar con facilidad a quien la encuentra, añadiendo un toque de misterio a su presencia robusta y curtida. Si alguien me dijera que es escocés, lo creería sin dudar, porque tiene todo el aspecto de un *highlander*, aunque su acento andaluz finalmente lo delata.

—¿Quieres un poco más? —pregunta, rompiendo el silencio.

—No, gracias —respondo, algo cortante.

No quiero darle falsas esperanzas y creo que ya hemos coqueteado lo suficiente por hoy.

—De acuerdo... —dice él, y su voz se desvanece ligeramente en el aire.

Respiro hondo y decido ser clara con él, más de lo que al parecer había sido hasta ahora.

—Sergio, tengo pareja —le digo directamente.

«Un disparo certero».

Parece atragantarse con su bebida, tose varias veces para aclararse la garganta y luego se gira para encararme.

—Lo sé, me lo dijiste la primera noche que nos conocimos —confiesa.

Abro los ojos, sorprendida, ya que aquella noche el alcohol fluía libremente y no recuerdo con claridad todo lo que dije.

—Entonces, si lo sabías... ¿Por qué siento que estás intentando ligar conmigo todo el tiempo?

—Porque lo estoy haciendo —afirma con una seguridad aplastante.

Su respuesta me golpea como un misil directo al pecho. La firmeza con la que me mira me resulta intimidante.

—¿Y no te importa que tenga pareja? —pregunto.

—Me gustas, Almudena. —Sus ojos se fijan en los míos, capturándolos—. Llámalo destino o casualidad, pero desde aquella noche no he dejado de pensar en cómo sería besar tus labios.

—Eso es porque estás más salido que el pico de una plancha —replico tajante.

Su risa sincera retumba contra la fachada. Con este hombre, no consigo mantener la frialdad; sin querer, su risa me contagia.

—Eso fue lo que me gustó de ti aquella noche, tu espontaneidad —dice Sergio, aún con

rastros de risa en su voz.

—Puede gustarte cuanto quieras, pero no tienes nada que hacer conmigo —respondo firme, levantando el índice y moviéndolo como un péndulo en señal de negativa.

—Tal vez, no ahora, pero quién sabe... —murmura, dejando la frase en el aire.

En ese momento, Sergio deja su taza a un lado y arrastra su butaca hasta quedar muy cerca de la mía, extinguiendo cualquier espacio que quedaba entre nosotros. Aprieto las rodillas con más fuerza, protegiéndome de sus encantos.

—Aquella noche sentí una conexión contigo —susurra con voz ronca.

—Siento decirte que estaba borracha —replico rápidamente.

«Estar cerca de él me hace sentir extremadamente nerviosa».

—Se dice que los borrachos siempre dicen la verdad...

—¿Y qué te dije? —inquiero, intentando recordar.

—No fueron solo tus palabras, tus gestos pedían libertad —asegura con una mirada intensa.

Su poderosa mano se posa sobre mi rodilla y su húmedo aliento me llega con el aroma de la canela. Mi cuerpo se tensa bajo su contacto, y en mi mente resurgen los recuerdos de esos ojos soleados que tanto me han dado. Por un instante me siento como una pecadora del infierno por incitar este encuentro, consciente del peligroso juego que estoy jugando con cada sonrisa compartida. Trato de retirar su mano, pero él aprovecha para entrelazar nuestros dedos. El calor de su contacto se filtra bajo mi piel, haciendo que mis mejillas se tiñan de rojo mientras sus ojos, intensos y cercanos, fijan la mirada en los míos.

—Será mejor que me vaya... —titubeo, al sentir la presión de su mano sobre la mía.

—Almudena, solo te lo diré una vez. Si necesitas escapar, estoy a una llamada de distancia —afirma con seriedad.

Mi corazón comienza a galopar desbocado como un caballo por una pradera verde, sin destino fijo, sintiendo únicamente el aire fresco en la cara. Parpadeo un par de veces, intentando disipar esa imagen tan vívida y sin sentido de mi cabeza.

—Eso se lo dirás a todas —asevero, escéptica ante su ofrecimiento.

—Solo te lo he dicho a ti... —responde él, sus iris brillan con una intensidad que intenta transmitir sinceridad.

Y lo peor de todo, es que no solo su voz transmite esa sinceridad, también lo hace su aura, envolviéndome en una sensación de confianza difícil de ignorar. Es como un abrigo que te protege en medio de una tempestad.

—¿Por qué crees que lo necesito? —Mi voz es apenas un susurro, una mezcla de curiosidad y una pizca de frustración.

—Intuición —responde, y suelta mis dedos con delicadeza, dejándome con una sensación de confusión y una pregunta sin respuesta.

¿Puede que le haya hablado de mi situación? ¿Y me haya desahogado con un desconocido? Esos pensamientos revolotean en mi mente por unos segundos mientras siento su mirada. A pesar de que nos hemos separado, aún puedo percibir el calor que emana de su cuerpo debido a la cercanía, aumentando la tensión en el aire.

—Sergio, esa noche... ¿Hablé demasiado? —pregunto, buscando alguna pista que explique su comportamiento y sus palabras tan cargadas de intenciones.

Él inclina la cabeza, considerando sus palabras antes de responder.

—No diría demasiado. Dijiste lo suficiente para que alguien que escucha pueda entender que no todo es perfecto en tu mundo —responde con una franqueza que me desarma.

Me quedo muda, y un silencio incómodo se instala entre nosotros. No estoy segura de qué más decir o hacer. La idea de haber revelado partes de mí a casi un desconocido me inquieta, pero también me intriga su disposición a ofrecerme una salida. Su mirada profunda recorre mi cuerpo, pausándose en mis labios, y en ese instante, su intensidad me hace sentir desnuda bajo su escrutinio. Siento una urgencia creciente de poner distancia entre nosotros. Necesito alejarme de aquí cuanto antes.

—Gracias por tu sincera oferta... —musito al ponerme en pie, mi mano roza accidentalmente su rodilla. Ese leve contacto envía una corriente eléctrica a través de mi piel—. Sí que es cierto que no todo es perfecto, pero no debo huir a la primera oportunidad y buscar una salida fácil. Yo no soy así.

Sergio levanta su mirada, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que parece penetrar hasta lo más profundo de mi ser.

—Entiendo —dice él, asintiendo con respeto—. Solo quiero que sepas que la oferta sigue en pie. No tienes que enfrentar todo sola, Almudena.

Sus palabras, aunque no solicitadas, plantan una semilla de consuelo en mi corazón. A pesar de la confusión, me siento un poco menos sola, sabiendo que hay alguien dispuesto a apoyarme, aunque apenas lo conozca. Niego con la cabeza, rechazando su propuesta, consciente de que ese alguien no debe ser él. Si realmente necesito apoyo, debería ser de esas amigas que lo han dado todo por mí, a quienes he evitado importunar con mis tormentas internas. Si llega el momento de buscar esa salida o aligerar mi carga, serán ellas las primeras a las que les confiaré todo ese pesar que me consume.

CAPÍTULO 23

Espigo Negro

Sigo reflexionando sobre la conversación que tuve con Sergio, ese instante íntimo que despertó en mí una conexión extraña con él, una que no estoy dispuesta a aceptar. En este momento me encuentro particularmente susceptible a los estímulos externos, y siento como si todas las emociones de quienes me rodean se acumularan en mi corazón, entrelazándose con las mías. Así debía de sentirse mi abuela cuando absorbía cada palabra, cada problema de las personas que buscaban una solución, una guía que los llevara por el buen camino. Aprieto los párpados, intentando contener el torbellino de emociones que se alza ante mí.

El despertador suena a mi derecha, y al abrir los ojos, me doy cuenta de que apenas he dormido. Hoy va a ser un día largo. Vera se levanta silenciosamente, bostezando y animando a las demás a hacer lo mismo. Poco a poco, la habitación cobra vida mientras todas nos levantamos para tomar una ducha rápida antes de empezar el día.

—Niña, qué mala cara me llevas —comenta Maite al verme salir de la ducha.

—No he podido dormir nada —respondo, secándome la cara con una toalla, mientras me miro en el espejo y confirmo que las ojeras me dan un aire de panda.

—¿Y eso? ¿He hablado en sueños? ¿Me he levantado? —pregunta preocupada, rememorando sus episodios de sonambulismo—. La última vez que me pasó fue con Dan... —dice, sonrojándose al recordar.

Le lanzo unas gotas de agua con los dedos, intentando dispersar las imágenes calenturientas que cruzan por su mente.

—¡Ay! —exclama, haciéndose un hueco junto a mi frente al espejo—. Déjame un momentito para asearme y luego hago mi magia con ese rostro tan bonito que tienes.

—¡Pasoooo, que voy ardiendooo! —exclama Vera, abriéndose camino hacia el cuarto de baño—. ¡Necesito hacer pis!

—Pues date prisa, que yo no puedo aguantar mucho más —le sigue de cerca Yure, impaciente.

—¿Están repartiendo tickets o algo? Aquí no cabemos más —bromeo.

—¡Falto yo! —anuncia Lorena, apareciendo con sus cosas para la ducha—. Así que, arreando, que es gerundio.

Y sin esperarlo, nos encontramos las cinco dentro de ese pequeño habitáculo, envueltas en el aroma del jabón, los perfumes dulces y el frescor de la menta de la pasta de dientes. Si me dieran a elegir, repetiría estos momentos sin duda alguna. Es al tenerlas cerca de mí, sin preocupaciones, siendo naturales y buscándonos con la mirada, cuando me siento más en calma. En esos instantes, me invade una sensación de hogar, como si cada una de ellas fuera un pedacito de mi refugio en este mundo.

Nos sentamos todas a la larga mesa dispuesta para el desayuno, algunas ayudan a Roger a traer todo lo que falta por poner y no puedo evitar sonreír al ver a Jessi animándolo a compartir con nosotros este ratito. Al final con todo lo agrio que nos parecía el primer día y ahora parece ser uno más. Mi amiga siempre ha tenido muy buena mano con aquellas personas que necesitan un abrazo sin decirlo con las palabras, y me da a mí que este hombre le recuerda mucho a José. A lo lejos contemplo como los ojos de Cristina están analizándolo todo y de seguro esté organizando las siguientes paradas en su cabeza.

Hoy Yure está más animada; parece que esa conversación que quedó interrumpida en el pub cuando las chicas llegaron, no fue tan alarmante como pensaba. Mientras tanto, Maite, Vera y Maca disfrutan del desayuno, compartiendo risas y anécdotas de los días que han pasado juntas. Bajo la mirada, recordando las notificaciones que recibí ayer cuando la señal finalmente regresó. Revuelvo en la mochila hasta encontrar mi teléfono; anoche, después de escapar de Sergio, entré en la habitación y lo puse a cargar sin siquiera revisarlo.

Mis dedos se deslizan por la pantalla y noto un par de llamadas perdidas del trabajo de Álvaro. Frunzo el ceño, ya que normalmente nunca me llama desde ese teléfono. Compruebo la hora y veo que es pronto; dudo que haya alguien en la oficina. Entro en el chat que comparto con mi pareja y veo que su última conexión fue ayer por la mañana. Probablemente haya sido una confusión, pero un nerviosismo palpita dentro de mí: dos llamadas no parecen ser un error. ¿Le habrá pasado algo a su móvil?

—¡Sergio, siéntate con nosotras! —lo anima Cris al verlo entrar en la sala.

Ese llamado me saca de mis cavilaciones. Alzo la vista y mis ojos se encuentran con los de él, como si me pidieran permiso para acercarse. Las chicas notan ese gesto y todas dirigen la mirada hacia mí. Siento un doloroso puntapié en la espinilla, seguramente de Macarena; la discreción no es su punto fuerte.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada, nada —responde con cara de «jijiji».

—Aquí hay un hueco —señala Yure, percibiendo mi desazón, que realmente tiene más que ver con otras preocupaciones que con la persona que se va a unir a nuestra mesa.

El desayuno transcurre con normalidad mientras escucho las conversaciones y noto las miradas furtivas de Sergio cada vez que tiene la oportunidad. Intento concentrarme en el plato que tengo delante, pero ese murmullo de fondo comienza a resonar con más fuerza en mi interior. Como si fuera un imán, no puedo dejar de mirar el teléfono que reposa a mi izquierda. Lo tomo entre mis dedos, sintiendo un calor inusual. Sé que no es el teléfono, es la sensación que revolotea en mi estómago, esa que me impide comer. Presiento que algo está a punto de cambiar, cada vez con más intensidad.

Me levanto y todas las cabezas se giran hacia mí al mismo tiempo.

—Necesito un momento, ahora vengo —digo, alzando el teléfono para disipar preocupaciones innecesarias, aunque mi manera abrupta de levantarme quizás no transmita tranquilidad.

—¿Estás bien? ¿Voy contigo? —me pregunta Maite, preocupada.

—Sí, no es nada. Ahora vuelvo —me excuso mientras recojo mi abrigo y salgo de la sala con calma.

Siento los ojos de todas mis amigas, clavados en cada uno de mis movimientos; el ambiente ha cambiado drásticamente y sé que ha sido por mi inesperada salida. Antes de cruzar el umbral, me doy la vuelta y les ofrezco una de mis mejores sonrisas, esperando que eso les transmita la falsa calma que intento proyectar.

En el exterior, la calidez del sol acaricia mi piel mientras inspiro profundamente el aire fresco que llena mis pulmones. Camino despacio por el sendero de gravilla que conduce a la vasta granja. A mi alrededor, campos de un verde intenso se extienden hasta el horizonte, salpicados de flores silvestres y encerrados por muros de piedra cubiertos de musgo. Apoyo mi trasero en uno de los muretes de la entrada a la propiedad y miro fijamente la pantalla, deliberando si hago esa llamada o espero a que sea más tarde. Al final opto por llamar primero a Álvaro, selecciono su contacto y espero pacientemente.

—*El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura* —responde la voz automática al otro lado de la línea.

Decido enviarle un mensaje rápido por *WhatsApp*, sin añadir florituras; no quiero causarle preocupación cuando vea la notificación. Recuerdo que me mencionó que tenía que viajar; tal vez esté en el avión o en algún lugar sin cobertura. A pesar de mis esfuerzos, no puedo evitar sentirme intranquila. La distancia que nos separa, en todos los sentidos, solo complica más las cosas.

Varios minutos después, el pequeño grupo que ha contratado a Sergio sale de la casa. Él los sigue de cerca, cargando unas maletas que introduce en el maletero. Al levantar la vista, nuestros ojos se encuentran. Comenta algo a sus clientes; ellos asienten y suben al minibus. El imponente cuerpo de Sergio, al estilo de un *highlander*, se aproxima, disminuyendo la distancia entre nosotros. Su camisa de franela ondea al viento, dejando a la vista una camiseta de algodón blanca que se ajusta perfectamente a sus musculosos pectorales, todo bajo un desgastado vaquero. Se pasa la mano por el cabello, peinándolo hacia atrás en un vano intento de domarlo. Sus botas altas pisan con firmeza hasta que llega a mi altura. Instintivamente, me abrocho el abrigo cuando lo tengo frente a mí.

«Padre nuestro, perdóname por tener pensamientos impuros con este señor del pecado», rezo en mi cabeza mientras me reprocho por no poder controlar las imágenes que invaden mi mente. No soy una máquina, y este hombre encarna el deseo sexual de toda lectora de romances históricos, o sea yo.

—No me he ido por ti —me apresuro a decir.

Sus comisuras se alzan en una preciosa sonrisa al escuchar mis palabras. Se mece la barba unos segundos antes de continuar.

—Solo quería despedirme —dice mientras pasea su lengua por los labios. Mis ojos se posan en ellos, recordando la frase que me dijo ayer—. Si seguís la ruta de los escenarios de *Outlander*, puede que nuestros caminos se vuelvan a encontrar. Y si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en llamarme.

—Ajá. —Regaño a mis hormonas con una regla, ordenándoles que se pongan mirando a la pared—. Gracias, pero no creo que nos perdamos con el GPS.

Una risa gutural brota de su garganta al escuchar mi respuesta.

—Créeme, hay zonas que son difíciles de acceder —echa un vistazo a nuestro transporte—, y puede que tengáis algún problema con ese coche.

—Vale, lo tendremos en cuenta —respondo, recordando que ya fui clara con él ayer. Aunque ahora no está haciendo nada malo, no debería ser tan cortante.

Abre sus brazos invitándome a un abrazo. Por un instante, contemplo la posibilidad de dejarme envolver por esos poderosos músculos, mientras mis hormonas comienzan a danzar en una especie de ritual satánico, agitadas por la tentación.

—Vamos, Almudena, solo es un abrazo —me anima con esa voz extremadamente seductora.

Ruedo los ojos, asiento despacio y suelto un largo suspiro. Me levanto del murete, sacudo el polvo de mi trasero y sus brazos me envuelven en un abrazo cálido y reconfortante. Mi mejilla descansa contra su pecho, y su aroma ahumado inunda mis sentidos. Puedo sentir cada latido de su corazón resonando contra mi oído, su respiración profunda acaricia mi cabello mientras deposita un beso tierno en mi cabeza. Con suavidad me aparta, clavando su mirada en la mía y en sus ojos puedo ver reflejadas sus intenciones. Sé que no hará nada sin mi consentimiento, respetando mi espacio y dejando en mis manos la última decisión.

—Tened cuidado —dice aún manteniendo sujeto mi antebrazo—. Recuerda que estoy a una llamada —presiona antes de soltarme del todo.

Asiento lentamente mientras él se da la vuelta y observo cómo su espalda se aleja. Se coloca frente al volante, arranca y el suave ronroneo del motor se funde con el trinar de los pájaros. Pasa cerca de mí y, justo antes de incorporarse a la carretera, toca el claxon. Nuestras miradas se cruzan una última vez y le despido con la mano.

«Adiós, al protagonista de mis romances más oscuros», me digo a mí misma, consciente de que debo dejar de proyectar mis fantasías en ese hombre.

Bajo la mirada al teléfono que aún sostengo firmemente y decido llamar a las oficinas. Necesito aclarar si ha sido una confusión o ha sido cosa de Álvaro. Los tonos de llamada suenan uno tras otro, consumiendo la poca paciencia que me queda. Trago saliva, sintiéndome desesperanzada al no obtener respuesta.

—¡Buenos días! —me saluda la recepcionista.

—¡Hola! Soy Almudena, la pareja de... —Mi voz queda atrapada en el aire, interrumpida por su respuesta.

—¡Hola, guapa! Cuéntame qué necesitas.

—Tengo dos llamadas perdidas de ayer, no tenía mucha cobertura y me llegaron los mensajes anoche —explico, sintiendo una creciente urgencia.

—¡Ah, sí! Disculpa, acabo de reincorporarme tras mi baja por maternidad y no conseguía localizar a Álvaro. Como tengo tu número como contacto alternativo, decidí llamarte.

—¿Ha pasado algo? —Mi preocupación se asoma.

—No, nada grave, no te preocupes. Ya lo solucionaremos cuando él vuelva. Le he dejado un email y espero su respuesta. Lamento molestaros en vuestras vacaciones.

Un clic, como si un interruptor hasta entonces apagado se activara de repente en mi cabeza, evocando la última conversación que tuve con Álvaro.

—¿Vacaciones? —Mi voz tiembla, y el corazón late desbocado en mi pecho.

—Sí, tengo entendido que está de vacaciones... —Duda por un momento mientras teclea sin parar—. Sí, aquí lo veo. Dos semanas. —Un pitido interrumpe nuestra conversación, alertando

de otra llamada entrante—. Perdona, tengo que atender esto. Dale recuerdos a Álvaro de mi parte.

El pitido persiste en mi oído con más intensidad que antes, aumentando mientras el aire se escapa por completo de mis pulmones. Todo parece desvanecerse a mi alrededor y las emociones explotan, dejándome sin aliento.

CAPÍTULO 24

Balsamina

Durante las dos horas de trayecto en coche, hemos hablado de todo un poco, desde debates sobre las últimas series que hemos visto y los personajes que más nos han conmovido, hasta tramas imaginarias que desembocaban en finales alternativos, más acordes con nuestros gustos. Como dicen, nunca llueve a gusto de todos.

En un momento dado, Maite ha recibido una llamada de Dan. A pesar de su esfuerzo por disimular esa sonrisa de tonta que aparece cada vez que escucha su voz al otro lado de la línea, no ha podido ocultarla. Su luz nos contagiaba a las demás. Aunque sé poco sobre el pasado de Daniel, ya que Maite respeta mucho su privacidad, no hacen falta muchas palabras para percibir la carga emocional que lleva. Una culpa que parecía consumirlo, un detalle que llegaría a entender con más claridad días después de aquel encuentro marcado por un clavel.

Maca nos ha contado su ardua lucha con los estudios y nos ha revelado que si, por casualidad, no lo consigue, aunque estoy segura de que lo logrará, considerará dedicarse a crear contenido en TikTok. Aunque no se lo diré directamente, sé que esa aspiración a le durará poco. Conozco demasiado bien a Maca para saber que ella necesita objetivos concretos y tangibles, donde su esfuerzo se vea recompensado. Todo lo relacionado con internet suele ser efímero y depende mucho de la suerte.

*Don't stop, make it pop
DJ, blow my speakers up
Tonight, I'mma fight
'Til we see the sunlight
Tick tock on the clock
But the party don't stop, no*

En un perfecto momento de conexión con su amiga del alma, Jessi sube el volumen de la canción que resuena en los altavoces del coche justo cuando llega el estribillo: Kesha - *TikTok*. El ambiente en el coche se electriza al instante, y todas empezamos a balancear nuestros brazos al ritmo de la música. Sin embargo, en una de las curvas que toma Yure, siento cómo el escaso desayuno que he ingerido amenaza con subirme. Un sabor agri dulce asciende por mi garganta como una araña, amenazando con arruinar esta experiencia.

—Necesito que pares el coche. —Coloco mi mano sobre el hombro de Cristina, que al girarse hacia mí capta la urgencia en mis ojos.

De reojo, veo que acabamos de pasar una zona destinada al turismo, pero necesitaríamos dar la vuelta para acceder a la entrada. Sé que no aguantaré mucho más.

—¡Yurena, para, que tenemos una urgencia! —exclama Cristina, alertando a todas en el

coche.

—¿Y dónde quieres que pare? Aquí no hay ninguna zona donde estacionar —explica Yure, claramente alarmada.

Ha sido mencionar que necesito parar y se ha desatado un pequeño caos dentro del coche. Lorena, que siempre se nombra la enfermera del grupo, comenzó a dar instrucciones como si estuviera en una sala de emergencias, me pasó una botella de agua y empezó a susurrarme palabras tranquilizadoras que, honestamente, no me ayudaban mucho. Yo solo quería bajarme del coche, y cuanto antes, mejor.

*Ain't got a care in world, but got plenty of beer
Ain't got no money in my pocket, but I'm already here
And now, the dudes are lining up cause they hear we got swagger
But we kick 'em to the curb unless they look like Mick Jagger*

—Toma una bolsa por si vomitas. —Lorena me extiende una bolsa del Mercadona, será posible que hasta aquí nos acompañe.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto, esforzándome por contener el ardor que me quema la garganta.

—Se lo he dado yo; siempre llevo algunas por si acaso, para estas situaciones —explica Macarena con total naturalidad, porque llevar plásticos del Mercadona en tu mochila es lo más normal del mundo.

Echo un vistazo a Maca y ahí está, con la bolsa puesta en la cabeza.

—Macarena, por favor —digo, sin saber si reír o llorar en este momento.

—Está lloviendo... —intenta justificarse ella, con la bolsa como sombrero.

—Yurena, detén el coche ¡YA! —la interrumpo, sintiendo unos retortijones que no presagian nada bueno—, no tengo claro si esto saldrá por arriba o por abajo, pero va a salir.

—En el coche de alquiler no... —murmura antes de maniobrar.

Yure me lanza una mirada rápida y vuelve a concentrarse en la carretera antes de dar un volantazo hacia un lado, haciendo que una de las ruedas cruja sobre la gravilla. Nuestros cuerpos son balanceados hacia ese lado, aplastándonos momentáneamente. La fuerza del giro provoca un coro de exclamaciones y un amontonamiento cómico de brazos y piernas.

—¡Que alguien la acompañe! No puedo quedarme aquí parada, tengo que dar la vuelta —exclama mientras pone el coche en posición para reincorporarse a la carretera.

Abro la portezuela del coche con urgencia y, para mi sorpresa, Macarena, Jessi y Maite también salen. ¿Dónde van estas? Lo de ir juntas al baño se tiene que acabar. No quería público en este delicado momento de mi vida.

—Ahora venimos a por vosotras, tened los móviles operativos por si acaso —dice Cristina asomando la cabeza por la ventanilla antes de que el coche arranque.

Vera nos despide con la manita desde el cristal trasero. Observo cómo ellas se incorporan a la carretera con sumo cuidado, comprobando cada espejo y señal para asegurarse de no cometer ninguna infracción. Como no podía ser de otra manera, la precaución es imprescindible para mi

amiga, la perfeccionista.

—Si vas a vomitar, hazlo ahí —me señala Maca, apuntando a unos arbustos frondosos—. Así las plantas tendrán algo de sustrato.

—No es eso... —logro decir, conteniendo los dolores.

—Sí, claro, para que le salga otra rata acuática de esas... —rememora Maite con una mueca.

—Nutria, se dice nutria —corrige Jessi.

—No creo que pueda contenerlo por mucho más tiempo —digo, con una mano sobre el vientre, anticipando el inminente desastre.

Me niego a dejar mi huella en Escocia de esta manera.

—¡Oh, oh! —exclama Jessi, siguiendo la dirección de mi mirada, mientras comienzo a caminar cada vez más rápido—. ¿Maite, por qué te has venido? —pregunta, aligerando el paso para mantenerse a mi lado y no perderse nada del «espectáculo».

—Lo que me sentó anoche mal ha vuelto y con más fuerza —musita, intentando adelantarme—. ¿Y vosotras dos? —pregunta, curiosa.

—No pensaba perdermelo. Esto es mejor que las series —comenta Jessi con un tono burlón, mientras todas siguen detrás de mí, convirtiendo mi miseria en su entretenimiento matutino.

De repente, nos vemos las cuatro lanzadas en una carrera a través de la pequeña zona de gravilla hacia el centro turístico, bajo una llovizna que empieza a calar nuestras sudaderas. En la urgencia del momento, olvidé por completo coger mi abrigo. Maite y yo nos picamos en una frenética competencia de marcha para ver quién logra ser la primera en llegar a los servicios, convirtiendo esto en un sprint olímpico por el primer aseo libre. La imagen de nosotras avanzando rápido, pero de manera contenida como si estuviéramos a punto de hacernos pis, resulta tan cómica que es para troncharse de risa. Maca, con la bolsa aún cubriéndole la cabeza para proteger su larga melena, nos adelanta y llega la primera. Segundos después, aparece en la entrada, animándonos a alcanzar la meta. Se lleva las manos a la boca como si fuera un megáfono improvisado, para anunciar algo que cambiará el curso de nuestra carrera desesperada:

—¡¡Solo queda un aseo libre!! —vocifera con urgencia.

Maite y yo nos miramos de reojo, ambas conscientes de que solo una de nosotras llegará a tiempo. La tensión es palpable en cada sprint para ser la primera en alcanzar esa preciada taza de inodoro. Justo cuando pensaba que nada más podría salir mal, un ejército de ancianos comienza a desembarcar de un autobús, marcando su rumbo directo al centro turístico. Parece que nuestro destino está a punto de ser tomado por la tercera edad; es ahora o nunca.

—¡Vamos! Son más lentos que vosotras —nos anima Jessi desde atrás, agregando un toque de humor a nuestra carrera desesperada— ¡Corred, insensatas! —grita, haciendo una imitación perfecta de Gandalf, lo que nos arranca risas nerviosas mientras apresuramos el paso.

Acelero en un último y desesperado sprint, dejando a Maite comiendo polvo, mientras un retortijón amenazante sugiere que mi situación está a punto de volverse crítica. Por muy en forma que esté mi amiga. Estoy dispuesta a sacar fuerzas de donde no las hay para asegurar mi victoria.

Al llegar a la entrada, hago una maniobra evasiva alrededor de Macarena, quien, como buena compañera de batalla, me señala rápidamente la ubicación de los aseos. Con los pasos contados y sintiendo que cada segundo es una eternidad, logro lanzarme hacia el único cubículo disponible

justo a tiempo.

«Lo siento, Maite, pero en el juego de los tronos de porcelana, solo gana quien lo conquista primero».



No os voy a contar cuánto tiempo estuve encerrada en aquel habitáculo, pero basta decir que escuché entrar y salir al grupo de ancianitas varias veces; así que os dejo imaginar el resto. Qué mal rato pasé esos segundos antes de entrar al baño; ahora entiendo mucho mejor a mis amigas aquella fatídica noche en que yo salí invicta.

Sí, señoras, ha sido el karma por tener pensamientos impuros con mi Jamie Fraser español y por ser las únicas que nos libramos de la intoxicación.

Tras rehidratarnos bien y esperar a que mis amigas terminaran su café, nos pusimos en marcha hacia uno de los destinos que teníamos cerca. El viaducto de Glenfinnan, famoso por la icónica escena del tren de vapor en *Harry Potter*. Para verlo en todo su esplendor, tuvimos que sacar fuerzas de flaqueza y subir la colina hasta el mirador. Cristina tenía todo meticulosamente planeado para cada visita, pero, debido al incidente, sus planes se vieron algo alterados.

—Tengo agujetas en músculos que ni conocía —asegura Lorena, masajeándose los gemelos después de la intensa caminata.

—Nos toca esperar un poquito —nos avisa Cris.

—Al menos ya ha dejado de llover y el sol ha vuelto a brillar —comenta Maite con un tono de alivio.

—Hace un frío que pela aquí arriba —se queja Vera, abrazándose a sí misma.

—Ven que te doy calor —ofrece Maca, frotándole los brazos con exageración—. Te estás quedando esmirriada tanto jugar al teto con Enol.

Vera le saca la lengua en respuesta a su comentario, con una sonrisa traviesa en los labios.

—A partir de ahora estoy a dieta de fritanga —comento, mirando hacia el frente—. Tengo el estómago delicado después de tantos días.

—Estamos todas igual, entre los gases y los inesperados incidentes —bromea Jessi.

—Parece que vamos a tener que tomar el Aerored como si fueran conguitos —se carcajea Macarena.

—Yure, Cris y yo, por ahora, nos estamos librando —comenta Lorena.

—No lo digas muy alto... —susurra Yure oteando al horizonte.

—Entonces, ¿cancelo la visita a la destilería? —pregunta Cristina con inocencia.

Nuestras cabezas se giran al unísono mientras emitimos un atronador «¡nooooooooo!».

—Hemos venido a Escocia, y no me iré sin visitar una destilería —afirmo entre risas, y mis amigas asienten en acuerdo—. Aunque tenga que ir con pañal, fíjate lo que te digo.

—¡Mirad, ahí viene! —exclama Lorena, aplaudiendo emocionada.

—Preparad las cámaras —apremia Jessi.

A pesar de los contratiempos, la vista desde el mirador bien valía el esfuerzo. El paisaje escocés se desplegaba ante nosotras con una majestuosidad que cortaba la respiración, y el tren de vapor, recorriendo el viaducto, parecía sacado de un sueño. Nos quedamos allí, embelesadas, capturando cada momento con nuestras cámaras y nuestros corazones. La fatiga y el malestar anterior se diluyeron en el aire puro y las risas compartidas.

Era un recordatorio perfecto de que, a veces, los mejores momentos necesitan un poco de esfuerzo para alcanzarlos.

Mientras descendíamos la colina, nuestras conversaciones giraban en torno a las próximas aventuras que nos esperaban. El sol, en su cenit, derramaba una luz intensa sobre el lago, cuyas aguas reflejaban destellos como espejos bajo el cielo del mediodía. Nos dirigimos hacia el monumento a los Levantamientos Jacobitas, ubicado justo enfrente de la zona que acabábamos de visitar. Decididas a no dejar que ningún imprevisto mermara nuestro espíritu aventurero, con el incidente del baño ya convertido en una anécdota más para el recuerdo, nos prometimos hacer de cada día de este viaje un capítulo inolvidable en nuestras vidas.

Disfrutando de las maravillosas vistas que este impresionante paisaje me brinda, mi móvil cobra vida, vibrando en el interior de mi bolsillo y devolviéndome a la realidad, al recordarme aquel murmullo que había intentado ignorar. Con cautela, extraigo el teléfono y el nombre en la pantalla hace que mi corazón se detenga un instante: Álvaro. Mi estómago se retuerce ante el embate de las dudas que regresan con la fuerza de un huracán, mientras el temor a las mentiras ocultas entre verdades me consume sin piedad.

CAPÍTULO 25

Jacinto Amarillo

Pasado.

—Álvaro, esta noche estaré en casa de Maite, va a dar una fiesta —comento, mientras me atuso el pelo frente al espejo—. No llegaré muy tarde.

Sus pasos resuenan sobre el suelo de mármol blanco, su aroma me envuelve y sus ojos, los que tantos momentos me han regalado a lo largo de los años, me aprisionan sin contemplaciones. Todas mis hormonas caen desmayadas ante su encanto. Observo la barba que últimamente lleva, perfilada a la perfección, que acentúa su fuerte mentón. Sus iris recorren la piel de mi cuello y todo mi cuerpo se tensa, anticipando su contacto.

—Recuerda que mañana tenemos la cena... —susurra con voz ronca en mi oído, su aliento caliente me golpea con cada sílaba.

—«La cena» —remarco las palabras, dibujando comillas en el aire con mis dedos—. Llevas meses hablando de ella, como para olvidarla.

Sus dedos se deslizan con suavidad, trazando líneas sobre mi clavícula.

—Es un proyecto importante y quiero que estés ahí conmigo.

—Lo sé —respondo mientras me giro sobre mis pies, acuno su rostro entre mis manos y siento su barba raspando mi piel—. Sabes que todo irá bien.

—¿Lo sientes? —me pregunta con su voz cargada de inquietud—, sé que no tienes premoniciones, pero también sé que a veces percibes cosas... —Entrecierra sus ojos, buscando la respuesta en los míos.

Aunque sabe que con él nunca logro ver más allá de esa mirada soleada, siempre ha confiado en mis palabras, mis consejos y esas sensaciones que a veces me embargan.

—Puede ser, es una sensación que te acompaña desde hace días... —Acaricio su mejilla, deslizo las uñas por su barba y me detengo en sus labios, rozándolos con mis dedos—. Desde que te conozco, no he podido ver ese color que te rodea; sin embargo, a veces te salpican los colores de los demás y lo mismo te sucede con las emociones, bailan a tu alrededor antes de marcharse y, durante esos momentos, casi puedo tocarlas.

Sus comisuras se alzan, regalándome una preciosa sonrisa que le devuelvo al instante. Una de sus manos acaricia mi brazo antes de deslizarse dentro de su chaqueta. Con mucho cuidado, extrae una pequeña caja y mi corazón se detiene. Cubro mis labios con sorpresa y contengo la respiración cuando me la ofrece.

—Ábrelo —me anima.

Con manos temblorosas, tomo la caja y la abro con sumo cuidado. Dentro, descansa un péndulo de amatista, engarzada en un colgante de plata con una fina cadena. Mis dedos se posan

suavemente sobre la piedra, sintiendo todo lo que significa.

—Aunque jamás creí en poderes sobrenaturales, siempre he creído en ti, Almudena —susurra, levantando mi rostro entre sus grandes manos—. Eres luz. Mi luz, la que me arrancó de la oscuridad. —Sus labios encuentran los míos en un beso suave, sellando una promesa de amor eterno.

Sus palabras evocan nuestro pasado, aquel en el que me contaba lo susceptible que era con todo lo que rodeaba a mi familia. Su padre rechazaba cualquier mención de espiritualidad o esoterismo; sin embargo, por un tiempo, creyó en la posibilidad de mejorar la condición de su esposa, a pesar de que la enfermedad parecía tener la victoria asegurada. Juntos se sumaron a la última batalla, apoyando el deseo final de ella. Quería luchar con uñas y dientes hasta su último suspiro, y así lo hizo.

El timbre de la puerta retumba en el piso, arrancándome de mis recuerdos y trayéndome de vuelta al presente. Los dos giramos instintivamente hacia la entrada de la casa.

—Es Cris —digo con certeza.

Álvaro vuelve a presionar sus labios contra los míos, esta vez con una pasión avasalladora. Su lengua se desliza entre ellos, dejándome saborear su dulzura adictiva, de la cual no quiero soltarme. Su mano se acomoda perfectamente en el hueco de mi cuello, intensificando nuestro beso. Aprieto los párpados, sumergiéndome por completo en el significado profundo de su regalo: un péndulo de amatista. Esta piedra, que simboliza el amor, la protección y la sanación espiritual, refleja su comprensión hacia el dolor que he soportado tras la pérdida de mi abuela. Álvaro ha sido mi refugio durante los momentos más frágiles, salvándome de las tormentas del pasado que, a veces, amenazaban con arrastrarme.

—Gracias... —Mis palabras se ven interrumpidas por otro beso, justo cuando el timbre resuena de nuevo con insistencia.

Álvaro se separa lentamente, manteniendo su mirada fija en la mía.

—Vete, o no te dejaré marchar —susurra contra mis labios.

Su calor se desvanece y lo observo caminar hacia la puerta para recibir a mi amiga. Cristina entra con los brazos extendidos, y me envuelvo en su cálido abrazo, aunque mis ojos siguen fijos en Álvaro.



La fiesta ha sido un caos, pero incluso yo he podido percibir la explosión de sensaciones que emanaban de esos dos. La tensión entre ellos era palpable, con miradas intensas que parecían atravesar la piel y sonrisas que iluminaban el rostro de mi amiga cada vez que sus ojos se encontraban. Compartir con Maite la sesión de fotos ha sido toda una experiencia: su soltura con el equipo, la profesionalidad que desprendía en cada gesto y su habilidad para moverse entre bastidores han marcado decisivamente lo que está por llegar. Aunque no pueda ver una cadena de imágenes que revele su futuro, es evidente que una percepción latente la rodea, sugiriendo que está tomando los pasos necesarios para avanzar hacia su destino.

Busco las llaves en el interior de mi bolso, exhausta y con cada músculo quejándose.

Necesito cerrar los ojos un rato antes de volver a la vida real. La llamada que hice a Álvaro desde el set fue algo distante, lo cual me sorprendió después de la intensidad que compartimos anoche; no esperaba sentir ese frío que ahora recorre mi espina dorsal. Con cautela, introduzco la llave en la cerradura y giro despacio, esperando no molestarlo si está trabajando. Empujo la puerta cuidadosamente, la oscuridad tenue del piso me abraza mientras entro con los músculos tensos y me dejo caer en el sofá.

—Almudena —murmura Álvaro.

Abro los ojos con pesar y lo veo allí, vestido de manera impecable con un traje que le sienta extremadamente bien. Su suave aroma envuelve su presencia, añadiendo un toque de distinción. Sonríe con orgullo al admirar al hombre del que me he enamorado.

—Estás muy guapo... —musito, y de repente, mis ojos se abren de par en par, golpeada por la realidad: me he quedado dormida y no estoy lista para la cena—. ¿Qué hora es?

—Es tarde.

—¡Lo siento! —me disculpo, con el corazón martilleándome el pecho—. ¿Por qué no me has avisado?

—Acabo de llegar, he estado en la oficina hasta ahora. Me he cambiado allí para no perder tiempo —explica con calma.

—Dame diez minutos —digo, levantándome de un salto. Mientras me arreglo en la habitación, recuerdo que tengo las llaves de Maite—. Estoy casi lista, ¿dónde es el restaurante?

Asomo la cabeza a través de la puerta y lo veo distraído con su teléfono. Me responde sin mirarme y siento cómo un nudo se aprieta en mi estómago. Ha estado hablando de esta cena durante semanas, enfatizando su importancia para su trabajo.

«Todo irá bien», me digo a mí misma. Sé que todo irá bien.



El silencio se apodera del coche justo cuando nos acomodamos en nuestros asientos. La atmósfera relajada de la cena ha suavizado las conversaciones, facilitando el intercambio de ideas. Al inicio, los clientes mostraban cierta resistencia hacia las propuestas de cambio en su proyecto. No obstante, tras una discusión profunda y detallada, le han concedido total libertad para implementar sus ideas. Estoy orgullosa de él.

Mi mano ha buscado la suya en repetidas ocasiones, intentando infundirle mi apoyo incondicional mientras me reprocho por haberme quedado dormida en un instante tan decisivo de su carrera. Aunque su sonrisa solía ser un refugio cálido para mi corazón, ahora una sombra de angustia ensombrece cualquier atisbo de alegría que intento preservar.

De pronto, Álvaro frena en una gasolinera desolada, aparca bruscamente junto al surtidor y sale del coche. Observo su figura alejarse con paso firme hacia el interior del local y un escalofrío me recorre al escuchar el zumbido insistente del teléfono. Con el corazón en un puño, desvío la mirada hacia el asiento del copiloto donde yace olvidado su móvil. La pantalla ilumina la penumbra con avisos de mensajes entrantes, cuyas palabras apenas logro descifrar desde la

distancia.

Lily:

Me adapto a todo lo que pidas.

«¿Lily? ¿Quién es? ¿Y por qué no sé nada sobre ella?».

Cada vez que releo la frase, es como si un cuchillo candente me atravesara la piel, dejándome una cicatriz profunda y dolorosa. La pantalla se apaga, sumiéndose en la oscuridad junto con mis esperanzas. Me quedo con esa imagen quemada en mi retina, esas palabras inolvidables grabadas en mi mente.

En ese instante, la puerta se abre y el aire se escapa de mis pulmones como si fuera arrancado por la fuerza. Álvaro toma el teléfono con decisión antes de deslizarlo de nuevo con cuidado en el interior de su chaqueta, y luego se acomoda con tranquilidad en el asiento. Nuestros ojos se encuentran y una oleada de pánico me ahoga. Siempre he optado por guardar silencio antes que decir algo de lo que podría arrepentirme, pero ahora, movida por un impulso irrefrenable, me dejo llevar. Mis labios, casi sin mi consentimiento, formulan la pregunta que me está quemando por dentro.

—¿Quién es Lily? —pregunto con voz firme.

El rostro de Álvaro palidece y sus ojos se abren desmesuradamente; sea quien sea, no esperaba que yo descubriera a esa persona. Aunque no puedo discernir ni percibir sus emociones, esto es algo innegable.

—Una compañera del trabajo —murmura, desviando la vista a la carretera mientras pone el coche en marcha.

Ese gesto, el evitar encontrarse con mi mirada, lo delata: hay algo más que no me está diciendo. Me había vuelto experta en sus silencios, esos que ocultaban verdades que aún no estaba dispuesto a revelar, por eso sabía que algo no estaba bien. Y es en ese preciso instante cuando el murmullo, antes lejano, despierta de su letargo. Había esperado durante años ese momento para resurgir, reviviendo esos sentimientos tan profundamente enterrados. Todas mis inseguridades, aquellas que me atormentaron aquella noche, vuelven con la fuerza de un huracán, levantando los escombros a su paso.

Mi corazón late con fuerza, palpable en el silencio del coche que se extiende como una neblina densa. Álvaro, con los ojos fijos en el camino, parece lidiar con su propia tormenta. El aire se carga de un peso insoportable.

—¿Es todo lo que hay que saber sobre Lily? —pregunto, mi voz es apenas un susurro, pero lo suficientemente fuerte para cortar la tensión.

No sé si son las dudas o mi propia intuición las que intentan alertarme sobre este momento, pero algo dentro de mí se retuerce, arrojando sombras sobre nuestra ya fragmentada confianza. Él da un suspiro que parece arrastrar consigo años de secretos no dichos. Finalmente, tras lo que parece una eternidad, responde a mi pregunta.

—Sí, Almudena... —dice con una voz quebrada. Su mano busca la mía entre la penumbra, la agarra firmemente y la coloca sobre la palanca de cambios—. Es todo.

Siento el peso de su mano sobre la mía, un gesto tierno que busca disipar mis dudas, pero sus palabras no bastan para calmar el torbellino en mi mente. El silencio se instala de nuevo entre

nosotros, cada uno sumido en sus propios pensamientos, mientras la distancia parece crecer con cada kilómetro que recorremos.

CAPÍTULO 26

Rosa Amarilla

Presente.

—Niña, que te quedas atrás —apremia Maite, deteniéndose para permitir que las demás nos adelanten.

Mis pies parecen pegados al suelo, soy incapaz de mover un músculo mientras sostengo la mirada de mi amiga. La vibración del teléfono envía un hormigueo por mi mano, propagándose como un ejército de hormigas por todo mi cuerpo. Maite capta la sombra que oscurece mi expresión y alerta a las demás; en cuestión de segundos, tengo a todas las niñas rodeándome. La pantalla de mi móvil se apaga, quedándose muda ante mis ojos. No puedo hablar con Álvaro ahora, podría dejarme llevar por el torrente de dudas. Necesito dejarlas salir.

—¿Qué sucede, Almudena? —pregunta Cris, preocupada.

—Estás más blanca que Casper en una boda ibicenca —bromea Lorena, intentando aligerar el ambiente.

Trago saliva, arrastrando con ello todas esas preocupaciones que me frenaban a la hora de confesar mis inquietudes a las niñas, que ahora parecen cobrar más fuerza.

—Creo que Álvaro tiene una aventura —vomito las palabras, sintiendo el amargo sabor en mi paladar.

Los ojos de mis amigas se abren como platos ante mi confesión.

—¿Álvaro? ¿Una aventura? —pregunta Yure, escéptica.

—Almu, no quiero ser quien te lo diga, porque creo que nadie lo sabe mejor que tú... pero Álvaro te quiere con locura. ¿Qué te hace pensar que te ha sido infiel? —interviene Maite.

—Es largo de contar... pero digamos que llevo unos días con una sensación que me está asfixiando desde que bajamos del avión —susurro, luchando por mantener la calma.

—Vamos a ver, necesitamos que nos pongas en contexto antes de sacar conclusiones precipitadas —dice Jessi, intentando ser racional.

—Me niego a creer que Álvaro te haya puesto los cuernos —niega Macarena de manera exagerada.

Vera toma mi mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—Niña, vamos a otro sitio y hablemos con calma de esto. Nadie mejor que yo puede comprenderte en este momento; yo tuve mis dudas con Pedro, sin embargo, me cegué por la comodidad y lo dejé estar... —Suspira y me regala una preciosa sonrisa—. Álvaro no es como él.



Media hora después, estamos todas cómodamente sentadas alrededor de una mesa de madera en un restaurante famoso por su comida casera, una elección de las gemelas. Cansadas de las frituras, han hecho un análisis exhaustivo de los locales cercanos para comer. Durante el trayecto, mis amigas no han dejado de mostrarme su apoyo; entre ellas se respira una complicidad que se comunica con miradas y se transmite a través de sus palabras. Estos días he sido testigo de cómo han crecido nuestros lazos.

Mientras la conversación fluía y los primeros platos eran servidos, pude permitirme un momento para meditar sobre lo que quería contarles. Jessi compartió algunas anécdotas de la juguetería y nos adelantó el próximo viaje a Noruega que hará junto a Aksel. Era evidente su emoción al hablar de él; su rostro se iluminaba y su aura brillaba con muchísima intensidad. Lorena nos contaba con una preciosa sonrisa sobre las nuevas incorporaciones en la residencia de ancianos donde trabaja y los romances que se van tejiendo entre los abuelitos. Vamos, que esta niña no se aburre con ellos; tiene montado su propio programa de Juan y Medio. Y aquí es donde me doy cuenta de una clara diferencia: mientras habla sobre su trabajo, brilla con una intensidad que disipa su oscuridad.

A medida que la comida llegaba a la mesa, el ambiente se relajaba. Sin embargo, bajo esa capa de charlas y risas, podía sentir la tensión aún latente, como si todas estuvieran esperando el momento adecuado para volver al tema de Álvaro y mis sospechas. Finalmente, después de que los platos principales fueran retirados y mientras esperábamos el postre, Maite rompió mi silencio.

—Almu, sabes que estamos aquí para escucharte, sin importar lo que sea —dijo, mirándome fijamente, con una expresión preocupada, pero intentando mostrarme su cariño.

Respiro hondo y con un nudo en la garganta, comienzo a relatar los detalles que me han llevado a dudar de Álvaro, desde los cambios sutiles en su comportamiento hasta aspectos de nuestro pasado que nunca había compartido con ellas. Al hablarlo en voz alta, siento como si las piezas empezaran a encajar de una manera que me duele reconocer. Mis amigas escuchan en silencio, ofreciéndome gestos de apoyo y empatía. Cris toma mi mano, apretándola suavemente, mientras que Maca, que nunca puede esconder sus emociones, muestra su preocupación de forma evidente.

—¿Has percibido algo con...? —pregunta Yure con cautela, sin saber cómo llamar a este don que poseo.

—No, con Álvaro siempre he ido a ciegas. Creo que eso fue lo primero que me atrajo de él: el silencio que lo rodeaba. Su tranquilidad. Los murmullos dejaban de existir y los colores solo existían en su mirada soleada... —Atrapo el vaso, me tomo un momento para respirar, doy un pequeño sorbo y continúo—. Aunque a veces me gustaría percibir algo más allá de lo evidente, pero con él no es así.

—Almudena, por lo que nos cuentas, no veo similitud a lo que viví con Pedro meses antes de romper. Nosotros casi no hablábamos, compartíamos piso y alguna conversación sobre la compra, poco más. Las ausencias se volvieron más constantes y el amor se convirtió en cariño,

algo que no me di cuenta hasta que rompimos... Por no tener, ni siquiera teníamos sexo... —Me mira a los ojos—. Sinceramente, creo que estás sensible con todo lo que ha pasado y solo es una simple confusión...

Todas asienten a sus palabras de manera unánime.

—¿Qué me decís de las vacaciones?

—Puede ser cualquier cosa; a lo mejor es para ese proyecto, o simplemente necesite un descanso, o te esté esperando en casa desnudo con una hoja de parra entre las piernas... —enumera Jessi, restando importancia a mis preocupaciones—. ¡Qué sé yo! El juego que os traéis...

—¿Y Lily? —pregunto, sintiendo ese pellizco en el estómago.

Intercambian una mirada antes de ceder la palabra a Cristina, ella siempre suele ser la más calmada en este tipo de situaciones y por tener justo las palabras que necesitas escuchar.

—Cariño, ¿qué te dice tu corazón...? —susurra la pregunta, sosteniéndome la mirada.

—Mi corazón ahora mismo es un huracán de sentimientos encontrados. No sé qué pensar, no sé qué creer, y esa sensación me está ahogando... Sé que me quiere, lo siento en todo mi ser, pero hay un murmullo constante, algo que despierta cuando todo parece desmoronarse...

—Respira, Almudena, tómate tu tiempo... —sugiere Maite.

Y entonces, recuerdo el péndulo que me regaló Álvaro, aquel que rara vez he logrado utilizar. El temor de que revele respuestas a preguntas que no me atrevo a formular con palabras siempre me ha frenado, aunque estas preguntas resuenen constantemente en mi cabeza. Abro la mochila con los ojos de mis amigas siguiendo todos mis movimientos, encuentro en el bolsillo interior la piedra que siempre me acompaña, al igual que la esmeralda que pende de mi cuello. Lo saco con sumo cuidado, cojo el vaso y el salero, echo un poco de sal en el agua e introduzco el péndulo, lo enjuago y luego lo limpio meticulosamente. Lo encierro entre mis manos, cierro los párpados unos segundos conectando con la piedra que sostengo, dejando que la energía fluya por todo mi ser y me concentro en escuchar esos susurros que a veces me acompañan.

Abro los ojos, imbuida de una sensación renovada de positivismo, y tomo la cadena del péndulo entre el pulgar y el índice. Extiendo la palma de la otra mano, relajándome y liberando las energías negativas que me envuelven.

—¿Álvaro me es infiel? —pregunto con voz tranquila.

Fijo mi mirada en la piedra y siento cómo todas mis amigas observan atentas mi mano. Aunque mi corazón tiembla ante la posible respuesta, sé que necesito hacer esta pregunta. A pesar del miedo de enfrentarme a una verdad que podría herirme, es necesario. Sin embargo, la cadena de plata se mantiene inmóvil, sin oscilar ni a un lado ni al otro, sin realizar los círculos que deberían esclarecer mis dudas. Entrecierro los ojos, confundida por la falta de movimiento.

—¿Qué debe de pasar? —susurra Macarena.

—Debería moverse para responder a la pregunta... —le explico.

—Pregunta otra cosa —sugiere Yure, con un tono de curiosidad.

Asiento ante su sugerencia, reflexiono sobre qué preguntar y finalmente formulo una nueva cuestión, algo más sencillo, que me permita verificar si el péndulo está funcionando correctamente.

—¿Mi nombre es Almudena? —pregunto, escuchando de fondo la sorpresa por la tonta pregunta.

El péndulo sigue inmóvil. Hago un barrido rápido con la mirada entre mis amigas, buscando a una de ellas para probarlo. Elijo a Cristina para formular una pregunta sencilla que pueda responder.

—Cris, dame tu mano. —Ella la extiende sobre la mesa, coloco el péndulo en su palma y le pido que se concentre—. Haz una pregunta simple, una que pueda responder con un «sí» o un «no».

—¿Y cómo sabemos que es sí o no? —pregunta Jessi.

—Si realiza círculos hacia la derecha, en el sentido de las agujas del reloj, es sí; si es en el sentido contrario, será no —explico.

Cristina asiente, cierra los ojos un segundo y formula la pregunta:

—¿Estoy embarazada? —pregunta con decisión.

Nos quedamos mudas en el acto, con los ojos fijos en el péndulo. Yure se cubre la boca por la sorpresa, con un brillo centelleándole en los ojos que sugiere que han hablado de esto en más de una ocasión. La cadena del péndulo empieza a moverse tímidamente; todas contenemos el aliento, observamos cómo dibuja pequeños círculos al principio, tomando fuerza hacia el lado izquierdo de las agujas del reloj.

—No —susurro casi sin voz.

Cristina, que tenía los ojos fijos en la piedra, nos mira a todas y luego nos regala una preciosa sonrisa.

—Tranquilas, sabía que no estaba embarazada. No os haría eso; seríais las primeras en conocer la noticia —expresa con ternura. Yure la abraza por detrás y le da un beso en la mejilla—. Estoy con la regla, por eso pregunté algo evidente cuya respuesta ya conocía —aclara.

—¡Ahora me toca a mí! —exclama Macarena.

—¿Estás segura? —le pregunto, un tanto contrariada por su poca fe en estas cosas.

En un instante, tengo todas las manos de mis amigas dispuestas a hacer preguntas sencillas al péndulo, y todas son respondidas, dejándome claro que el problema no está en la piedra, sino en mí. Así que lo vuelvo a intentar, armándome de paciencia y con una nueva esperanza de recibir la respuesta. Formulo la misma pregunta y concentro todas mis energías en la amatista. Sin embargo, el péndulo sigue inmóvil.

—¿Por qué no se mueve? —pregunta Lorena.

—Estoy bloqueada, esa es la única explicación.

—Creo que hasta que no vuelvas a hablar con Álvaro, no vas a quitarte esa sensación —sugiere Vera—. No hagas como yo, miré hacia otro lado y luego me encontré con las consecuencias.

Dejo que las palabras de mis amigas se asienten en mi interior mientras reflexiono sobre todo lo que he confesado. Es posible que me haya equivocado al acusar a Álvaro de infidelidad. Quizás esos silencios que a veces nos envuelven sean los responsables de mis dudas, y lo que tanto he reprochado por su parte, la falta de comunicación, la esté perpetuando yo en este preciso momento.

CAPÍTULO 27

Flor de cuclillo

—Lo siento, Almu, tenía muchas ganas de llevarte a esa destilería —se disculpa Cris.

Los ánimos han decaído drásticamente cuando hemos encontrado un cartel en la puerta de la destilería: «Cerrado por motivos personales. Disculpen las molestias». Ha sido algo inesperado. Cristina intentó ponerse en contacto con ellos, pero tenían los teléfonos apagados. No quiero augurar malas noticias, pero si tenían una reserva y se vieron obligados a cerrar, imagino que la urgencia es real.

—No te preocupes, tampoco es que no hayamos bebido hasta ahora... —comento mientras acaricio su espalda, percibiendo su pesar—. Pedimos un par aquí, picamos algo y continuamos —sugiero con una sonrisa.

—Buena cara al mal tiempo —suelta Maca mientras busca con la mirada al camarero.

—Disculpen.

Una voz potente y varonil capta nuestra atención. Todas nos giramos a la vez impulsadas por la curiosidad; parecemos suricatos en un documental. A nuestra espalda, un enorme, y esa palabra se queda corta, un titán se yergue con una gran sonrisa adornada por una barba oscura. No puedo evitar fijarme en los tatuajes celtas que asoman por su camiseta. Cris toma la iniciativa y se adelanta a todas.

—¿Sí? ¿Necesitas algo?

—No he podido evitar escuchar vuestra conversación sobre la visita a la destilería. —Mi amiga arquea una ceja, sorprendida—. Creo que tengo la solución.

Tras una breve conversación con nuestro nuevo amigo, Sloan, nos comentó que no muy lejos de aquí había una pequeña destilería de un conocido suyo, no muy popular, pero, según él, sus licores son los mejores de la zona. Nos lo vendió tan bien que no pudimos negarnos. Y, como si se tratase del flautista de Hamelín, lo seguimos hasta allí.

No nos fijamos ni en las oscuras paredes, ni en lo viejo que era todo, ni en el polvo que decoraba los muebles, solo teníamos ojos para él. Hipnotizadas por su carisma, aquí estamos ahora, sentadas a la espera de la cata de los distintos licores ofrecidos por un señor mayor, cuya presencia era casi etérea, con un pie al otro lado.

Nos miramos unas a otras sin saber qué hacer o decir, apuradas por la idea de levantarnos y rechazar la invitación a este lugar ruinoso.

—Esto tiene pinta de trampa —susurra Macarena, manteniendo la sonrisa—. Es como la película esa, *Hostel*.

—¡Qué cosas dices! —exclama Cristina, buscando dónde esconderse.

—Sonreír y saludar —sugiere Maite.

—Ni que fuéramos los pingüinos de la película *Madagascar*. —Se carcajea Vera, tomando

otro vaso.

—*Delicious* —expresa Lorena recordándome a *Dora la Exploradora*, mientras se acaricia la barriga haciendo círculos después de probar la bebida.

Solo se ha mojado los labios y está exagerándolo a límites insospechados.

—Bebed rápido, así nos vamos antes —musita Yure, dándome un codazo.

—Claro, como tú no bebes. Mira qué lista es la niña —comento entre dientes, dando un ligero sorbo.

—Oye, esto no sube casi, es como beber agua —comenta Jessi, que se ha bebido los suyos y los de Yure.

—¿Gusta? —nos pregunta el guardián de la cripta—. Mi español no bueno.

Maca se lleva los dedos a la boca, da un pequeño beso y se lo lanza. Las demás asentimos a la vez mientras apuramos los vasos. No tengo muy claro qué estamos bebiendo, pero seguimos aceptando sus licores y sonreímos en todo momento. Puede que mañana nos despertemos con un órgano menos, o puede que todo se quede en una nueva anécdota que contaremos a nuestros nietos.



—Ya están avisados en el B&B de nuestra llegada, así que tenemos un poco más de libertad para realizar una última parada —nos explica Cristina con una sonrisa.

Después de nuestra visita a la destilería de *Creepshow* y de sentir ese brebaje fluir por nuestra sangre, todas coincidimos en que era necesario sudarlo. Tenía que salir por los poros, costase lo que costase. Algunas caminaban con las mejillas sonrojadas y se reían de cosas sin sentido. No quiero señalar a nadie específicamente, pero todas sabemos quiénes son. Nos hemos pegado una maratón turística impresionante: desde Fort Williams hasta el castillo de Inverloch y Ben Nevis, donde no dejamos ni una piedra sin fotografiar. Nos tomamos algunos descansos para deleitarnos con el paisaje. Ha sido toda una experiencia para nuestras doloridas piernas.

—Estoy reventada, me duelen hasta las pestañas... —se queja Maca masajeándose los pies y dejando un aroma a roquefort en el interior del coche—. Me van a salir callos.

—¿Puedes abrir la ventana? —suplico, poniendo ojitos de Bambi.

—Sois unas exageradas. —Se carcajea.

—¡Estás podrida, Maca! Entre los pedos tóxicos y ahora esto, nos vas a matar. —Maite la empuja hacia al otro lado del coche, como si así pudiera escapar del olor.

—A ver, como si tus pies olieran a rosas —interviene Jessi, saltando en defensa de su amiga.

De reojo, veo a Jessica haciendo malabares con su pie en el aire, intentando darle un puntapié juguetón a Maite.

—¡Argg! Si es que sois tal para cual —confirma entre risas.

Me giro en el asiento para mediar entre las tres. Maca y Jessi tienen a Maite acorralada en una esquina del coche, y ella, decidida, abre la ventana y saca la cabeza como si fuera un perro

en busca de aire fresco.

—¡Quietecitas! —Atrapo uno de los pies rebeldes de Maca manteniéndolo a raya, mientras Jessi cambia de táctica para liberar a su compinche. Entre carcajadas, comienzo a hacer cosquillas a diestro y siniestro—. ¡Parad ya!

De repente, una sensación fría me recorre la espina dorsal hasta la coronilla, erizándome la piel de punta a punta...

—¡¡Cuidado!! —grita Cris.

—Virgencita —brama Vera.

Me da tiempo a girarme para vislumbrar algo blanco en la carretera; ha sido solo un segundo, pero por el impulso del volantazo, todas salimos despedidas hacia un lado del vehículo.

—¡Ahhh! —exclama Yure, dando un frenazo y saliéndose de la carretera.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, aún con el corazón latiéndome en la sien.

—¿Estáis todas bien? —murmura Cris, con voz temblorosa.

Hago un barrido rápido para comprobar que todas seguimos vivas.

—¿Era un perro? —pregunta Vera, asustada.

—Solo he visto algo blanco... —confieso, aun intentando procesar la imagen fugaz.

—¿Un espíritu? —indaga Jessi, con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, claro, y la niña de la curva que ha decidido visitar Escocia —bromea Maca, riéndose de su amiga.

—Parecía algo pequeño, tal vez un conejo —sugiero, rezando a todos los santos que no sea otra cosa.

—No sé qué era, solo vi algo cruzarse —dice Yure, desabrochándose el cinturón y preparándose para bajar—. Esperad aquí, voy a mirar.

—Sí, mejor tú. Yo no quiero ni verlo —comenta Lorena, aún agarrada al asidero.

—Voy contigo —le digo antes de que baje del coche.

Salimos a la vez, yo desde la parte trasera, mientras Yure va un paso adelante. Antes de que pueda avanzar sin mí, coloco mi mano en su hombro. La carretera solitaria está flanqueada por altos árboles y una espesa vegetación que se mece suavemente con el viento nocturno; cualquier criatura del bosque podría haber sido la causante del sobresalto. Aunque el miedo acecha en mi mente ante la posibilidad de lo que podríamos encontrar, es esencial asegurarnos y verificar si hemos impactado algo con el coche.

—Sea lo que sea, lo he esquivado —me asegura Yure con determinación.

—No hemos sentido que hayas golpeado nada, no te preocupes —la tranquilizo intentando ocultar mi propia inquietud.

El haz de las luces del coche se extiende sobre el arcén y se adentra en los arbustos, creando sombras danzantes que juegan con nuestra imaginación. Echo una mirada atrás para asegurarme de que ninguna nos sigue, rogando en silencio que no hayamos atropellado a ningún ser vivo. La niebla baja se entrelaza con los destellos de luz, creando un espectáculo casi mágico, y entonces, entre la penumbra y los reflejos, lo vemos.

—¿Es eso lo que se cruzó? —pregunta Yure con una risa nerviosa.

—¿Qué es? —indaga Macarena, asomando la cabeza por la ventanilla.

Con cautela, me acerco al objeto misterioso y lo recojo del suelo. Al levantarlo, la tensión en el aire es palpable. Con un movimiento teatral, revelo el inofensivo intruso.

—¡Hemos atropellado una bolsa! —exclamo, mientras una carcajada se me escapa, rompiendo la tensión que hasta hace un instante nos había envuelto, pensando lo peor.

—Esa se la ha escapado a esta —dice Jessi señalando a su amiga.

—¡Si no es del Mercadona, no es mía! —grita Maca desde atrás, añadiendo un toque de humor que nos hace reír a todas.

Las siamesas no tardan en bajar del coche, atraídas por la revelación. Algunas de nosotras vuelven a respirar aliviadas, mientras que otras estallan en risas contagiosas. A pesar del susto inicial, ahora todas compartimos una nueva anécdota que, sin duda, recordaremos con humor.



Al llegar al B&B, nos esperaba una pareja mayor con una sonrisa contagiosa. Tras el numerito con la bolsa «kamikaze», solo pensábamos en zambullirnos en nuestras camas y apagar el mundo durante un rato. Realmente, lo que no nos pase a nosotras... Podemos decir, sin lugar a dudas, que estamos dejando nuestra huella por dondequiera que pasamos.

Me dejo caer en el mullido colchón, y al hacerlo, siento cómo las tensiones acumuladas durante el día se evaporan como la bruma al amanecer. Me envuelvo en la manta, acurrucándome en busca de consuelo y calidez. Aún no le he devuelto la llamada a Álvaro, ni he respondido a sus mensajes. La conversación con las chicas ha sido un verdadero punto de inflexión para mí y necesito reposar sus palabras. Esta noche, es esencial que me tome un momento para mí misma, para desenredar y calmar la maraña de pensamientos que me agobian. Mañana, con la luz del día, seré capaz de ver las cosas de otro color.

Desde el otro lado de la pared, en el pasillo, percibo murmullos ahogados entremezclados con risas livianas. Me esfuerzo por aguzar el oído, intentando descifrar esa conversación que, sin quererlo, despierta mi curiosidad. A pesar de mis esfuerzos, lo único que logro entender claramente es un susurro reconfortante:

—*No te preocupes, todo va bien...*

La puerta del cuarto se abre con un quejido suave, dejando pasar un rayo de luz tenue que es rápidamente eclipsado por la figura de Cris. Hace un rato que había salido para atender una llamada, y nunca antes la había visto tan pendiente del teléfono, lo cual es inusual en ella, que no suele ser de ese tipo de parejas que son dependientes. En silencio, se mueve con cautela por el dormitorio, y a través de la escasa luz que filtran las cortinas, puedo distinguir su silueta en la penumbra. Esta noche me ha tocado compartir habitación con Cris y Yure, que ya ronca desde que se acostó.

De repente, siento que Cristina toca mis pies bajo las sábanas, y por instinto, los aparto.

—¿Estás despierta? —susurra con voz casi etérea.

—Sí, me está costando conciliar el sueño —confieso.

Los dedos de Cristina acarician mi mejilla con ternura.

—Deja de darle vueltas, es lo que tienes que hacer. Todo está bien —me asegura con suavidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Cris? —pregunto, tocada por la claridad y la sinceridad que impregnan sus palabras, siempre tan calmadas.

—Simplemente, lo sé, no me preguntes por qué. Pero de todos, él es al que menos veo capaz de hacer algo así —me murmura con una pausa reflexiva—. Confía en él.

Sus palabras son como un alivio para mi alma. Álvaro y sus nubes de tormenta; cuando esas sombras inundan su mirada, tarda días en recuperar su brillo soleado. Él solo necesita tiempo, pero la distancia que ahora nos separa hace que la espera se sienta aún más amarga.

CAPÍTULO 28

Hipérico

El imponente y enigmático Lago Ness, con sus profundas y oscuras aguas que guardan secretos de milenios, me envuelve con una brisa suave que acaricia y refresca mi piel. Respiro hondo, llenándome del aroma puro que solo la naturaleza puede ofrecer, y me dejo llevar por el viento mientras saboreo este instante mágico. La energía vibrante del lugar recorre todo mi ser; cierro los ojos e imagino las innumerables almas que han vagado por su orilla, inquietas por las historias de una criatura que pocos han visto, pero muchos temen. Una presencia sobrenatural, mágica y ancestral habitaba estas aguas... Tan intensas son las sensaciones que evoca este lago, que no me sorprende el fervor con el que los lugareños creen en sus mitos.

A veces, la fuerza de nuestra fe es tan potente que tiene el poder de moldear nuestro presente.

—Oye, Almu, ¿crees que realmente existió? —susurra Lorena desde mi derecha.

La miro de reojo; su pelo caoba juega con la brisa, pequeños mechones se elevan y caen, ocultando su mirada.

—Estamos en una tierra nutrida por mitos y leyendas, donde en cada esquina se esconde una nueva historia para contar... El pasado a menudo nos oculta verdades que vestimos con sus mejores galas para compartir con otros, y con cada nueva generación, estas historias adquieren distintos matices, aunque siempre conserven su esencia. —Exhalo un suspiro profundo, saboreando estas palabras que tanto resuenan en mi familia—. Sea real o no, lo que importa es el poder de la fe de las personas; eso es algo que aprendí con el tiempo, observando a mi abuela. Su luz brillaba más intensamente cuando creían en su don. La historia de Nessie empezó con una sombra, un simple cuento, y con el paso de los años ha ganado fuerza y forma, hasta convertirse en un ícono casi tangible de este lugar.

—Me encanta cuando te pones tan profunda —comenta Maite, envolviéndome en un cálido abrazo desde atrás.

—Yo creo en Nessie —dice Macarena, con un gorro del monstruo del Lago Ness y sin apartar la vista del mapa que sostiene firmemente entre sus manos.

Imaginaos a mi amiga llevando una cabeza de peluche verde de Nessie sobre la suya. Esa es exactamente la imagen que tengo frente a mis ojos.

—¿Cuántos llevas? —pregunta Jessi, inclinándose sobre el hombro de Macarena para echar un vistazo al papel.

—Pocos, pero los conseguiré todos —responde Maca con determinación.

En la entrada, repartían mapas para los niños, quienes debían localizar y marcar lobitos escondidos por la zona. Ella, resuelta, no tardó en coger uno y empezar su búsqueda. Cosas de Macarena, la he visto grabando un par de veces, puede que esté subiendo contenido a su cuenta, algo que no me extrañaría. Caminamos a paso lento, disfrutando del entorno y escuchando las historias que se remontan a la antigüedad del castillo. Descendemos por una ladera hasta llegar a

la orilla del lago, donde a lo lejos, un ferry realiza un crucero por toda su extensión, una opción que hemos descartado, prefiriendo este rincón más tranquilo.

Aprovecho que las niñas están absortas en sus conversaciones, algunas comprobando sus teléfonos, y me adelanto unos pasos. Las pequeñas olas chocan suavemente contra las piedras; me acerco con precaución y me agacho con la excusa de mojarme las manos. Echando una mirada furtiva a mi espalda, sumerjo la botella en el agua fría del lago. No creo que pase nada por llevarme un pequeño recuerdo. Me levanto despacio, sacudo la mano que mojé y guardo la botella con disimulo en la mochila que llevo a la espalda, antes de voltearme para continuar nuestro recorrido.



Yure nos lleva hacia nuestro próximo destino. Esta vez, la ubicación no es un secreto: nos dirigimos a Culloden Moor. La anticipación nos tiene con los nervios a flor de piel, especialmente por la oportunidad de presenciar esa piedra que tanto nos ha fascinado.

A medida que nos adentramos en sus extensos prados, pisamos la tierra que fue testigo de la última gran batalla en suelo británico. El vasto y desolado páramo, azotado por el viento y marcado por el inclemente clima de las Highlands, está cubierto por un cielo gris que oscurece el día, otorgando una atmósfera melancólica que acompaña la historia que descansa en estas tierras. Caminamos por el mismo campo donde las fuerzas de Bonnie Prince Charlie enfrentaron su destino en 1746, ahora salpicado de monumentos y piedras conmemorativas. La presencia solemne del lugar y el susurro constante del viento entre los pastos bajos nos envuelve, recordándonos a los caídos y sumergiéndonos en su dolorosa historia.

Un tímido rayo de sol atraviesa las nubes, impactando contra las piedras, y por un segundo, me parece atisbar una presencia etérea cerca de ellas. Empiezo a pensar que toda Escocia está aguzando mi sensibilidad, poniéndome en alerta con cada susurro o pequeña brisa. A medida que nos acercamos, siento el magnetismo del lugar, resonando con los ecos de esos clanes que lucharon hasta el último aliento. Entre todas, nuestras miradas se dirigen directamente a la piedra que tiene tallado el nombre del clan que tan bien conocemos: Clan Fraser. Al principio, solo la observo desde la distancia, mostrando mi respeto por el sagrado terreno en el que nos encontramos. No obstante, mis amigas me animan a acercarme. Segundos después, todas estamos listas para inmortalizar esos momentos cargados de historia.

—¡Qué pequeña es Escocia! —exclama una voz poderosamente varonil a nuestra espalda.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan al instante en el que reconozco la voz. Había pensado que no nos volveríamos a encontrar, aunque en el fondo sabía que era posible, dado que él visitaría casi los mismos paisajes que nosotras.

Lentamente me giro para enfrentar la intensidad de sus ojos. Las niñas lo saludan con alegría, sus risas llenando el aire, mientras él sostiene mi mirada sin apartar los ojos de mí. Es un hombre decidido, todo hay que decirlo, tenaz. No puedo evitar que mis pupilas se deslicen por ese cuerpo del pecado, que para colmo viene ataviado como un auténtico *highlander*. No exageraba cuando me contó que tenía un kilt. La camisa blanca se agita con el viento, y su melena salvaje juega ante su rostro. El conjunto le dota de un aire tanto rudo como romántico, un héroe de épocas

antiguas surgido directamente de las brumas de las Highlands. Mis hormonas comienzan a gritar y a bailar de la mano, adorando a su nuevo ídolo. Traidoras. Podría haber intentado ligar con cualquiera de mis amigas, pero nunca mostró interés por ellas, dirigiendo su atención únicamente hacia mí. Sus pasos acortan nuestra distancia hasta alcanzarme, y me envuelve con sus enormes brazos, depositando un suave beso en mi mejilla antes de devolverme a mi espacio personal.

—Veo que os desenvolvéis muy bien por estas tierras —comenta él, con una sonrisa.

—Hemos tenido algún que otro percance que quedará para el recuerdo —responde Vera, sin poder quitarle los ojos de encima.

Jessi le relata con entusiasmo el incidente con la bolsa, afortunadamente limitándose a ese único evento. Respiro aliviada, temiendo que mencionara nuestra vergonzosa carrera hacia los baños.

—¿Hacia dónde os dirigís? —pregunta Sergio, mostrando genuino interés.

Lanzo una mirada fulminante a Cris, con la vaga esperanza de que no revele todo lo que tenemos planeado. Sé que a ellas les ha caído en gracia después de todo lo que ha hecho por nosotras y su entregada disposición.

—Pues teníamos pensado escuchar al guía y visitar el museo —dice Cris, alternando su mirada entre nosotros y el horizonte.

—No se diga más, si teníais pensado escuchar su historia; aquí me tenéis —responde él con una sonrisa confiada.

El grupo que acompaña a Sergio se coloca alrededor nuestro, formando un círculo. Nos miramos unas a otras y compartimos sonrisas cómplices; solo queríamos escuchar la historia, pero ahora vamos a vivirla en todo su esplendor.

Ahora comprendo mejor por qué Sergio venía ataviado para la ocasión. No solo se dispone a relatar con todo lujo de detalles la historia que descansa bajo nuestros pies, sino que también asume el papel de un protagonista en esa batalla. Hay que reconocer que la pasión que imprime en su discurso es pura magia; casi puedo sentirme transportada a ese mundo que describe. Su poderosa voz añade la vivacidad necesaria para que nos sumerjamos completamente en las escenas, haciendo que cada palabra cobre vida ante nuestros ojos.

Cuando finaliza, Sergio se acerca a Cris y le susurra algo al oído. Observo cómo la sonrisa de mi amiga se expande hasta iluminar su rostro, su aura irradia intensidad. Sea lo que sea que le ha dicho, ha hecho que su luz brille con más fuerza.

—Niñas, hay un ligero cambio de planes —nos anuncia, atrayéndonos a todas en un corrillo improvisado—. Vamos a seguir el minibús de Sergio.

Una vez acomodadas en el coche, decido sacar el teléfono para enviar un mensaje rápido a Álvaro. Tras la charla con las chicas, he dejado pasar el día para enfriar las ideas. Es cierto que he desconfiado de mi pareja; en el pasado, él optó por ocultarme cosas antes de contármelas, y aunque pudo tener sus motivos, eso fracturó parte de mi confianza. Siempre pensé que no seríamos ese tipo de parejas que esconden los problemas bajo la alfombra.

Me quedo mirando la pantalla dentro del chat que compartimos. Un codazo de Lorena me saca de mis pensamientos, y noto cómo acaricia mi mano.

—No lo pienses tanto, Almu. Si quieres escribirle o decirle algo, hazlo —susurra ella suavemente.

—Y si lo que me responde me hace dudar aún más... —murmuro, sin quitar los ojos del dispositivo.

—Eso no lo sabrás hasta que lo hagas. Recuerda, tú misma le aconsejabas a Maite algo similar hace poco.

«Qué ciegos somos a nuestros propios problemas, y qué agudos se vuelven nuestros ojos para los de los demás».

Mientras esos recuerdos no tan lejanos vagan por mi mente, Maite abre mi puerta y me tira de la mano para sacarme del coche. Guardo el teléfono en el interior de mi chaqueta y alzo la vista al entorno. Quedo maravillada con la imagen que se presenta ante nuestros ojos; es como estar a punto de viajar a otra época. Delante de nosotras se alzan unas piedras muy similares a las que Claire toca en la serie, emanando una presencia casi tangible.

Mis pasos, lentos pero seguros, me llevan hacia adelante, atraídos por la magia celta que impregna este lugar. Mis ojos se humedecen a medida que disminuyo la distancia. Extiendo los brazos a pocos pasos y dejo que las palmas de mis manos toquen la fría caliza. En ese instante, se levanta una brisa que arrastra consigo miles de semillas, bailando en el aire a nuestro alrededor, como si el propio tiempo estuviera celebrando nuestro encuentro con la historia.

—La magia de Escocia, siempre tan presente —añade Sergio, emergiendo detrás de la piedra—. Sabía que te gustaría.

La banda sonora de *Outlander* comienza a sonar desde uno de los móviles de las chicas. No necesito girarme para saber de dónde proviene; la música me envuelve en un manto de magia. Mis comisuras se elevan ante la situación que ahora vivo: estoy frente a las piedras con las manos apoyadas sobre el frío granito, mientras un *highlander* digno de una novela romántica, aparece detrás de ellas. Ni el mejor guionista podría haber planeado un momento tan perfecto.

—Gracias —susurro con la voz temblando, abrumada por la intensidad de la situación y la belleza que me rodea. Este instante es más que un sueño hecho realidad.

Sergio nos vuelve a sorprender con su despliegue de información sobre cada una de las piedras que nos rodean en las Clava Cairns, un antiguo emplazamiento cerca de Inverness, famoso por sus túmulos funerarios que datan del Bronce Medio. Mientras nos guía su grupo se dispersa entre cámaras funerarias explorando los tres *Cairns* principales, que destacan por su diseño circular y sus pasillos de acceso alineados astronómicamente con el solsticio de invierno. Los montículos están cercados por anillos de piedras erguidas, muchas orientadas hacia el suroeste, alineadas con la puesta del sol durante el solsticio. Esto indica que este lugar eran más que un simple cementerio; eran un centro de significado ceremonial. Animadas por la historia que nos cuenta, apilamos un pequeño montículo de piedras, imitando uno de los muchos *Cairns* que nos rodean, y dejando así nuestra huella.

Mis amigas se alejan y comienzan a grabarse, imitando escenas de la serie como si en cualquier instante, al tocar esas piedras fueran a desaparecer. En ese momento, Sergio se acerca a mí con su imponente presencia. Sus dedos rozan ligeramente los míos y, no sé si es por la magia del lugar o porque Escocia realmente está aguzando mi sensibilidad, pero una corriente de electricidad recorre mi piel. Entonces, una figura se materializa ante mí: translúcida, casi etérea, una mujer de pelo negro y largo acompaña a Sergio. Solo consigo verla durante unos segundos. Su suave aroma a lilas me envuelve y, en ese instante, todo cobra sentido.

Entrelazo mis dedos con los de él, un gesto que lo toma por sorpresa, intentando aferrarme a

esa imagen que aún perdura en mi retina. Lo miro fijamente a los ojos, buscando alguna prueba más de lo que acabo de presenciar.

—Perdiste a alguien... —murmuro, sin desviar la mirada.

Su expresión se transforma; la sonrisa pícaro da paso al asombro, y sus iris se vuelven acuosos, sellando la verdad de mis palabras. Asiente despacio, aún cautivo bajo mi mirada, y con mi otra mano acaricio su mejilla con ternura, sintiendo el roce de su piel bajo mis dedos.

—¿Cómo lo sabes...? —pregunta con la voz quebrada.

—Por eso viniste a Escocia, escapando de tu dolor... —Exhalo un largo suspiro, aceptando la sangre que corre por mis venas y sintiendo la fe inquebrantable de mi abuela—. Te recuerdo a ella —confirmo en un susurro apenas audible.

Él asiente en silencio, cautivado por la revelación, sintiendo cada palabra como una punzada en su pecho que lo deja al descubierto. Ahora comprendo mejor su atracción hacia mí; la conexión que creía mantener conmigo era el eco de su corazón herido. No puedo culparlo por intentarlo, por eso nunca percibí malas intenciones en sus gestos, porque eran totalmente sinceros, guiados por los impulsos de sus recuerdos. Recuerdos que se volvían reales cuando me miraba. Cierra los ojos, atesorando este momento, y acuna mi mano con la suya, transmitiéndome su calor. El aroma a lilas nos envuelve, y el susurro del viento entre las ramas nos rodea, llevando consigo semillas de diente de león que danzan en el aire.

Falkland



CAPÍTULO 29

Iris Blanco

—Entonces, ¿has tenido por primera vez una visión? —pregunta Yure, sorprendida—. ¿Es así como se llama?

Al escuchar su pregunta, algo dentro de mí se remueve; mi primera visión real ha sido con ella, no obstante, aún no sé cómo interpretarla. Esta ha sido una experiencia completamente nueva. Desde que puse un pie en esta tierra, he sentido cómo cada poro de mi piel se abría para absorber su esencia. Nada más bajar del avión, me invadió una sensación constante de que algo iba a cambiar. La visión de mi amiga con lágrimas en los ojos y ahora, por primera vez, la presencia de una entidad.

Reprimí este don cuando era niña. Durante la adolescencia, hubo momentos que escapaban de mi control, pero, aun así, mantuve el secreto, ignorando la intensidad de algunas emociones. Sin embargo, tras la pérdida de mi abuela, cuyas palabras cargadas de sinceridad y su mirada llena de misterio aún resuenan en mí, empecé a abrirme al mundo, aceptando lo que percibía y dejándolo fluir libremente por todo mi ser. Como siempre ella decía: «No puedes pedirle al sol que deje de brillar porque te moleste su intensidad».

—Ha sido la primera vez que veo una presencia sobrenatural —aclaro, mirándola a través del retrovisor.

—Puede que toda la magia que se respira aquí esté haciendo mella en ti —comenta Vera, convencida de sus palabras.

—Cuando lo vimos desmoronarse, no quisimos acercarnos. Pensaba que le estabas rompiendo el corazón, como cuando Lisa se lo rompe a Ralph en *Los Simpson* —expresa Jessi, acariciándome el hombro—. No me quiero imaginar lo que debe ser perder a la persona que amas...

Al pronunciar esas palabras, no esperaba liberar la carga que mantenía Sergio encerrada en su corazón. Sus brazos me rodearon en busca de consuelo, mientras mis amigas respetaban nuestro espacio. Fue entonces cuando él decidió abrirse y revelarme parte de su pasado. La pérdida de su novia, arrebatada por el COVID, había dejado una herida profunda en su alma. Este virus no solo nos robó a nuestros seres queridos, sino que también congeló nuestras vidas, separándonos de nuestros familiares y dejando heridas profundas que tardarían en sanar.

Viajar a Escocia significaba comenzar de nuevo, alejarse de los recuerdos de ella que impregnaban cada rincón del pueblo. Aquí, encontró un refugio, hizo amistad con un alma errante como Roger, y juntos se sostuvieron en los momentos de soledad. El amor no estaba en sus planes, no buscaba hacerle un hueco en su corazón, pero esa noche, cuando mi risa llenó el aire, sus ojos se posaron en mí. Fue solo un instante, pero había algo en mí que le recordaba a ella. Quizás fuera mi cabello, mi sonrisa... sea lo que fuera, lo atraje irremediablemente hacia mí. Reconoció que apenas me conocía, que la atracción que sentía podría ser solo una ilusión, no obstante, con cada conversación se recordaba que ella y yo éramos diferentes.

—Almu, en ese momento me has recordado a tu abuela —dice Lorena con una tierna sonrisa que acaricia mi corazón—. Cuantas veces la he visto dando esos abrazos que sanaban el alma.

Su mano busca la mía y entrelazamos nuestros dedos. Percibo la tormenta rugiendo en su interior, pero decido sellar mis labios, dejando que sea ella quien dé el primer paso. Me regala una sonrisa preciosa que se oculta tras un mechón de pelo caoba que le cae por el rostro, escondiéndole la mitad. Imito su gesto sin apartar la mirada, y algo en lo más profundo de mi ser me dice que muy pronto estará lista.

—¿Y ahora que ya se ha potenciado tus ojos de bruja, detectas alguna presencia por aquí? —me pregunta Maca con un tono burlón y curioso.

Hago una rápida inspección visual antes de responder.

—Pues si hay alguna presencia, debe estar escondiéndose muy bien, porque solo os veo a vosotras —respondo con una sonrisa.

—Por un momento me has dado *yuyu*, pensaba que ibas a decir que tenía detrás al demonio de *Insidious* —expresa Maca entre risas.

—¡Calla, Macarena! ¡Casi me cago del susto con ese bicho! —exclama Jessi, riéndose, aunque claramente asustada.

El ronroneo del motor nos envuelve en una melodía constante mientras recorremos las pintorescas carreteras escocesas, nuestras risas llenan el espacio entre nosotras. Un día más en esta tierra salvaje y un día menos para volver a España. El paisaje, un lienzo en movimiento, se despliega a través de las ventanillas a medida que avanzamos a toda velocidad. En ocasiones, nos vemos obligadas a detenernos en los apartaderos para dejar paso a otros vehículos, ya que algunas carreteras son demasiado estrechas para permitir el paso de dos autos simultáneamente. Además, hemos tenido que hacer alguna parada extra cuando nos encontramos con rebaños de vacas con flequillo que cruzaban el asfalto. Maca no perdió la oportunidad de aprovechar el momento. Salió del coche emocionada y se acercó a una de las vacas para tomarse un selfi. Aunque todas intuíamos que eso no acabaría bien, le permitimos hacerlo. Pero la situación dio un giro inesperado cuando el animal decidió demostrarle su amor lamiéndole la cara. Estallamos en carcajadas ante la sorpresa de Macarena, quien intentaba limpiarse mientras recibía más lametones. ¿Conocéis la película *Algo pasa con Mary?* El flequillo de nuestra amiga iba exactamente igual que el de la protagonista.

Nos desviamos para visitar Drummond Castle, unos jardines únicos que muchos fans de *Outlander* reconocerán por la icónica escena donde Claire pasea en Francia con su precioso vestido rojo. La experiencia ha sido impresionante; solo la entrada al castillo ya nos adelantaba la belleza que encontraríamos al final de la carretera. Una recta flanqueada por frondosos árboles se perdía en el horizonte. Después de sacar cuatrocientas fotos y grabar algunos vídeos que Maca prometió retocar eliminando las tomas falsas, pedí a mis amigas un poco de privacidad.

Primero leí los mensajes de mi hermana y mi madre, que se quejaban del mal tiempo en Sevilla y de las torrenciales lluvias. Pregunté por mi padre y mi sobrino, quien respondió con un montón de emojis para expresar cuánto me quiere. Y ahora, llegó el momento de frenar esas inseguridades y darle voz a lo que siento en mi corazón antes de que las sombras de la duda lo oscurezcan todo. Decido enviarle primero un mensaje.

Almudena:

Hola, cariño.

*Intenté hacer caso a tus consejos,
desconectar del teléfono y dedicarme
a disfrutar por eso no te lo cogí.*

Ahora mismo mi nariz de Pinocho está a punto de rozar la pantalla. Menos mal que Álvaro no está aquí, porque notaría mi inquietud.

Álvaro:

*No te preocupes, me lo imaginaba.
¿Cómo va todo por allí?*

Almudena:

*Bien, más que bien, es mágico.
Las niñas no paran de sorprenderme una y otra vez.*

Álvaro:

*Espero que estés haciendo un buen reportaje,
no quiero perderme nada de lo que estás viviendo.*

Y sin pensarlo demasiado, presiono el botón de la videollamada queriendo compartir este lugar mágico donde me encuentro. No le pregunté si estaba ocupado, pero viendo su disposición, no creo que le moleste. La imagen tan solo aparece unos segundos, privándome de su rostro, ese que tanto necesitaba admirar para perderme en su mirada soleada y sentir la calma que solo él sabe transmitirme.

Álvaro:

Perdona, no es buen momento.

Almudena:

¿Estás ocupado?

Álvaro:

Tengo mucho trabajo por delante. Luego te llamo yo.

Las dudas se extienden como una sombra en la oscuridad, pero sigo buscando la luz que las disipe. Cada vez que surgen dudas, me pongo aún más nerviosa. Aunque le doy vueltas una y otra vez a lo que me dijo sobre sus vacaciones, en mi situación no puedo hacer mucho para calmar esta incertidumbre. Solo me queda seguir los consejos de mis amigas y confiar en él. Sé que debe tener sus razones para no contármelo todo, pero, aun así, cada latido de mi corazón clama por respuestas.

Almudena:

*Vale.
Te quiero.*

Álvaro:

*Yo siempre te querré más.
Recuérdalo.*



Acabamos de aparcar el coche en Falkland cuando, al alzar la vista atraída por su encanto, me encuentro con una escena que parece arrancada de un cuadro. El atardecer despliega sus tonos más vibrantes sobre el pequeño pueblo, tiñendo el cielo con tonos de naranja y rosa que hacen contraste con las siluetas de las colinas al fondo. Las antiguas fachadas de piedra, bañadas por la luz cálida, parecen aún más mágicas y acogedoras. En el centro, un monumento de piedra, que reconozco al instante de las escenas de *Outlander*, se alza orgulloso, como un guardián del pasado que ha visto pasar los siglos. La calle, prácticamente vacía, invita a un paseo tranquilo para absorber la belleza del lugar y el momento. No puedo evitar sentir que he entrado en otro tiempo y que en cualquier instante veré el fantasma de Jaime, apoyado al monumento, observando a Claire desde las sombras.

—Dormiremos allí —anuncia Cris con un brillo de orgullo en sus ojos.

Sigo la dirección que indica su dedo, y mi corazón se acelera al confirmar que nos alojaremos en el mismo hotel que Claire.

—¿Cómo habéis logrado organizar todo esto? —exclamo, llena de emoción.

—Meses de arduo trabajo —responde Yure, suspirando—. Entre la organización de esto y los preparativos de mi boda, he perdido seis kilos por el estrés de mantener todo en secreto.

—Y claro, con esos superpoderes que tienes, nos has complicado un poco las cosas —comenta Macarena con una sonrisa, tirando suavemente de mi mano.

—La verdad es que no me di cuenta de nada, aunque sí notaba que a veces estabais algo nerviosas —admito con una sonrisa.

—Hay que reconocer que hemos usado todas nuestras artimañas para desviar tu atención. Me he sentido como un mago, mostrándote una mano mientras con la otra realizaba el truco —aclara Jessi, con un brillo cómplice en los ojos.

Después de hacer el *check-in*, decidimos dar un paseo tranquilo por el pintoresco pueblo. A pesar de su pequeño tamaño, destila un encanto rústico que nos roba nuestros corazones. Nos dejamos seducir por sus empedradas calles, absorbiendo cada detalle: el suave murmullo de una fuente cercana, el aroma de pan recién horneado flotando desde una panadería local, y la cálida luz del atardecer que se filtra a través de las ramas de los árboles. Las sonrisas adornan nuestros rostros con cada paso, y las conversaciones fluyen alegremente mientras recordamos todo lo compartido en estos días: inolvidables, únicos, maravillosos.

Esa noche, cansadas pero felices, decidimos cenar en el hotel. Optamos por algo ligero y saludable, como unos sándwiches para compartir y algunas ensaladas frescas. Disfrutamos de la compañía y de la simple alegría de estar juntas.



Salgo de la ducha, revitalizada, y envuelvo mi cuerpo con una toalla esponjosa que descansa en el colgador. Necesitaba refrescarme. Abajo, las risas de las niñas resuenan; siguen disfrutando de unas pintas, celebrando nuestro último día en Escocia, queriendo despedirse por todo lo alto. Pronto me uniré a ellas para brindar por las innumerables sorpresas de este viaje. Al caminar, el frío del suelo contrasta con la calidez de la mullida moqueta que pronto cubre mis pies, dejando tras de mí un rastro de huellas húmedas.

Mientras me seco el cabello con delicadeza, avanzo lentamente hacia la ventana. Mis dedos exploran los pliegues de la persiana y, al asomarme, un manto de estrellas brilla con intensidad sobre un cielo oscuro. En la penumbra, el monumento se alza imponente en el centro, y a su lado, creo distinguir la silueta de un hombre. Un escalofrío me recorre la columna vertebral y, sorprendida, entreabro los labios ante la imagen que estoy presenciando. Por un momento, mi corazón se paraliza y el aire se escapa de mis pulmones, dejándome sin aliento. ¿Quién es? Aprieto los párpados con fuerza, convenciéndome de que todo es un sueño. Sin embargo, al abrir los ojos, la silueta sigue ahí. Al escudriñar con la mirada, noto que está ataviado con un kilt, cuyo color se pierde en la oscuridad, y una camisa blanca que destella con el brillo fugaz de la luna, otorgando un toque etéreo a su figura. La sombra parece devolverme la mirada, inmóvil, observándome desde su posición sombría. No obstante, algo en su porte me resulta extrañamente familiar.

«No puede ser verdad. Esto no es real».

Con el corazón golpeándome fuerte contra el pecho, me visto apresuradamente. Desciendo las escaleras a saltos y atravieso el *hall* del hotel a toda velocidad, decidida a salir al exterior, aferrándome a la vaga esperanza de que la figura aún siga allí. Un silencio se cierne a mi paso, justo cuando estoy a punto de cruzar las puertas. Trago aire y me adentro en la oscuridad de la noche. Pero no hay nadie, solo el eco de mis ilusiones, potenciadas por la magia del lugar y el cansancio acumulado. Alarmada, Maite me sigue hasta la calle.

—¿Qué sucede? —me interroga, aún jadeante.

Respiro hondo antes de responder, intentando disipar el vértigo de mi encuentro espectral.

—Nada, por un segundo creí haber visto a Álvaro junto a ese monumento...

CAPÍTULO 30

Lavanda

Días antes del viaje.

—Álvaro, ¿podrías hacerme un favor? —pregunto con dulzura.

Su amplia espalda se tensa mientras traza líneas sobre el papel, concentrado en terminar uno de los complicados planos que lo mantienen ocupado. Me encanta verlo dibujar sin camisa, mostrando sus robustos músculos al mover los brazos de un lado a otro. Su cabello oscuro cae desordenado sobre su frente mientras se inclina sobre el escritorio, cada mechón parece jugar caprichosamente alrededor de su rostro. En ese momento, contemplo su perfil, esculpido con la precisión de un artista, destacando cada línea y ángulo que se acentúa bajo la luz suave de la habitación. La seriedad y concentración de su expresión me atraen irresistiblemente, revelando la profundidad de su compromiso no solo con su arte, sino también con todo lo que abraza con pasión. Observarle así, tan absorto, intensifica el amor y la admiración que siento, haciendo que mi corazón se acelere.

Hemos superado momentos que nos han hecho dudar, pérdidas que tambalearon nuestros cimientos, siempre cogidos de la mano. Porque las parejas no solo están para lo bueno, también en la adversidad y nosotros, unidos, hemos capeado el temporal.

—Dame unos minutos y soy todo tuyo —murmura, sin dejar de presionar con el lápiz sobre la hoja.

Desde el umbral de la puerta, lo observo sin perturbar el ambiente que él crea a su alrededor cuando se sumerge en su mundo. Sorbo lentamente la infusión que sostengo entre mis manos, cuidando de no quemarme los labios, mientras me deleito contemplando la esbelta figura de Álvaro. Hace unos meses, atravesamos otra crisis de pareja, de esas que te hacen replantearte todo a tu alrededor, que te llenan de dudas sobre cada decisión tomada hasta entonces. Tras la pérdida de mi abuela, me sentí completamente a la deriva, con días grises en los que la incertidumbre nublaba mi juicio y cualquier pequeña cosa parecía una excusa válida para discutir. A pesar de todo, él ha permanecido a mi lado, demostrando una paciencia inquebrantable y brindándome apoyo y estabilidad cuando más lo necesitaba y todo parecía desmoronarse. En esos momentos difíciles, Álvaro me mostró con cada gesto y cada palabra que amar es comprender sin la necesidad de estar siempre de acuerdo; es perdonar sin borrar los recuerdos. Es aceptar y querer a alguien por su verdadera esencia, no por la versión que podríamos desear de ellos.

El amor se asemeja a una rosa, cada pétalo despliega una ilusión nueva, pero, sin intención, las espinas de su tallo nos arrastran de vuelta a la cruda realidad.

Las palabras de aquella discusión todavía resuenan en mi cabeza, ecos de un desenlace que casi rompe todo y en el que ambos nos vimos reflejados. El silencio se convirtió en el gran protagonista de nuestra relación, construyendo en mi mente distintas salas de cine donde me

perdía explorando futuros posibles que podríamos haber vivido si hubiéramos elegido otros caminos. Me imaginaba a nosotros, eternos y felizmente casados, viviendo un futuro como el de las películas, algo casi impensable considerando nuestro agitado pasado y nuestra constante lucha por aferrarnos a lo que quedaba de él. Me visualizaba en una versión joven de nosotros donde cada uno tomaba su propio camino, separándonos antes de dar ese primer paso decisivo hacia una vida juntos. Otra escena se desplegaba mostrando un reencuentro años después, ahora como adultos, con las ideas claras y experiencias acumuladas, decididos a darnos una nueva oportunidad. Casi podía sentir entre mis dedos el terciopelo de la butaca en la que me sentaba, espectadora de esas vidas, esas posibilidades y esas historias no vividas.

—Vuelve —murmura, mientras sus dulces besos cubren mi rostro.

Parpadeo un par de veces y fijo mi vista en sus ojos. Me pierdo en la profundidad de su mirada, recordando todo lo que hemos compartido.

—Lo siento, me he vuelto a perder... —murmuro con una sonrisa tenue.

—Estaré aquí, como tu ancla, siempre listo para traerte de vuelta, sin importar cuántas veces sea necesario, para que nunca más te sientas perdida —susurra con voz ronca, llena de una firmeza que transmite seguridad.

Sus ojos se encadenan a los míos, haciéndome prisionera y sellando una promesa silenciosa de amor eterno. La forma en que me mira hace que mi alma sienta cada caricia, como si estuviera besándome por dentro.

—¿Qué necesitas? —me pregunta, manteniendo su mirada fija en la mía.

—Maite está a punto de llegar y, después de estas últimas semanas, algo me dice que me va a pedir un favor.

—¿Qué tipo de favor?

—Quiere que la acompañe a Londres como su ayudante... —explico brevemente, y añado—: En otras circunstancias me encantaría, pero ahora mismo estoy saturada de trabajo y no me veo subiendo a un avión... —susurro, buscando su complicidad.

—¿Y yo qué papel juego en todo esto? —pregunta, arqueando una ceja.

—Ahí entra el favor. Necesito que me apoyes en mi decisión y que, casualmente, menciones que me necesitas por aquí... —Elevo las cejas varias veces, intentando convencerlo.

—¿Quieres que mienta?

—Noooo, no quiero que mientas, solo que omitas algunos detalles —digo, desviando la mirada hacia la entrada mientras me separo de él—. Será mejor que te pongas una camisa, no quiero que piense que estábamos retozando —bromeo, riendo.

—Tus amigas ya saben que no eres virgen, ¿verdad? —pregunta él, con una sonrisa burlona.

El timbre de la casa resuena por las paredes. Rápidamente, le lanzo un beso al aire antes de dirigirme a la puerta. La abro con decisión y recibo a mi amiga, que entra con una enorme sonrisa.

Más tarde, mientras tomamos un café, el tema surge en conversación. Busco a Álvaro con la mirada, esperanzada. Comienzo a explicar lo atareada que estoy en la tienda y ayudando a mi hermana con el pequeño. Mis excusas se acumulan como bolas de nieve crecientes y veo cómo los ojos de mi amiga pasan de estar muy abiertos a convertirse en dos estrechas rendijas, escudriñándome, como si pudiera ver a través de la red de mentiras que estoy tejiendo sobre la

verdadera razón de mi negativa.

—Almu, no creo que por un par de días el mundo se desmorone sin ti —añade Maite.

—Lo sé, pero me necesitan por aquí —respondo evitando mirarla a los ojos.

—Deberías irte, os vendrá bien pasar unos días juntas y disfrutar de Londres después del trabajo —sentencia Álvaro, dejándome totalmente descolocada—. Hablaré con Esperanza y con tu madre, les echaré una mano en lo que haga falta.

«¿Qué?», me acaba de dejar con el culo al aire.

—¡Gracias, Álvaro! —exclama Maite, agradecida por su apoyo—. Ya no tienes excusas —dice empezando a aplaudir con ilusión—. Ese billete tenía tu nombre desde el principio, mi querida ayudante.

Me da un efusivo abrazo, de esos que te dejan sin aliento. Su teléfono suena y una enorme sonrisa se dibuja en su rostro. Sé quién es sin que tenga que decirlo; en sus ojos se refleja que es Dan.

—Niña, me tengo que ir, se me hace tarde... —dice, mientras sus mejillas se tiñen de rojo, pareciendo dos manzanas maduras.

—Ya, ya, no te preocupes. Dale recuerdos a Dan de mi parte —comento con una pícara sonrisa.

—¿Dan? No, no es eso... —Se le escapa una risa nerviosa—. Ya me entiendes, luego te llamo.

Desde que empezaron a salir, lo han hecho de manera discreta, en escapadas y cruces de viajes para mantenerlo en secreto. Lo están llevando a su ritmo, con calma, pero con una pasión arrolladora. Solo hay que ver a mi amiga para saber todo lo que está sintiendo junto a él.

La puerta de casa se cierra y el silencio llena el salón. Me giro bruscamente buscando a mi pareja por la habitación.

—Me has vendido —reprocho con un puchero exagerado.

—Créeme, te hará bien —responde él con calma—. Mientras Maite explicaba, más claro veía que debías ir. Os divertiréis y luego me llamarás para agradecerme por haberte empujado a subir al avión. Y entonces tendrás que compensarme —añade con un guiño socarrón.

Le doy un empujón juguetón y él me atrapa entre sus brazos, besándome con intensidad. Sus manos recorren mi piel, erizándola al instante, y acuna mi rostro para profundizar el beso. El móvil suena, cortando el momento con su melodía. Mis ojos se desvían hacia la mesita donde descansa, en la pantalla parpadea el nombre de Lily. Siento un pellizco en el estómago al recordar aquel mensaje. Estas últimas semanas, sus palabras han estado rondando en mi cabeza, queriendo creer a mi pareja, aunque la insistencia de Lily me inquieta.

—Dame un segundo —dice Álvaro mientras se separa de mí para tomar el teléfono. Se gira hacia el ventanal y comienza a responder a la llamada, caminando de un lado a otro—. ¡Hola! Sí... claro... —Su voz se torna insegura, y comienza a pasear con impaciencia.

Desde mi posición, lo observo con atención. Aunque los cambios en su comportamiento son sutiles, lo que realmente capta mi interés es el tono nervioso de sus respuestas. Sus ojos me lanzan miradas furtivas y su mano se desliza por su cabello, peinándolo hacia atrás con ansiedad.

—Lo sé, ¿te puedo llamar más tarde? Ahora no es un buen momento... —Hace una pausa,

escuchando la respuesta del otro lado—. Sí, sí, claro, todo bien.

Cuelga y vuelve hacia mí con pasos apresurados.

—¿Por qué no supe nada de ella hasta ese mensaje? —pregunto, con un hilo de voz, sintiéndome perdida.

—Almudena, ya hemos hablado sobre esto... no te aferres a ese pasado —murmura con cariño, tratando de ofrecerme consuelo.

A pesar de mis esfuerzos por apartar las dudas, las circunstancias recientes en esta habitación hacen que me sea imposible ignorar mi inquietud. La ansiedad me recorre el cuerpo como una serpiente, y las dudas zumban a mi alrededor como mosquitos insistentes, imposibles de espantar.

—¿Es necesario que te llame tan a menudo? Sé que has hablado con ella más de una vez cuando crees que no te escucho, y te he visto jugar con el teléfono cuando piensas que no miro... —digo de corrido, con el corazón golpeando fuertemente en mi pecho, ensordeciendo todo a mi alrededor.

—Cariño, por favor, confía en mí. No busques problemas donde no los hay... —susurra.

—Aunque confíe en ti, algo en todo esto no me deja tranquila... —Señalo mi corazón—. Es un murmullo constante que me acompaña desde hace tiempo...

—No sigas, Almudena, será mejor que te calmes y lo veas desde otra perspectiva. Te hará bien el viaje —me asegura.

—¿Por eso quieres que me vaya? —replico, herida.

Y en el instante que esas palabras se deslizan por mis labios, me arrepiento, porque en el fondo de mi corazón sé que él no es así. Pero el veneno de la duda ya está corriendo por mis venas, oscureciendo mi razón. Los celos se apoderan de mí mucho antes de que sea consciente.

—¿Qué? —cuestiona, sorprendido por mi pregunta.

Sus manos atrapan las mías en un vano intento de transmitirme calma. Siento su calor a través de la piel, y por un momento, me aferro a esa sensación, perdiéndome en su mirada soleada que siempre me ha transmitido tanta paz. Un consuelo en medio de las tormentas que ahora me sacuden. Sin embargo, el torbellino interno que agita las nubes dentro de mí toma el control y me deshago de su agarre.

—Álvaro, no puedo simplemente ignorar mis instintos. Estoy tratando de confiar en ti, pero cada vez que veo tu comportamiento y escucho tus respuestas, algo dentro de mí grita que algo no está bien. ¿Cómo quieres que me tranquilice cuando siento que me ocultas algo?

Mi voz tiembla ligeramente, pero me mantengo firme, necesito respuestas.

—Almudena, entiendo que estés preocupada, pero te estoy diciendo que no hay nada de qué preocuparse. ¿Por qué no puedes confiar en mí!? —exclama con un tono casi desesperado—. Sabes que no hay nadie más, en mi mundo solo estás tú.

Sus palabras no hacen más que intensificar mi tormenta interna. La tensión en la habitación se hace más pesada, creando un muro invisible entre nosotros. Álvaro me sostiene la mirada, sus ojos reflejan una mezcla de dolor y comprensión.

—Lo siento, Álvaro, pero necesito más que palabras para tranquilizarme. Puede que necesitemos algo de distancia —digo con voz firme, sintiendo cada sílaba como un adiós.

Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y avanzo con pasos resueltos hacia la puerta, dejando atrás la tensión que se mantiene suspendida en la habitación.

CAPÍTULO 31

Rosa Dorada

Presente.

El eco de mis últimas palabras, cargadas de celos y resentimiento, sigue resonando en mi corazón. El temor a que el amor se desvanezca en la rutina o a que Álvaro me esconda algo para no herirme me ha perseguido durante días. Sé que no debí irme de esa manera, dejándome llevar por el impulso del momento y sin enfrentar la situación correctamente. Lo empeoré aún más al no hablarlo antes de salir corriendo para tomar el avión. Pensé que, al ser solo un par de días, podríamos aclararlo todo a mi regreso. Sin embargo, me sorprendió ver que él, junto a mis amigas, había planeado este viaje de ensueño para mí.

El peso de mis palabras, esas que sembraron dudas sobre lo que Álvaro siempre ha sido, me duele. Él ha demostrado su lealtad incluso en los momentos más difíciles, un compañero incondicional cuando más lo he necesitado, y la pareja que ha amado cada una de mis rarezas, enamorado incluso de las grietas que debilitan nuestros cimientos. ¿Será que estamos demasiado aferrados a los fantasmas del pasado para disfrutar el presente? No, él vive el presente. Soy yo quien, sin querer, se pierde en la sombra del pasado y a veces no sabe cómo encontrar el camino de vuelta...

—¿Has hablado con Álvaro? —me pregunta Lorena mientras terminamos de desayunar.

—Algo así, pero no como me gustaría... —comento, sosteniendo la taza de café entre las manos, absorbiendo su calor—. Cuando regresemos, hablaré con él directamente. Por más que le dé vueltas, no sacaré nada en claro hasta que no hablemos cara a cara.

—Así es —asiente, mostrándose orgullosa de mi decisión.

Desde mi posición, observo a las niñas disfrutar de su desayuno, intercambiando opiniones y esas rencillas que surgen por el transcurso de los días. Cris parece más nerviosa de lo habitual, como si al llegar a este lugar se hubiera activado una cuenta atrás, aunque permanece pegada a su teléfono. Siempre pensé que ella y Eduardo eran bastante independientes, una de esas parejas que se quieren sin necesidad de demostrarlo constantemente. Tal vez la distancia de estos días les esté haciendo extrañarse más de lo que querrían admitir. En alguna que otra ocasión, he pillado al trío de las Supernas; Maite, Jessi y Maca, intercambiando miradas cómplices y cuchicheando. Sin duda, ya están tramando algo; nunca dejan de sorprenderme con sus travesuras. Vera y Lorena se unen a Cris para hablar con la propietaria del hotel, mientras Yure se acerca a mí con un interés renovado.

—¿Va todo bien? —me pregunta, clavando sus ojos en los míos.

Sé que su pregunta es en realidad un reflejo de lo que realmente quiere saber, necesita que indague sobre aquello que casi le confieso en el pub. El runrún persiste en su mente, al igual que en la mía. No obstante, temo decir algo de lo que me arrepienta después, quizás lo que vi no fue nada, tal vez fue una advertencia o simplemente un eco del pasado. Coloco la taza sobre la mesa

y observo sus manos entrelazadas, noto su nerviosismo por lo que cree que soy capaz de hacer. A pesar de que ella rara vez ha creído en estas cosas, percibo su inmensa necesidad de encontrar respuestas en mis palabras.

—Yure, ¿estás bien? —pregunto, arqueando una ceja, mientras señalo sutilmente hacia su corazón con el mentón, notando cómo se tensa al ser cuestionada de manera inesperada.

Antes de que pueda reaccionar, tomo sus manos entre las mías, buscando establecer una conexión más profunda. Siento cómo su cuerpo se relaja bajo mi contacto, permitiéndome conectarme con ella más íntimamente. Con todos mis sentidos ahora intensificados, me parece crucial explorar y entender la causa detrás de la imagen que percibí.

Confirmarme a mí misma si soy capaz de evocarla.

Permito que la energía que nos rodea fluya. Mantengo su mirada, impulsada por su necesidad palpable. Juntas inspiramos profundamente, y en ese momento, en sus iris castaños, vislumbro una reminiscencia de la imagen que me atormenta: ella con lágrimas en los ojos y rodeada de una oscuridad que está a punto de devorarla, mientras el eco de una risa masculina parece empujarla hacia atrás, logrando traerla de vuelta a la luz. Arqueo una ceja; eso es nuevo, no esperaba descubrir nada más aparte de esa imagen. Todo se desvanece gradualmente, disipándose como humo, dejando atrás solo el vacío donde antes había calor.

—Yure, respóndeme a una pregunta... Miguel y tú... ¿Habéis tenido alguna discusión en estas últimas semanas? —pregunto con tacto, midiendo mis palabras con cuidado.

—No, ¿por qué? ¿Has visto algo? —responde ella, sorprendida.

Asiento en silencio a sus palabras, evaluando sus gestos y captando las emociones que flotan a su alrededor. Ellos siempre han sido vistos como la pareja ideal, irradiando amor a su paso. Aunque Yure no es de las que alardean de su relación, era algo que saltaba a la vista. Llevan juntos desde la adolescencia, y a pesar de temer que la ruptura de nuestros amigos pudiera afectarlos, parecían mantenerse tan unidos como el primer día, con sonrisas que aseguraban que todo estaba bien. Es cierto, que Miguel es de ese tipo de hombres que vive por y para su trabajo, lo que a menudo lo mantiene apartado de nosotros, pero cuando está, rara vez se separa de Yurena.

—Puede que no sea nada, o tal vez sea una advertencia de lo que podría pasar, pero nunca está de más estar alerta —expreso antes de compartir esa visión fugaz; ella asiente con la cabeza, comprendiendo mis palabras—. Lo que he visto no es algo por lo que debas preocuparte demasiado. Unas lágrimas que podrían ser resultado de una discusión, probablemente causada por el estrés de la boda o un simple malentendido. No he podido profundizar más en ello.

—¿Me has visto llorando? —pregunta, con la piel erizada de emoción.

—Sí, pero como te decía, puede haber muchas razones por la que te he visto así...

—¿Podría ser de felicidad? No tiene que ser una discusión... Miguel y yo rara vez discutimos... —me interrumpe, y en sus ojos veo el deseo desesperado de que esas lágrimas no sean por algo negativo.

—No lo sé... —contesto, notando cómo su sonrisa se desvanece y las emociones a su alrededor se oscurecen; me siento el verdugo de su felicidad—. Podría ser... tal vez... —Asiento, viendo que es lo que necesita escuchar.

No puedo decirle mucho más, ya que ni yo misma estoy completamente segura de lo que esa

imagen podría significar. Tendré que mantenerme alerta en las próximas semanas para descubrir cuál podría ser el detonante, y si realmente es algo por lo que debamos preocuparnos. Y sin querer, he hecho lo que tantas veces vi hacer a mi madre con quienes buscaban respuestas en las cartas del tarot: he pronunciado esas palabras que, aunque inciertas, son un bálsamo necesario para el corazón.



Una vez organizado todo el equipaje en el maletero, las niñas me adelantaron que haríamos un par de paradas rápidas antes de dirigirnos al aeropuerto. Se negaban a decirme la hora exacta del vuelo, alegando que no era necesario hasta el momento de darme el billete, así podían jugar con mis ilusiones hasta el último minuto. Maca se regodeaba alardeando que ella era la guardiana de los pasajes, y era difícil tomarla en serio con ese sombrero de Nessie cubriéndole la cabeza, que no se había quitado desde que lo compró en la tienda de regalos. Entre un montón de souvenirs, había optado por el más llamativo y hortería.

Yure se detiene para repostar el coche y todas aprovechamos para bajar y comprar algunos snacks para el trayecto. Desde donde estoy, veo a las chicas agrupadas un poco más allá, mirando en mi dirección. Es entonces cuando percibo un cambio drástico en el ambiente. Todas me observan y se acercan con complicidad. Maite rebusca en su mochila y extrae un saco de tela que contiene un antifaz negro para dormir.

«OMG».

—¿Para qué es eso? —pregunto, pegando mi espalda al coche.

—Para ti —empieza a canturrear Maite, decidida a ponérmelo.

En un abrir y cerrar de ojos, las tengo a todas alrededor con claras intenciones de colocármelo. Ahora que lo veo de cerca, me doy cuenta de que es enorme. Las sonrisas de mis amigas crecen a medida que cierran el círculo y, al final, decido dejarme llevar por sus traviesas ideas. Hasta ahora, todo han sido sorpresas, unas maravillosas y otras algo desastrosas. No pierdo nada por ponerme un antifaz.

A medida que avanzamos por la carretera me dejo envolver por la música que inunda el coche, la melódica voz de Funambulista llega a mis oídos.

Y se pone más hermosa

Y te da superpoderes

Y el amor es otra cosa

Y te subes a los trenes

Y aletean las mariposas

Los recuerdos llenos de colores inundan mi corazón al recordar a mi abuela durante una de sus sesiones, esas largas charlas donde sanaba a las personas de sus sombras más oscuras. Recuerdo con cariño las miradas cómplices que me lanzaba cuando cruzaba el umbral de la

habitación y, luego, cuando los visitantes se marchaban de casa con el aura renovada, siempre me preguntaba qué cambios notaba en sus energías desde que llegaban hasta que se iban. Observaba mis gestos y escuchaba atentamente mi manera comedida de explicar cómo sus emociones se entrelazaban con las mías. Entonces, orgullosa, me regalaba una de sus enormes sonrisas y me decía con su sabiduría: «Aunque los demás no entiendan, aunque nos teman, no podemos cambiar lo que somos ni lo que sentimos. Debemos aceptarnos y compartir nuestro don con aquellos que nos necesitan».

*Y descubres lo que eres
Y te vuelves luminosa
Tienes claro que prefieres
Ser el verso que la prosa*

El coche se detiene, mis amigas tiran de mí hacia el exterior.

—No te toques el antifaz —me regaña Maca.

—Está ajustado, no puede ver nada —asegura Yure.

Una vez fuera, me guían con palabras suaves por un sendero de tierra. Al mirar hacia abajo, consigo atisbar las piedras por donde avanzamos. Escucho sus risas a mi alrededor y siento el peso en mis hombros de las manos de una de ellas. Me colocan en una posición y, cuando parecen contentas con el resultado, me animan a quitarme el antifaz.

Delante de mí, se alza majestuoso el arco de Lallybroch, el castillo de Jamie Fraser. Sus gruesos muros de piedra, tallados por el tiempo y la historia, me siento transportada a un mundo donde la realidad y la ficción se entrelazan. Un torrente de emociones me invade, y el alma se me cae a los pies; me abrazo a mis amigas, buscando consuelo en su cercanía.

Intento dar unos pasos hacia delante, pero ellas me detienen.

—¡Quieto parao! —me frena Jessi.

—Lo siento, hasta aquí podemos avanzar. Nos querían cobrar por entrar al patio y, como no se puede acceder a la casa porque está cerrada, no nos ha parecido justo regalarles el dinero —explica Cris con un tono de pena en su voz.

—Aquí nos cobran hasta por respirar el aire cerca del castillo —asegura Maca, muy seria.

—¡Ah! Bueno, entonces nos hacemos cuatrocientas fotos aquí en la entrada y por fuera. Con eso me basta —respondo con una sonrisa.

Todas aplauden mi comentario, y la energía se renueva entre nosotras mientras comenzamos la sesión fotográfica. Nos sumergimos de lleno en el proceso. Empezamos con varias fotos y algún vídeo mientras avanzábamos por el sendero, respetando la delimitación invisible que Cris había marcado. Luego, capturamos cada ángulo del emblemático portal y sus alrededores.

Lo importante no era entrar; era disfrutar del momento y, una vez más, hacer eternos todos nuestros recuerdos en las tierras del Clan Fraser.

CAPÍTULO 32

Peonia Malva

Descendemos el sendero hacia el coche cuando, de repente, siento la imperiosa necesidad de realizar una última foto. Tiro suavemente del brazo de Yure para captar su atención y le hago la petición con ojos suplicantes, imitando a Bambi.

—¿No te has hecho suficientes? —me pregunta arqueando una ceja.

—*Porfi* —imploro con voz dulce.

Ella rueda los ojos en un gesto juguetón y, sonriendo, extiende la mano hacia el móvil.

—Venga, vamos —accede con un tono amigable.

Dejo la mochila en el suelo y le entrego el móvil a Yure para que me tome esa última foto, sola en el centro del sendero, como si estuviera a punto de atravesar sus muros. Adopto mi mejor pose de modelo de pasarela, una de las muchas que aprendí mientras acompañaba a Maite. Mi amiga dispara una ráfaga de fotos, asegurándose de que tengamos varias opciones de donde elegir:

—¡Listo! —anuncia Yure mientras recoge mi mochila del suelo y guarda el móvil—. ¿Te importa si tomo un poco de agua? Tengo los labios muy secos.

Asiento en silencio y, sin mirarla, echo un último vistazo a la casa. Por el rabillo del ojo, veo a Yure llevándose a los labios una botella de agua y bebiendo con evidente desesperación. De repente, algo no me cuadra y me apresuro hacia ella con pasos rápidos. La botella de agua, la *BOTELLA DE AGUA*...

—¿De dónde la has sacado? —pregunto, pues estaba segura de que solo llevaba las llaves del coche en la mano.

Yure me mira confundida, sin entender mi preocupación.

—De tu mochila. Te lo acabo de decir, tranquila, no puse los labios en la boquilla... —intenta explicar, pero interrumpo su intento de calmar la situación y le arrebató la botella de manera brusca.

Los ojos de mi amiga se abren desmesuradamente, casi como si fueran a salirse de sus órbitas.

—Almu... —intenta decir algo más, pero la corto antes de que pueda continuar.

—Yure, el agua que acabas de beber es la que rellené en el Lago Ness...

Veó cómo Yurena se lleva las manos a la boca, alarmada.

—Solo he bebido un poco, no pasará nada, ¿verdad? —pregunta, esperanzada.

—Eso espero... —respondo, aunque una sombra de duda oscurece mi voz.

Unos minutos más tarde, estamos en la carretera. Yure conduce despacio y yo no puedo dejar de observarla, temiendo que el agua del lago le cause alguna reacción. En un momento, la veo

llevarse la mano al abdomen discretamente; sin embargo, no emite queja alguna y mantiene su vista clavada en el horizonte. Una amalgama de susurros y emociones me abruma; respiro hondo, intentando centrarme en mi amiga.

A lo lejos, el aeropuerto comienza a vislumbrarse, pero de forma inesperada, Yurena realiza un giro brusco a la izquierda. La fuerza de la maniobra nos aprieta unas contra otras, mientras el coche derrapa ligeramente, gruñendo contra el asfalto. Con un suave chirrido de neumáticos, detiene el vehículo justo frente a una cafetería. Sorprendidas por la abrupta parada, todas intercambiamos miradas llenas de confusión.

—Ahora vengo, necesito unos minutos —exclama antes de salir disparada del coche, dejando la puerta abierta a su paso.

—Cris, ¿qué le pasa? —pregunta Vera, preocupada.

Cristina nos mira una a una, tomando un momento antes de responder, como si midiera sus palabras.

—¿Por qué siempre que le pasa algo a Yure tengo que saberlo yo? Ni que fuera su psicóloga o su párroco —responde.

—No sé, ¿será porque Yure confía solo en ti para sus cosas? —interviene Jessi.

—Pues esta vez no tengo ni idea —admite Cris.

—A lo mejor está embarazada —sugiere Maite de repente.

Cristina le lanza una mirada fulminante, recoge su mochila y abre la puerta del copiloto.

—Voy a ver qué sucede —anuncia con determinación, y la vemos desaparecer dentro del local.

Mientras esperamos, algunas salen del coche para estirar las piernas y otras aprovechan para hacer una llamada rápida.

—¿Tú sabes qué le pasa? —me pregunta Lorena a mi lado.

Aunque me gustaría pensar que no fue eso lo que la obligó a parar, todo apunta en esa dirección. Por lo tanto, no me queda más remedio que confesarlo.

—Yure se ha bebido parte del agua del Lago Ness que guardé en esta botellita como recuerdo —comento en voz baja.

Las niñas me miran con los ojos como platos, incapaces de ocultar su asombro. Justo cuando estoy a punto de explicar, Cristina regresa, sosteniendo a Yurena con cuidado por el hombro. Esta luce blanca como la nieve y se presiona el vientre con la mano. Casi puedo oír los retortijones que debe estar sintiendo.

—Cambio de planes —anuncia Cris, elevando la voz para captar nuestra atención—. Yure no puede conducir, acaba de vomitar todo lo que hemos comido esta mañana.

—Puedo conducir —murmura, cada vez más pálida.

—No, no puedes —responde Cristina con firmeza, quitándole las llaves del coche de la mano—. Deja que te cuiden de vez en cuando. No siempre tienes que hacerlo todo sola. Puedes pedirnos ayuda —le dice con una voz llena de cariño y preocupación. En sus palabras se percibe la carga que siempre soporta como su mejor amiga, Yure rara vez pide ayuda, incluso cuando está a punto de caer rendida.

—A mí me da terror conducir en sentido contrario —comenta Lorena.

—¿Llamamos a un taxi? —sugiere Vera.

Nos miramos unas a otras, siento un nudo en el estómago ante la idea de conducir por el lado izquierdo. Aunque el aeropuerto está solo a un tramo corto de distancia, me repito para calmarme. Jessi, Maite y yo intercambiamos miradas, intentando decidir sin palabras quién se animará a tomar el volante.

—Yo... —comienzo a decir.

Pero antes de que pueda terminar, el torbellino rubio, Macarena, se nos adelanta con paso decidido. Se coloca frente a Cristina, y con una seguridad impresionante, toma las llaves del coche. Cris, en un susurro casi inaudible, le dice algo al oído. Ella asiente con seriedad, aceptando su nuevo rol.

—Conduzco yo —anuncia, alzando la mano hacia el cielo, como si sostuviera un trofeo, mostrándolo a todas—. Ha llegado mi momento.

Regresamos al coche con una nueva distribución de asientos. Jessi y Maite se sientan junto a Macarena; en el centro estamos Lorena, Vera y yo, y en la parte de atrás, Cristina y Yure. No sé en qué momento nos pusimos de acuerdo, pero varias de nosotras nos santiguamos mientras Maca arranca el coche. Ella echa un vistazo hacia atrás asegurándose de que todas tenemos los cinturones puestos, intercambia una mirada que parece transmitir un mensaje telepático con su amiga, y esta lo comprende de inmediato. Segundos después, *Tokyo Drift* retumba en los altavoces. Trago saliva, anticipando nuestro breve cameo en *A todo gas*, protagonizado por Macaretto.

Maca se coloca sus gafas de sol y posa haciendo morritos, pidiéndole a Maite que la grabe con su móvil mientras se prepara. Al arrancar, pisa el acelerador con una decisión digna de una película de acción de bajo presupuesto. El coche ruge mientras las ruedas chirrían sobre la gravilla, lanzando chispas al aire. A mi lado, Lorena, se agarra a mi brazo, clavándome las uñas con fuerza. Macarena levanta una nube de polvo tan impresionante que parece más una huida de un atraco a un banco que una simple salida de un tranquilo aparcamiento. Al mismo tiempo, una abuelita con un andador se detiene y nos mira boquiabierta, a punto está de caérsele la dentadura. Le devuelvo la mirada mientras me deslizo en mi asiento.

El polvo se dispersa en el aire, envolviendo brevemente el vehículo en una bruma que se desvanece mientras el coche gana velocidad, dejando tras de sí un rastro de gravilla dispersa y la huella de nuestra nueva aventura. Maite le lanza una mirada a Lorena, quien capta la señal y actúa de inmediato, colocándome rápidamente el antifaz.

—No te lo quites —ordena por encima de la música.

—¿Otra sorpresa? —pregunto, confundida, pensando que íbamos directas al aeropuerto—. ¿Me habéis preparado una cita con Jamie Fraser? —bromeo en voz alta.

—Calla, morena —exclama Maca con una voz ronca—. Y prepárate para un viaje que jamás olvidarás.

En ese momento, la canción cambia a una que refleja mejor el espíritu de Maca, y el coche se pone en marcha al ritmo de Camela llenando el aire:

*Cuando zarpa el amor
Navega a ciegas, es quien lleva el timón*

*Y cuando sube la marea al corazón
Sabe que el viento sopla a su favor*

CAPÍTULO 33

Miosotis

Por más que trato de pensar en lugares significativos que nos quedan por visitar, no se me ocurre ninguno. A menos que estén planeando una fiesta de *highlanders*, lo cual pone mis hormonas a trabajar, imaginando toda clase de posibles destinos. Me encantaría experimentar la magia de Escocia, montando a caballo y explorando sus verdes prados, pero sé que eso es algo reservado solo para las mágicas páginas de los libros. El coche se detiene un par de veces y, aunque suben el volumen de la música intentando ocultar sus cuchicheos, estoy segura de que las paradas son por Yure, quien debe estar maldiciendo mi nombre con cada arcada.

—Ten cuidado, Maca. Ve más despacio, está ahí la policía. Lo último que necesitamos es que nos paren —advierte Cris.

—Si nos paran, Maite los distrae enseñándole las tetas y piso el acelerador a fondo —argumenta Macarena.

—Enséñalas tú —replica la susodicha.

—Ya veréis que protagonizamos la nueva de *Thelma y Louis*, versión Hacendado —se carcajea Jessi.

No puedo evitar sonreír escuchándolas debatir quién las enseñará o si huiremos de la policía. Veo a mi amiga capaz de dar una buena persecución con su loca manera de conducir. El trayecto es movidito, aunque no lo puedo presenciar, siento cada curva y aumento de velocidad. Porque no podía ser menos, teniendo delante del volante a nuestra conductora de Fórmula 1.

La música cambia a una melodía que me resulta familiar, *Casi Humanos* de Dvicio, una canción que evoca recuerdos de una mirada soleada y a la que le debo una conversación.

No te buscaba y me supiste encontrar

No te esperaba y ahora sé que quizás

No es humano

Tu cuerpo ni tu forma de amar

Estos días de separación me han hecho darme cuenta de que, atrapada en celos infundados, alimenté la bola de nieve de mis inseguridades sin darle a él la oportunidad de explicarse.

Cinco minutos más

Se hacen eternos si no estás, amor

No necesito más

mi única realidad es que cada segundo del día

contigo sabe mejor

Reconozco que temí perderlo cuando pensé que lo sucedido a Vera podría afectarnos. Me cegó un miedo irracional y no supe apreciar sus esfuerzos por revivir esa llama que, aunque parecía extinguirse, en realidad solo menguaba por la comodidad. Nos amábamos con intensidad, rectifico, nos amamos todavía, pero como la más ardiente de las hogueras, no puede perdurar si no la alimentas, no le añades leña o dejas que la ceniza la asfixie. Él lo intentó y yo me escondí tras mis temores, en mis inseguridades, esas que se avivaron como chispas errantes buscando consumir el núcleo de nuestra llama.

*A fuego lento tú me vas a quemar
En un incendio que no quiero apagar
Decir te amo no es nada original
Pero a tu lado decirlo sabe mejor*

En algún momento, la mano de Lorena abandona la mía, y un frío repentino parece tomar el interior del coche. Me abrazo a mí misma en busca de calor. La música que sonaba se apaga gradualmente y otra, que evoca la banda sonora de *Braveheart*, comienza a sonar en la lejanía. Siento que la puerta se abre; tanteo el asiento con las manos, constatando que ya no hay nadie a mi lado. Intento quitarme el antifaz, pero alguien me detiene.

—¿Te hemos dicho que te lo quites? —susurra Maite con dulzura—. Dame las manos, yo te guiaré.

Los vellos de mi piel se erizan desde la cabeza hasta los pies al sentir un suave aroma floral que danza a mi alrededor. Mi pulso se acelera, lleno de anticipación ante lo que me tienen preparado. Bajo del coche, siguiendo de cerca a Maite. Aunque los nervios amenazan con apoderarse de mí, respiro profundamente intentando tranquilizarme. Lo único qué logro apreciar, al mirar hacia abajo, es un camino de gravilla. Siento otras manos que se posan con suavidad en mi cintura, guiándome en mi avance.

—Vamos a subir unos escalones —murmura Lorena mientras me ayuda a ascender una escalera.

—Vale, no me sueltes.

—Jamás —susurra con suavidad.

Avanzamos despacio, ajustando el paso a mi ritmo. A medida que nos adentramos, la música que sonaba antes parece desvanecerse, quedando ahora más distante. El aroma a leña quemada invade mis fosas nasales, y una calidez reconfortante me envuelve, ofreciéndome el abrigo que tanto necesitaba. Oigo cómo cierran una puerta a mi espalda.

—No puedes quitarte el antifaz, tienes que confiar en nosotras —anuncia Cris con un tono enigmático.

—Confío plenamente en vosotras, pero debo confesar que ahora estoy muy nerviosa por saber qué tenéis preparado.

—Créeme, la espera merece la pena —susurra Maite desde atrás.

Asiento, completamente capturada por el hechizo en el que me han envuelto desde que salí del coche. Las emociones de mis amigas se entrelazan con las mías, percibiendo solo buenas vibraciones y una ilusión desbordante. De repente, varias manos comienzan a desvestirme, casi

sin darme tiempo a reaccionar, y mi cuerpo tiembla al perder el calor de la ropa. Mientras alguien presiona firmemente el antifaz contra mis ojos, me animan a levantar los pies. Me envuelven con una prenda que no puedo ver, pero cuya textura siento sobre la piel. Recorro con la yema de mis dedos cada bordado, apreciando cada detalle.

—Almudena, ahora Maite hará su magia. No abras los ojos —dice Cris antes de remover el antifaz.

A pesar de la tentación, asiento con la cabeza en señal de aprobación. Durante unos minutos que se me antojan eternos, siento los dedos de Maite delineando mi rostro, brochas suaves acarician mis mejillas, un labial se desliza sobre mis labios y por último sueltan mi cabello. El antifaz se reposiciona, presionando suavemente mis párpados mientras terminan de arreglar mi peinado.

«¿Qué será lo que me tienen preparado? ¿Un baile de época? ¿Una experiencia romántica con *highlanders*?».

Las risas de mis amigas resuenan a mi alrededor, y su alegría contagiosa me llena de emoción. Se nota que se han esforzado en esta sorpresa, así que lo menos que puedo hacer es disfrutar cada segundo que me dedican. Siento unos dedos acariciando mi mejilla y por su tacto, sé que es Lorena; su nerviosismo casi puede atravesarme la piel.

—Ya queda poco —susurra con voz aterciopelada.

Siento su sonrisa incluso sin verla. Me ayudan a sentarme y deslizan unos zapatos en mis pies. Me hacen levantarme para ajustarlos, y noto un ligero tacón. Un chirrido de bisagras seguido de una corriente de aire me hace consciente de que una puerta se ha abierto, y las manos de mi amiga entrelazadas con las mías me guían hacia lo que creo que es la salida. Algo cubre mis hombros aliviándome del frío momentáneo mientras avanzamos por lo que parece ser un pasillo hasta volver al exterior.

—Ahora toca bajar unos escalones, ten cuidado —me avisa Jessi.

Descendemos, contando hasta tres, antes de que las manos de mi amiga me dejen sola momentáneamente.

—Espérame ahí... —su susurro parece lejano.

Un torbellino de emociones me abruma, consumiéndome por dentro. La ansiedad comienza a apoderarse de mí, y empiezo a hiperventilar mientras los nervios me devoran. En esos breves segundos de soledad, solo acompañada por murmullos apaciguadores a lo lejos, siento la imperiosa necesidad de arrancarme el antifaz. Pero justo cuando la tentación se vuelve insoportable, alguien, como si leyera mis pensamientos, me libera de él y retira la capa que me cubría.

Parpadeo un par de veces, tratando de asimilar la belleza que se despliega ante mí; la luz del atardecer se cuela por los pequeños ventanales, bañando el interior en un resplandor ámbar. El aire se llena del aroma dulce de las flores que decoran cada rincón, mientras las vigas de madera relucen doradas, iluminadas por los rayos de sol que acarician su superficie. La alfombra roja debajo de mis pies se extiende como un río encendido, guiándome hacia delante.

«¿Es real? ¿Estoy soñando?».

Mi corazón palpita con fuerza en el pecho, casi ahogando el silencio del lugar, cuando finalmente nuestros ojos se encuentran. En ese instante, el mundo parece desvanecerse, y todo lo

que existe es la conexión intensa y profunda que compartimos.

El sol vuelve a brillar con intensidad.

CAPÍTULO 34

Jacinto Púrpura

Extracto de la grabación de Álvaro.

—Te la has jugado mucho esta noche —le advierte Maca—. Casi te pillas.

—No podía dejarlo pasar. Después de tantos años hablándome de esa escena, por un instante quise ser yo ese *highlander* que observa a su amada —responde Álvaro.

—Ya puedes empezar. Olvídate de que te estoy grabando y cuéntame ese momento especial, un recuerdo que por más años que pasen, jamás olvidarás —sugiere Jessi mientras ajusta la cámara.

—De acuerdo, es fácil, porque siempre que estoy perdido acudo a ese recuerdo... —Álvaro sonríe, con un brillo especial en la mirada—. Aunque ella diga que no puede leerme ni ver mi aura, aquella noche y desde entonces, entiende los secretos de mi alma.

«De todos los momentos que hemos compartido, siempre recordaré aquel en que me rescató de las garras asfixiantes de la oscuridad.

No podía respirar; el aire se negaba a entrar en mis pulmones y solo podía pensar en sus ojos esmeralda. Esos ojos misteriosos que brillaban con la luz, ofreciéndome consuelo cuando nadie más lo hizo. Su voz, dulce como el canto de una sirena, penetraba las murallas de mi soledad, alcanzándome en ese momento crítico en que mi fe se desvanecía en la nada.

Fue por eso que escapé de casa, cuando los cimientos de mi mundo comenzaban a desmoronarse; corrí a través de la noche, como un ladrón en busca de su último gran tesoro, sintiendo el corazón latir con fuerza contra mi pecho al golpear su puerta. No sabía qué podría encontrar al otro lado, solo sabía que la necesitaba para respirar, para sentirme vivo. Ella, sin saberlo, se había convertido en algo más que una amiga. Cada día intentaba demostrárselo con pequeños roces y miradas furtivas cargadas de sentimiento, pero nunca cruzábamos la línea.

Ahora, más que nunca, la necesitaba.

Al abrirse la puerta, el mundo se iluminó de nuevo, el color regresó donde solo había oscuridad y su tenue sonrisa me devolvió la vida cuando ya la creía perdida. Su calor me recibió como los rayos del sol en pleno invierno y el consuelo llegó en forma de dulces besos de sus sanadores labios.

Hasta ese momento, no sabía cuánto la quería; solo sabía que mi corazón latía con cada sonrisa.

Hasta ese momento, no sabía cuánto la necesitaba en mi vida; solo sabía que la oscuridad me consumiría.

Hasta ese preciso instante, no supe que era el amor lo que nos unía.

Ella era y será siempre mi ancla, mi salvación en este mundo.

Ella es la única persona a la que amo, de la que estoy locamente enamorado».

CAPÍTULO 35

Dalia Amarilla

Respiro de nuevo y siento cómo el aire vuelve a mis pulmones; había contenido la respiración justo en el instante en el que comprendí dónde estoy. Nos encontramos en la capilla donde los protagonistas de la serie se casan, ese lugar tan mágico y lleno de encanto que ahora se alza ante mí. Sus paredes de piedra serán los testigos de lo que encierran.

Avanzo con pasos lentos por la alfombra, decidida a llegar hasta él. Mis ojos se humedecen a medida que reduzco la distancia, aún incrédula ante todo lo que estoy viviendo. Cada paso me lleva más cerca de la realidad de este momento, de la intensidad de mis emociones, y el entorno se desvanece hasta quedar solo nosotros dos, en un espacio donde el tiempo parece detenerse.

«Solo existimos él y yo».

El pasillo está flanqueado por sillas blancas adornadas con flores de tonos malva. En ellas están sentadas las personas que más quiero; mi familia me contempla con una sonrisa deslumbrante en sus rostros. Las lágrimas de felicidad se deslizan por las mejillas de mi madre, mientras mi padre la abraza. Casi puedo sentir su abrazo en la distancia. Mi hermana me anima a continuar, y mi pequeño Mateo me regala una sonrisa mellada que entenece mi alma.

Siento un nudo en la garganta y lucho por contener las lágrimas de felicidad que amenazan con desbordarse.

Al otro lado, mis amigas resplandecen, luciendo elegantes vestidos escoceses de época. Ahora entiendo por qué insistían tanto en que nos probáramos trajes durante nuestro viaje a Edimburgo, especialmente aquel que vimos en el catálogo y que no estaba disponible; justo ese es el que ahora envuelve mi cuerpo. Llevo un precioso vestido de color blanco roto, realzado con detalles en verde que descienden en cascada hasta mis pies, recordando los paisajes escoceses y resaltando el color de mis ojos. El corpiño ajustado marca la cintura, mientras que las mangas largas y abullonadas le dan un aire romántico. Complementando el conjunto, llevo el colgante de esmeralda que me regaló mi abuela, cuyo verde vibrante hace eco a los bordados del vestido.

Sigo avanzando, encadenada a esa mirada soleada, esos ojos que casi pierdo por mi necesidad, por evitar enfrentarme a la realidad que siempre he tenido delante y no supe valorar. Las palabras se atorán en mi garganta, incapaz de pronunciar nada. Su mano se extiende, ofreciéndome refugio, ese que siempre necesito para volver.

Álvaro está impresionante, vestido como un auténtico *highlander* de las Tierras Altas. Temo despertar y descubrir que todo esto es solo un sueño. Sus pupilas se fijan en las mías cuando nuestras manos se tocan y siento que mis piernas flaquean mientras un calor cálido como el sol me envuelve. Su brazo me sostiene, y nuestros labios quedan a pocos centímetros. Nuestras respiraciones se mezclan y percibo su corazón latiendo desbocado en su pecho.

—Sé que no te lo he pedido formalmente... —susurra ronco contra mi boca y sin despegar sus ojos de los míos—. ¿Quieres casarte conmigo?

Una risa nerviosa se escapa de mis labios, comprendiendo todo lo que hasta ahora eran sospechas: su extraño comportamiento, sus ganas de que viajase a Escocia, las vacaciones de las que no tenía constancia, las llamadas inesperadas y el *Equipo de la Ligación* que ha preparado todo con un gran esfuerzo de organización, porque así son ellas. Su manera de mirarme me desarma, porque lo quiero con todas mis fuerzas y, sin embargo, siento que no me merezco todo lo que ha hecho.

—Sí, quiero —digo con las lágrimas deslizándose por las mejillas.

Los aplausos resuenan en el interior de la capilla. Miro de reojo a mis amigas, todas asienten con preciosas sonrisas. Maite me lanza una mirada de advertencia para que controle las lágrimas y no arruine mi precioso maquillaje. Aún estoy asimilando que realmente vamos a dar este paso, algo que siempre hemos hablado y hasta ahora, no habíamos sido capaces de dar el salto. Siempre sucedía algo que impedía que lo formalizáramos. No era nuestro momento, aún no.

Ahora, lo es.

Me. Caso.

El hombre que tenemos delante carraspea para llamar nuestra atención; por su porte y su forma de proceder, deduzco que es quien oficiará la boda. A su izquierda, una mujer rubia me regala una sonrisa cómplice mientras le entrega un cojín con los anillos.

—Gracias, Lily —susurra él.

Mis ojos se abren desmesuradamente y ella me guiña un ojo cómplice de la pequeña mentira que han tenido que mantener estos meses.

Mientras offician la boda, la música orquestal se intensifica, cubriendo la capilla en un velo mágico. Los últimos rayos de sol, reacios a desaparecer, bañan la estancia en una luz dorada que se cuelga por las vidrieras. Me envuelve el aroma cálido y reconfortante del bizcocho, transportándome a momentos compartidos con mi abuela. Al mirar hacia una de las ventanas, descubro, entre destellos de luz, los vivos colores de un arcoíris, símbolo que siempre ha acompañado a mi abuela.

Las lágrimas brotan de nuevo de mis ojos, silenciosas pero profundas, al sentir su presencia aquí conmigo. Durante todo nuestro viaje, su espíritu se ha sentido como una suave brisa a mi lado, pero solo ahora se materializa plenamente en este instante cargado de emoción. Es como si pudiera sentir su presencia etérea, danzando en el aire, rodeándome con una ternura que abraza mi alma. Mi mirada sigue esa danza hasta que se funde con las figuras de mis amigas, que están allí, firmes y radiantes. El corazón me estalla de emoción al entenderlo todo; las auras de mis amigas brillan y se entrelazan, formando un arcoíris de emociones y bonitos recuerdos. Siete colores, esos que siempre rodearon a mi abuela, ahora me envuelven a mí a través de ellas. Mis siete niñas.

Ella siempre lo supo. Son la familia que elegí.

—Repíteme conmigo —me pide Álvaro.

Sus manos acunan mi rostro mientras sus pulgares, con delicadeza, secan mis lágrimas. Captura mi mirada, asiente con una amplia sonrisa y luego, mirándome a los ojos, recita con suavidad:

—Eres sangre de mi sangre y huesos de mis huesos. Te doy mi cuerpo para que los dos seamos uno. Te doy mi espíritu, hasta que nuestras vidas se acaben —pronuncia con firmeza,

mientras me pierdo en la profundidad de su mirada repitiendo sus palabras.

El brillo en los ojos de Álvaro no se apaga mientras sus últimas palabras siguen resonando entre nosotros. No necesitamos decirnos nada más; con manos firmes, toma los anillos y desliza uno en mi dedo anular. Yo sigo su ejemplo, imitando su gesto, sin dejar de perderme en la intensidad de su mirada, completamente cautivada por el momento. El oficial junta nuestras manos y las ata con un trozo de tela, que lleva los colores del tartán de Álvaro. Con voz grave, pronuncia unas palabras en gaélico y luego las repite en nuestro idioma:

—Yo os declaro, marido y mujer —afirma con solemnidad.

La música suave comienza a crecer en intensidad y, como si todos hubieran estado aguardando ese preciso instante, nuestras familias y amigos irrumpen en aplausos. Mi ahora esposo me envuelve en un abrazo cálido y firme, y sellamos nuestro compromiso con un beso que promete un futuro juntos y sana todas las discusiones pasadas. Al separarnos, aún de la mano, nos giramos hacia todos los que nos acompañan. Veo sus caras iluminadas por la felicidad y algunas lágrimas, reflejando la emoción que nos embarga.

Álvaro me guía por la alfombra roja hacia el exterior donde, bajo la luz de la luna, las luciérnagas danzan con la brisa nocturna. A pocos pasos, nos espera una carpa elegantemente preparada para la celebración, prometiendo una noche inolvidable.

CAPÍTULO 36

Cáñamo

No puedo apartar mis ojos de Álvaro desde que hemos entrado en la carpa, donde nuestros familiares nos han rodeado para felicitarnos por nuestra unión. Mi madre, entre lágrimas, me ha regalado más de cinco abrazos, algunos de los cuales han sido grupales, incluyendo a mi padre, a mi hermana y a Mateo. Ella siempre había intuido esto al leer las cartas, pero no se lo quiso creer hasta que una noche, mi abuela se lo confirmó días antes de su fallecimiento.

Ella sabía que este día llegaría. Esa mirada esmeralda guardaba demasiados secretos.

Siento cómo toda mi piel se eriza al recordar las pequeñas señales que he presenciado durante el viaje. Nada más bajar del avión, una sensación me advirtió de los cambios que se avecinaban. Y aquella noche en el B&B, las parejas de luciérnagas parecían anunciar una boda cercana. Jamás imaginé que sería la mía. Por eso, en ese momento, no les presté la suficiente atención. El retumbar de las campanas resonaba cada vez que cuestionaba lo que sentía, advirtiéndome constantemente sobre el camino correcto.

Este viaje no solo ha despertado mis sentidos, también me ha guiado en el camino de reencontrarme a mí misma.

—Te presento a Lily, ella es quien se ha encargado de la organización de la boda —anuncia Álvaro.

Dirijo mi mirada hacia la mujer rubia que antes acompañaba al oficial de la boda. Ella me extiende la mano para formalizar la presentación. Y pensar que, hasta hace poco, creía que era una lagarta que quería engatusar a mi pareja. Las dudas realmente nos juegan malas pasadas; si me hubiera dejado llevar por ellas, ahora estaría arrepintiéndome de un grave error.

—Encantada, Lily —digo mientras aprieto su mano con cariño, mostrándole mi agradecimiento por esta maravillosa boda.

—Espero que todo sea de tu agrado.

—Está siendo mágico, gracias —respondo, aún emocionada.

—Todo ha sido gracias a él —comenta mientras lanza una mirada cómplice a Álvaro y luego vuelve a centrar sus ojos en mí—. Cuando se puso en contacto conmigo, fue muy claro sobre lo que quería para la ceremonia; movió cielo y tierra para asegurarse de que todo saliera perfecto. Yo solo seguía sus instrucciones.

—Gracias por todo, Lily —dice Álvaro mientras desliza su mano por mi espalda, transmitiéndome una sensación de amor que cala hondo.

Lily se despide y yo desvío la vista hacia mi marido. Mi. Marido. Lo recalco mentalmente mientras todas mis hormonas lo adoran en un altar recién construido. Mi amigo, mi ancla, mi galán irresistible. Sus ojos brillan cuando las luces se reflejan en ellos, esa mirada luminosa que a veces se oscurecía con sus propias tormentas, ahora resplandece en todo su esplendor.

—Perdóname... —comienzo a disculparme, pero me besa con suavidad, silenciando mis palabras.

—Te quiero, Almudena —susurra contra mis labios.

Su forma de mirarme me acaricia, como si pudiera ver a través de mí. Sus dedos trazan suavemente el contorno de mi mejilla, y el mundo a nuestro alrededor parece desvanecerse.

—No hay nada que perdonar —murmura con ternura, cada palabra impregnada de sinceridad. Su caricia calienta mi corazón mientras nuestras miradas permanecen conectadas; no hacen falta más palabras.

Mis amigas vienen corriendo hacia mí, me agarran de los brazos y me arrastran hacia el centro de la pista, donde me sitúan frente a una pantalla. Álvaro se coloca a mi derecha, entrelazando nuestros dedos, y me lanza una mirada que irradia felicidad.

En la tela blanca comienzan a proyectarse una serie de vídeos con dedicatorias de cada una de ellas, grabadas a lo largo del viaje mientras yo estaba distraída en mis pensamientos. De repente, algunas tomas falsas irrumpen en la pantalla y las carcajadas estallan alrededor cuando en uno de los clips aparecemos Maite y yo corriendo hacia los baños, todo ambientado con la cómica música de *Benny Hill*. Es hilarante vernos corriendo como gallinas. Luego, la imagen se aclara y muestra a Álvaro con su kilt, hablando a la cámara y rememorando nuestro primer beso. Describe ese momento con tanta pasión e intensidad que casi parece que pueda traspasar la pantalla, llegando hasta donde estamos. Su voz sincera y emotiva captura a todos, transportándonos de vuelta a aquel instante.

—¡Sabía que eras tú! —lo acuso, recordando la figura que vi desde la ventana.

La risa de Álvaro vibra en su pecho mientras me envuelve en un abrazo.

—¿Creías realmente que dejaría pasar esa oportunidad? —responde con una sonrisa traviesa.

—Nunca te imaginé haciendo estas locuras...

—Por ti haría cualquier cosa, *Mo nighean Donn* —murmura, contra mi boca—. Besar tus labios es lo más cercano a viajar en el tiempo; con cada beso, creamos nuevos recuerdos.

Me besa con la intensidad de una tempestad, su lengua deshace todas nuestras dudas pasadas. Cada caricia nos ancla más al presente, nos respiramos mutuamente con cada embate, y nos fundimos bajo la vibrante electricidad que nos envuelve.

—Ejem, ejem —carraspea Macarena, interrumpiendo el momento—. Hay niños delante... *soguarros*.

Nos separamos lentamente, recordando que estamos en medio de la pista y que, por un breve instante, nada más existía. Álvaro da dos pasos hacia atrás, dándome espacio para un momento con mis amigas. Están todas preciosas, cada una resplandeciendo con luz propia, como estrellas en un cielo nocturno.

—Con ese beso casi te quedas embarazada —bromea Jessi, con una carcajada.

—Yo me pido madrina —se suma Lorena a la broma, guiñándome un ojo.

—Niñas, os quiero —les digo, mirándolas a cada una con cariño.

—¡Nosotras te queremos más! —exclaman Maite y Vera a la vez.

—Una para todas, y todas para una —dice Cris, mientras se le escapan unas lágrimas de emoción.

—Ahora entiendo mejor esa dependencia al teléfono —le digo a Cristina, quien rueda los ojos y alza las manos al aire en señal de rendición.

—Esos ojos de bruja lo ven todo... —murmura Maite con una sonrisa socarrona.

Le saco la lengua en respuesta, uniéndome al juego.

—En serio, casi me quedo calva del estrés —confiesa Yure con un suspiro—. ¿Tienes idea de lo difícil que es mantenerte distraída constantemente?

Miro a los ojos a mi amiga, observando cómo sus mejillas han recuperado su rosado natural y cómo cualquier rastro de náuseas ha desaparecido de su mirada. Su vestido celeste se ajusta perfectamente a su delgada figura, y su larga melena de tonos bronce cae en cascada sobre sus hombros. Extiendo la mano y le acaricio suavemente con los nudillos.

—Me alegro de verte mejor, me he sentido fatal por intoxicarte —declaro, abrumada por la culpa.

—Cállate, tú no tienes la culpa —responde ella, mientras sus brazos me envuelven con ternura.

Pronto, una amalgama de brazos se une a nuestro abrazo.

Nos quedamos así por unos momentos, abrazadas, compartiendo calor en uno de esos abrazos que parecen sanar el alma. Mis siete niñas, mis siete colores, el arcoíris que siempre brillará después de las tormentas. Eso son ellas para mí.

De repente, empieza a sonar una canción que todas reconocemos al instante. Nuestros cuerpos se sintonizan automáticamente con la melodía, y como si un hechizo nos moviera, comenzamos a bailar al ritmo de *La Macarena*. El ambiente se llena de risas y pasos coordinados mientras dejamos que la música nos lleve, disfrutando del puro placer de estar juntas en este momento tan especial.

En cuestión de segundos, todas nuestras parejas se acercan para unirse al baile que tantos buenos momentos nos ha dado. No puedo creer que esté viendo al famoso Dan Ravencroft bailando esta canción junto a Maite. Miguel sigue los pasos de Yure con entusiasmo, Eduardo y Cris se abrazan riendo. Carlos y Macarena empiezan a formar una fila, convirtiendo el baile en una conga; definitivamente, lo que no consigan estos dos, no lo logra nadie. Lorena se adelanta con Alejandro, animando a los invitados. Vera, con una sonrisa juguetona, tira de Enol incitándolo a seguirla. Jessi agarra a mi hermana de la mano y la invita a unirse a la fiesta, mientras Aksel alza a Mateo en brazos. Lo que yo digo, en unos meses estos se ponen manos a la obra, si es que tienen toda la pinta de familia, se mire por dónde se mire.

Álvaro se acerca a mí, moviendo las caderas al ritmo de la música hasta alcanzarme. Su kilt oscila con sus movimientos y, por culpa de Maca, ahora no puedo evitar preguntarme si debajo oculta un tanga escocés. Una enorme sonrisa ilumina mi rostro, mientras la felicidad me rebosa por los poros. Por un instante, me siento luminosa, evocando las palabras de mi abuela. Seguimos con el ridículo baile que aún dominamos a la perfección, porque esto es como andar en bici: jamás se olvida.

No podría pedir nada más. A mi alrededor, tengo todo lo que necesito: una pareja que desborda amor incondicional, una familia unida e inigualable, y el fuerte lazo de la amistad, con amigas que son como hermanas.

EPÍLOGO

Trébol Estrellado

Tiempo después.

—No me esperes despierto, ¡Llegaré tarde, muy tarde! —anuncio mientras termino de arreglarme.

—¿Sabes que Yure conoce a la perfección todos vuestros planes? —me pregunta con sorna.

Como para no saberlo, si nos ha dado una lista de prioridades para su despedida de soltera. Debería haberla organizado ella misma con todas las exigencias que nos ha ido lanzando sutilmente en el chat de *WhatsApp*. Con enlaces a lugares que le gustaría visitar, *outfits* que serían perfectos para esa noche especial, la música que le encanta escuchar. No sé cómo Cristina no ha renunciado ya.

Ajusto bien el corsé y contengo la respiración, pero inevitablemente, no consigo abrocharlo del todo.

—Álvaro, por favor, ¿podrías? —digo mientras retrocedo, intentando mantener unidos los extremos del corsé.

—Por Dios, ¿me quieres poner a prueba antes de irte? —pregunta Álvaro, mordiéndose el labio—. No puedes pretender aparecer así de sexy delante de mí y esperar que me quede con los brazos cruzados.

—Ni se te ocurra, siempre llego tarde por tu culpa —lo regaño, cortándole antes de que su imaginación se desboque.

No será por falta de ganas, pero no me puedo permitir llegar tarde. Hoy no. Este es el único plan que hemos podido organizar para sorprenderla, porque ya conocía todos los posibles planes. Cuando Macarena propuso esta locura de idea, ninguna de nosotras se opuso. Ni ella misma se creía que la estuviéramos animando.

Los dedos de Álvaro me rozan ligeramente y toda mi piel se eriza al instante. Un chispazo eléctrico ha ido directo a mi entrepierna. Aguanto la respiración mientras termina de abrochar el corsé, su aliento me acaricia el cuello cuando se inclina para besarme con fervor. Todas mis hormonas se alteran con ese leve contacto.

—Ya está... —gruñe entre dientes.

Me doy una vuelta, luciéndome, mientras contoneo las caderas de manera sugerente. Y sin querer, mis ojos se desvían hacia el prominente bulto en su pantalón. Sonríe con picardía al darse cuenta. En su mirada puedo atisbar el incendio que amenaza con consumirme. Sin embargo, tengo la solución para apagar esas llamas.

—Tranquilo, ahora se te bajará —comento riendo, mientras meto las piernas en un mono de trabajo holgado. Subo la cremallera bajo su atenta mirada y por último me coloco un

pasamontañas.

—¿Qué cojones? —pregunta él, conteniendo la carcajada.

—¿Recuerdas todos los planes que hemos ido preparando para la despedida?

—Sí... —Cruza sus brazos, marcando sus músculos y arquea una ceja.

«Me está provocando, y lo peor de todo es que le está funcionando».

—Pues descartamos todos los planes al darnos cuenta de que era imposible sorprenderla con ellos. Entonces Maca nos dio la idea cuando soltó: «Vamos a secuestrarla» —comienzo a reírme al recordar ese momento.

—¿Vais a secuestrarla? —pregunta divertido.

«Esa palabra en sus labios suena mucho mejor de lo que esperaba».

—Sí, iremos a la galería donde trabaja. —Álvaro intenta interrumpirme y yo levanto la mano para frenarlo—. Ya están avisados, no te preocupes. Llegaremos en una furgoneta al estilo del Equipo A, entraremos en la galería con pistolas de agua y la obligaremos a subir. Un plan *ferpecto*, sin fisuras —explico con resolución.

—Yo diría que veo unas cuantas... pero bueno, vosotras sabréis.

—Calla, calla, déjanos hacer a nosotras. —Camino con sensualidad hacia él, levanto el pasamontañas hasta la nariz, dejando mis labios expuestos, y le arrebató un beso salvaje.

«Solo será un beso rápido».

Minutos después, con la temperatura entre nosotros elevándose vertiginosamente, el timbre suena de forma insistente. Nuestros jadeos se intensifican, conscientes de que debemos separarnos, pero su lengua sigue acariciando la mía con fervor y sus manos se aventuran dentro del mono dejándome llagas en la piel.

Bueno... todavía nos queda algo de tiempo.

Que esperen un poco más.

Fin... ¿o no?

NOTAS

1. Disculpe, ¿podríamos tomar una foto con usted? Nos encanta Escocia y queremos immortalizar este momento.
2. Por supuesto. ¿Eres español? Me encanta España, ¡olé!
3. Por favor, este es nuestro primer viaje a Escocia; no sabíamos nada sobre las estrictas normas que tienen algunos B&B. Es tarde, estamos cansadas y nos disculpamos por las molestias a esta hora de la noche...
4. Mi muchacha de pelo castaño.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento una vez más por haber elegido este libro para tu lectura. Como sabes, me gusta explorar diversos géneros, y el simple hecho de que me apoyes en cualquier tema que decida escribir es algo que valoro enormemente en este momento.

En mis últimos trabajos, he acumulado una lista interminable de personas a las que quiero expresar mi gratitud. Muchos de ustedes ya saben cuánto aprecio todo lo que han hecho para que este libro esté ahora en tus manos.

Gracias a todos los que hacéis posible este sueño, por ayudarme a compartirlo con vosotros y por apoyarme en cada una de mis aventuras, ya sea con personajes oscuros, comedias románticas o thrillers.

A mis amigos escritores, a los lectores, *bookstagramers*, *blogeros*, *booktokers* que dan alas a nuestras palabras, permitiendo que vuelen más alto que nunca. Y a ti, que ahora estás leyendo los agradecimientos tras finalizar esta novela, la cual me ha regalado tantos momentos especiales.

Antes de que cierres el libro me gustaría pedirte un pequeño favor...

Si has disfrutado de esta historia, te invito a hacer una valoración en Amazon. Es la manera de dar a conocer mis novelas a otras personas, y a mí me ayuda mucho como escritora autopublicada. Sígueme en mis redes sociales, donde me podrás encontrar como SetzyNeko o si lo prefieres puedes enviarme un mensaje privado contándome tu opinión, estaré encantada de hablar contigo. ¡Gracias por tu apoyo! Significa mucho para mí.

Comparte mi sueño con los demás, así me será posible volver a soñar.

S.J. García

<https://www.sjgarcia.com/>

NOTA DE AUTOR

En esta historia os hablo de escenarios auténticos por los que yo personalmente he paseado, visitando sus monumentos y perdiéndome entre sus montañas. Algunas experiencias están inspiradas en situaciones verdaderas basadas en mi viaje. No os diré cuáles, para mantener el misterio en el aire.

Me he tomado ciertas libertades en algunos momentos, aunque no muchas. He intentado ser fiel a las descripciones para que os sintáis parte de la trama.

Espero de corazón que hayáis disfrutado de esta historia junto a mis niñas. Y si tenéis ganas de más, solo tenéis que decírmelo. Me pondré frente al PC a aporrear las teclas hasta traer otra aventura del *Equipo de la Ligación*. Y quién sabe, tal vez ciertos niños oscuros decidan tomar el control...

¿Qué sucederá...?

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



S.J. GARCÍA

@setzyneko



*Serie
Azahar*

- Butterfly
- Piel de lobo
- Máscara de Cristal
- Ecos en Abril (Serie Azahar 1)
- Susurros en Diciembre (Serie Azahar 2)
- Rumores en Febrero (Serie Azahar 3)
- Murmullos en Mayo (Serie Azahar 4)



[DESCÚBRELAS AQUÍ](#)

BIOGRAFÍA



Nací en 1983, en una época salvaje donde disfrutábamos de sencillas alegrías: jugábamos a las canicas, al elástico y corríamos por las calles para jugar a poli - ladrón al ritmo de las canciones de Madonna, Michael Jackson, Radio Futura y muchos más. Las tardes se deslizaban acompañadas de un bocadillo de chocolate mientras veíamos con fascinación Dragones & Mazmorras, Caballeros del Zodiaco, Candy&Candy y Campeones. En aquellos tiempos inocentes, creíamos que repetir “Verónica” tres veces frente a un espejo nos condenaría de por vida. Sí, es una época que jamás olvidaré, la época en que descubrimos internet y esperábamos ansiosos a que colgaran el teléfono para chatear por IRC, Messenger y mandar zumbidos sin parar.

Recuerdo los cumpleaños en familia, las rodillas raspadas y pedir cinco duros para comprar algún tesoro compartido con amigos. Esos años marcaron mi infancia y contribuyeron a forjar la mujer que soy ahora.

Crecí devorando todo lo que caía en mis manos, escribiendo pequeños relatos que quedaron ocultos en un cajón, pero que guardaban mis sueños más profundos. Con el tiempo, el amor tocó mi corazón y me convertí en mamá, transformando mi vida por completo. Fue entonces cuando las personas que me rodeaban empezaron a susurrarme que podía hacer mucho más con todas esas ideas guardadas en mi interior. Así, destapé una caja de Pandora que jamás podré cerrar, sumergiéndome en mil y una vidas, cada una más distinta, pero todas impregnadas de mi personalidad.

Porque mis historias están hechas para sentir, para experimentar la oscuridad, la luz, el amor y la amistad. Dejé fluir todas esas emociones para poder compartirlas con el mundo, y así encontré mi voz como escritora.